IMPEDIMENTA

PAUL EWEN

Francis Plug

Cómo ser un autor público

Traducción de Alicia Frieyro

FRANCIS PLUG: CÓMO SER UN AUTOR PÚBLICO

PAUL EWEN

Francis Plug:
Cómo ser un autor público

PAUL EWEN

Traducción del inglés a cargo de
Alicia Frieyro

IMPEDIMENTA

Título original: *Francis Plug: How to be a Public Author*

Edición en ebook: marzo de 2023

Copyright © Paul Ewen, 2014
Copyright de la traducción © Alicia Frieyro, 2023
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2023
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-96-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Linda

INTRODUCCIÓN

La tribu literata ya no es lo que era. Gente introvertida, reservada, estudiosa. Hubo un tiempo en que estos ratones de biblioteca rehuían los bares de moda, las veladas y los encuentros literarios. Evitaban a toda costa cualquier reunión social o pública porque estas actividades eran muy poco librescas. La gente de libros prefería quedarse en casa, o sentarse a solas en un discreto pub para leer un buen libro o aprovechar y sacar unas líneas de escritura. De hecho, era en los escritores, quizá, donde se manifestaban de manera más aguda estos rasgos librescos. O, al menos, así era en el pasado.

Hoy en día, a la gente libresca como los escritores es habitual encontrarla sobre un escenario, encabezando el cartel de un festival u ofreciendo una entrevista en la televisión. Los eventos y presentaciones con autores han proliferado y pasado a formar parte intrínseca del rol del escritor. Y no es que los autores se hayan vuelto más extrovertidos de repente, no; es más bien su trabajo el que ha cambiado.

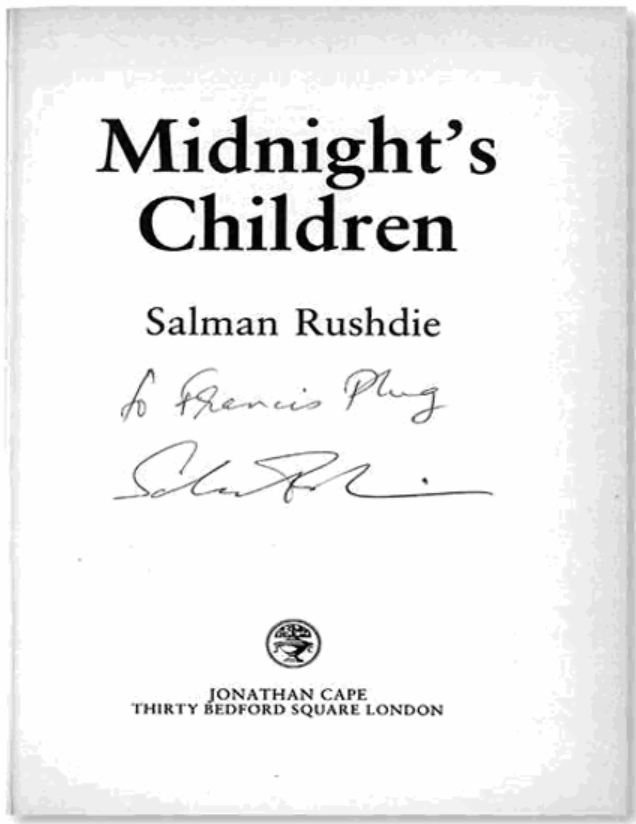
Por supuesto, no todos los escritores son ratones de biblioteca. Al menos no en el sentido tradicional de la expresión. Algunos están capacitados para la vida pública, en particular aquellos procedentes de determinados ámbitos académicos donde se fomenta hablar en público y donde se enseña y esculpe la confianza que requieren las situaciones sociales. A estos escritores se les puede calificar incluso de «gregarios» y, como tales, aceptan con gusto que se les proponga participar en charlas, debates y firmas de libros. Bravo por ellos. Pero a los otros —los autores tímidos, huraños y cohibidos— se los está arrojando también bajo los focos. Ese es mi equipo. Los negados sociales. Sin formación ni recursos para plantar cara a nuestros lectores. Lo más preocupante es que nadie nos ofrece ni orientación ni consejos. Se espera que saltemos al ruedo por las buenas, con confianza y destreza, armados de bromas, respuestas y ocurrencias. Un cataclismo en potencia, vamos.

Por eso he decidido estudiar los usos y maneras del evento literario. La pericia que se necesita para sobrevivir como autor público. Este libro es la culminación de esa investigación. Su

planteamiento sigue la elegante tradición de la serie «Writers at Work» de *The Paris Review*: sonsacar métodos y trucos de los más insignes nombres de la literatura. Pero, a diferencia del formato de entrevista de aquella, esta colección se basa en experiencias y observaciones realizadas y vividas de primera mano en encuentros reales con autores. Al asistir a dichos eventos en persona y documentar hasta el más ínfimo detalle del auténtico estilo del escritor, he conseguido excavar una rica mina de información relativa a las habilidades públicas de nuestros escritores más notables. Etiqueta escénica, preguntas del público, firmas de libros, vestuario, actuación. Una sabiduría de valor incalculable para quienes nos veamos forzados a convertirnos también en autores públicos.

Los escritores en los que he decidido centrarme específicamente son los ganadores del Premio Booker. Autores que se encuentran en la primera línea de interacción pública, bajo el más intenso escrutinio público y relumbre de los focos. Si se busca un modelo a seguir en el mundo del autor público, este es sin duda el grupo donde encontrarlo. Con suerte todos podremos beneficiarnos de su valiosa desenvoltura y sabiduría.

FRANCIS PLUG



El agua forma ondas en el vaso de Salman Rushdie. El vaso en sí está perfectamente inmóvil; reposa muy quieto sobre la superficie lisa de la mesa, pero hay ondas en el agua. Es agua *mansa*, pero se mueve. Sé que es agua *mansa* porque alcanzo a leer la etiqueta de la botella. *Agua mansa de manantial*. Estoy sentado en primera fila. Puedo verla con mis propios ojos.

Salman Rushdie apenas ha tocado su agua, como es lógico. El agua

la colocaron sobre la mesa poco antes de las 18:30, y él no tomó asiento hasta las 19:07. Así que ha estado ahí servida, calentándose, durante casi cuarenta minutos. Imagínense cómo sabrá ahora, sobre todo bajo todos esos focos tan potentes. Yo a veces bebo agua caliente de la ducha mientras me lavo la cara, pero no me la trago porque tiene el regusto de la que sale de la rana ornamental de un estanque de jardín un día de mucho calor. Así que escupo el agua y dejo que se deslice sobre mi vientre. Y luego le doy a mi tripa una buena enjabonada.

Las bacterias proliferan en el agua tibia. Se multiplican a sus anchas en los colchones de agua. Sé de una pareja que nunca limpió su colchón de agua, ni una sola vez. Se supone que hay que añadir productos químicos para mantener libre de bichos el agua recalentada. Pero esta pareja no lo hizo. Quizá ellos no sabían que tuvieran que hacerlo, o puede que se les olvidara. El caso es que un día, antes de una mudanza, vaciaron el contenido del colchón en la bañera. En el agua que empezó a salir a borbotones por la válvula había docenas de seres escamosos con patas y sin ojos. Un montón de ácaros peludos diminutos que se pusieron a patear en la reluciente bañera blanca. La pareja se quedó horrorizada. Pero faltaba el remate final. Tras una expectoración flemosa, se escurrió del interior un gigantesco gusano viscoso de dos metros, o quizá más, de largo y más gordo que un pulgar. Habían estado durmiendo encima de eso. Durmiendo en una cama de lombriz.

Conclusión: no beban el agua de cortesía que les sirvan en los eventos a los que los inviten como autores porque podrían pillar lombrices.

Existen otros peligros, además. Su botella de agua podría haber sido manipulada mientras aguarda su llegada, sin supervisión, en el desierto salón de actos. Basta fijarse en lo que hemos aprendido de Agatha Christie. A los personajes de sus libros los envenenan todo el tiempo. La escritora hasta se molesta en revelar qué tipo de veneno se emplea y cómo se les administra. En sus bebidas. Los organizadores de este evento seguro que se conocen la obra de Agatha Christie de pe a pa, y sabrán de la existencia de la brugmansia, otrora conocida como datura, un arbusto nativo de Sudamérica, con flores en forma de péndulo y perteneciente a la familia de las solanáceas, cuyo célebre perfume nocturno es utilizado por las tribus amazónicas en forma de veneno destilado para impregnar las puntas de sus flechas. No hace falta ser un cerebrito para sacar conclusiones.

Estaba programado que el evento de esta tarde comenzara a las siete, pero el profesor John Mullan, que es el que hará todas las preguntas, y su invitado, el novelista Salman Rushdie, no han tomado asiento a la mesa de pino claro hasta unos siete minutos después. Me

he dado cuenta de que los autores siempre van con retraso. Esa es la razón por la que, a diferencia de lo que sucede con otras celebridades, no les pagan cantidades ingentes de dinero por publicitar relojes caros. Yo, sin embargo, he entrado en el Shaw Theatre a las seis y veinte minutos y por eso he podido hacerme con este exclusivo asiento en el mismísimo centro de la primera fila. Si estuviera viendo a Salman Rushdie por la tele, entonces tendría que colocarme más atrás para no dañarme la vista.

Antes, una vez reservado mi asiento con mi abrigo, he estado correteando por el auditorio vacío jugando a polis y cacos. Tras asignarme el papel de caco, he recorrido a toda velocidad una fila, entre las butacas plegadas, con la mano derecha metida en la manga sosteniendo una pistola. Al alcanzar la pared del fondo y darme cuenta de que no tenía escapatoria, he dado media vuelta, sacado el arma y empezado a disparar a discreción, mientras gritaba ¡¡AAARRGHH!! Un poli me ha disparado a la cara, y he caído de espaldas sobre la hilera de asientos, pateando el aire con las piernas. Ha sido bastante realista, con una leve conmoción y todo, así que he dado por concluido el juego antes de tiempo y he regresado renqueando entre las butacas, abriendo todos los asientos a mi paso con gran estrépito. Otra cosa que puede usted hacer antes de que dé comienzo el evento literario de turno es dar buena cuenta del vino de cortesía.

Mujer de la mesa de bebidas: ¿Otra vez por aquí?

F . P.: Sí, estaba delicioso, gracias.

Mujer de la mesa de bebidas: ¿Y quiere otra copa?

F . P.: Sí, por favor.

Mujer de la mesa de bebidas: *[Levanta una botella.]* ¿Blanco?

F . P.: Hum, sí, blanco y tinto, gracias.

Mujer de la mesa de bebidas: ¿Blanco y tinto?

F . P.: ¡Por qué no! *[Con risa nerviosa.]*

Mujer de la mesa de bebidas: ¿Una de cada?

F . P.: ¡De acuerdo! *[Con risa nerviosa.]*

Mujer de la mesa de bebidas: Llega usted un poco pronto, ¿no le parece? Todavía falta media hora…

F . P.: Sí. ¿No tendrá licor de Cachemira?

Mujer de la mesa de bebidas: ¿Licor de Cachemira? No…

F . P.: ¿Y mercurocromo? ¿Tiene?

Mujer de la mesa de bebidas: No, solo vino.

F . P.: Ya. ¿Y alguno de los vinos contiene serpientes de

agua encurtidas? Para la virilidad, digo.

Mujer de la mesa de bebidas: No, son todos vinos normales y corrientes. De uva.

F . P.: De acuerdo. Quizá podría llevarme una botella. Para ahorrarme… Para ahorrarle a usted la molestia de tener que estar sirviéndome todo el rato… *[Con risa nerviosa.]*

Mujer de la mesa de bebidas: ¿Quiere usted llevarse una botella?

F . P.: Ja, ja. Sí.

Mujer de la mesa de bebidas: Estooo… Se supone que solo puedo servir una copa por persona. Y usted ya lleva tres. Tres copas más una botella entera vendrían a ser como… siete copas hasta los bordes…

F . P.: Soy como un campo de césped, ¿eh? Un campo de césped.

La botella vacía reposa ahora de pie junto a mi zapato mientras Salman Rushdie comenta *Hijos de la medianoche*, su novela premiada con el Booker. En este preciso momento habla sobre el empleo de temas de actualidad.

Salman Rushdie: … tratar de incorporar en una novela contemporánea material histórico o político contemporáneo, en particular, da mucho miedo porque, ya sabe, los temas cambian de continuo, ya sea esta semana o el año que viene o en el transcurso de cinco años…

El *sauvignon blanc* conservó su frescura mucho mejor que el agua de Salman Rushdie. ¿Por qué el Shaw Theatre no le ofreció una jarra de agua con hielo? Quizá creyeron que le impresionarían con la bonita botella y el hecho de que el agua fuera de manantial. Madre mía. Si hasta un memo como yo puede darse cuenta de esa ridícula pretensión, me temo que Salman Rushdie debe de estar horrorizado. Otros invitados tienen a gente correteando desde bastidores con bebidas frescas, pero a Salman Rushdie le han endosado un agua que probablemente huela como un guante de lana puesto a secar sobre un radiador. ¿Y si le da un buen sorbo y tiene que escupirla? ¿Dónde lo hará? ¿En la mano? ¿Y luego qué va a hacer con ella? ¿Vaciársela en el bolsillo? Pero ¿y si hay demasiada agua y no le cabe en el cuenco de la mano? Entonces ¿qué? ¿Se la dejará en la boca y se pondrá a hacer gárgaras? ¿O permitirá que rezume de su boca y discurra por su barba? No, no hará cosa semejante. Esto es un evento literario, y Salman Rushdie tiene una reputación que salvaguardar como distinguido hombre de letras. Se verá obligado, en contra de su

voluntad, a tragarse el agua calentorra y resignarse al hecho de que no debe beber más, a pesar de que tiene la garganta seca de tanto hablar, cosa a la que obviamente no está acostumbrado porque es escritor, y los escritores no hablan, reposan en silencio.

Solo a modo de reiteración, NO BEBAN del agua de cortesía en los eventos a los que asistan como autores invitados.

Las ondas en el agua de Salman Rushdie, si no me equivoco, las están produciendo una serie de profundos suspiros. Suspiros que se le escapan por la nariz. Procedo a describir la nariz de Salman Rushdie del mismo modo que otros, llegado el momento, puede que describan, a su vez, la nariz de usted mismo. No es un órgano monumental, pero parece tener mucho que decir. De puente a proa tiene la longitud aproximada de un teléfono móvil moderno, y se asemeja a un ramillete de florecillas que le hubiesen plantado a Salman Rushdie en la cara boca abajo, sin una mísera nota. Los orificios tienen forma de relojes blandos, y su generosa holgura hace posible que por ambos senos circulen, como por sendas cañerías, importantes volúmenes de aire tanto hacia afuera como hacia dentro. Prendidas a la nariz lleva unas estilosas gafas —no estoy seguro de qué marca o de qué óptica, pero quizá un examen más de cerca en alguna imagen de internet podría confirmar este particular—. Es importante resaltar que la perilla y el bigote, que empiezan a sucumbir a las canas, están cuidadosamente recortados.

El acto se está celebrando con público en directo en el teatro, pero también lo están grabando para que sea de uso público en el futuro. Sobre la superficie de la mesa, junto con el *agua de manantial*, hay una grabadora y algunos micrófonos. Un joven los conectó poco antes de las siete, y ahora está sentado detrás de una mesita lateral, con unos auriculares en la cabeza y de frente al público cual taquígrafo de un juzgado, registrando los hechos. El propósito de este aparataje electrónico es grabar la voz del autor en forma de «podcast» de audio, al que se podrá acceder de manera gratuita en la web. Esto debe de someter al autor a una presión todavía mayor, porque cada palabra que dice se inmortaliza para que el mundo entero la pueda escuchar. Y no solo las palabras sino otros sonidos también, como risas, ronquidos y estornudos. Mi tos de fumador seguramente quede registrada en el archivo de hoy. Una vez se me cayó una botella de whisky en un evento similar, y esta emitió un potente golpe sordo contra el suelo, y yo solté algún que otro improperio. Sospecho que también se me podría oír reírme solo y, en esa ocasión, llorar.

Estas grabaciones, sin embargo, no describen a los autores en persona. Sus gestos, su lenguaje corporal, sus pantalones. Con suerte,

el libro que ahora mismo está usted leyendo contribuirá a cubrir estos aspectos, al igual que lo harán cualesquiera eventos a los que asista como parte del público (recomendado).

Salman Rushdie y el profesor comparten micrófono sobre la mesa. Pero si usted habla bajito y no proyecta su voz adecuadamente, es posible que necesite uno propio, prendido de la solapa. Con todo y con esto, cabe que sea necesario retirarle este último si lo que está bebiendo es vino y no agua, porque es muy probable que acabe hablando cada vez más alto. Que le dé por chillar, incluso.

F . P.: *[A gritos.]* ¿Por qué me han dado solo una botella? Deberían haber sido dos.

He conocido a Salman Rushdie hace un rato, porque resulta que me estaba encendiendo un cigarrillo Gold Fake fuera del teatro justo en el momento en que ha llegado. Iba, y va, elegantemente vestido con un traje oscuro y lustrosos zapatos negros, camisa blanca y una corbata dorada con topos color fresa. Digo yo que la editorial se habrá hecho cargo de la factura de su carísimo atuendo, porque no hay escritor que se precie de serlo que vaya a tener un traje en propiedad. Ni hablar. Cuando yo me arreglo para salir, es para salir al jardín de alguien. Pero merece la pena contar con algún padre/abuelo en la recámara por si acaso la editorial no se muestra por la labor en este respecto, o en el caso de que sea usted un escritor autopublicado de éxito.

Salman Rushdie es un hombre bajito, lo que es un consuelo, porque yo también lo soy. Los escritores no tienen que ser guaperas de póster. Una constitución atlética no es un prerrequisito y, lo que es más, muchos escritores están empezando sus carreras justo cuando los futbolistas profesionales están terminando las suyas. Quizá sea esta la razón por la cual uno no ve a escritores de renombre anunciando lo último en maquinillas de afeitar de alta tecnología. Tienen la cara demasiado arrugada.

A medida que Salman Rushdie se aproximaba al Shaw Theatre, le dirigí una serie de gesticulaciones nerviosas, como si el hombre fuera una aeronave en proceso de estacionamiento.

Salman Rushdie: Hola. ¿Quiere que le firme el libro?

F . P.: Sí, por favor. Para Francis Plug. Francis con i latina. Plug con ge.

Salman Rushdie: *Francis Plug.* ¿Es usted?

F . P.: Sí.

Salman Rushdie: Qué nombre tan interesante. Suena a personaje de ficción… Señor Tapón.

F . P.: Sí, pero yo soy real.

Salman Rushdie: Desde luego.

F . P.: No soy una mula parlante, por ejemplo. En una casa encantada.

Salman Rushdie: No. *[Hace una pausa.]* Pero como dice Saleem Sinai: «Lo real y lo verdadero no son necesariamente la misma cosa».

F . P.: Ya, claro. Pero también llama a su pene «pi-pi». *[Se ríe.]*

Salman Rushdie: Vale, gracias.

F . P.: *[Sigue riéndose.]*

Saleem Sinai es el nombre del protagonista de *Hijos de la medianoche*. Francis Plug es mi nombre. En lo que a nombres se refiere, supongo que es de lo más memorable. La gente olvida mi cara, pero no olvida mi nombre. Esto me ha ayudado a permanecer invisible y pasar desapercibido (exceptuando el desafortunado periodo de popularización del *plug* anal). Ahora bien, como escritores se pueden olvidar del anonimato. Uno se convierte en un nombre y en una cara. De ahí que tenga sentido prepararse. Tiene todo el sentido del mundo.

La novela de Salman Rushdie está ambientada en la India y contiene complejos convencionalismos narrativos. Al profesor lo tiene entusiasmado. Daría palmas si pudiera. John Mullan, un caballero de tez rosada, es profesor de literatura inglesa y esta tarde viste un ajustado jersey negro. Parece el mismo jersey que llevaba en un acto anterior. Quizá sea su jersey de la suerte. Me recuerda a esos jerséis ajustados que tanto cuesta quitarse. Si uno intenta sacárselos por la cabeza, con frecuencia se quedan ahí atascados, y uno no ve ni torta. Así que entra un poco en pánico, temiendo asfixiarse o que alguien pueda acercarse y asestarle un puñetazo en el estómago. El profesor es de constitución enjuta, así que su ajustado jersey negro le sienta bien, pero imagino que esta noche las pasará canutas cuando vaya a quitárselo antes de acostarse.

Las preguntas del público son una parte muy popular de la mayoría de los encuentros con autores, y yo quiero preguntarle a Salman Rushdie por sus calcetines, porque puedo verlos ahí, asomándose. Pero entonces me fijo en mis manos y cambio de idea. Parecen las manos de un gusano, todo embarradas y sucias, con pequeños jardincitos debajo de las uñas. Nadie va a escoger una mano como esa, ni siquiera si, estando como estoy aquí en primera fila, me pongo a agitarla en el aire como una enorme polilla mugrienta. No, me las voy a tener que lavar y cepillar a conciencia, tan pronto como vaya al servicio. Es más, van a necesitar un buen repaso antes de ese pis porque no estoy por la labor de tocarme las partes nobles con

semejantes monstruos asquerosos.

> **Salman Rushdie**: … Por ejemplo la escupidera, pues es eso, una escupidera y nada más; de por sí no tiene, intrínsecamente, ningún sentido metafórico…

Salman Rushdie se encuentra en medio de una explicación importante, así que me escabullo por delante del escenario de puntillas, con mis sucias manos recogidas contra el pecho como las patitas de un silencioso ratoncillo.

Una vez desaguadas mis aguas y lavadas primorosamente mis manos, hago una escapadita al exterior para echarme un piti State Express 555 a toda velocidad. Mi entrada de ocho libras equivale a dos generosas copas y media de vino. Hasta ahora he consumido siete copas, así que puedo darme con un canto en los dientes. Con todo y con esto, uno puede ir a un concierto de un grupo de música medio decente por ocho libras. Y los grupos cuentan con iluminación especial en el escenario. En 2044 probablemente costará mil ciento once libras asistir a una charla con un escritor, y nosotros, los autores, hablaremos desde el interior de urnas cerradas a prueba de balas. Quizá estemos viviendo la era dorada de la interacción autor/lector, pero sospecho que para la mayoría de los escritores contemporáneos esto es una puta pesadilla.

En el exterior del teatro no parece haber nada con lo que atraer a las masas al evento de esta tarde. Un Salman Rushdie inflable con largas piernas bailarinas, por ejemplo. Ni siquiera una pancarta con la inscripción: ¡PRÓXIMAMENTE! ¡SALMAN RUSHDIE! ¡HABLANDO! ¡CON TODOS USTEDES! ¡EN VIVO Y EN DIRECTO!

Es solo cuestión de tiempo, supongo.

La mesa de los vinos está desatendida, así que me agencio otra botella antes de regresar al auditorio. Salman Rushdie se vuelve para mirarme mientras correteo encogido hacia mi asiento, y los ojos del profesor se ven distraídos por mi reentrada también. Debe de desconcentrar bastante tener a alguien moviéndose por ahí como un lagarto con volantes mientras estás intentando hablar. Pero al menos no los he dejado tirados. He regresado. Y mis manos relucientes huelen maravillosamente bien a jabón líquido de tocador.

> **F . P.**: *[En voz alta.]* Mmm… Leche y miel.

La condensación de la botella de vino deja cercos de humedad en mis pantalones. También me empiezo a notar muy borracho. Hay dos

Salman Rushdies ahora, así que trato de mirarlos a través del cristal de mi copa de vino, llevándomela a la altura de los ojos.

F . P.: *[En voz alta.]* ¡Se ha cuadriplicado! ¡Ya no hay uno, hay cuatro, tres Rushdies! ¡CUATRO! ¡TRES! ¡CUATRO! ¡DOS! ¡NUEVE!

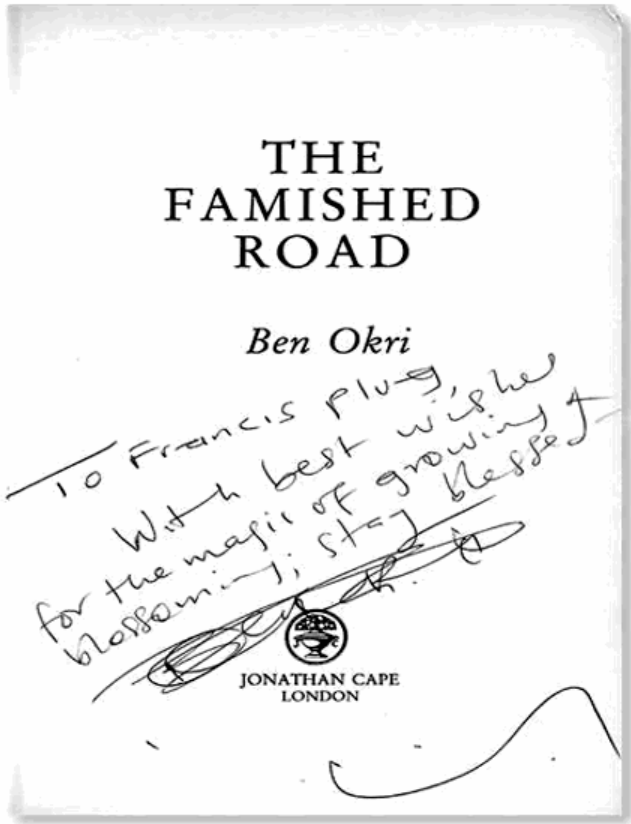
Mujer sentada a mi lado: ¡¡Sssshhhh!!

En mi estómago, el vino se agita y chapotea. Salman Rushdie trata de responder a una pregunta del público acerca de los personajes que han escapado de su control. Pero la serenidad de su suave voz se ve quebrada por mi ataque de hipo. Levanto la mano.

Profesor Mullan: Sí, el joven de ahí, en la primera fila.
F . P.: PERDÓN. Hip.
Profesor Mullan: Hum…
F . P.: ESTOY MUY… hip… BORRACHO.
Profesor Mullan: Comprendo.

El profesor se apresura a escoger a otra persona, y Salman Rushdie contesta con una sesuda respuesta. Yo me desplomo sobre el respaldo sintiéndome un poco capullo.

Más tarde, cargado con mi pesada bandolera de cuero, salgo a trompicones del auditorio, posiblemente aferrando una botella de vino.



En la novela *El camino hambriento*, de Ben Okri, premiada con el Booker, el camino se traga a la gente y alimenta con ella su estómago. Me recuerda a los resaltos que tengo que sobrepasar con mi furgoneta del trabajo. A diferencia de las tan populares furgonetas blancas, la mía es gris, un tono ajustado a su edad.

Para sortear a la policía, circulo con mi furgoneta por las calles laterales de Londres, donde no me queda otro remedio que enfrentar

vías infestadas de estos malditos resaltos reductores de velocidad. Pasar por encima de ellos es como intentar afeitar una cara llena de granos. Es como conducir hace unos cien años, sobre todo en mi furgoneta, que es una mierda pinchada en un palo, sinceramente.

Desde luego, no se pueden utilizar expresiones como «una mierda pinchada en un palo» cuando uno es autor y figura entre los invitados al Hay Festival, por poner un ejemplo. D. H. Lawrence usaba la palabra «coño» allá por la década de 1920, pero creo que el mundo ha madurado mucho desde entonces. Los ganadores del Premio Booker no suelen blasfemar en sus actos porque probablemente dan por hecho, y con acierto, que a su público no le haría mucha gracia.

Esto no impide, por supuesto, que dichos autores empleen tacos en sus libros. La novela de James Kelman premiada con el Booker está cargada de improperios, incluido «putos mamonazos follacerdos». Y Hilary Mantel emplea la expresión «se la refanfinfla» y hace referencia a una «furcia comepuerros» en solo uno de sus libros galardonados. No recuerdo ninguna grosería semejante en la novela de Ben Okri, aunque sí que los árboles tenían nombres rarísimos, como iroko, baobab y acebuche.

Esta tarde he venido a escuchar a Ben Okri hablar educadamente en una tienda Oxfam. Está cerca del Museo Británico, en Bloomsbury, no muy lejos de donde vivía D. H. Lawrence. No quedan sillas libres, así que estoy de pie al fondo, que de hecho es la parte delantera de la tienda, de cara a los ventanales que dan a Bloomsbury Street. Tras rascarme del bolsillo el donativo sugerido de seis libras y depositarlo en una pecera vacía, cojo una copa de vino tinto a modo de recibo. Aunque me acabo el vino muy deprisa, solo vuelvo a por una copa más, porque Oxfam es una organización benéfica y no sería muy caritativo beberme todo su vino o intentar cobrarme mi donativo, después de donado, con el vino en cuestión. Así que me dedico a tantear bajo las patas de las sillas de los que están sentados delante de mí, y me las apaño para ir echando rápidos tragos de las copas que han dejado en el suelo, como quien recauda una suerte de tasa de asentamiento.

Es el propio Ben Okri quien escribió en *El camino hambriento* lo siguiente:

> Aprende a beber, hijo mío. Un hombre tiene que saber beber, porque en esta vida tan dura a veces es necesario emborracharse.

Por eso siempre llevo una petaca de whisky encima. Con suerte, exploraremos el terreno de la «autoconfianza» del autor más adelante,

con todo detalle.

Ben Okri acaba de entrar por la puerta principal de la tienda ataviado con un traje negro y una camisa color crema sin corbata. Es todo un poco chocante, porque esperábamos verlo aparecer por los laterales. En cambio, como digo, ha entrado por la puerta principal sin más. Así que una representante de Oxfam lo ha hecho desaparecer de allí en un abrir y cerrar de ojos, no fuera a ponerse la gente a hablar con él antes del acto. Va vestido que ni pintado para la ocasión, con ese traje suyo. Pero, por desgracia, ha olvidado sus gafas de cerca; la representante de Oxfam acaba de preguntar si alguien tiene unas que le pueda prestar. Tras palparme todos los bolsillos, desesperado por ayudar, acabo agitando un bolígrafo en el aire.

Mujer de Oxfam: ¿Sí?
F . P.: Yo tengo esto.
Mujer de Oxfam: ¿Un bolígrafo?
F . P.: Sí.
Mujer de Oxfam: Eran unas gafas de cerca lo que buscábamos…
F . P.: Gracias.

En una ocasión anterior, Ben Okri se encontraba ojeando las estanterías de libros de la tienda Oxfam de Bloomsbury en la que nos encontramos, cuando una dependienta lo reconoció y lo invitó a que regresara para dar una charla. Reconocido en un lugar público, identificado simple y llanamente por su apariencia. Su rostro ya era familiar, como el Honey Monster ese de los cereales, por ejemplo. Como autor público esta es una consecuencia muy real para la que debe usted estar preparado.

Hasta su muerte, el escritor estadounidense J. D. Salinger se mantuvo bien lejos de las miradas indiscretas, consumiendo una gran cantidad de energía en salvaguardar su célebre obra *El guardián entre el centeno*. Thomas Pynchon, otro estadounidense, ha optado también por llevar una vida recluida y ermitaña, y solo se sabe de la existencia de una o dos fotografías suyas. Estos son ejemplos de autores que han evitado con éxito la implacable mirada pública. Con el fin de que pueda usted combatir la indiscreción de ciertos reporteros, haga un esfuerzo y absténgase de sentarse despatarrado en la acera o de caerse redondo delante de la puerta de los pubs del barrio. Hacer estas cosas puede ganarle una reputación que de verdad no le hace falta.

Aunque parezca mentira, Ben Okri no anda muy fino esta tarde, pero se ha presentado a pesar de todo, echando el resto. En vez de

estar acurrucado en la cama con el Vicks sobre la almohada está aquí en Bloomsbury, hecho un pincel, con un traje elegante y las gafas de un desconocido. Son muchas las lecciones que se pueden extraer de esto, pero la más evidente es la abnegación que ha exhibido Ben Okri esta tarde, y de la que nosotros, el público, sin duda nos hemos beneficiado. Oxfam es una entidad benéfica, así que Ben Okri está prestando su tiempo gratis esta noche. La representante de Oxfam ha comentado que habían dado una batida por muchas sucursales de la zona y reunido todos los títulos de Ben Okri de los que disponían gracias a entregas y donativos. Así pues, Ben Okri no obtendrá nuevas ventas de un solo libro esta noche, porque todos los libros ya fueron adquiridos en su día.

Además está enfermo, así que de hecho también está sacrificando su salud personal esta noche. Cuando estás enfermo no puedes escribir, por lo que intentas recuperarte lo antes posible. Pero Ben Okri ha escogido no dejar tirados a sus anfitriones y al numeroso público que ha acudido para escucharlo leer y hablar. Y, a diferencia de otros grandes escritores que se apresuran a batirse en retirada tan pronto como acaba su tiempo en escena, Ben Okri ha aceptado quedarse un rato más para conocer a sus lectores cara a cara y firmar sus libros de segunda mano.

Suda con profusión, lo que me lleva a pensar que de hecho está muy cerca de la muerte.

F . P.: ¿Se encuentra usted bien?

Ben Okri: Sobreviviré, estoy seguro. Gracias.

F . P.: Es usted toda una honra para el espíritu pionero del autor público.

Ben Okri: Vaya, es usted muy amable. *[Hace una pausa.] ¿Francis Plug?* ¿Es usted?

F . P.: Sí. ¿Había oído hablar de mí?

Ben Okri: No.

F . P.: Ah. Lo digo porque lo cierto es que me he hecho todo un nombre en el ámbito de la jardinería residencial.

Ben Okri: Ah, es usted jardinero.

F . P.: Sí…, pero soy autor también.

Ben Okri: ¿No me diga? ¿Qué libros ha escrito?

F . P.: No he escrito ninguno todavía.

Ben Okri: Ah.

F . P.: Pero… estoy escribiendo uno en este momento. Justo ahora. Y sale usted en él.

Ben Okri: ¿Yo? ¿Salgo yo en su libro?

F . P.: Sí. Va a ser increíble.

Ben Okri: ¿De qué trata?

F . P.: Esto…, bueno, no se lo puedo contar. Si lo hiciera, tendría que matarle. Si es que no se muere antes usted solito. De su enfermedad.

Ben Okri: Ya. Entonces supongo que tendré que esperar y leerlo cuando esté acabado.

F . P.: Sí. *[Hace una pausa.]* Gracias por no soltar tacos esta noche.

Ben Okri: ¿Acaso esperaba que soltara alguno?

F . P.: No, ni se me ha pasado por la cabeza que fuera a rebajarse de esa manera. *[Hace una pausa.]* Me gustó esa parte de *El camino hambriento* en la que madame Koto está moviendo una mesa en su bar y se tira un pedo.

Ben Okri: Le gustó eso, ¿eh?

F . P.: Ajá. *[Se ríe.]* Me hizo gracia.

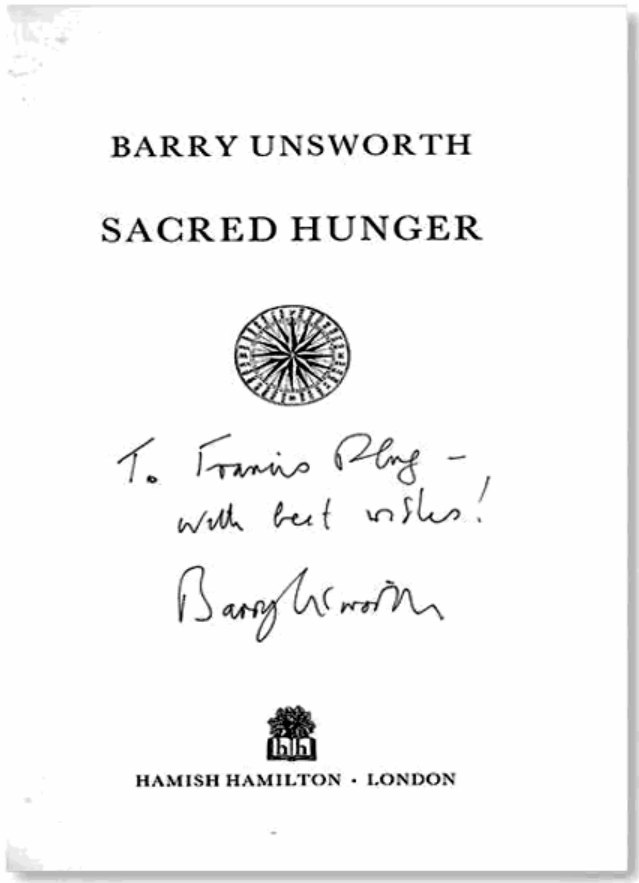
Ben Okri: Mmm.

F . P.: Me alegra que no la haya diñado antes de firmar mi libro.

Ben Okri: Sí, menos mal…

Cuidar jardines no es mal empleo porque me permite trabajar a solas, y esto encaja a la perfección con mis credenciales de autor introvertido y solitario. Yo antes creía que la escritura sería una profesión igual de silenciosa y apacible, pero todo eso ha cambiado, claro. En la actualidad uno tiene que trabajarse a una multitud. Lo de Ben Okri esta tarde es ejemplo de ello. Para más inri, se espera que los autores, además de acudir a todos estos actos, interactúen con sus lectores por internet. Ahora se les anima a «conectar» con su público y a «hacer amigos» en las redes sociales y demás. Es posible que algunos escritores se sientan en su salsa haciendo «ciberamigos», pero yo prefiero dedicar mi tiempo libre a escribir un libro antes que a escribir sobre lo que he comido hoy. Los escritores no hacen amigos, los pierden. Sobre todo, los escritores borrachos.

Yo traspaso todos los límites…



Mientras leía *Hambre sagrada*, la novela de Barry Unsworth ganadora del Booker, me vi transportado a las vertiginosas alturas de un barco semejante al Liverpool Merchant que aparece en el libro. Claro que no era un barco, desde luego, sino un viejo roble, y yo estaba encaramado muy arriba, entre el follaje, recién huido de mi cliente, el señor Stapleton, que era el dueño del árbol y del jardín y de la propiedad circundantes. El hombre había llegado a casa de improviso

y me había sorprendido tumbado bocarriba sobre el césped tratando de accionar los pedales de una «bicicleta aérea». A escasa distancia de donde descansaba mi ebria cabeza había un fresco montoncito de vómito.

F . P.: Yo no he sido, señor Stapleton. Habrá sido otro.

Señor Stapleton: CONQUE OTRO, ¿EH? NO ME DIGA. SE HABRÁ SALTADO OTRO MI VALLA DE TRES METROS DE ALTURA Y ECHADO HASTA LA PRIMERA PAPILLA JUSTO A SU LADO, ¡QUÉ COSAS!

F . P.: A lo mejor… ha sido un tejón…

Estaba enfadadísimo, el señor Stapleton; se tiraba del cuello de la camisa y estiraba la cabeza hacia arriba, tratando de abrir hueco para su cuello hinchado y enrojecido. Menuda escandalera, grita que te grita, espantando de Londres a los pájaros, a los gorrioncillos, espantándolos muy lejos, hacia el campo. Y a los herrerillos.

Paré de pedalear y me incorporé, transformado en gorila.

F . P.: ¡UH, UH! ¡AH, AH! ¡UH, UH! ¡AH, AH!

Cerré los puños y me golpeé el pecho con fiereza, rugiendo. El señor Stapleton enmudeció y se quedó muy quieto. Su rostro se tensó por completo, parecía una cara dibujada con rotulador en un globo inflado. Plantándome en el suelo como un gorila, me dirigí rápidamente a cuatro patas hasta el roble que hay en la esquina del jardín, curvando ante mí los brazos, arremangado el mono de trabajo. Tras trepar por el tronco con dedos fuertes y ágiles, continué mi ascenso hasta hallarme muy arriba entre el follaje, oculto a la vista. Una vez a resguardo del peligro inminente, comencé a sacudir las ramas superiores como un mono desquiciado, desquiciadísimo. Con ello pretendía crear confusión, rechazar cualquier ataque por parte de un grupo de monos forasteros y así proteger a mi propio grupo de amigos monos.

Tras mucho rugir y batir y sacudir de ramas, me metí la mano en el bolsillo y saqué un paquete de tabaco de liar Cutter's Choice, unos papeles y una cajita de cerillas. En el césped, allá tan abajo, se amontonaban un buen número de hojas amarillas. Tendría que rastrillarlas más tarde.

El señor Stapleton es banquero, pero no lo parece. Forma parte de la nueva generación de «cracks». A diferencia de sus predecesores, no es rarito ni estirado. Es más, antes parece salido de un episodio de *Los vigilantes de la playa* que de un número del *Financial Times*. Es un tipo

alto, corpulento y blanco, de piel bronceada, muy probablemente por rayos uva. Criado en una urbanización de lujo, puede que de treinta y bastantes años, con los ojos claros, el pelo castaño tirando a rubio (oscurecido con gel o «gomina») y una nariz fina y respingona con una cicatriz en el tabique, como de habérsela fracturado y recolocado en el momento. Guapo, sí, pero de una belleza ruin e infame.

No es de extrañar que tengamos nuestros roces. Al fin y al cabo estamos hechos de diferente pasta. Él es del tipo duro y echado para adelante, de los que mueven los hilos. Mientras que yo tiro más a ser manso y blandengue, sin una pizca de ese arrojo implacable o fervor capitalista. Vamos, que podríamos proceder de planetas distintos. Me asombra haber durado tanto como su encargado de mantenimiento. Pero vine recomendado por los Hargreaves, un matrimonio de ancianos de cuyo jardín me ocupo en Highgate. Según ellos, al señor Stapleton lo convenció el hecho de que yo fuera escritor. Pero, vamos, eso tiene que ser una especie de broma de mal gusto.

Me quedé sentado como Hughes en la cofa. Hughes es un personaje secundario de *Hambre sagrada*, pero es el que mejor recuerdo. La novela histórica de Barry Unsworth sigue la derrota de un barco de esclavos desde Liverpool hasta el Caribe y de ahí hasta África y las Américas. Hughes forma parte de la tripulación inglesa que realiza la travesía. El barco es un hervidero de humanidad, hasta el punto de resultar insoportable, salvo en un único y diminuto rincón, en lo alto de las jarcias. Es allí, en la cofa, donde mora Hughes, apartado de los demás en su oscilante mundo de las alturas.

Al final pasé sentado dos horas y media en las ramas del roble del señor Stapleton. Hay peores formas de pasar el rato que encaramado a la copa de un árbol. Tenía mi tabaco, y una cuquísima botellita de whisky. Además, al soplar entre las hojas, el viento sonaba como el entrechocar de las piedras en una batea, y disfruté contemplando cómo las nubes se amasaban en diversas contorsiones de masa, se diría que por obra de unos nudillos invisibles que las trabajaban sobre una tabla de cielo enharinada. Aun así, había cosas más importantes de las que me podría haber estado ocupando. Y ahí reside precisamente el problema al que se enfrenta el autor de hoy en día; ese exceso de preocupaciones añadidas que de hecho le impiden a uno escribir. Cosas como el dinero, el tener que trabajar para ganar dinero, las personas enfadadas, el convertirse en gorila, el ocultarse como un gorila en un árbol para escapar de las personas enfadadas. Cuando uno podría estar escribiendo.

Según las indagaciones de Barry Unsworth, se necesitaban mil robles para construir un barco de esclavos. (Su libro es un tocho, posiblemente su producción también haya requerido talar un montón

de robles.) En el proceso también se empleaban abetos, que formaban el cuerpo del mástil, y olmos, que eran tallados de manera intrincada para cumplir su función decorativa en el mascarón de proa. Cuando conocí a Barry Unsworth no había leído su novela aún, de manera que no pude preguntarle si Hughes estaba basado en su persona. Pero, como escritor habituado a la soledad, Hughes me resultó un personaje muy familiar, así que supongo que lo mismo le pasaría a Barry Unsworth.

La charla de Barry Unsworth se celebraba en la Universidad de Londres, en Holloway Road. Las entradas, sin embargo, eran bastante caras, de modo que, en lugar de adquirir una, me quedé esperándolo en el vestíbulo.

Una de las señoras de la taquilla fue muy amable y, sabedora de que yo no podía permitirme asistir, se ofreció a ayudarme a conocer a Barry Unsworth cuando llegase.

Señora amable: ¿Estudia en la universidad?
F . P.: En la Universidad de la Vida.

Los miembros más serios del público empezaron a llegar, así que aguardé sentado pacientemente en el vestíbulo, apretando las manos hasta que palidecieron por completo, quizá porque había bombeado la sangre brazos arriba.

A medida que pasaban los minutos, me dio la impresión de que Barry Unsworth estaba apurando al máximo la llegada a su propia presentación. Merece la pena tomar en consideración cómo debería uno medir los tiempos de llegada a sus apariciones en público. Sería espantoso, por ejemplo, llegar demasiado pronto y andar esperando por ahí con todo el mundo mirándolo. Puede que hasta se pongan a hacerle preguntas antes de que haya tenido oportunidad de meterse unos cuantos tragos entre pecho y espalda. En los auditorios más grandes, es muy probable que exista una entrada de artistas trasera donde un portero de guante blanco le estreche la mano, se dirija a usted por su nombre y le diga que lo estaban esperando. Quizá otro miembro del personal le conduzca hasta su propio camerino, donde le aguarde un perchero de ropa, murmulle una nevera bien provista y zumben algunas bombillas de espejo. A medida que el auditorio se llena y crece la expectación, puede esperar entre bastidores, cabeceando al ritmo de algún temazo, antes de saltar al escenario y recibir una calurosa bienvenida. Pero uno no puede hacer eso en los auditorios pequeños. En el Teatro de Holloway Road de la Universidad de Londres es posible que lo mejor sea llegar justo cuando suena el silbato del tren, por así decirlo.

Barry Unsworth sabía a la perfección lo que hacía. Llegó justo a tiempo e iba acompañado por su esposa, creo, y por otra pareja, como si acabaran de disfrutar de una deliciosa cena en un pub, puede que en el vecino Lord Nelson. Yo mismo me había pasado por allí antes, aunque no se me ocurrió buscar a Barry Unsworth. Tonto de mí. Solo podía estar allí antes de un bolo. En el pub. Tenía todo el sentido del mundo.

La amable señora de la taquilla tuvo que ponerse de puntillas para apoyar su mano sobre el hombro de Barry Unsworth, dado que es un hombre de estatura portentosa, y con la otra mano señaló hacia donde yo me encontraba, encogido junto a las puertas de entrada, como si acabase de recibir un patadón en los testículos. La altura de Barry Unsworth sumada a su estatus literario como ganador del Booker hacían de él una figura imponente, desde luego, especialmente para alguien que le estaba negando una parte de sus beneficios por la venta de entradas. Pero el hecho es que resultó ser un hombre tranquilo y gentil, y mi temor inicial a que me agarrara con sus manazas y me derribara contra el suelo del vestíbulo resultó ser infundado. Mientras todos los que habían pagado entrada se encontraban en algún lugar del interior, aguardando, Barry Unsworth estaba sentado a mi lado, de charla.

Barry Unsworth: ¿Le gustaría que le firme un libro?
F . P.: Sí, por favor. Este.
Barry Unsworth: Ajá, veo que lo tiene todo preparado.

A tenor de los diversos malentendidos que había experimentado antes con autores que no lograron entender mis confusos balidos de borrego, había escrito mi nombre y mi apellido en un trozo de papel, proporcionando una guía diáfana de su correcta ortografía. Como autor público, en las firmas de libros es crucial que escuche con atención a la gente, incluso a los que farfullan.

Al observar con fijeza cada movimiento de Barry Unsworth, reparé en que seguía hablando mientras escribía, sirviéndose del antebrazo izquierdo para mantener las páginas del título abiertas e impedir que estorbasen a su bolígrafo.

F . P.: ¿Le inquieta lo de esta noche?
Barry Unsworth: ¿En qué sentido?
F . P.: Tener que plantarse delante de toda esa gente, hablarles…
Barry Unsworth: Bueno, un poco. Hace tiempo que no lo hago. Aunque me apetece el debate, eso sí. Creo que será interesante.

F. P: Pero se ha tomado unas cuantas copas, ¿verdad que sí?

Barry Unsworth: ¿Usted cree?

F . P.: Para los nervios. En el Lord Nelson.

Barry Unsworth: ¿El Lord Nelson?

F . P.: Con su deliciosa cena de pub, claro.

Barry Unsworth: Pues… no. Hemos cenado en un restaurante. Y solo me he permitido tomar una copita de vino…

F . P.: Creo que debería pedir algo más de vino ahí dentro. Yo de usted pediría un par de botellas.

Barry Unsworth: ¿Un par de botellas de vino?

F . P.: Pregunte a los de la universidad. ¿A esa señorita, quizá? Y pase lo que pase, no se beba el agua, porque está repleta de largos gusanos retorcidos.

Barry Unsworth: ¿En serio?

F . P.: Ajá. Así de largos. *[Extiende los brazos hacia afuera, con las manos en sendos extremos de dichos brazos.]*

Barry Unsworth me tendió mi bolígrafo, así que lo tomé, junto con mi ejemplar de su novela, y sonriendo con calidez se levantó. Iba vestido muy elegante también, mientras que yo iba con ropa de faena y aliento a brandy barato.

Barry Unsworth: Gracias por el consejo, Francis. Un placer conocerle.

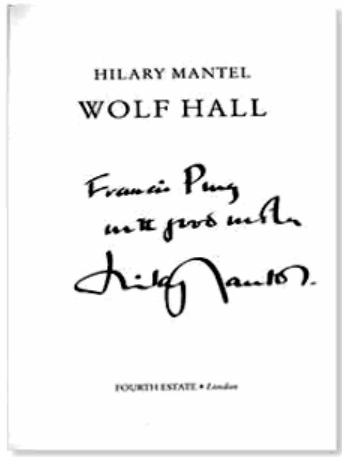
F . P.: Gracias, Barry Unsworth. Buena suerte.

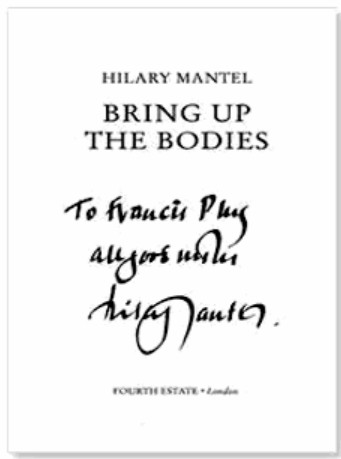
Me quedé sentado en el vestíbulo analizando la firma de Barry Unsworth. La r de Francis, combinada con la F, se asemejaban un poco a un extintor de incendios. Esto era increíble porque siento auténtica devoción por los extintores de incendios, y anhelo descargar uno algún día. Son como pistolas, pero pistolas para bien. De hecho, si William Burroughs, el novelista estadounidense, hubiese apuntado un extintor de incendios al vaso colocado sobre la cabeza de su mujer, es muy posible que ella todavía estuviera viva.

Era un buen tipo, Barry Unsworth, y me entristeció un poco verlo alejarse hacia la multitud. Deseé que cuidaran de él y que le dieran vino gratis a espuertas. En cuanto a mí, decidí marcharme y gastarme el precio de la entrada y más en whiskies varios, y puede que algo de vodka también. No todo el mundo tiene que emborracharse hasta las cejas todo el rato, pero algunos de nosotros sí.

Por desgracia, Barry Unsworth falleció poco tiempo después de que yo escribiera esto. De entre todos los ganadores del Premio Booker que he conocido, él sería sin lugar a dudas uno de los más modestos,

considerados y atentos. Ello puede deberse en parte a que vivió los últimos días de su vida en la campiña italiana, muy apartado de las multitudes y de los agobios de la escena literaria británica.





Cuando me planté en el evento de Hilary Mantel me dolía todo, y puede que apestara un poco. Había pasado el día ocupado en arrancar el tocón de un árbol, los restos mortales de un sicomoro de ochenta años.

En los tiempos que corren, muy pocos jardineros abordarán la retirada de un tocón sin la ayuda de cabestrantes, destoconadoras motorizadas o miniexcavadoras. Personalmente considero estos

avances exóticos y enrevesados. Cuidar la tierra es un proceso simple que no necesita de artilugios modernos y, dado que dichos artefactos no deberían ser operados bajo los efectos del alcohol, suelo recurrir a la pala de toda la vida. La excepción a la regla es la motosierra, que uso cuando no hay suficiente jardín para rodear el tocón y no me queda otra que atravesarlo. Pero yo con una motosierra en las manos tengo mucho peligro, sobre todo por las tardes, después de mi visita de mediodía al pub.

No hay ocasión en la que no me entristezca presenciar la tala de un árbol, pero arrancar tocones no es menos traumático. Quizá sean las raíces, tan resistentes a la exposición que parecen aferrarse a lo más hondo de la tierra con dedos desesperados. Esta es una sensación que quizá pueda experimentar también uno mismo cuando piensa en la vida que le espera como autor público.

Empecé con una pala, cavando un hoyo alrededor de la base del tocón. Una motosierra de alquiler aguardaba silenciosa allí cerca, sobre un escalón pavimentado. La mía la había empeñado meses antes para cubrir ciertas carencias financieras. Cuanto más cavaba, más raíces iban apareciendo, que con diligencia y esfuerzo había que cercenar sin excepción con unas tijeras de podar. De vez en cuando paraba y soltaba una arcada seca como el bostezo de un mono araña. Una vez llegué debajo del tocón, la pala se tornó inservible, y pasé a valerme de un desplantador y de mis manos embarradas. Al fin, merced a un incansable esfuerzo, el tocón empezó a moverse como un diente flojo, desamarrado ya del buque nodriza. Hizo falta entonces un último forcejeo, acompañado de un desesperado y sonoro jadeo. Y allí quedó, arrancado, despatarrado sobre la hierba como la cápsula de escape de un cohete de la NASA. Me quedé tumbado a su lado durante un rato, resoplando y temblando de extenuación. El sudor me corría por la cabeza y el cuello. «¿Por qué hago esto?», pensé. «¡Tendría que estar sentado delante de un escritorio de caoba! ¡Con pluma y tintero!» Tras un vigorizante buche de whisky escocés, retiré las pequeñas y larguiruchas raíces que quedaban prendidas al tocón y arranqué la motosierra para rebanar temblorosamente lo que quedaba de tronco en segmentos circulares, los cuales pensaba vender más tarde por internet.

RUEDAS PARA TRONCOMÓVIL
JUEGO DE CUATRO (MÁS UNA DE REPUESTO)
PRECIO DE SALIDA: 0,99 LIBRAS
GASTOS DE ENVÍO Y EMBALAJE: 725 LIBRAS

Echando el resto, caminé lenta y pesadamente hasta Draper’s Hall, como un enorme y peludo Snuffleupagus. A mi alrededor se alzaban

por todas partes los rascacielos de la City de Londres, sede del distrito financiero. Al igual que los novelistas, los agentes de inversiones se pasan el día entero ocupados en fantasías y cosas imaginarias que no existen en realidad. Pero, a diferencia de la escritura, la suya es una ocupación muy bien pagada, incluso en nuestra nefasta situación económica actual, que ellos provocaron. Nadie se ha molestado en apagar las luces de sus edificios esta noche para ahorrar pasta.

A pesar del sol que ha lucido durante el día, ahora hace mucho frío en la City de Londres, cosa de la que uno tiende a percatarse cuando está haciendo cola en medio de la calle. Tras avanzar a paso de tortuga hasta la acera, enfilamos despacio un lujoso pasillo donde se alinean imponentes retratos de un siglo tramontano. Al otro extremo de la fila, en las cálidas profundidades de las entrañas de Draper's Hall, dos mujeres sentadas a una mesa comprueban apellidos. A una le han asignado los de la A a la M, a la otra los de la N a la Z. Me hallo inexplicablemente atraído hacia la segunda mujer.

F . P.: «Plug».
SEGUNDA MUJER: *¿Plug?* ¿Como «tapón»?

Un hombre de traje y bigote me indica que me dirija hacia una escalinata absurdamente refinada, que asciendo con cierta dificultad, dado lo mucho que me duele el cuerpo. Arriba, un hombre más joven, afeitado a la perfección y también de traje, me escolta al interior de la palaciega Sala de Audiencias, hacia el vino de cortesía. Hay vino de cortesía a gogó. También hay otras bebidas gratis, como zumos y quizá agua, pero el brillo del vino destella como ninguno. El hombre que atiende la mesa de refrigerios tiene las manos cruzadas a la espalda como un policía. No está sirviendo bebidas porque ya se han servido antes, en montones y montones de copas. Se limita a mirarme con fijeza. Quizá me huela también. Cojo dos copas y me alejo paseando hasta un tapiz de lo más impresionante que cuelga de una pared lateral. Hay dos tapices de este género en la Sala de Audiencias, y procedo a comentarlos en voz alta con el supuesto destinatario de la segunda copa de vino.

En lo que a encuentros con autores se refiere, este es, sin duda alguna, el más glamuroso al que he asistido nunca. Es más, posiblemente se trate del edificio más hortera en el que haya estado jamás, punto pelota. Para un autor en ciernes resulta casi demasiado. Demasiado excesivo, demasiado inalcanzable. Al fin y al cabo, para merecer esta suerte de alturas uno tiene que ser igual de especial. Y como primera novelista inglesa que consigue dos veces el Premio Booker, es indudable que Hilary Mantel se ha ganado los galones. Pero en lo que al resto de nosotros se refiere, probablemente sea mejor

prepararse para otra cosa, tipo trasera de tienda, con cero bebidas y cuatro gatos de público.

Se nos invita a pasar al Livery Hall, el salón donde tendrá lugar la charla. Lamentablemente y a diferencia de lo que sucede en otros eventos del Guardian Book Club, hay que dejar las bebidas fuera. Separarse de una mesa todavía repleta de copas de vino es algo que hace que se me encoja el corazón. De modo que no lo hago. Decido quedarme en la Sala de Audiencias, bebiendo el vino de cortesía.

> **Agente de bebidas**: Caballero, haga el favor de dirigirse al Livery Hall.
>
> **F . P.**: ¿Cómo voy a permitir que se eche todo esto a perder? *[Alza otras dos copas.]* ¡Por Hilary! ¡¡Por Hilary!! ¡Por Edmund Hilary! ¡¡Por Edmund Hilary!! ¡¡Por el *sherpa* Kensington!!

Me escoltan en persona hasta el Livery Hall. Mientras hago mi entrada, John Mullan, el entrevistador, está diciendo que Hilary Mantel «por fin lo ha conseguido». Con ello se refiere a su éxito, no a su llegada tardía. Pero este éxito no es el único motivo de que nos encontremos en un marco tan opulento. Resulta que el harto impresionante Livery Hall es también el emplazamiento del antiguo ayuntamiento de Thomas Cromwell y, por tanto, está intrínsecamente ligado a los dos libros por los que Hilary Mantel ha sido galardonada con el Booker. El salón en sí es de planta casi circular, para mayor grandiosidad, y los pilares de mármol marrón chocolate y el estrecho atrio superior hacen que parezca un teatro. Los frescos de los techos representan escenas narrativas, posiblemente shakespearianas, y aun otra colección de sobrios retratos de gran tamaño adorna las paredes. La reina Victoria preside la estancia desde el fondo del escenario elevado, sobre el cual la autora, Hilary Mantel, representa su papel sentada en una silla.

Procedo a ocupar, huérfano de copa, mi propia silla, que es robusta y de madera, con el asiento de cuero. No hay sillas basculantes baratas en el Livery Hall. Hasta la alfombra roja está ricamente bordada, sus arabescos replicados en oro también sobre los pilares de mármol. Lo normal es que un marco como este garantice una concurrencia más refinada, pero el evento de esta noche está abierto al público en general, de modo que cualquier zarrapastroso puede entrar tan campante. Rastreo la muchedumbre con la mirada, en busca de zarrapastrosos.

El evento de Hilary Mantel está lleno de personas mayores, lo que resulta agradable. Los vejetes son geniales. Muchos de mis pubs preferidos se mantienen a flote gracias a su clientela de ancianos, y hay en esto algo que me tranquiliza. Quizá sea que las personas

mayores son demasiado frágiles para resultar amenazadoras, o lo bastante sabias como para no ir en plan tipo duro y ese rollo. Las personas mayores no se esfuerzan demasiado en ser guays, y ser guay tampoco es una cosa que a los bebedores se nos dé demasiado bien. Cuando estás borracho tardas un poco más en procesar las cosas y en ponerte los pantalones, por ejemplo. Lo mismo que les pasa a los viejos.

El micrófono de Hilary Mantel no funciona. Se la oye de todos modos, aunque muy flojito, a través del micrófono de John Mullan. Este no hace ademán alguno de cambiárselo, así que o bien no es consciente del problema o bien es un acaparador de micrófonos. Teniendo en cuenta el frío que hace fuera, es comprensible que se oigan tantas toses. En lugar de acurrucarse delante de la chimenea con un buen libro, el público se ha echado a las heladas calles para escuchar a una escritora. Con el fin de combatir los accesos de tos y estornudos generalizados, Hilary Mantel tiene que proyectar su voz más aún, sin micrófono. Una mujer sube renqueante por el pasillo y se aproxima a mi asiento, el último de la fila. Está intentando sofocar un violento ataque de tos y, con suma consideración, ha decidido abandonar la charla a fin de salvaguardarnos a los demás de sus gérmenes y de esa escandalera infernal. Aplaudo educadamente su gesto cuando pasa a mi lado, y ella me fulmina con sus tumefactos ojos enfermos.

Hilary Mantel dispone de una botella grande de agua para ella sola, no vaya John Mullan a contagiarle algo. Cuando responde a las preguntas de él, da la cara a su público, paseando su mirada entre nosotros, a menudo con una amplia sonrisa. A diferencia de la mayoría de los autores, ella parece estar disfrutando de verdad. Claro que ¿quién no iba a disfrutar, con un bolo en un sitio como este y sabiendo que «lo ha conseguido»?

Su atuendo de esta noche es de un glamur apropiado para la ocasión. Viste un apabullante top de color rojo, holgado, resaltado por un grueso collar negro. Con suerte podré observar este collar de cerca durante la firma, lo que posibilitará un registro más detallado en la sección «Atuendo» de mis notas. Con todos esos pilares de mármol y todos esos retratos de la realeza a su espalda, Hilary Mantel podría pasar fácilmente por una jefa de Estado. A decir verdad, gasta cierto aire a Hilary Clinton. Bueno, vale, su top rojo chirría un poco con la alfombra roja, pero ni que estuviera sentada en el suelo. Está sentada bien arriba, en un escenario.

De repente, un hombre de barba recortada y gafas sube también al escenario, pero no se trata de un espontáneo exhibicionista, ni tampoco de un padre reivindicando justicia. Se trata de uno de los técnicos, que de un eficaz plumazo intercambia los dos micrófonos. A

Hilary Mantel, el plato fuerte, por fin le han dado voz y voto.

> **Hilary Mantel**: Ahora sí que tengo la sensación de estar al micrófono.

No hemos salido del brete aún, empero. Conforme se anuncia la ronda de preguntas, los altavoces emiten un pitido verdaderamente ensordecedor. Tanto es así que me encojo, levantando el brazo para protegerme, literalmente. Para toda la opulencia histórica del local, sí que les está costando manejar las herramientas de la vida moderna, la verdad. En calidad de autor invitado, en casos así tiene usted las manos atadas. Cuando la tecnología falla, estimado lector, lo único que puede hacer es encogerse de hombros y perseverar. Esta noche, Hilary Mantel es todo un ejemplo, plantando cara a este desafío con su espíritu animado y su simpática sonrisa.

Las distracciones no se limitan a lo técnico. Mientras la autora responde con valentía a las preguntas del público, John Mullan se dedica a agitar los brazos como un poseso. Sus aparatosos gestos van dirigidos a una joven armada con un micrófono itinerante y tienen como finalidad apuntar hacia cualquier miembro del público que tenga la mano levantada. La mujer del micrófono tiene una tos feísima, sí, ella también, y este corretear de un lado para otro no la está ayudando ni pizca. Como autor, debe preocuparse usted, por tanto, no solo de no pillar los asquerosos gérmenes de sus lectores, sino tampoco los del personal subordinado del evento. Podría suceder que tenga que sacrificar la proyección de su voz a favor de una blanca mascarilla quirúrgica, como las que llevan los turistas japoneses y Michael Jackson.

Un hombre pregunta por la expresión «por el rabillo del ojo», pues ha reparado en que la autora la ha empleado en los dos libros de Cromwell que lleva escritos hasta la fecha. Esta repetición, no obstante, le había pasado inadvertida a Hilary Mantel, y se produce un momento incómodo cuando el hombre, que sin quererlo ha incidido en un lapsus, se pone a tartamudear un tanto azorado. Hilary Mantel le resta importancia, pero entonces otra mano alzada se interesa por el número de amantes que se afirma tuvo uno de los personajes históricos de la novela. Esto pone a Hilary Mantel en un aprieto, una vez más, obligándola a defender su obra. Pero lo logra, y zanja el asunto con rapidez. Ninguna de las preguntas es demasiado crítica. El numeroso público está aquí para adular su presencia. Está de su lado. Los críticos serios, si es que hay alguno presente, guardan silencio. Con todo y con esto, hay ciertas preguntas que resultan tediosas en extremo. Muestran mayor interés en los hechos históricos y no tanto en el entramado de ficción que Hilary Mantel seguro que ha tardado

años en construir. Ella debe de estar pensando: «A ver, ¿podemos hablar de mi puñetero libro de una vez, por favor?». No obstante, habiendo estudiado con detenimiento su lenguaje corporal, no he detectado que haya puesto los ojos en blanco ni articulado con discreción groseros improperios. Esta contención es algo de lo que todos podemos aprender. Una persona pregunta por qué se airean menos entresijos de la vida privada de Thomas Cromwell en *Una reina en el estrado*, el segundo libro, y Hilary Mantel explica que llegó un momento en el que la vida personal de nuestro protagonista se fue viendo consumida cada vez más por los asuntos de Estado. Quizá la vida de la propia Hilary Mantel esté experimentando ahora el mismo proceso.

Dicen que Hilary Mantel vive en «Budleigh Salterton», pero yo no me lo trago. A tenor de lo que afirma un artículo publicado en un periódico de tirada nacional, Mantel supuestamente recibió a un periodista en su casa de primera línea de playa, antes de que ambos se acercaran juntos al pueblo dando un paseo y cenaran en un restaurante de la localidad. En dicho artículo se llegaba a asegurar, incluso, que Gerald, el marido de Hilary Mantel, había recogido al periodista en la estación de tren de Exmouth. Pero Exmouth está en Devon. Sencillamente no me cuadra. Si un escritor se mudase a Devon para alejarse de todo, lo último que haría es invitar a un periodista (y a un fotógrafo) a que cotilleasen en su casa. Puede que Hilary Mantel se muestre cercana y amable con su entrevistador y su numeroso público esta noche, pero de ahí a invitar a un periodista a su casa, en «Budleigh Salterton»… ¡Venga ya!

La firma tiene lugar en el Drawing Room, otro deslumbrante salón, decorado con enormes espejos, lámparas de araña y bustos de la Reina y de S. A. R. el Príncipe de Gales. Se ha dispuesto una mesa al fondo, y tengo la fortuna de hacerme con una buena posición en la cola, lo que me permitirá escapar pronto para echar un piti. Estoy ansioso por preguntarle a Hilary Mantel sobre el entramado de ficción de sus libros. A cambio, no obstante, me descubro interrogándola sobre la conspiración.

Hilary Mantel: No sé muy bien adónde quiere ir a parar…

F . P.: Me parece que los dos sabemos que se trata de una tapadera, ¿eh, Hilary Mantel?

Hilary Mantel: ¿Una tapadera? ¿Eso cree? ¿Y cuál es su teoría, entonces?

F . P.: Bueno, yo creo que fue *usted* quien escribió el artículo, ya sabe, para despistar a la gente. Para que no

pudieran rastrearla y darle la lata.

Hilary Mantel: ¿Está seguro?

F . P.: Sí, señora, y tanto. ¿«Budleigh Salterton»? *[Suelta una risita.]* ¡Vamos, hombre! Eso no existe. Es evidente que se trata de un pueblecito costero de fantasía pergeñado por su imaginación desbordante.

Hilary Mantel: Hum…

F . P.: Pero no me malinterprete, por favor, me parece una idea brillante. De verdad. Una estrategia de lo más ingeniosa para sacudirse a todos esos chupasangres de encima.

Hilary Mantel: En realidad…

F . P.: En serio, eh… *[Adelanta la mano cerrada en un puño.]* Respeto.

Hilary Mantel: Siguiente, por favor.

Es una vergüenza, pero han recogido todo el vino, así que me pierdo por las callejuelas de la City, buscando dónde echar una meadita. Al final de un estrecho callejón me topo casualmente con el Jamaica Wine House, que en realidad no es más que un viejo pub. Está atestado de agentes de inversiones vestidos con trajes idénticos, pero doy con una mesa vacía, así que decido hacer un alto y ordenar mis notas. El importe de mi cerveza es muy razonable, cosa que se me antoja algo injusto, dada la pasta absurda que gana la clientela.

Al salir, me encuentro en la calle con un grupo de banqueros soltando improperios a voz en grito. Desde luego, no está para nada a la altura de mi velada cultural.

F . P.: El rey Enrique no consentía el lenguaje grosero.

Banquero: ¿Qué?

F . P.: Enrique VIII. Que no consentía el lenguaje grosero.

Banquero: ¿A ti qué te pasa? ¿Tienes un problema o algo?

F . P.: Hay gente que ha acabado en la Torre por decir menos.

Banquero: ¿Por decir qué?

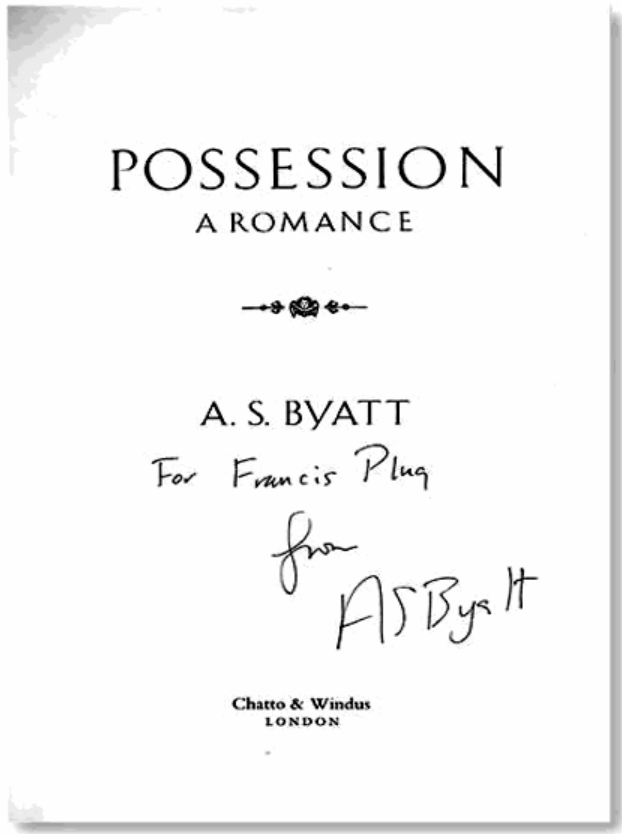
F . P.: Furcia comepuerros.

Banquero: ¿Me estás llamando furcia comepuerros?

F . P.: Al pueblo se la refanfinfla.

Son un pelín agresivos, algunos de estos banqueros. No como los que trabajan en los bancos propiamente dichos, como era el caso de J. K. Rowling. Estos tíos me leen la cartilla y me dan un buen rapapolvo, a pesar de que yo solo me he limitado a citar frases de un libro ganador del Premio Booker, obra de una de las escritoras más

preeminentes de Inglaterra. Con los pelos de punta, me alejo dando tumbos, mientras una nube negra de tebeo planea sobre mi cabeza. Supongo que la mayoría de la gente no reconocería a un autor de renombre, o su obra, ni queriendo, así que mi consejo es que intente pasar desapercibido cuando esté en público.


POSSESSION
A ROMANCE

A. S. BYATT

For Francis Plug
from
AS Byatt

Chatto & Windus
LONDON

F . P.: ¿Señor Bevill? Soy Francis Plug, el jardinero.

Señor Bevill: Ah, sí.

F . P.: Me temo que hoy no podré ir a su casa. Es que estoy malo. Estoy en la cama hecho un currusco.

Señor Bevill: Vaya por Dios. Bueno, espero que…

F . P.: Mire, estoy a punto de entrar en un túnel, así que a lo mejor se corta… *[Bip, bip, bip.]*

Esto de escaquearme del trabajo es algo que no me puedo permitir

en este momento, la verdad, pero a mediodía hay un acto con A. S. Byatt en la librería Foyles. Y antes me gustaría visitar la sala de lectura de la Biblioteca de Londres.

La Biblioteca de Londres se encuentra en la esquina noroeste de St. James Square, cerca de Piccadilly Circus. Es uno de los lugares predilectos de Roland Michell, un personaje principal de *Posesión*, la novela de A. S. Byatt premiada con el Booker. Además, allí quizá pueda codearme con otros escritores de mi tiempo. Por el camino, paso por delante de Hatchard's, la librería más antigua de Londres y que también se menciona en *Posesión*. Paseo la mirada con ansiedad por los escaparates con la esperanza de ver mi libro allí expuesto, antes de recordar que aún no he terminado de escribirlo, por no hablar de publicarlo.

F . P.: ¡Qué tonto!

Me impiden entrar a la sala de lectura de la Biblioteca de Londres varios torniquetes que solo pueden activarse mediante un carnet electrónico. Para tener carnet hay que ser miembro. La mujer con anteojos de detrás del mostrador de recepción me entrega un folleto donde se detallan las cuotas. La Membresía Vitalicia resulta económicamente razonable, a largo plazo. Los jóvenes son los que más tienen que pagar porque son los que más vida tienen por delante. Para los del rango de edad entre dieciocho y veinticinco años, la Membresía Vitalicia cuesta dieciséis mil ochocientas libras. Le pregunto a la mujer si puedo sentarme en la zona proporcionada a este efecto en el área de recepción, con el fin de pensármelo con detenimiento.

F . P.: *[En voz alta.]* ¿Dieciséis mil ochocientas libras? ¡Ja, ja, ja! ¡Dieciséis mil ochocientas libras! ¡Dieciséis mil ochocientas libras! ¡¡Ja, ja, ja!! ¡¡¡Ja, ja, ja!!!

En serio, ¿cómo puede Roland Michell permitirse ese dineral? Es solo un jovenzuelo y, en *Posesión*, un modesto investigador adjunto. Su novia, Val, lo apoya económicamente, soportando sus gastos como quien carga con un saco de patatas. Al ser escritora, seguro que A. S. Byatt se las ve y se las desea para pagar su cuota de miembro, aunque ella, al menos, se ha beneficiado del cheque de cincuenta mil libras del Premio Booker. Ahora bien, ya escribía sobre la sala de lectura *antes* de ganarlo. Y, además, dijo que iba a destinar la cuantía del premio a construirse una piscina en su casa de Francia…

Decido sacar el máximo provecho a mi estancia en la recepción de la Biblioteca de Londres escribiendo un poema. Lo titulo así: *Caca, culo, pedo, pis en la Biblioteca de Londres.*

Cuando llego a Foyles queda tiempo de sobra antes de que empiece

el acto con A. S. Byatt, así que me planto en el escaparate, de cara a Charing Cross Road. Estoy junto a los libros recomendados, con los brazos en jarras. Una viandante aminora el paso para mirar hacia el interior, así que mis manos y mis brazos se extienden como activados por un resorte y señalan cual flechas indicadoras los volúmenes expuestos. Esbozo una cálida sonrisa con la cabeza ladeada, la boca abierta, pero ella retoma el paso y se aleja apresuradamente. ¡Cero ventas!

La mayoría de las personas que pasa por delante del escaparate ni se molesta en echar un vistazo al interior, y eso que los libros están dispuestos de una manera completamente extravagante. Si mi libro estuviera en el escaparate, trataría por todos los medios de que estuviese sujeto a una varilla de alguna clase. El libro estaría calzado en una estructura pendular a pilas que haría que la varilla oscilase hacia delante y golpease la cristalera de manera repetida, atrayendo así a los peatones. A modo de varilla quizá sirviera una baqueta, bien prendida a mi libro con cinta de carrocero. Este artilugio pendular sería una especie de metrónomo que funcionaría como un limpiaparabrisas con proyección hacia delante y que, con su movimiento, impulsaría mi libro como a un niño en un columpio, haciendo posible de esta manera que la varilla, la baqueta o lo que fuera produjera un sonoro golpeteo contra el cristal y, de esta manera, llamase la atención de los viandantes. Columpiándose adelante y atrás, adelante y atrás, repitiendo su persistente repiqueteo contra el cristal.

Uso mi bolígrafo para dar unos golpecitos contra el cristal y, efectivamente…

> **Guarda de seguridad**: Disculpe, caballero, ¿podría salir de ahí, por favor?
>
> **F . P.**: Funciona, ¿lo ve? Cuando golpeo mi bolígrafo contra el cristal, la gente se vuelve y mira hacia el interior del escaparate. Donde están los libros. Quizá les interese…
>
> **Guarda de seguridad**: Por aquí, caballero, haga el favor.

Hasta las librerías cuentan ya con la protección de tipos musculosos. Y no se entiende, la verdad, porque tal y como quedó demostrado durante los disturbios de 2011, las librerías son el último sitio que quieren asaltar las bandas de saqueadores.

> **Guarda de seguridad**: Salga *ya*, caballero, por favor.
>
> **F . P.**: ¡Mire! *[Golpea aparatosamente la cristalera, mientras gesticula a los viandantes.]* ¡Miren al interior, por favor! ¡Libros bonitos! ¡Miren qué libros tan bonitos!

The Gallery es una sala cerrada que hay en el interior de Foyles, apartada de las estanterías. Estoy sentado en la última fila, en una silla que es de color rojo nariz de payaso. En el suelo, junto a la silla, hay un cartel impreso en una hoja tamaño A4 donde se puede leer: RESERVADO.

Me hago con él para utilizarlo más tarde, porque cuando bebes a solas en un pub y sales a echar un piti, o vas al aseo, a menudo te quitan el sitio aprovechando tu ausencia.

Hay una cámara de vídeo montada en un trípode nada más cruzar la puerta, y un segundo trípode sujeta con firmeza un amplificador. Sentada a un escritorio, Antonia S. Byatt luce un grueso jersey de lana negro de cuello alto, enrollado y excepcionalmente holgado. Si desenrollase este cuello, le cubriría la cara y continuaría por encima de su cabeza formando una especie de embudo. Tiene la cara redondeada, canas y el título de comendadora de la Orden del Imperio Británico.

En la sala hay veinticinco focos de luz diferentes, además de otros ocho centrales con forma de sandías o de peces globo flacos. Todos ellos se alían para sobresaltar el mejor perfil de A. S. Byatt, y cualesquiera otros perfiles que se tercien también. Cuanto más me fijo en ella, más se me parece a una ilustración del viento. Me la imagino, puede que a colación de una pregunta retorcida, lanzándonos despedidos de un soplido, y cada vez que se inclina hacia delante para recalcar un punto de su intervención, me agarro con fuerza a la silla.

> **A. S. Byatt**: Creo que es muy peligroso incluir a personas reales, que conoces, en las novelas. Personas que no pueden responder.

En *Posesión*, Roland Michell y su amiga Maud tratan de meterse en la mente de los poetas que están analizando a fondo. Contemplar a A. S. Byatt sometida a un interrogatorio por parte del entrevistador, primero, y por parte del público ahora, hace que me sienta como si estuviéramos tratando de colarnos en la suya también. Me encantaría saber si, a pesar de encontrarse en este acto multitudinario, estará pensando en su despacho y en su parcela de acantilado calizo de Flamborough Head, en Yorkshire. O en las urracas y los periquitos verdes que pueblan las copas de los fresnos circundantes.

Sé qué aspecto tiene el despacho de A. S. Byatt porque publicaron una fotografía en el periódico. Formaba parte de una serie de reportajes semanales que ofrecía una de las secciones del suplemento cultural de los sábados donde se mostraban los escritorios y los ordenadores de escritores famosos, y el entorno donde escribían y creaban. A cada fotografía la acompañaba un texto descriptivo

elaborado por el propio autor, donde hablaba sobre su despacho y sobre dónde consiguió su silla, y sobre qué representaba este cuadro o aquel y quién le había regalado este o aquel adorno. Por desgracia, abrir en canal tu vida íntima de esta manera es una senda de paso obligado para todo autor público actual, para la cual debe estar usted preparado. Lo bueno es que supongo que es lo más cerca que llegará a estar usted jamás de salir en la serie *Cribs* de la MTV.

Aunque el espacio en el que escribe A. S. Byatt haya perdido todo su misterio y encanto, me queda aún el resto de su casa sobre el que hacer elucubraciones. En mi imaginación, el vestíbulo es como el de una estación de metro. Grandes carteles llenan las paredes ennegrecidas, empastados encima de fajos de otros carteles amarilleados, y diminutas palabras en tipo 8 cubren la superficie de cada cartel. El suelo del vestíbulo es de losas deslizantes, como las del vídeo ese de Jamiroquai, solo que se mueven mucho más rápido. De las paredes del enorme salón cuelgan cientos y cientos de cabezas de animales disecados, y todas las cabezas hablan: leen en voz alta cada una un audiolibro. Por ejemplo, un oso hormiguero lee *Beowulf*, mientras que una cabecita de lagarto recita *La Peau de chagrin*, de Balzac. El cuarto de baño presenta la disposición exterior de una gasolinera, con una pistola dispensadora a modo de alcachofa de ducha, pistolas dispensadoras por grifos, y un cajero automático. Y la cocina consiste en una gigantesca dentadura, donde cada muela alberga un electrodoméstico, armario o cajón distinto. Cuando toca comer, la hilera de dientes superior se levanta y proyecta hacia fuera una lengua retráctil, que es la mesa de la cocina.

A. S. Byatt está firmando libros sobre una mesa que es lisa y de madera. Da la sensación de ser una persona simpática y amable. Como un agradable viento cálido. Tengo las manos sudorosas con tanto foco.

F . P.: Hola, A. S. Byatt.

A. S. Byatt: Hola.

F . P.: Esto… ¿le importa si la menciono, a usted como *persona real*, en un libro?

A. S. Byatt: ¿En qué clase de libro?

F . P.: Verá, es un libro sobre eventos con escritores, sobre autores en público, interactuando con el público.

A. S. Byatt: Entonces, ¿es no ficción?

F . P.: Más o menos. Es decir…, si empleara esta conversación, por ejemplo, no lo haría de manera *literal*, porque tengo muy mala memoria. Así que tendría que improvisar.

A. S. Byatt: Mmm. ¿Y qué finalidad tendría, exactamente? El libro, digo.

F . P.: Oh, es… es como una especie de guía. Una guía de autoayuda.

A. S. Byatt: ¿Una guía de autoayuda?

F . P.: Sí.

A. S. Byatt: ¿?

F . P.: Bueno… esto… ¿y lo de la Biblioteca de Londres? ¿Qué me dice? Muy fuerte, ¿no?

A. S. Byatt: ¿Qué pasa con la Biblioteca de Londres?

F . P.: O sea, manda narices lo carísimo que es ese sitio, ¿eh?

A. S. Byatt: ¿Ah, sí?

F . P.: Bueno… puede ser. *[Se hace una pausa incómoda.]* ¿Se ha fijado usted en esas sillas de color rojo nariz de payaso?

A. S. Byatt: ¿Dónde?

F . P.: Ahí mismo.

Me acerco a la primera fila de asientos y saco una de las sillas a rastras. La levanto con mis manos sudorosas y me la coloco patosamente encima de la cabeza, delante de la cara.

F . P.: ¿Lo ve, A. S. Byatt? Parezco un payaso…

El pub Pillars of Hercules queda aproximadamente a veinte segundos andando desde la librería Foyles, por un callejón que huele a orina reconcentrada. Era el preferido de Martin Amis, Ian McEwan y Julian Barnes. El despacho de Martin Amis también salió en el periódico. Era «una construcción independiente al fondo de un pequeño jardín de cemento», con un techo acristalado «cubierto de hojas y ardillas». Él no ha ganado el Premio Booker, pero su padre sí.

En unas famosas declaraciones, Julian Barnes calificó el Booker de «bingo pijo». Más tarde, cuando lo ganó, dijo: «El Premio Booker tiende a desquiciar un poco a la gente». Uno de sus primeros libros, *El loro de Flaubert*, es una novela de ficción sobre un escritor real, Gustave Flaubert, el autor de *Madame Bovary*. En ella, Julian Barnes hace una serie de interesantes disquisiciones acerca del porqué de ese deseo del lector de perseguir al autor:

> ¿Por qué lo que escribe el escritor nos impulsa a perseguirlo? ¿Por qué no podemos dejarlo estar? ¿Por qué no nos basta con los libros?

Ian McEwan también ha ganado el Booker. Es probable que ahora él y Julian se hagan cargo de la cuenta del pub, mientras Martin se lamenta de no tener la pasta de un premio importante.

Martin Amis: ¡Cabrones!

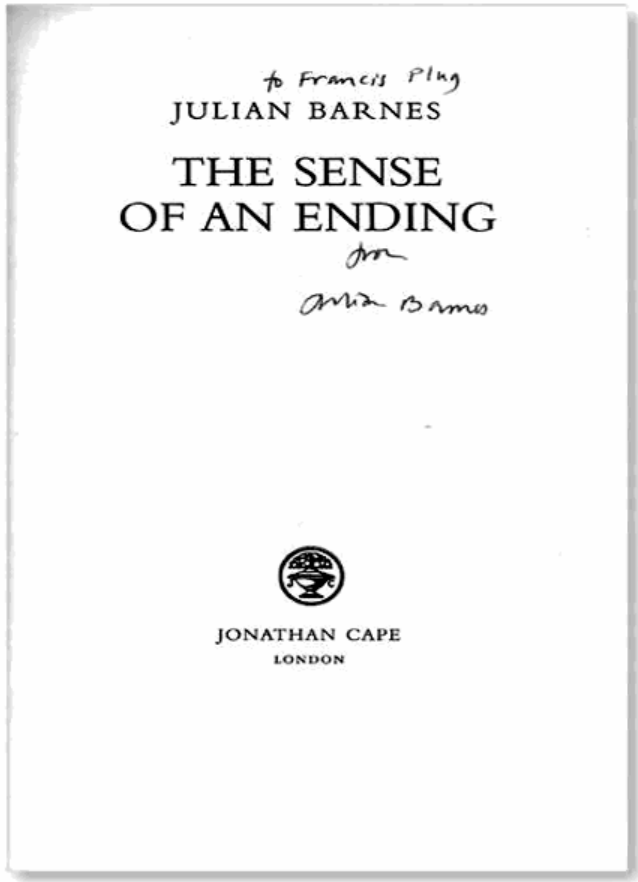
A los tres amigos debe de preocuparles que las viejas costumbres se estén perdiendo, especialmente ahora que el Premio Booker está abierto a los estadounidenses. Otro importante debate de actualidad es si el libro digital llegará a reemplazar al libro físico. Yo creo que no. Cuando yo era niño, llevar un reloj digital era lo más y ¿dónde están ahora? Mi teoría es que, en realidad, el libro digital se diseñó para los astronautas de la NASA, para reducir bultos. Además, la galaxia es muy oscura, y los libros digitales tienen luz. Pero ahora han suspendido las misiones espaciales porque son demasiado costosas y porque las lanzaderas explotan cada dos por tres. Esto ha dejado a los fabricantes de libros digitales con los almacenes repletos y sin poder darles salida, así que ahora están intentando encasquetárselos a las personas de a pie.

Hay una pareja apoyada en la barra a mi lado, así que los hago partícipes de este debate.

> **F . P.**: Es una engañifa total. No necesitamos artilugios espaciales. Usted, señora *[señala con un dedo al vientre de la mujer]*, no es la teniente Uhura, y usted, caballero *[señala con un dedo al vientre del hombre]*, no es el capitán James T. Kirk.

Me planto fuera del Pillars of Hercules como un pequeño tocón humeante que sigue consumiéndose tras la contención de un incendio forestal. Lúgubres pensamientos pueblan mi cabeza. No sé lo que el futuro tendrá reservado para mí, pero seguro que no salgo de pobre y que me seguirán atosigando desde Hacienda por mis desgravaciones. Los inspectores tributarios que envían cartas generadas por ordenador con palabras en negrita bien podrían ser un pelín más piadosos. Y lo mismo digo de mi banco: está claro que no tienen ni idea de la inabarcable naturaleza del arte de la escritura. También me preocupa lo inteligente que es A. S. Byatt, y si yo, como compañero de profesión, no seré un poco cortito en comparación.

Pero no teman, camaradas autores. ¡Solo llevamos cinco capítulos! ¡Nos aguardan grandes éxitos!



Al igual que A. S. Byatt, Julian Barnes parece muy inteligente. Hay autores que firman libros en los hipermercados Asda, pero Julian Barnes lo hace a lo grande, en el Sheldonian Theatre de Oxford.

La galería superior del Sheldonian alberga las localidades «baratas». Quizá sea porque las «localidades» son tablones de madera dispuestos de forma escalonada. El respaldo, por tanto, son las piernas

de la persona que se sienta detrás. Antes de la presentación, me he tomado unos tragos en el White Horse, un pub situado en la acera de enfrente y que ha recibido a personajes tan insignes como Winston Churchill, Bill Clinton y el inspector Morse. Pero tan pronto como me embuten en mi localidad de quince libras como en una lata de sardinas, empiezo a arrepentirme de haber bebido. Las localidades de la galería inferior, más espaciosa, cuestan veinticinco libras, mientras que las de la platea salen por la friolera de cincuenta libras. En un avión, eso equivaldría a viajar en primera clase, con Julian Barnes como comandante, y su entrevistadora, Hermione Lee, como copiloto. No obstante, aparte de contar con espacio extra para las piernas y respaldo no abatible, los ocupantes de las mejores localidades no están demasiado bien servidos. Disfrutan de una vista decente del comandante, pero al final resulta que, al igual que los demás, no tendrán la oportunidad de hacerle preguntas en el acto de hoy, ni tampoco de que les firmen personalmente sus libros más tarde. Seguro que esperan con anticipación alguna suerte de espectáculo de luces que justifique el precio de sus entradas. Puede que el fresco del techo del teatro sea majestuoso, con su alegoría representada por querubines y nubes ardientes, pero ni rastro hay de una red repleta de globos, listos para caer sobre nuestras cabezas.

Aunque la presentación sí que arranca con una ceremonia. Julian Barnes recibe el galardón literario del *Sunday Times*, que tiene la forma de un orinal de cerámica blanco y negro con dos asas. Dado que me perdí la entrega del Premio Booker, esta es una buena oportunidad para ser testigo del protocolo que entraña una ocasión así. Julian Barnes está de lo más elegante con su traje gris marengo y su camisa azul celeste abotonada al cuello y sin corbata. Su breve discurso es modesto, claro y también alegre. Menciona la hegemonía de Hilary Mantel en los premios literarios de este año, dice que casi espera que esta aparezca por la puerta de un momento a otro reclamando para sí también este galardón. Una vez concluido este interludio, Barnes toma asiento y bebe un sorbo de agua de un vaso chato y rechoncho. Hermione Lee arranca la entrevista con afán de explorar un posible nexo común entre los numerosos libros de Julian Barnes. Él, sin embargo, no se muestra nada dispuesto a hacer tal cosa. Tiene el codo apoyado en la mesa lateral, con el antebrazo cruzado de cara a Hermione Lee, en una postura decididamente defensiva.

> **Julian Barnes**: No suelo recapitular sobre mi obra, salvo en ocasiones como esta, cuando me obligan a hacerlo. No creo que sirva de mucho.

Ay. Qué poco entretenido es esto. Demasiado serio y deprimente.

La cerveza del White House presiona, pero estoy totalmente acorralado. Imposible hacer mutis por el foro para echar una meadita, y aún menos para echar un piti. Ahí abajo, en sus sillas hechas y derechas tapizadas de color malva, los de las cincuenta libras se llevan las manos a la cabeza. Es como si estuvieran sentados delante de una tele en un William Hill contemplando como el galgo por el que han apostado cincuenta machacantes muerde el polvo detrás de los demás perros, a la cola de la jauría. Pero entonces Julian Barnes empieza a contar una anécdota sobre su abuelo matando pollos y todos nos animamos de repente. Que él recuerde había un artefacto para retorcerles el pescuezo, mientras que en el recuerdo de su hermano el padre los decapitaba, la cabeza del pollo caía al interior de una cesta y del cuello salía sangre a borbotones.

He aquí un fantástico recurso, mi estimado autor en ciernes. La presentación va mal y la gente está que trina, en particular la que se ha gastado un dineral. Todo apunta a un inminente desastre. Pero el autor introduce una historieta sobre unos pollos decapitados y salva el evento. Si seguimos este ejemplo y llevamos siempre en la manga un cuento, pongamos que sobre el arponeo de un pez, es posible que salgamos airosos.

Ahora que tiene a todo el mundo contento, Julian Barnes se pone de pie y coge su trofeo de cerámica. Entonces se eleva en el aire de manera portentosa, tirado por unos finos cables que nadie había visto hasta ahora. Sus manos se aferran a las asas del orinal, mientras sus codos aletean, cual alas de pollo. En lo alto, los de las localidades baratas del gallinero obtenemos por fin una perspectiva cercana del autor mientras revolotea ante nosotros. Lleva un micrófono manos libres sujeto a la cabeza y empieza a cantar, repitiendo en verso el cuento de la muerte del pollo. De repente, la cabeza se abate hacia delante y cae con todo su peso en el interior del orinal blanco y negro con un *clonc*. De su cuello brota una fuente de confeti, y la muchedumbre irrumpe en aplausos.

En retrospectiva, parece un tanto difícil de creer. Quizá Julian Barnes no se equivocaba cuando escribió lo siguiente en su novela galardonada:

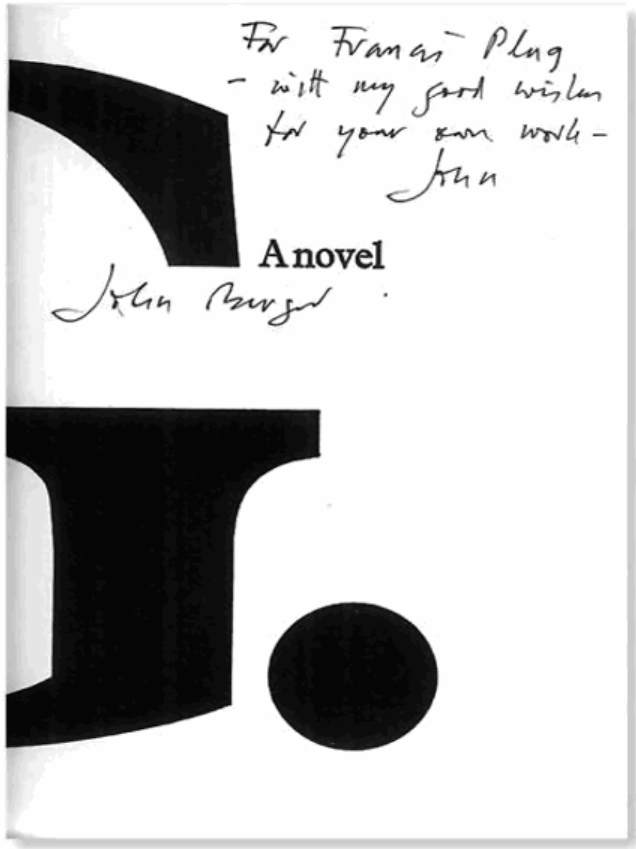
> Esto último no es algo que viera en realidad, pero lo que uno acaba recordando no es siempre lo mismo que lo que ha presenciado.

Más tarde, bajo zumbando por la escalinata en espiral y sigo descendiendo hasta los aseos del sótano. Julian Barnes también está en las profundidades del teatro; hace corrillo con un reducido grupo

de personas un poco más allá de los aseos. Tiene la cabeza intacta y ahora lleva puesta una larga gabardina color caqui. Posponiendo mi urgencia fisiológica un poquito más, me acerco con mi libro y su correspondiente hojita de guía para la dedicatoria.

F . P.: Ha sido impresionante lo del aleteo en el aire. Y lo de su cabeza decapitada…

Julian Barnes: Disculpe, ¿cómo dice?



El papel que desempeña el escritor ya no es lo que era. Pero tampoco lo es el empleo de jardinero. Por ejemplo, hoy mismo, cuando haya terminado de plantar estos bulbos y de podar este jazmín y esta hiedra, tengo toneladas de hojas que barrer, auténticas toneladas. Esto se debe a que el otoño se está alargando por culpa de las emisiones de todos esos vehículos SUV. Las emisiones están elevando las concentraciones de gases de efecto invernadero, lo que provoca la

retención del calor en la atmósfera y, en consecuencia, el desbarate de los patrones climatológicos. Quien tiene que arreglarlo no soy yo, es el Gobierno, pero no solo no lo hace, sino que sus miembros se dedican a circular en Jaguar y a volar por ahí en jets.

Estos cambios medioambientales están destinados a convertirse en el equivalente a la era digital para el jardinero. Las temperaturas se volverán más y más caóticas, y si los jardineros no evolucionamos nos quedaremos rezagados. Aun así, digo yo que habrá que seguir repasando los bordes de las extensiones de césped, y que el jazmín no dejará de crecer. La gente que tiene ordenador todavía usa grapadora.

El palacio de Buckingham es muy útil para conseguir estiércol. Es el paraíso de los excrementos de caballo, sobre todo en la zona adoquinada de la periferia y en el largo tramo de asfalto rojizo, conocido como The Mall, que conduce hasta la entrada. Al recoger unas pocas boñigas, que introduzco a paladas en bolsas de plástico, contribuyo a embellecer la zona para el visitante de ultramar y le ahorro que sus torpes pies de turista pisen las cacas. De no ser así, la plasta se incrustaría entre los dibujos de las suelas de goma de sus zapatos y, tarde o temprano, acabarían restregándola por Harrods o el Ritz.

John Berger hace frecuentes alusiones a los caballos en *G.*, su novela ganadora del Premio Booker. Aparecen descritos como criaturas honorables, como armas y como olores que se le quedan a uno en las manos. En un momento dado, se llega incluso a comparar la cabeza de un caballo al galope con un pene. Hoy hay un encuentro con John Berger en el Instituto de Arte Contemporáneo (ICA), que se halla más adelante en The Mall, cerca de Trafalgar Square. No me puedo permitir el precio de la entrada de ninguna de las maneras, pero tampoco importa, porque están agotadas.

De entre todos los ganadores del Premio Booker, es probable que John Berger sea el que goce de peor fama. Cuando le entregaron el premio en la ceremonia oficial de 1972, su discurso de agradecimiento provocó una airada controversia. Acusó a Booker McConnell, el patrocinador del premio, de contribuir a la situación de pobreza que sufre el Caribe en la actualidad, dando a entender que este mayorista alimentario había amasado su fortuna recurriendo a medios abusivos de explotación. Por si fuera poco, Berger anunció a continuación que donaría la mitad del premio a los Panteras Negras, pues consideraba que las ideas socialistas y revolucionarias de este partido estaban en consonancia con su propia ideología marxista. Esta salida levantó muchas críticas, y el escritor fue tildado de rebelde y marginado de los demás autores contemporáneos. Ahora que vive apartado de la escena literaria, en una granja remota en lo alto de los Alpes franceses,

resulta lógico suponer que puede evitar la asechanza de los medios de comunicación, del público y, también, de los entrometidos como yo.

El mejor momento para recoger estiércol de caballo gratis en The Mall es después de un gran desfile, como los que se celebran con motivo de los enlaces matrimoniales de la realeza o de la muerte de una reina madre. Es en estas ocasiones cuando salen todos los caballos, que tienden a ponerse nerviosos con tanta gente, tanta moto y tanta cámara de televisión, y cagan más. Los excrementos frescos de caballo suelen precipitarse sobre el suelo en forma de pelotas grandes. Su textura no dista mucho de la de un humeante panecillo de pascua recién hecho; la costra marrón oscuro es semejante a la crujiente superficie tostada que deja el azúcar, mientras que el interior posee una ligazón ligeramente pastosa que a menudo queda expuesta tras la caída en picado sobre el duro asfalto. Cuanto más intactas están las boñigas, más fáciles son de introducir a paladas en mis bolsas de plástico, aunque también es posible reunir y apiñar hasta las plastas más despachurradas si raspo bien el recogedor contra el áspero suelo asfaltado. Mis clientes se quedarían de piedra si supieran que son los caballos de la Reina los que hacen crecer sus flores, y no las cacotas de alguna oveja o vaca corriente y moliente. Entrega especial de boñigas de primera gracias a Su Majestad y a Francis Plug.

Mi ejemplar de *G.* también va envuelto en una bolsa de plástico, para protegerlo del estiércol. Se trata de una primera edición y no es mía, todo hay que decirlo, así que es importante que mantenga a *G.* a salvo de la caquita de los caballitos.

Una boñiga endurecida entra rodando en mi recogedor inclinado cuando se me acercan dos policías.

Policía: Caballero, ¿se puede saber qué está usted haciendo?

F . P.: Esto… Solo estoy retirando algunas boñigas de caballo.

Policía: ¿Y podría decirme con qué fin?

F . P.: Esto… Es para usarlas en el jardín…

Policía: Para usarlas en el jardín, ya. ¿Me da su nombre, caballero?

F . P.: Francis Plug.

Policía: Francis ¿qué?

F . P.: Plug.

Policía: ¿Plug? ¿Plug como «tapón»? ¿Como tapón de bañera?

F . P.: Ajá.

Policía: ¿Es su apellido real?

F . P.: Sí.

Policía: ¿Podría mostrarme alguna identificación, señor *Tapón*?

Saco mi carnet de identidad de la cartera.

Policía: «Francis Plug.» Increíble. Bien, pues veamos qué lleva en esa bolsa, señor *Tapón.*

Abro la solapa de mi bandolera.

Policía: Hum. Caca de caballo, sin duda.

Segundo policía: *[Suelta una risita.]*

Policía: ¿Y qué lleva en esa bolsa de plástico?

F . P.: Un libro, se titula *G.*

Policía: *¿G?* A ver que lo vea, démelo, por favor. ¿Por qué lo lleva envuelto en una bolsa de plástico?

F . P.: Por las boñigas.

Me miro las botas de jardinero.

Policía: Muy bien, señor *Tapón*…

Segundo policía: *[Suelta una risita.]*

Policía: Le voy a pedir que se marche y que de ahora en adelante se abstenga de recoger más CACA DE CABALLO, ¿está claro? Porque esa de ahí es la residencia de la REINA y no nos gusta tener a gente acuclillándose en la carretera de acceso a la RESIDENCIA DE LA REINA. Es un poco SOSPECHOSO. ¿Entendido?

F . P.: Sí.

Policía: Muy bien, pues circule. ¡Y se acabó lo de recoger caca de caballo, Francis PLUG!

Se ríen, los dos policías se están riendo de mí. Me tiemblan las manos al introducir el recogedor en la bolsa de plástico blanca. El recogedor es celeste y está embadurnado de restos de estiércol color verde parduzco. Huele a caca de caballo, que es un olor agradable, olor a campo, buen olor. Me siguen temblando las manos mientras cierro la bolsa herméticamente, pero esto no es actuar de manera sospechosa. No. Ni siquiera estoy mirando hacia la residencia de la Reina, solo estoy recogiendo boñigas de la carretera, adecentando los alrededores, ayudando a los turistas. Me queman la cara y el cuello mientras me alejo de la residencia de la Reina.

F . P.: *[Murmura en voz alta.]* IDIOTAS DE LOS COJONES. NO OBRABA DE MANERA SOSPECHOSA… ¿SABÉIS LEER SIQUIERA? A LO MEJOR DEBERÍAIS APRENDER, PORQUE MUY LISTOS NO SOIS, LA VERDAD.

Cuando llego al ICA, voy directo al bar para repostar.

F . P.: Un trago, por favor, hasta arriba.

Sentado a la barra cerca de mí hay un grupo de personas hablando de un olor. Esto me hace recordar un pasaje de *G*. en el que John Berger describe el olor de la tierra durante una fuerte tormenta, justo en el momento en el que descarga la lluvia y esta empieza a empaparlo todo. Huele a carne, escribe Berger.

Hombre: Es mierda, seguro. A eso huele. El tío ese de ahí.
Mujer: ¡Dile algo! ¡Es asqueroso!

Una silla rechina contra el suelo.

Hombre: Disculpa, colega. Nos viene un olor espantoso de aquí. Apesta a mierda, la verdad.
F . P.: No soy yo.
Hombre: Ya, pero viene justo de aquí. Y antes de que llegaras no olía a nada. Tiene que estar saliendo de ti, no queda otra.
F . P.: No, sale de los caballos. De sus culos.

Me pongo a hurgar en mi bandolera, saco un puñado de boñigas y las agito en el aire.

Hombre: ¡Puaj!
F . P.: Una pareja de policías ha intentado arrestarme por esto. Pero ya estaba en la carretera, junto a la residencia de la Reina, no en el culo de un caballo.
Hombre: ¡Puaj!

El hombre se pone a hablar con el camarero de la barra, que me mira, siguiendo la dirección del dedo con el que el hombre me señala.

Camarero: Disculpe, caballero, va a tener que abandonar el local.
F . P.: Pero necesito unos tragos, en serio. Estoy pasando por una mala racha.
Camarero: *[Menea la cabeza.]* Lo siento, pero no puede

estar aquí. Es un olor repugnante. Los otros clientes se están quejando.

F . P.: Es un olor fresco a campo. Como… Como *Belleza negra.*

Camarero: No, mire, aquí hay personas intentando comer. ¿Lo entiende? Les está usted quitando el apetito.

F . P.: ¿Y qué hacen comiendo aquí? ¡Esto es un bar!

Camarero: Se lo ruego, caballero.

F . P.: Pero… Pero ¿qué me dice de los cuadros esos de excremento de elefante? ¿Se acuerda? En la galería de arte aquella. ¿Dónde fue? La gente pagó una pasta para verlos.

Camarero: *[Menea la cabeza.]*

F . P.: ¿Me deja que me acabe esta al menos?

Camarero: *[Menea la cabeza.]* Tiene que abandonar el local ahora mismo, caballero.

F . P.: [*Tararea en voz alta la melodía introductoria de* Belleza negra.]

John Berger se encuentra en el interior de la sala 1 del cine, así que me siento en el banco de cuero rojo que hay afuera, esperando a que salga. Aunque no tiene mucho sentido, la verdad. Si mi intención es ofrecerles a mis lectores consejos sobre cómo ser un autor público, tendría que estar dentro del cine, con el autor público. En el mejor de los casos, puedo esperar y pillar algunos trucos sobre cómo firmar libros, y ahondar quizá en la indumentaria del escritor. ¿Qué otra cosa podría esperar si no? ¿Que solo por plantarme cerca de un autor famoso de carne y hueso se me pegue algo de esa aura y ese talento suyos tan preciados? ¿Por transferencia, como partículas de polen que las corrientes de aire arrastraran y rociaran sobre mi persona?

¡RIDÍCULO!

No soy el único que aguarda. Un hombre sentado algo más allá en el mismo banco carga con una bolsa negra con tres o cuatro libros de John Berger. Lo he visto antes en otras firmas de libros. Su razón para estar aquí me parece a mí que es puramente económica. Su nariz es una nariz con olfato para las inversiones.

Tras desenvolver mi novela, la deposito sobre mis muslos, no vaya a infiltrarse alguna secreción glandular de mis manos sudorosas en el diseño de la sobrecubierta y arruinar los pigmentos de color rojo. Para mantener el libro en equilibrio, junto las rodillas, imaginándome que soy una mujer de la década de 1950 con un bonito vestido, esperando a que me saquen a bailar. Levanto la vista y me llevo una sorpresa al encontrarme al inversor bibliófilo plantado delante de mí.

Inversor bibliófilo: ¿Sabe usted de dónde sale ese olor?

F . P.: ¿Qué olor?

Inversor bibliófilo: ¿Usted no lo huele? Es como a abono. A excremento animal…

F . P.: A lo mejor son estos asientos de cuero…

Inversor bibliófilo: ¿Está esperando a John Berger?

F . P.: Sí.

Inversor bibliófilo: *[Señala mi libro con un ademán de la cabeza.]* No se ven muchos ejemplares de tapa dura de *G*. por ahí. *[Saca de su bolsa un ejemplar de tapa dura casi idéntico.]* Yo sí tengo uno, claro…

Observa el ejemplar que tiene en la mano, dándole la vuelta, comparándolo con el mío.

F . P.: ¿Sabe qué? John Berger dijo en una ocasión: «La imaginación no es la capacidad de inventar, como a veces se cree; la imaginación es la capacidad de desvelar lo que existe».

Inversor bibliófilo: *[Menea la cabeza.]* ¿Eso dijo?

F . P.: ¿Usted cree en los duendes?

Inversor bibliófilo: No. ¿Usted sí?

F . P.: Sí.

Se aleja con pasos apresurados por el enlosado de grandes baldosas negras incrustadas de piedrecitas irregulares. Cuando se sienta, tira de su jersey hacia arriba y se tapa la nariz.

El evento de John Berger se está alargando más de lo previsto, y ya han empezado a congregarse los espectadores de la próxima sesión. Algunos olisquean el aire, otros susurran. Levantan las narices como si no hubieran olido una granja en su vida. Esto empieza a cabrearme. El interrogatorio de la policía. No haber podido echar un trago. Y ahora esto. Atraer una atención no deseada por culpa de unas boñigas desmenuzadas. Voy a perder los papeles. Lo veo venir.

F . P.: ¿Qué hago aquí? ¿Aprender a ser un autor público? Pero estoy en el vestíbulo. Apestando a mierda. Piedrecitas irregulares que apestan a mierda…

De repente, las puertas de la sala 1 se abren de par en par y una multitud empieza a salir del interior como un chorro de aire escapando del interior de un globo. El inversor bibliófilo se cuela entre la muchedumbre de la siguiente sesión, que avanza forcejeando contra la riada saliente. ¿Estará John Berger firmando libros *dentro de la sala*? ¿Debería estar yo también abriéndome paso a empujones? No, por ahí escapa, Berger avanza a contracorriente. Lo sujeta con firmeza

del brazo una mujer más joven que lo conduce derecho hasta las puertas automáticas y al exterior, hacia The Mall. Me levanto de golpe y salgo a la zaga, a trompicones, como si tratara de agarrar a John Berger por la cola de su abrigo imaginario.

En la calle, lo veo ahí de pie, con la cabeza inclinada hacia delante, encendiéndose un cigarrillo. A pesar del azote helado del viento, no lleva más que una camisa abotonada, con las mangas arremangadas. John Berger no es un hombre alto, pero tiene planta de ser un tipo fuerte y en forma, de esos que se cortan su propia leña. Me resulta difícil creer que hace tiempo que cumpliera los ochenta y que sea, por tanto, uno de los ganadores más ancianos del Booker. Antes que el suyo, solo se entregaron tres premios, y solo uno de esos galardonados sigue en el mundo de los vivos.

En un abrir y cerrar de ojos, John Berger se ve rodeado de admiradores que buscan establecer contacto físico con el objeto de su devoción. Esquivar a los típicos fumadores con ganas de charla a las puertas de los pubs u otros edificios públicos ya es una lata, pero si encima eres autor de renombre, entonces te conviertes en una auténtica diana. Mi consejo para estos casos es que tenga usted aparcado el coche cerca y así pueda fumarse el pitillo dentro con las puertas bloqueadas, los cristales tintados de las ventanillas subidos y la alarma del coche activada.

Me enciendo un cigarrillo con manos temblorosas y trato de pinzar el extremo del filtro con firmeza para inhalar el humo, justo como hace John Berger.

Desde donde estoy, bordeando la muchedumbre, me siento como un invitado de cupo en una extraña reunión social. La ausencia de una fila propiamente dicha hace que nuestra presencia alrededor de John Berger resulte asfixiante. Me pongo en su lugar, un hombre que solo quiere fumarse un cigarrillo tranquilamente, y siento que me asfixio también. Empiezo a perder los nervios, que ya tenía a flor de piel.

En cuestión de pocos segundos, un par de insolentes acosadores, entre ellos el inversor bibliófilo, le plantan sin miramientos sus respectivos libros bajo las narices. Yo me quedo unos pasos atrás, con la esperanza de poder rebañar algunas de las migajas que dejen los patos más avezados. No obstante, la joven ayudante, agobiada por la muchedumbre, intenta llevarse a John Berger hacia la calzada para parar un taxi. Cuando empieza a alejarse con ella, intercepto su mirada desde mi forzada posición en segundo plano y levanto esperanzado mi libro. Él se detiene y yo me disculpo.

F . P.: Siento mucho lo del olor.

John Berger: Hum… ¿qué es lo que huele?

F . P.: Mis excrementos. Mis excrementos *de caballo*. De los

caballos de la Reina…

John Berger: *[Se ríe.]* ¡Bien, bien! ¿Solo una firma?

F . P.: No, no, para Francis Plug. Por favor.

John Berger: ¿Francis con i?

F . P.: Sí, por favor.

John Berger: Y Plug…

F . P.: Pe, ele, u, ge. Yo… yo también soy escritor.

John Berger: ¿No me diga? Pues no se rinda, ¿eh?

F . P.: ¡Desde luego!

John Berger: Esto… ¿Se encuentra bien, Francis?

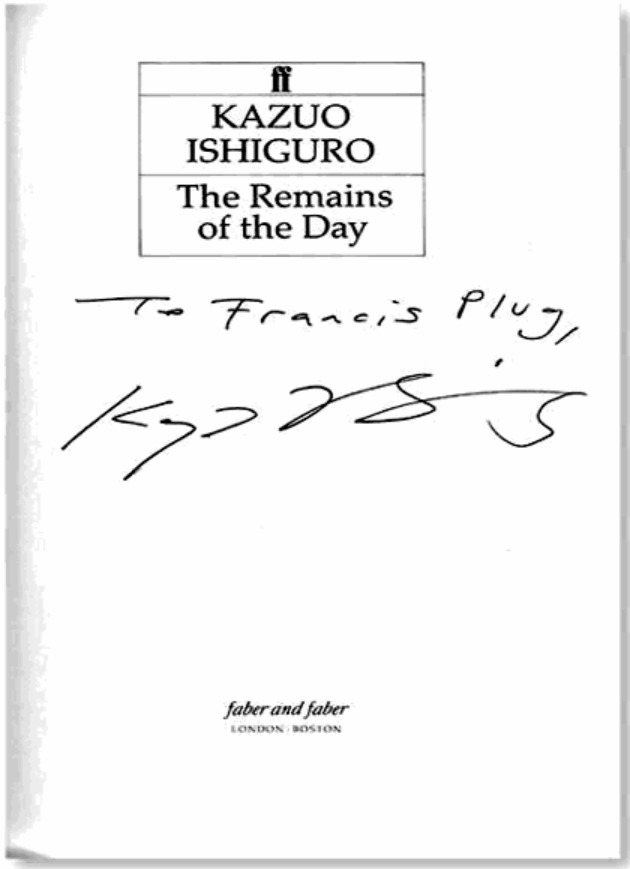
F . P.: *[Asiente mientras saca un pañuelo.]*

John Berger: ¿Seguro?

F . P.: Sí. Muchísimas gracias. Gracias.

Tengo la sensación de estar atravesando una cascada mientras regreso al interior del ICA en busca de los aseos. Me encuentro apoyado en el lavabo cuando la puerta se abre de pronto detrás de mí, así que presiono los mandos de los grifos, lleno de agua los cuencos de las manos y, como un poseso, me salpico la cara y el pelo.

F . P.: *[Gritando.]* ¡ME HA ENTRADO AGUA EN LOS OJOS! ¡AGUA DEL GRIFO!



La Navidad es una temporada muy ajetreada para el librero. Algunas librerías hospedan eventos especiales con varios autores firmando libros al mismo tiempo. La Waterstones de Hampstead es una de ellas. Por si fuera poco, este año tienen a un ganador del Booker.

Una niebla asesina lo invade todo, pero no me preocupa. Al fin y al cabo estoy en Hampstead, un pueblo más seguro que todas las cosas.

Es probable que el último altercado o disturbio que se produjera aquí se remonte a tiempos de ese bribón de Dick Turpin.

Tras una visita prolongada a un histórico pub local (un pub tan antiguo que hasta han puesto un álbum de Portishead enterito), me aventuro por la arteria principal en busca de la Waterstones del pueblo. Los escritores navideños no han llegado aún, así que me dirijo al fondo de la librería. En la sección infantil, una madre bien vestida está acuclillada en una alfombra, leyendo un cuento a su hijito. La alfombra es de un color morado fluorescente, y los cojines parecen blanditos y acogedores. Me tumbo ahí un rato, con los ojos cerrados, despidiendo agrias vaharadas de whisky. Sin embargo, he de permanecer alerta, así que empiezo a disponer las alfombras a modo de cuadrilátero de boxeo.

No es en absoluto mi intención que la madre y su hijito figuren entre mis oponentes, pero, tal vez debido a su posición en las alfombras, acaban por verse envueltos, sin quererlo, en mi combate por el título de lucha libre. Esto es solo una suposición, porque tengo la cabeza embutida en una funda de cojín y estoy flexionando los bíceps, gritando.

F . P.: ¡¡¡UUUAAAA…, UUUAAAA!!!

Poco después, debido a las arcadas, me incorporo y me quito la máscara. No hay ni rastro de la mujer y el niño. Sobre las alfombras yacen desperdigadas docenas de libros, y una de las estanterías se ha venido abajo. Seco las manchas de sudor de las alfombras y aseo los libros y la estantería. Luego regreso con pasos decididos a la parte delantera de la librería, sacando pecho, tal y como lo hacen los luchadores cuando salen victoriosos.

En mi ausencia han llegado varios escritores, incluido Kazuo Ishiguro. Ya está firmando libros, y ante él va creciendo una pequeña fila, cual nariz de Pinocho. En lugar de adquirir su última novela como presente navideño para un ser querido, la gente que hace cola para la firma va cargada, por el contrario, con libros traídos de casa. Estos clientes desvergonzados son los típicos especialistas de librería, que hacen cola para aumentar el valor de sus primeras ediciones. Lo mismo que ellos, yo, con mi primera edición en mano, no haré tintinear la caja registradora.

Los demás escritores están por ahí de brazos cruzados, como los instrumentistas de una banda literaria a los que nadie identifica porque no son el cantante estrella. Reconozco a Howard Jacobson (todavía por convertirse en ganador del Booker), y también al asesor político Alastair Campbell, que ya estará acostumbrado a moverse entre las sombras. Ambos se encuentran plantados detrás de sus

respectivas mesas, charlando entre ellos, y empiezo a escuchar su conversación fragmentada mientras espero a que la cola para Ishiguro se reduzca un poco.

Alastair Campbell: ¿Vive usted por la zona?

Howard Jacobson: No, yo vivo en el Soho. Pero este es mi viejo barrio de correrías.

Alastair Campbell: El Soho, ya. No sería usted uno de esos mierdecillas pancarteros cuando lo de las manifestaciones contra la guerra en Irak, ¿no?

Howard Jacobson: Perdone, ¿cómo dice?

Alastair Campbell: Sí, ya sabe, los moñas esos del «No a la guerra».

Howard Jacobson: Esto…

Uno de los inversores cazadores de firmas los interrumpe, abordando a Howard Jacobson con un viejo ejemplar en tapa dura de su primer libro, *Remontada.*

Howard Jacobson: *[Lamentándose.]* Solo les interesan mis primeros libros. Nadie quiere comprar los nuevos. Ese lo escribí hace más de veinticinco años.

Alastair Campbell me pilla fulminándolo con la mirada y tensa sus brazos cruzados, mientras bascula hacia atrás ligeramente, levantando las puntas de sus zapatos. No retengo el nombre de su libro, pero creo que se llama *Alastiar*. Está claro que es un gran escritor de ficción.

Una mujer espera de pie detrás de otra mesa, y a sus pies hay un perrito monísimo, un spaniel. Me acuclillo para acariciar al spaniel y este se emociona, apoya sus patitas sobre mis zapatos y me lame la nariz.

F . P.: ¡Hola, hola! ¡Pero qué perrito tan majo eres!

Mujer: Sí, he escrito un libro sobre ella.

F . P.: ¿Disculpe?

Mujer: He escrito un libro sobre ella.

F . P.: ¿Cómo? ¿Dice usted que ha escrito un libro… sobre este perro?

Mujer: Sí.

No hay nadie haciendo cola ni para la mujer ni para el perro. Ni Dios. Me da palo marcharme sacudiendo la cabeza, pero lo hago.

Kazuo Ishiguro es un tipo tirando a bajito que, tal vez por

deferencia a los otros escritores, ha decidido permanecer de pie a pesar de disponer de una mesa y una silla que están ahí solo para que él se siente. Después de firmar mi libro, me sorprende ofreciéndome su mano, su herramienta de trabajo. Aun siendo todo un pro del circuito de autores públicos, se trata de un error de principiante. Porque cualquiera que haya visto la retransmisión de un combate de lucha libre por televisión conoce de sobra las consecuencias de un ingenuo apretón de manos al contrincante. Mi primer instinto, por tanto, es tirar del desprevenido rival, levantarlo por los aires dibujando un arco y estrellarlo contra las cuerdas, para que rebote contra ellas y salga despedido de nuevo hacia mis brazos tensos y extendidos. Pero lo dejo estar con una advertencia, después de haber retenido su mano durante mucho más tiempo del apropiado.

La Navidad es una época muy tranquila para los jardineros. Durante los meses de invierno, el ritmo de trabajo va bajando hasta detenerse prácticamente del todo, y nos convertimos en ardillitas que han de tirar de las reservas acumuladas para pasar las épocas de escasez. Por desgracia, yo jamás me aprovisiono. Cualquier propósito de hacerlo se ve desbancado por necesidades más acuciantes y una espiral de deudas. Por eso el día de Nochebuena me encuentro sentado en casa afilando mis herramientas con nerviosismo.

Los demás vecinos de mi edificio creo que han cogido los bártulos y han regresado al hogar familiar para alguna celebración tradicional. No he percibido ninguno de los tan frecuentes y notorios indicios de su habitación que de costumbre tienden a recalcar con golpes contra las paredes o el techo durante mis danzas improvisadas a altas horas de la noche. Las cosas se salieron de madre una noche en particular cuando, al volver del pub, decidí barrer el polvo y los pelos de mi alfombra hasta el rellano con mi soplador de hojas. En un momento dado, levanté la vista y me di cuenta de que había media docena de personas gritándome a escasos pasos de donde yo estaba. El chorro de aire del tubo alcanzó a la mujer del apartamento n.º 2, constriñendo firmemente su finísimo camisón en torno a sus pechos, y cuando señalé el resultado con el dedo y me eché a reír, su novio poco menos que me atacó. Me desperté en el descansillo con aliento a whisky porque no me había cepillado los dientes antes de acostarme.

De verdad que lamento mucho mis jaleosas borracheras. Siendo escritor tendría que entender, mejor que nadie, lo mucho que uno desea disfrutar de paz y tranquilidad en su casa. Como dicen en el anuncio ese de la tele en el que sale Ian McEwan: «Todo el mundo necesita un lugar para pensar».

Mi madre incluye una carta dentro de su tarjeta de felicitación

navideña:

Mi queridísimo Francis:

Siento muchísimo eso que nos cuentas de que te persiguen espías disfrazados de barrenderos. Entendemos perfectamente que harán lo que sea para echarle mano al libro que estás escribiendo, sobre todo si, tal y como dices, saca a la luz que ciertos cuentos de hadas están basados en hechos reales.

Sea como sea, nos alegra saber que la predicción de tu inminente muerte que nos hiciste en la carta anterior no se ha cumplido.

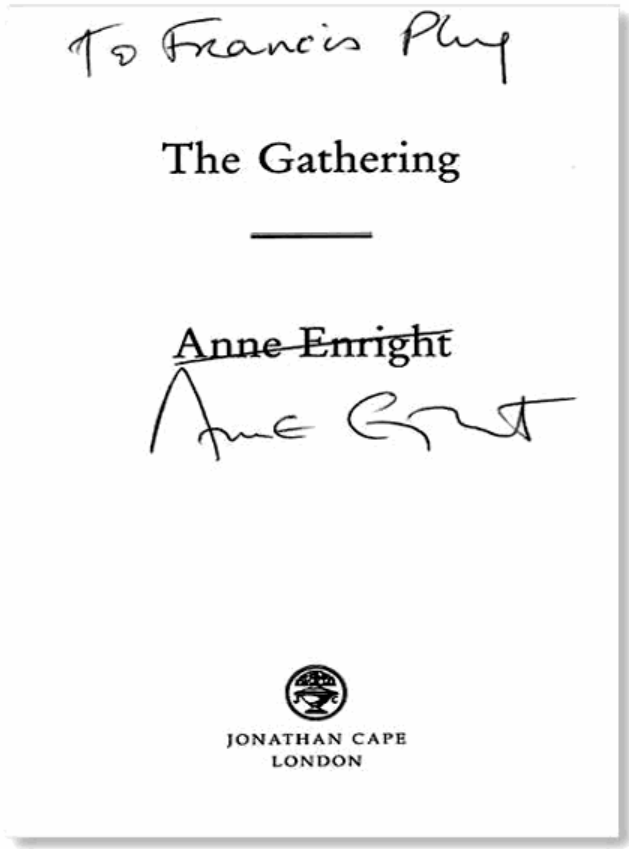
¿Qué tal está tu buen amigo Salman Rushdie? Parece que has ganado mucha confianza en ti mismo desde la última vez que nos vimos. ¡Y menuda suerte lo de besar a Hilary Mantel! ¡Y en la boca, además! Espero que vuestra cena en «Budleigh Salterton» fuera todo un éxito. ¿Estás comiendo bien? ¿Te estás cuidando? Tu caligrafía es cada vez más ilegible; esperamos que de verdad se deba a que olvidas quitarte los guantes después de manejar maquinaria pesada, tal y como das a entender.

Gracias por ofrecernos una casa nueva con veinte habitaciones e infinitos tesoros y riquezas una vez publiques tu libro.

Con cariño,
Mamá y papá

Este año no habrá reunión familiar. Las últimas Navidades las pasé con mi hermana Claire y su familia. Aunque llegado julio ya había vuelto a dirigirme la palabra, Claire se niega rotundamente a que vuelva a celebrar la Navidad con ellos nunca más. Reconozco que su marido Rick y yo no somos uña y carne, que se diga, pero somos familia, así que siempre he intentado esforzarme. A pesar de sus constantes reproches por mi manera de beber, entre otras cosas, el tipo sigue tratando de superarme con la botella. El año pasado, recién terminada la comida de Navidad, le bajé los pantalones y los calzoncillos delante de su anciana madre y le asesté una toba en la pilila. Se puso como una furia, pero lo esquivé corriendo hasta la otra punta de la mesa y, desde allí, procedí a acribillarle con unas graciosas salchichitas y una andanada de pastelitos de fruta.

En *El encuentro*, de Anne Enright, hay una reunión familiar, pero es para un funeral.



Cuando llego al acto de Anne Enright en Bloomsbury, se me ha hecho tarde, tardísimo. Además voy un poco perjudicado, y la cubierta de su libro está pringada de sangre.

La puerta de la London Review Bookshop no chirría, y tampoco tiene campanilla. Pero mi zapato se las apaña para darle una patada que la hace temblar porque, aunque mi cuerpo se ha detenido en el exterior, mis pies han decidido ir por libre y entrar. Al fondo de la

librería, allende la marea de cabezas, algunas de las cuales se vuelven un instante, Anne Enright está recibiendo unas palabras de agradecimiento. Se produce un estruendoso coro de aplausos que contribuye a espabilarme, despegando mis párpados de mis ojos de rana.

La multitud comienza a levantarse, marcando el final de la charla, y yo me adelanto a trompicones y me fundo con la imponente cola que empieza a formarse entre las sillas. La fila avanza de manera caprichosa y, como no consigo enfocar la vista, a ratos descubro que estoy parado y como ido, y que se ha abierto un enorme hueco delante de mí. Otras veces embisto contra el trasero del tipo de delante.

F . P.: Disculpe. Otra vez.

Me he puesto hasta las orejas de alcohol del bueno, así que ahora lo expulso impregnando el aire de efluvios rancios y apestosos. A pesar de haber escogido whisky irlandés a propósito para celebrar la velada con Anne Enright, me inquieta que pueda fundirle la cara mientras firma mi ejemplar sanguinolento. En consecuencia, extraigo tres chicles de menta de su apretujado paquete y me los coloco en la palma de la mano a modo de comprimidos antes de lanzármelos al interior de la boca. Lo que necesito en realidad es un café irlandés, porque estoy exhausto.

Anne Enright va de azul, o al menos eso imagino. También lleva una cadena de eslabones, como una de esas de las que colgaría un tapón de bañera. No de las de bolitas, sino de las de eslabones rectangulares tipo ladrillo, con el centro hueco. La parte inferior de la cadena le cae por debajo del jersey, así que quizá haya un tapón de goma escondido por ahí debajo también.

F . P.: Siento lo de la sangre.

Anne Enright: ¿Eso es sangre?

F . P.: Sí.

Anne Enright: ¿Suya?

F . P.: Sí. Es una historia un poco larga de contar.

Anne Enright: Pero ¿es buena? Me gustan las buenas historias.

F . P.: No está mal, la verdad.

Anne Enright: ¿Y bien?

F . P.: Bueno, la cosa es que antes de que empezara su presentación decidí pasarme por el Plough, un pub que hay aquí al lado. Pero estaba hasta los topes, así que subí a la planta de arriba, que estaba vacía. Lo malo es que la barra de

ahí estaba cerrada, así que trepé por encima de las rejas y me caí de cabeza contra un fregadero y, de ahí, al suelo.

Anne Enright: ¡Ay!

F . P.: Al sacar de mi bandolera el ejemplar de su libro para asegurarme de que no había sufrido ningún daño le cayó encima un chorreón de sangre desde el fregadero, donde me había dado con la cabeza.

Anne Enright: Pobrecillo. Pero ¿se encuentra bien?

F . P.: Espere, espere, que hay más. Justo entonces me di cuenta de que estaba detrás de una barra. Nada más y nada menos. Con montones de bebidas. Como whisky irlandés. *Irlandés*. Y gratis, claro. Así que me temo que al final me he perdido su charla. Fin de la historia.

Anne Enright: Vaya, pues sí que…

F . P.: Ah, y cuando trepé para salir…

Anne Enright: ¿Sí?

F . P.: … había gente sentada en algunas de las mesas. Y caí de bruces al ladito de ellas.

Anne Enright: Pues se han debido de llevar un buen susto.

F . P.: Ni idea.

Anne Enright: Vaya, pues creo que nunca he firmado un libro salpicado de sangre…

F . P.: ¡Ayyyy!

Anne Enright: ¡¿Qué le pasa?!

F . P.: ¡Me acabo de morder la lengua!

Anne Enright: Vaya.

F . P.: ¡En vez del chicle!

Anne Enright: Menudo día lleva usted, ¿eh?

F . P.: *[Asiente, se duele.]*

Anne Enright: «Para Francis Plug.» ¿Es usted?

F . P.: Sí.

Anne Enright: Qué nombre tan interesante. Yo siempre ando buscando nombres interesantes. Pero, para ser sincera, nunca antes me había cruzado con un «Plug».

F . P.: J. G. Ballard me preguntó si era francés.

Anne Enright: ¿Sí, eh? La verdad es que podría ser francés, ¿no cree?

F . P.: Pero no es «Pluugg». Se pronuncia «plag». Como en *bath plug*, «tapón». Ya sabe, como su…, su…

Anne Enright: ¿?

F . P.: Gracias. Ahora necesito ir al aseo.

Anne Enright: De acuerdo. Un placer conocerle.

F . P.: Ahí hay un cartel, para los aseos. ¿Aseos en una librería? ¿Adónde vamos a parar? ¿Qué será lo siguiente, secadores de pelo?

Anne Enright: ¿Quién sabe? Adiós, Francis Plug.

F . P.: Cuando me siento en el retrete, lo hago al revés, de cara a la cisterna. Porque así puedo usar la tapa de cerámica como mesa de lectura.

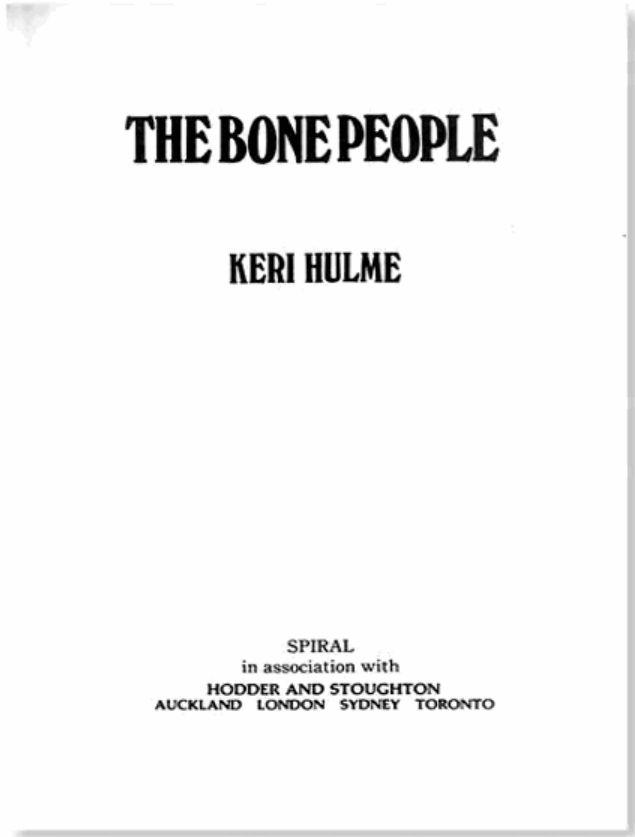
Anne Enright: Vaya, pues…

F . P.: Sí. Pero, a veces, cuando me levanto, pierdo el equilibrio y me caigo de culo sobre mi trasero recién restregado.

Anne Enright: Bueno, hala, adiós…

Es un truco muy práctico, camaradas escritores. La cisterna escritorio. Sobre todo cuando tengan que conciliar su valioso tiempo de escritura con otros menesteres, como yo.

El aseo de la London Review Bookshop se encuentra al final de una empinadísima escalera. Es un tanto peligrosa, pero una vez se alcanza el cuartucho del sótano resulta reconfortante saber que miles de libros lo protegen a uno de un repentino bombardeo aéreo. Mientras asciendo con dificultad de vuelta a la librería, voy chasqueando los dedos con fuerza al mismo ritmo que voy subiendo cada escalón.



Es probable que Keri Hulme esté celebrando una barbacoa por Navidad. Un poco de mero a la parrilla tal vez, calamares quizá, algo de bacalao. Con humo en los ojos y deslumbrada por el sol también, en la playa. Porque es verano allá abajo, en Nueva Zelanda. ¿Quién ha dicho que haga falta nieve? Belén no estaba cubierta de blanco ese santo día. Iban todos en sandalias, así que el modelo de Nueva Zelanda es más preciso.

En el prólogo de *El mar alrededor*, su novela galardonada con el Booker, Keri Hulme explica que vive a ochocientos kilómetros de su editorial, que no tiene teléfono y que recibe «el correo solo de manera intermitente». Su vida parece ser un calco de la del personaje central de su libro, Kerewin Holmes. Al igual que Kerewin Holmes, Keri Hulme vive en una aislada comunidad costera, en una casa que ella misma se construyó. Que yo sepa, jamás ha puesto un pie en el Reino Unido para acudir a un evento como escritora invitada; es más, no lo hizo siquiera para asistir a la codiciada ceremonia de entrega del Premio Booker en el Guildhall londinense. Quizá esto obedezca al hecho de que reside en la otra punta del planeta, apartada incluso de sus propios compatriotas. Los ganadores australianos, sudafricanos, indios y canadienses del Booker han hecho acto de presencia en los escenarios londinenses, al igual que numerosos escritores irlandeses y autores británicos expatriados como Barry Unsworth y John Berger. Pero sospecho que Keri Hulme mantendrá siempre las distancias, que prefiere seguir en su escondite y mantener un perfil tan bajo como el de Kerewin Holmes en *El mar alrededor*.

En lo que a ganadores del Booker se refiere, no es la única que se muestra celosa de su intimidad. Anita Brookner también rehúye los actos públicos, y eso que lo suyo es un chorreo constante de títulos nuevos, todos ellos con excelentes críticas. Ruth Prawer Jhabvala, ya tristemente fallecida, llevaba años viviendo en Estados Unidos como dramaturga retirada, muy alejada de la «escena» literaria. David Storey y Stanley Middleton, que también murieron mientras escribía este libro, pasaron sus últimos años lejos de los focos. De entre los galardonados vivos, la mayoría parece que solo sale de su madriguera para la promoción de sus nuevas novelas, y que se contenta con dedicarse a su verdadero oficio el resto del tiempo. Puede que también anden por Twitter y Facebook, pero yo de eso no me entero.

Para quienes estamos preparándonos con gran inquietud para una vida autoral bajo los focos, el modelo de Keri Hulme resulta más que tentador. Aunque supongo que a muchos de nuestros editores en ciernes les costará tragar con semejante proposición. Las editoriales más grandes tienen a bordo su propia gente de márquetin y de relaciones públicas, pero aun así esperan que sus autores cumplan también con ese rol. Yo creo que una solución sería largarse del país. Es mucho más difícil presentarse al acto o firma de libros de turno si uno se ha fugado a una playa remota próxima al glaciar Franz Josef. El inconveniente de esto, estimado lector, es que uno podría acabar saliéndose del radar editorial e, incluso, terminar cayendo en el olvido. *[Se ríe.]* ¡Como si eso fuera malo!

Tras pasarme buena parte del día de Navidad en la cama,

finalmente decido aventurarme al exterior. No hay nada en el aire que indique que vaya a suceder algo especial. Ni rastro de arcoíris, no llueve purpurina, cero unicornios. Las luces de los semáforos pasan de verde a naranja y a rojo, pero no lo bastante rápido para resultar decorativas o bonitas. Da la sensación de que el cielo gris existiera al nivel de la calle y de que se impusiera sobre el humo de los tubos de escape y el gas que expulsan los frigoríficos en descomposición.

Reconozco un puñado de caras familiares en el Boston Arms y les ofrezco un saludo levantándome el gorro de lana mientras me dirijo hacia la barra. En Navidad lo primero es la interacción humana, la camaradería compartida, ese deleitarse con el júbilo reinante. No es un día para ser escritor, sentado en casa, regodeándose en el interés personal. La Navidad es para juntarse, festejar y bailar como si uno estuviera hinchando un artilugio flotante con una bomba.

Anciano: Mira, aquí viene tu amiguito.

Segundo anciano: Jesús. El auténtico chalado tocapelotas.

Anciano: Ya te digo. Toca que te toca hasta el puto manicomio.

Desde fuera, el Boston Arms parece un cohete. Es el típico pub al que iría de birras Flash Gordon. En mi opinión, es el pub con la pinta más impresionante del mundo. He visto fotografías del Atomium de Bruselas, y el Boston Arms de Tufnell Park se parece mucho. En realidad, lo único que los diferencia es que el Boston Arms es un pub con persianas venecianas. En otra ocasión estuve tirando de la cuerda de las venecianas, sincronizando su apertura y su cierre con el parpadeo de mis ojos.

F . P.: Abierto. Cerrado. Abierto. Cerrado.

Aparece la mujer china, vendiendo sus DVD el día de Navidad. Cuando retira las gomas elásticas, la endeble pila de películas se desparrama como la captura de pescado de una red. Tras darles un fugaz repaso, uno de los tipos jóvenes le compra tres de sus ejemplares a la china, que se bate en retirada a toda pastilla. Si las editoriales acaban desapareciendo tras la digitalización de los libros, quizá tenga yo también que acabar vendiendo mi material en CD en el Boston Arms.

Un matrimonio mayor, que está sentado en la mesa de al lado, me ve escudriñar a través de las venecianas y prueba a entablar conversación.

Anciana: ¿Espera a alguien?

F . P.: No, gracias.

Anciana: ¿Ha venido solo, entonces?

F . P.: ¿Se han fijado en el tráfico? Lo de ahí fuera es como una estampida de animales salvajes. Los autobuses son enormes elefantes rojos, los taxis negros son leones negros, los coches son gacelas, los camiones son búfalos, las furgonetas son cebras, los minitaxis son monos, las bicicletas son conejos. No, los camiones son *rinocerontes* y las *furgonetas* búfalos. Las motos son avestruces…

El matrimonio de ancianos echa un vistazo a la colección de bebidas que reposa sobre mi mesa y se les va cambiando la cara. La mujer se vuelve hacia el hombre.

Anciana: La pequeña Julie empieza el cole el curso que viene…

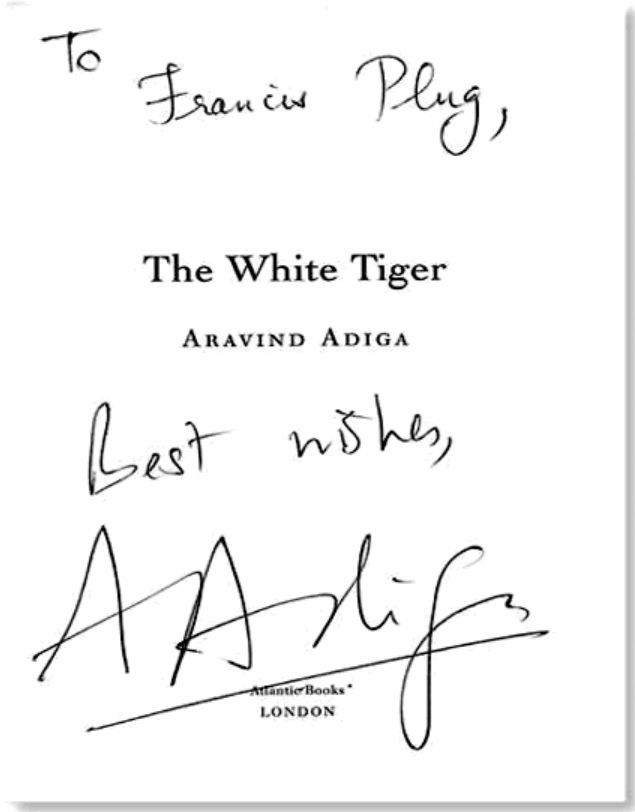
Al otro lado, a mi izquierda, hay un grupo que se lo está pasando bomba. Se ríen y se hacen fotos, porque es Navidad. Cuando me sorprenden mirándolos, me piden que me acerque para que salga en una de las fotografías. Acto seguido, el fotógrafo contempla la imagen en la pantalla y parece extrañado.

Fotógrafo: Has salido con una cara rarísima, tío. Mira, se te notan las venas de la frente. Como si intentaras reventar una.

F . P.: Es mi cara de felicidad.

Al día de Navidad todavía le quedan cuarenta y cinco minutos, pero, a pesar de no tener curro y de no tener que madrugar al día siguiente, me voy a casa, me meto en la cama y enseguida estoy hecho un currusco, con los ojos cerrados, bajo las sábanas.

Hasta que escucho un extraño burbujeo. Proviene de los pies de la cama. Las burbujas ascienden entre mis pies inquietos, puede que procedentes del interior de un cofre del tesoro en un barco hundido. Me doy la vuelta y desciendo a toda velocidad, buceando con mejillas temblorosas, dejando atrás el pez ángel, el gobio y el pargo, hasta el fondo de la cama.



El año nuevo ya no es tan nuevo y, aun así, no es que haya progresado mucho con mi escritura. Cada semana parece haber más y más informaciones relativas al fin del libro, pero está claro que no el del mío. Necesitado de consejo e inspiración, decido visitar la Feria del Libro de Londres.

El centro de convenciones Earls Court me recuerda desde fuera a la

cara de un pato de dibujos animados. Agentes de policía uniformados patrullan la ancha escalinata plagada de colillas mientras un desfile de coches pijos va deteniéndose junto a la acera con conductores profesionales al volante. Quizá Balram Halwai, el chófer protagonista de *Tigre blanco*, se encuentre entre ellos. Tal vez Ashok, su jefe, haya venido a hacerse con unas cuantas novelas. Por lo que veo, todos los asistentes masculinos van de traje, mientras que las señoras van casi todas de pantalón. Demasiado formal, diría yo, para un puñado de libros.

En el vestíbulo, unos perros rastreadores olisquean entre mis piernas, buscando terroristas. Uno de ellos es un labrador y el otro un spaniel, y sus hocicos son muy diferentes, a pesar de compartir el mismo talento. Lo que no sabría decir es por qué motivo podría ser la Feria del Libro de Londres un objetivo susceptible de vigilancia. A lo mejor piensan que a los escritores se les podría ir la pinza debido al radical recorte de los adelantos. Los terroristas que empotraron su coche contra el aeropuerto de Glasgow eran todos médicos, al parecer, así que ¿quién dice que un escritor no sería capaz también de hacer saltar algo por los aires?

En lugar de tener que pagar solamente por una entrada, me dicen que es obligatorio inscribirse. Que eso me costará cuarenta y cinco libras. ¡Alto ahí! ¿Cuarenta y cinco libras para qué? ¿Para ver unas cuantas mesas de caballete viejas con pilas y pilas de libros hechos un asco?

F . P.: Está de coña, ¿no?

La cajera me deja clarísimo que *no* ofrecen descuentos para los necesitados. Podría intentar colarme a la carrera, pero digo yo que me pillarían los perros. De modo que salgo cabizbajo, sin mediar palabra, y me siento en los escalones de fuera sembrados de colillas, antes de añadir una de mi propia cosecha. Luego bordeo el edificio por una de las fachadas laterales hasta que encuentro abierta una puerta de emergencia en la parte de atrás. Para los fumadores, como yo.

Pues no es lo que me esperaba, la Feria. Creí que habría montones de libros, como en el mercadillo que montan los fines de semana en el Southbank. Pero no hay mesas de caballete. En realidad se parece más a unos grandes almacenes en rebajas. Unos puestecillos endebles sin techo, semejantes a los que puede uno encontrar en las secciones de perfumería, alojan a las editoriales y a sus últimas novedades. Los sellos independientes ocupan cubículos pequeños y acogedores, mientras que los gigantes editoriales se encuentran instalados sobre amplias tarimas, donde exhiben sus últimos productos entre

banderolas y cartelones publicitarios. Se supone que la Feria dura tres días, pero aquí estoy yo, sin saber cómo matar el tiempo los próximos diez minutos.

Por suerte, me lleva una hora y pico rodear toda la planta baja. Los pasillos están ordenados alfabéticamente (pasillo A, pasillo F, etcétera) y cada expositor tiene asignado un número que va precedido por la letra del pasillo, como A405 o D515. Estos códigos están impresos en carteles que sobresalen de los puestos como las etiquetas de los bolsillos de los pantalones vaqueros. Los de Buddha's Light Publishing queman incienso en el mostrador. Otro puesto ofrece galletitas de cortesía. Estos son los expositores interesantes. Los otros cien o así son de lo más anodinos, la verdad. No hay osos pardos esposados, ni parejas de siameses, ni «chicos langosta». Me dedico a perseguir un carrito de comida durante un rato porque emite un traqueteo hipnotizador.

Es probable que lo más notorio de la Feria sea el propio edificio. Enormes postes cuadrados soportan una estructura de dimensiones olímpicas que se divide en los pabellones Earls Court One y Earls Court Two. En el cielo del primero hay velas de lona blancas y ciclópeos tubos estriados de aire acondicionado que hacen que parezca un hangar de aviones. De las vigas de la cubierta de ambos pabellones cuelgan cables eléctricos de todo tipo, como conductos de oxígeno subterráneos que bombean vida hacia abajo. Con todo y con esto, ambos espacios mejorarían mucho con el diestro toque de un buen jardinero. Se han colocado de manera simbólica algunas plantas en el pasillo principal, pero el espacio en general es de una insulsez espantosa. Personalmente, yo me pondría literario con el verde, empezando por colocar una planta de habichuelas que ascendiera hasta el techo. Una paloma revolotea por el interior del Earls Court One y acaba posándose en una de las vigas de la cubierta. La observo durante unos veinte minutos. De algún modo ha conseguido colarse, como yo.

Un espacio expositor más grande que los demás publicita el invitado internacional de la Feria, que es India.

F . P.: ¿Está Aravind Adiga por aquí?

Representante de la exposición de la India: ¿Aravind Adiga? No, me temo que no.

F . P.: Vale. Da lo mismo. Ya he tenido ocasión de conocerlo, ¿sabe usted? Vaya que sí.

Aravind Adiga está firmando ejemplares de *Tigre blanco*, su novela premiada con el Booker, en la librería Waterstones de Gower Street,

casi en la esquina con Tottenham Court Road. En los escaparates, altos cartelones verticales exhiben su fotografía bajo un titular en negrita:

HOY FIRMA ARAVIND ADIGA.

Entre veinticinco y treinta personas se han reunido formando una cola muy ordenada, sus posiciones delimitadas por cintas extensibles de lona semejantes a las que uno se encuentra en los bancos o en las oficinas de correos. La mesa de la firma está cubierta por un amplio cobertor de tela negra con el logotipo de Waterstones. Llega hasta el suelo, lo que me impide ver qué clase de zapatos lleva Aravind Adiga con el fin de imitar luego su estilo. A su espalda hay un enorme panel cubierto de papel de pared Waterstones, como esos impresos con los logos de los patrocinadores que pueden verse detrás de los futbolistas mientras hacen declaraciones. Como fondo para las fotografías del escritor resulta bastante cutre. Cuando vaya a firmar mis libros, me gustaría que pusieran la imagen de un tiburón gigante; así, cuando la gente me saque fotos, parecerá que estoy entre las fauces del tiburón, siendo devorado. En el caso de Aravind Adiga se me ocurre que podría haber tirado de la foto de un tigre blanco hambriento. Menudo fallo, oportunidad perdida.

Aravind Adiga está medio calvo y, en las áridas regiones donde todavía le queda algo de pelo, lo lleva casi rapado. Cada vez que baja la cabeza para firmar un libro, exhibe el cuero cabelludo en toda su desnudez, y empiezo a imaginármelo dormido como un tronco en su cama, mientras yo lo observo, de pie a su lado y vestido de arriba abajo. Su novela está expuesta sobre la mesa, en formato de papel y de audiolibro, y hay media docena de vasitos de plástico apilados uno dentro de otro junto a una jarra de agua sin hielo, por si acaso necesita un vasito nuevo para cada trago. Si yo fuera Aravind Adiga, pediría una hilera de chupitos, uno por cada libro que firmase.

Ahora ya estoy cerca de la mesa, así que doy un paso a un lado para asomarme por el lateral del cobertor y echar un vistazo a sus zapatos. Son negros, de vestir, pero por encima hay unos vaqueros azules de lo más informales, ahí ocultos debajo de la mesa como las bermudas playeras de un presentador de telediario.

Me intriga saber si Aravind Adiga habrá practicado una «cara de foto» para las numerosas sesiones publicitarias en las que tendrá que posar. La mía, que llevo un tiempo currándome delante del espejo, se basa en la de Macaulay Culkin en la película *Solo en casa*. La voy practicando mientras hago cola.

Aravind Adiga: ¿Se encuentra bien?
F . P.: Sí, muchas gracias. *[Hace una pausa.]* ¿Le importa si

le hago una foto?

Aravind Adiga: En absoluto, adelante.

F . P.: No sé cómo funciona la cámara del teléfono, así que le sacaré una foto mental.

Aravind Adiga: Vale…

F . P.: *[Se ríe.]*

Aravind Adiga: ¿?

F . P.: En mi foto tiene usted espaguetis colgando de la boca. Le llegan hasta la chaqueta.

Aravind Adiga: ¿Espaguetis?

F . P.: *[Se ríe.]* Sí. ¡Espaguetis!

Los del expositor de la India han perdido una oportunidad de oro al no contar con Aravind Adiga como invitado especial. Pero parece que hoy les han ahorrado la molestia de pasarse por aquí tanto a él como a otros escritores publicados. En su ausencia, el éxito de sus obras ha quedado en manos de la gente trajeada esta con pases plastificados.

A diferencia de los demás delegados, yo no voy luciendo pase. Se ven algunos enganchados a la cinturilla del pantalón, pero la mayoría van prendidos de la solapa. Los pases verdes y los pases naranjas parecen ser los más vips. Estos dan acceso al ascensor que sube hasta el Centro de Derechos Internacionales. Allí, «los elegidos» nos ningunean a los de abajo desde las elevadas alturas de una exclusiva zona abalconada. Cuando me uno a la cola para la ascensión, un guarda saltarín me para los pies.

Guarda: ¿Dónde está su pase?

F . P.: Verá, es que soy *autor*.

Guarda: No. Necesita un pase naranja o verde.

F . P.: Me lo habré dejado donde las galletitas. ¿Sabe usted que puede conseguir galletitas gratis ahí a la vuelta, donde las galletitas?

Guarda: No.

F . P.: Pues ¿por qué no va a por unas galletitas gratis? Ya me quedo yo vigilando esto…

Guarda: No, gracias.

Harper Collins es uno de los expositores más grandes de la Feria del Libro de Londres, y su estand se extiende hasta el pasillo principal, o «calle mayor», del Earls Court One. La alfombra que han elegido es negra y sobria, y casi todo el espacio del estand está ocupado por las cuarenta o cincuenta mesas, con sus respectivas sillas, donde la gente

se sienta a hablar, no a leer. Sus conversaciones parecen muy serias. Dos personas se levantan de una de las mesas, así que me lanzo a por ella y la ocupo.

Representante de Harper Collins: Disculpe.

F . P.: Lo siento, esta mesa está ocupada.

Representante de Harper Collins: Verá…, es que de hecho hay cola para esta mesa. ¿Tiene cita?

F . P.: Soy autor.

Representante de Harper Collins: ¿De Harper Collins?

F . P.: No.

Representante de Harper Collins: Ya. Pues me temo que esta mesa está reservada. Hay personas esperando para sentarse aquí.

F . P.: Mi libro está a la venta. Al mejor postor.

Representante de Harper Collins: *[Se frota la frente con las manos.]* Ya, pero aquí lo que hacemos es intentar *vender* libros. No comprarlos.

F . P.: Es un libro buenísimo. En serio. Yo que usted me hacía con él ya, porque me lo quitan de las manos.

Representante de Harper Collins: Mire, ¿por qué no prueba en la planta de arriba? *[Señala hacia lo alto de las escaleras mecánicas.]* Es ahí donde se llevan a cabo las compras, no aquí abajo, lo siento.

F . P.: Desde luego. Y también estoy abierto a participar en eventos públicos. La gente se me da de maravilla.

El representante se presta a sujetarme la silla mientras me levanto.

Hago un segundo intento de subirme a las escaleras mecánicas centrales.

Guarda de seguridad: Disculpe, caballero… ¡OIGA! Necesita un pase naranja o verde para subir las escaleras mecánicas.

F . P.: Querrá decir para ascenderlas.

Guarda de seguridad: ¿Me enseña su pase, por favor?

F . P.: No, verá, es que yo soy *autor*. ¿Me permite?

Guarda de seguridad: No sin un pase naranja o verde, caballero.

F . P.: ¿Sin pase no paso?

Guarda de seguridad: No, señor.

F . P.: ¿Y con pasta italiana? ¿Puedo pasar con algo de

pasta?

Guarda de seguridad: No, señor.

F . P.: ¿No? ¿Ni con rica pasta? ¿Rica rica pasta?

Vuelvo a salir por la puerta de emergencia para fumarme un cigarrillo. También echo un trago de la bebida que he traído. Una mujer, fumadora también, me mira de reojo con desconfianza. A la cintura lleva prendido un codiciado pase verde de acceso al nivel superior. Le sonrío de oreja a oreja, deseando que las venas de mi frente no se descontrolen. Ella aparta la mirada, de modo que saco un trozo de papel y empiezo a tomar notas para mi libro sobre la Feria del Libro de Londres.

Mujer del pase verde: ¡Hala, qué letra tan diminuta! Es alucinante. Tan limpia y pequeñita.

De repente la tengo a mi lado, inclinándose desde lo alto de sus tacones vacilantes.

Mujer del pase verde: ¿Qué escribe?

F . P.: Un libro. Soy autor. Un artesano de la palabra.

Mujer del pase verde: ¿Autor? ¿En serio? Hala. No se ven muchos de esos por aquí. ¿Y cómo se llama?

F . P.: Francis Plug.

Mujer del pase verde: ¿Francis Plug? ¿Con qué editorial está?

F . P.: Esto… Con ninguna.

Mujer del pase verde: Ah.

Sacude su cigarrillo mientras echa la cabeza hacia atrás para expulsar el humo al aire como una rana ornamental escupiendo un arco de agua sobre el cuidadísimo estanque de un jardín.

Mujer del pase verde: Bueno, pues tenga cuidado de no quedarse ciego, Francis Plug.

Empieza a alejarse.

F . P.: Esto…, ¿podría subir…?

Termina de alejarse.

Mientras recorro el borde perimetral de los estands del Earls Court One en busca de palomas o carritos traqueteantes, paso junto a un cartel con la siguiente inscripción: ESCALERAS DE ACCESO A TODOS

LOS NIVELES.

Tras franquear una puerta lateral, procedo a subir por una amplia escalinata que desciende en cascada, como si llevara un vestido muy muy largo y vaporoso. La primera planta parece alojar un auditorio independiente, pero continúo hasta el segundo nivel, que es un vasto espacio diáfano de hormigón muy parecido al de un aparcamiento de varias plantas. Al fondo a la izquierda diviso unas mamparas divisorias temporales, de donde proviene un ruidoso entrechocar de vajilla y cubertería.

El personal de servicio trajina por el exterior, pero nadie se inmuta cuando me cuelo por una estrecha abertura en las paredes y emerjo al fondo de una zona habilitada como comedor. Cruzo el restaurante como quien no quiere la cosa, y hago mi discreta entrada en el pomposo y bullicioso ambiente vip del Centro de Derechos Internacionales. Aquí no hay expositores ni estands como en la planta baja. En su lugar, el espacio está dominado por altos armarios casilleros, asignados a diferentes agencias literarias. Junto a estos hay multitud de mesas, donde tienen lugar conversaciones breves. Cuando una persona se levanta y se marcha, es reemplazada por otra inmediatamente, algo así como en un evento de citas rápidas. Todo muy reglamentado y muy serio.

Un hombre bajo, fornido y cubierto de tatuajes pasa a mi lado con un bidón lleno de agua bajo cada brazo. Junto al dispensador lo aguardan impacientes un hombre y una mujer de más edad, con sendos vasitos de plástico. Una vez reemplazado el bidón vacío, al operario no le dan ni las gracias. Apenas ha terminado la operación, la anciana se abalanza hacia adelante con su vasito, como si acabara de salir viva de un accidente de avión en un bosque remoto y le fuera la vida en anticiparse a los otros pasajeros, a pesar de haber disfrutado recientemente de un almuerzo en el avión.

El exclusivo Centro de Derechos Internacionales está tan cerca del techo y de las hinchadas velas de lona blanca que tengo la sensación de encontrarme entre las nubes. Por lo demás, el espacio en sí es bastante deprimente, sin un solo toque de color y carente de interés, aunque la vista desde el balcón del atrio no está nada mal. Los estands sin techo de abajo, con sus haces de cables expuestos, ofrecen una panorámica extrañamente atractiva, semejante a la de un pueblo arrasado por un huracán. Me siento sano y salvo aquí arriba, en el nido, pero un alarido me devuelve a tierra firme de sopetón.

Mujer del pase verde: ¡Francis Plug! ¿Cómo ha conseguido colarse aquí arriba, pillín?

F . P.: Pues…

Mujer del pase verde: *[Se dirige a otra mujer.]* ¡Es autor! Lo

he conocido en la planta de abajo. No te imaginas la caligrafía que tiene, una cosa diminuta y rastrera…

Segunda mujer: ¿Autor? ¿Y qué hace usted aquí arriba?

F . P.: Las vistas son preciosas, ¿no le parece? ¿Y usted?

Segunda mujer: Somos agentes literarias. Creo que no debería estar usted aquí arriba.

F . P.: ¡Agentes literarias! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bueno!

Segunda mujer: *[Consulta su reloj.]* Y tengo una reunión ahora mismo, así que…

F . P.: Oh…

Mujer del pase verde: Yo también. Adiós, Francis Plug. ¡Y no deje que le pillen aquí arriba, granuja!

Ambas se alejan hacia las mesas. Agentes literarias. Menudo golpe de suerte. Tengo que hacerme un hueco en una de esas mesas.

Al darme la vuelta, me topo con un guarda de seguridad plantado a mi lado.

Guarda de seguridad: ¿Me enseña su pase, caballero?

El balcón está justo ahí. Los delegados de la feria se mueven nerviosos por la planta baja como hormigas gigantes.

F . P.: ¡No se acerque un paso más o salto!

Una mano me agarra con firmeza del brazo mientras desciendo por las escaleras mecánicas y, después de pasar junto al spaniel y el labrador, me arroja hacia los escalones de la entrada como a una colilla.

Calle abajo, a escasos metros del centro de convenciones Earls Court, se encuentra el pub Lillie Langtry. Un cartelito sobresale de las fachadas de Lillie Road, así que pongo rumbo hacia allí, mientras lo señalo con un dedo.

Un vejete charlatán me empieza a dar palique tan pronto como tomo asiento.

Vejete: ¿Qué? ¿Una mañana dura?

F . P.: Ya le digo. Vengo de la Feria del Libro.

Vejete: ¿Cuál? ¿La de Earls Court?

F . P.: Sí.

Vejete: ¿Ha oído hablar de un escritor que se llama William Burroughs? Un estadounidense, ¿le suena?

F . P.: Claro, por supuesto.

Vejete: Venía mucho por aquí.

F . P.: ¿En serio? No sabía…

Vejete: Sí, sí. Vivía atrincherado en el antiguo hotel Empress. Estaba aquí al lado, pero lo demolieron y nos plantaron el hotel Lily ese.

F . P.: Caramba. ¿Y alguna vez le pegó un tiro a alguien aquí?

Vejete: ¿Quién? ¿Bill? No lo creo, no. Qué va, era muy tranquilo. Se sentaba ahí *[señalando]* y siempre iba muy vestido, de traje…

F . P.: ¿De traje?

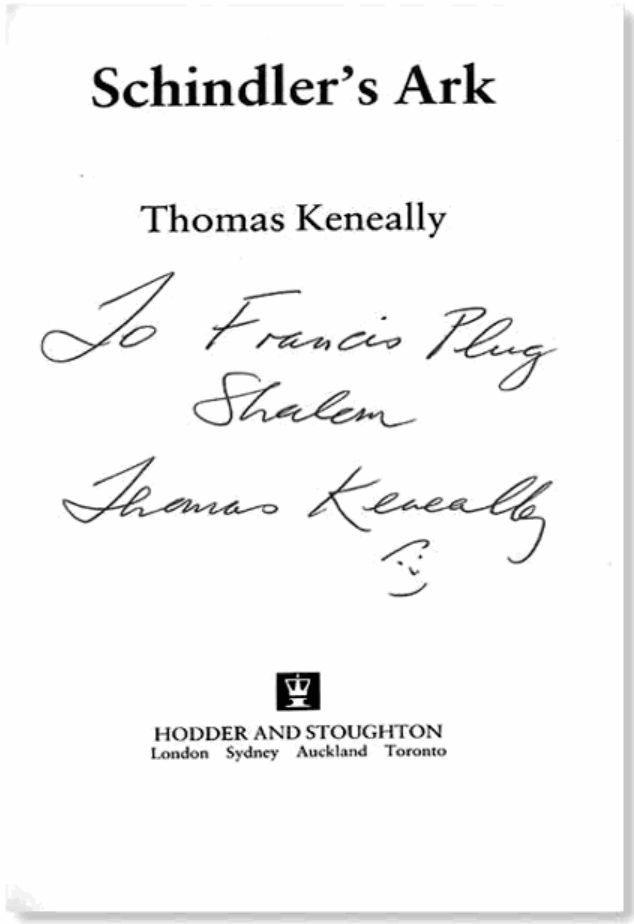
Vejete: Sí, sí, siempre. *[Hace una pausa.]* ¿Y usted? ¿Le ha pegado un tiro a alguien alguna vez?

F . P.: No. Pero estaba pensando en volar por los aires la Feria del Libro de Londres. Imagínese. Lloverían libros por todas partes. Y los libros estarían en llamas.

Vejete: Bueno, hale, a seguir bien…

Ningún otro delegado de la Feria ha seguido los pasos de William Burroughs hasta el Lillie Langtry, aunque sí que hace acto de presencia un operario de limpieza, con un pase de color azul.

Además de matar de un tiro a su mujer, William Burroughs consumía heroína a espuertas y mantenía relaciones homosexuales antes de que esas cosas se aceptaran de verdad. A pesar de todo, se le considera uno de los grandes escritores del siglo XX. Claro que aquellos eran otros tiempos y la cosa ha cambiado mucho desde entonces. Ahora uno tiene que portarse bien. O sea, que me parece a mí que William se las habría visto y deseado para estarse quietecito en un escenario durante un buen rato solo a base de agua templada, por poner un ejemplo. Aun así, iba trajeado, con lo que a lo mejor no le habría ido mal del todo.



El mismo día del evento de Thomas Keneally se me presenta la oportunidad de un empleo remunerado, a Dios gracias. Los Hargreaves son una pareja de ancianos muy agradable y amable, y sus jardines en Highgate están faltos de cuidados y de mantenimiento. Al igual que sus vecinos, viven en una finca inmensa que requiere mucho trabajo.

Señor Hargreaves: Bueno, bueno, aquí está nuestro querido

Francis Plug.

F . P.: ¿Qué tal se encuentra, señor Hargreaves?

Señor Hargreaves: Fantásticamente, muchacho. Ningún allanamiento.

F . P.: ¿Ningún allanamiento, dice?

Señor Hargreaves: Ninguno. Ni allanamientos, ni venganzas sangrientas, ni decapitaciones. No me han asesinado desde la última vez que me viste.

F . P.: Bueno, todavía queda día por delante…

Señor Hargreaves: Eso es verdad. Todavía hay tiempo para que me arrastren por las calles atado a la parte trasera de una motocicleta, o algo por el estilo.

F . P.: Estaré atento para que no le ocurra nada, señor Hargreaves.

Señor Hargreaves: Eres un buen chico, Francis. Y, dime, ¿qué tal va ese libro tuyo?

F . P.: Va lento pero va…

Señor Hargreaves: Espléndido, espléndido. ¿Sabes qué? Creo que alguien debería escribir un libro sobre ti, con ese nombre que tienes.

F . P.: No creo que nadie fuera a leer algo así… A no ser que tuviera un giro inesperado, claro.

Señor Hargreaves: Bueno, el giro podría ser que trabajas desnudo. Como hiciste el día de tu cumpleaños.

F . P.: Pues es verdad, me había olvidado de eso. *[Hace una pausa.]* Vaya, este jazmín necesita una buena poda…

Ocuparse de plantas trepadoras brinda la fabulosa oportunidad de espiar por las ventanas de las casas de la gente, como en *Confesiones de un limpiaventanas*. Pero nunca he visto nada guarro en la de los Hargreaves. La señora Hargreaves no es una madurita cachonda, es demasiado vieja. Que yo sepa, por aquí no se ha presentado nunca un repartidor de pizza con el pene asomando por debajo de las cajas.

Hay todo un género dedicado a las mujeres del tipo de la señora Hargreaves; igual que en las librerías están las secciones «Policiaca» y de «Ciencia ficción», ellas tienen la sección «Abuelitas». Lo de la industria del porno es para quitarse el sombrero, la verdad, está la mar de bien organizada.

Eso sí, al igual que el gremio de los escritores, los músicos, los guionistas y los que se dedican al juego, el del porno también lo está pasando fatal. Ya nadie quiere pagar por su esforzado trabajo. Tantas molestias para nada porque se puede conseguir gratis, en internet. Ahora parece que las nuevas estrellas del porno se encuentran entre el

propio público. Esperemos que en el Boston Arms no estén al tanto de esto, porque la mitad de ellos no tienen ni medio polvo.

Señora Hargreaves: *[Con los brazos en jarras.]* Buenos días, joven Francis.

F . P.: Hola, señora Hargreaves.

Señora Hargreaves: Te estás quedando en los huesos, tienes que comer más. ¿Cuándo te vas a afeitar? Estás empezando a parecerte a uno de esos pedófilos. Luego te saco un poco de bizcocho recién hecho, ¿quieres?

La señora Hargreaves esparce un camino de páginas de periódico sobre el suelo de la casa para que no le ponga todo perdido de barro cuando uso el retrete. También tengo mi propia toalla de manos, con lo que se evitan restregones y manchas en la ropa blanca. A veces le estrecho la mano a autores que tengo en gran estima, como Kazuo Ishiguro, con la inevitable transferencia de materia biológica procedente de lombrices y boñigas. Para más inri, todavía utilizo uno de esos pañuelos anticuados de tela que no son nada higiénicos. Es un milagro que no me haya cargado aún a la comunidad de escritores al completo y a todos sus seguidores. Así pues, en calidad de autor público, merece la pena plantearse utilizar guantes de fregar hasta los codos en las firmas de libros, y también un delantal de cocina bien largo con exterior de hule para su fácil limpieza. En mi caso, sigo a la búsqueda de uno en el que ponga: EL COCINERO CAÑÓN ESTÁ AL FOGÓN.

El saldo de mi cuenta bancaria deja bastante que desear. Con el fin de reservarme algo para la velada con Thomas Keneally, paso la hora del almuerzo en el parque de Parliament Hill en lugar de en el pub. De vez en cuando, algún paseante cansado o achacoso desvía sus pasos hacia mi banco, pero cuando posa la vista sobre mis ropas mugrientas y mi botella de whisky, suspira y sigue adelante.

Me exprimo el cerebro tratando de dar con otras fórmulas para ahorrar dinero. Si preparase una tarta gigante, quizá podría vivir de eso durante una semana más o menos. No tendría decoraciones chulas, pero si me sobrase algo de cobertor, a lo mejor podría moldear una figurita en ropa interior y tumbarla boca abajo sobre la tarta, tomando el sol.

Algo peludo se frota contra el brazo que me cuelga del banco y me pega un susto de muerte. Pero solo es un perro, un simpático perro marrón de tamaño mediano. Parece entusiasmado con algo, porque lleva la lengua colgando. Me agacho y le rasco detrás de las orejas y él se ríe.

F . P.: ¿Qué? ¿Te gusta, eh?

Al hacerle cosquillas entre el pelo del cuello, toco algo redondo y metálico. Es una chapa grabada que lleva prendida de un collar de cuero. En la chapa se puede leer ROX, y hay un número de teléfono móvil.

F . P.: Rox. ¿Te llamas así?

La perrita Rox sigue riéndose en silencio mientras agrego su número de teléfono a la lista de contactos de mi móvil. Se escucha un silbido agudo que hace que Rox se aleje disparada, con las orejas hacia atrás. Me froto los dedos y observo unos pelos marrones de perro descender suavemente hacia la hierba de Parliament Hill.

Más tarde, mientras recojo mis trastos para rematar la jornada, la señora Hargreaves me entrega un sobre y el viejo señor Hargreaves me guiña un ojo.

> **Señora Hargreaves**: Aquí tienes una pequeña propina, Francis. Una ayudita para que sigas adelante con tu libro. Métete algo entre pecho y espalda. Y tampoco te vendría mal un poco de pasta de dientes…

Cincuenta libras. Me dieron otras cincuenta en Navidad, también. Estoy un poco abrumado. Les doy mil gracias y me escabullo, frotándome los ojos.

Antes de poner rumbo a la ciudad, me pillo un tubo de pasta de dientes tamaño viaje y una nectarina.

Thomas Keneally es un escritor australiano con muy buenos contactos en Hollywood. En 1982 ganó el premio Booker por *El arca de Schindler*. Steven Spielberg la llevó a la gran pantalla enmendando el título a *La lista de Schindler*. El evento de esta noche se celebra en la megasucursal que tiene Waterstones en Piccadilly, y yo me aposento en el Studio Lounge, el bar situado en la quinta planta de la librería. Los australianos tienen fama de beber rápido y a lo loco, como una panda de *hooligans*. Pero yo me siento y bebo despacio, espero que dando ejemplo a alguno de los compatriotas de Thomas Keneally. Nick Cave, el escritor/estrella de rock, también es australiano y, por lo que veo en un tríptico que hay en la mesa, también tiene programado aparecer de manera inminente en un acto Waterstones. Me echo el folleto al bolsillo, interesado en aprender algunos trucos de publicidad de un autor al que le lanzan bragas.

Studio Lounge es un nombre requetespantoso para un bar, y el

lugar no tiene ni pizca de carácter ni encanto. Ahora bien, me impresiona que una librería sirva alcohol de primera. Esta tienda es el buque insignia de Waterstones y, además de contar con cinco plantas independientes, ofrece un calendario de eventos atestado de encuentros inminentes con autores. A decir verdad, muchos de los «autores» solo son famosillos que por un casual han publicado libros, imagino que con nulo aporte al arte de la escritura en sí. Son las fotografías de estas celebridades las que decoran la mayor parte de las paredes del hueco de las escaleras y no tanto las de autores de verdad que escriben libros de verdad. A pesar de esto, los títulos de los famosos son muy populares, y sus ventas devengan a las editoriales una buena pasta que luego pueden invertir en los escritores «auténticos». Además, mientras las paredes de las escaleras del Waterstones de Piccadilly estén repletas de fotos de cocineros, cantantes y políticos, con suerte la librería no necesitará fotos vergonzosas de nuestros caretos, ¿verdad, camaradas autores?

Por lo que he leído por ahí, Thomas Keneally es un tipo la mar de simpático, y presto especial atención a lo que dice, a ver si así me entero de cómo conseguir que Steven Spielberg se interese también por este libro mío. Así pues, aborto la pausa obligada para el piti, y me olvido también del whisky que llevo en el bolsillo y de la necesidad acuciante de orinar. Aparte de tomar alguna que otra nota discreta, que es un método crucial para acordarme de las cosas, me siento muy quieto, tensando cada músculo de mi cuerpo, como si estuviera realizando un viaje en coche de caballos por traicioneros caminos de montaña bordeados de precipicios.

Thomas Keneally tiene cara de guasa, así que es posible que no se tome la vida demasiado en serio, salvo al llevar al papel atrocidades como la historia real de las víctimas de los campos de concentración durante el Holocausto. A pesar de tener setenta y bastantes años, su rostro conserva también un aire fresco y sonrosado: es como un niño calvo con barba. Esta última, de pelo blanco, le cubre solo la barbilla, de tal suerte que su cabeza parece emerger de lo alto de una nube.

Al comienzo de *El arca de Schindler*, Thomas Keneally escribe lo siguiente en su nota del autor:

> He procurado evitar toda ficción, pues esta desvirtuaría los hechos, y también distinguir entre la realidad y los mitos que con toda probabilidad pueden forjarse en torno a un hombre de la talla de Oskar.

A pesar de sus conexiones posteriores con el glamur superficial de Hollywood, se trata de una novela bien anclada en la vida real. Y,

aunque sea un personaje de una novela, Oskar Schindler fue una persona real. Thomas Keneally lo es también, de modo que, a pesar de que el Booker solo se otorga a obras de ficción, cabe la posibilidad de que mi libro tenga lo que hay que tener para alcanzar el éxito.

Hay un momento en *El arca de Schindler* en que Oskar Schindler se cabrea un montón e intenta levantar el tablero de una mesa como si fuera la tapa de un pupitre. Después de la charla, cuando Thomas Keneally está estampando su firma en mi ejemplar, coloco mis pulgares debajo del tablero de la mesa de firmas y empujo hacia arriba con todas mis fuerzas.

F . P.: ¡¡Uuuumpfff!!

Thomas Keneally: Pero ¿¡qué cojones…!?

F . P.: No es la tapa de un pupitre, ¿eh? ¡Es un tablero de mesa fijado e inflexible!

Thomas Keneally: ¡No, si te parece!

Del adelanto de los Hargreaves no me queda ni un penique, así que cuando voy a comprar una botella de whisky barato pillo también los ingredientes para una tarta muy muy grande.

Tamizar harina y cascar huevos es divertido, y empiezo a lanzar utensilios de cocina por encima de mis hombros, como el chef sueco de *Los Teleñecos*.

Al rato, no obstante, me echo a llorar. En lugar de añadir dos cucharaditas de levadura a la mezcla, he agregado dos cucharadas soperas. La tarta se ha hinchado como un globo dentro del horno y rebosado en cascada hasta la rejilla de debajo, y ahora toda esa pegajosa masa informe ha prendido en llamas. Hay humo por todas partes. Es un puto desastre. Como no tengo a nadie aquí que me consuele, decido enviarle un mensaje de texto a Rox.

TARTA INCENDIADA. LLORANDO. TENGO Q COMER PATATAS CRUDAS.

Al poco recibo una respuesta.

PERDONA, ¿QUIÉN ERES?

Ha visto mi mensaje. Qué perrita tan lista.

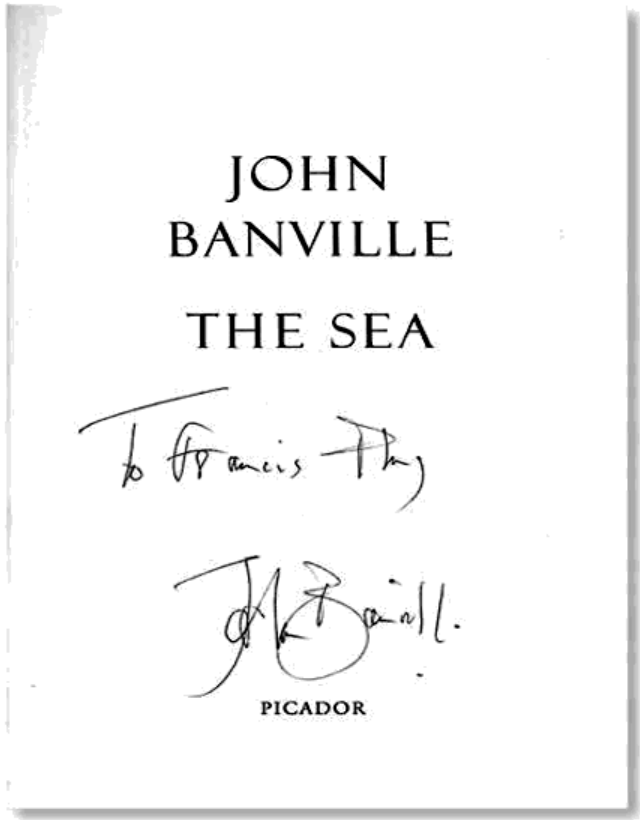
T CONOZCO D LA COLINA. DEL BANCO. T ACARICIÉ Y SALISTE CORRIENDO…

Me quedo esperando una respuesta durante casi once minutos, pero nada. Seguro que Rox está ocupada llevando un palo, o unas

zapatillas. Decido enviarle otro mensaje.

¿TIENES UN PALO EN LA BOCA O Q? T PUEDO RASCAR + SI KIERES…

Rox no responde, así que me pongo a limpiar el horno, porque los restos pegajosos de la tarta se están enfriando y empiezan a solidificarse.



Todas las semanas se programan a lo largo y ancho de Gran Bretaña innumerables eventos con autores. Mi interés particular en los ganadores del Booker me ha permitido acotar mi participación en ellos, pero de manera ocasional, y siempre que he podido permitirme el gasto, he abierto mi red a otros peces jugosos. Beryl Bainbridge, la novia eterna del Booker, fue uno de esos casos, lo mismo que J. G. Ballard y la ganadora del Nobel, Doris Lessing. También he acudido a

encuentros con autores estadounidenses de visita en las islas, entre ellos Bret Easton Ellis, Joyce Carol Oates, Douglas Coupland y varios ganadores del Pulitzer. La mayoría de estos autores parecía estar muy a gusto en su papel de personaje público, aunque se cuenta que Dave Eggers ha manifestado que para él los encuentros con escritores «son de un aburrido que resulta violento».

Al escritor irlandés John Banville tampoco parece que le entusiasmen demasiado. Poco después de que se hiciera con el Booker por su novela *El mar* salieron publicadas unas declaraciones suyas en las que decía, y cito:

> Los escritores somos tímidas criaturas nocturnas. Si nos echáis bajo los focos, la luz nos ciega.

Sus palabras parecen hacerse eco de los sentimientos de Max Morden, el protagonista de *El mar*:

> Lo único que de verdad he deseado siempre es estar oculto, protegido, a salvo, escarbar y acurrucarme en una cálida cavidad uterina, invisible a la mirada indiferente del cielo y a resguardo de los estragos del aire inclemente.

Cuando leí que John Banville iba a dirigirse a una atestada London Review Bookshop, decidí asistir al instante, imaginándome a un hombre dando alaridos, derritiéndose y revolcándose en el suelo.

En *El mar*, Max Morden rememora el verano de su infancia en el que entabló amistad con una familia muy bien situada y cómo esto le permitió ascender en la escala social y codearse con la élite. A mí me pasa algo parecido cuando me encuentro entre los asistentes a un evento con un autor, así que entiendo a qué se refiere. Por mi experiencia, son las clases inteligentes, leídas y prósperas las que frecuentan estas reuniones literarias, y el acto con John Banville no es una excepción. Una vez franqueado el acceso me siento como la paloma del centro de convenciones de Earls Court: no tengo muy claro cómo he conseguido entrar.

Resulta difícil saber cuál es la etiqueta de vestimenta fetén para estas ocasiones librescas. Los autores, como ya hemos visto, tienden a esforzarse al máximo, puede que tomando prestado un traje o un vestido elegantes de sus adinerados editores. Como miembro del público, una parte de mí me pide guardar ciertas formas en el vestir por respeto a los propios ganadores del Booker, y también al resto de los espectadores, los cuales van, las más de las veces, de punta en blanco. Pero, al mismo tiempo, no puedo evitar tener en cuenta que los asientos de la London Review Bookshop son sillas plegables de

plástico, que esto es en una librería y no Grosvenor House, y que los libros en sí son objetos que la gente lee en el cuarto de baño con el culo al aire. La mujer que está sentada a mi izquierda va toda emperifollada con un vestido marrón de lentejuelas y tiene la pierna cruzada sobre la rodilla, haciendo que su sandalia en suspensión invada mi espacio, el área delante de mi silla. Cuando le doy una cortés palmadita en el pie, animándolo a replegarse a la zona que le corresponde, ella se muestra muy ofendida. Su voz suena como la lenta impresión de una foto ampliada emergiendo de una máquina de revelado.

Mujer emperifollada: ¿PER-DO-NE?

Su pie sigue meneándose en mi territorio, así que lo empujo otra vez y le doy a ella un golpecito en el hombro.

F . P.: Aparte.

Ella se pone colorada como un tomate, y con la tenaza de su mano me pellizca con fuerza el michelín.

F . P.: ¡Ay!

Girando sobre mi trasero, pongo los pies a un lado de su silla y empiezo a empujarla hacia el pasillo. Indignada, la mujer se levanta de un brinco, retira su silla de debajo de mis piernas y, dando un paso hacia delante, me da una patada en la espinilla.

F . P.: ¡Ay!

Estamos dándonos palmotazos, como si tuviéramos aletas, cuando una mujer con las uñas pintadas de rojo que está sentada delante de nosotros se vuelve y sisea:

Mujer de las uñas pintadas de rojo: ¡Ya está bien, los dos!

John Banville debe de estar esperando en alguna sala contigua, calmando los nervios a base de vino, o de brandy quizá, como le gusta hacer a Max Morden en *El mar*. Yo también bebo; me he apropiado de una botella de *sauvignon blanc* de la mesa de bebidas de cortesía. La botella en cuestión descansa ahora sobre la estantería de «Temas de actualidad», situada a la derecha de mi asiento, y mientras espero a que John Banville haga su aparición me pongo a echar un vistazo a los títulos, para ver si así me olvido de los innecesarios suspiros y resoplidos que siguen emanando de la mujer de al lado cual humo volcánico del Eyjafjallajökull islandés. Ninguno de los libros lleva la

firma del autor, cosa que atribuyo al hecho de que sus autores son periodistas, académicos y demás gente poco sexy.

No obstante, es interesante pensar que alguien acabará comprando este preciso ejemplar que tengo en la mano ahora, para llevárselo a casa, en el municipio o pueblito de turno, y leerlo. Tras digerir un breve extracto de texto, gratis, decido añadir uno de mi puño y letra. Así pues, arranco de mi cuaderno una hoja, la rasgo por la mitad y escribo en el primer pedazo: VÉASE PÁGINA 241.

Una vez insertado el papel entre las páginas cinco y seis, procedo a escribir lo siguiente en el otro trozo: CUIDADO CON EL ENANO QUE LLEVAS DENTRO. CUIDADO CON EL ENANITO MIRÓN QUE SE ASOMA DESDE DENTRO DE TU CUERPO. TIENES UN ENANITO EN TU INTERIOR. ESTÁ OBSERVANDO A TRAVÉS DE TUS OJOS, HACIENDO QUE PARPADEEN NERVIOSOS. LO ESCUDRIÑA TODO POR TUS OJOS. ¡UN ENANITO!

Echo un vistazo al público que me rodea, charlando flojito, con su ración individual de vino, y con discreción inserto esta segunda nota entre las crujientes páginas numeradas 240 y 241, antes de devolver el libro a su hueco en la estantería.

¿Qué mueve al público de este tipo de eventos? ¿Qué lo impulsa a buscar la tan humana y temblorosa carne, sangre y tuétano del autor? ¿Y por qué la del autor de ficción en concreto? Para empezar, está claro que todos ellos —los miembros del público, digo— cumplen con el requisito esencial de poseer las dotes imaginativas necesarias para comprender la obra inventada del autor, pero aun así insisten en arruinar sus fantasías exponiéndose a la maquinaria subyacente, por así decirlo. Tienen que seguir a Mickey y a Minnie Mouse hasta los camerinos y oler el sudor de los sofocados titiriteros. Si las novelas fueran menos ficticias, quizá el lector podría obtener su tan buscado subidón de realidad directamente del libro y no del escritor. Mi libro, al menos, se basa en hechos reales, así que, con un poco de suerte, es posible que todos mis eventos públicos se suspendan por falta de interés.

Lo malo de escribir un libro basado en hechos reales es que cuando lo pongan a la venta aquí, en la London Review Bookshop, no estará embutido entre Sylvia Plath y Edgar Allan Poe, en la sección de novela. Quizá debiera añadir algo sobre un hombre que se transforma en un rábano. O introducir un calamar cantarín. Después de todo, en mi obra se aprecia mucho la influencia de Dr. Seuss.

El vino de cortesía está rico, y me lo estoy bebiendo bastante rápido, pero no estoy pedo ni mucho menos cuando escucho una voz presentar al autor invitado de esta noche como Benjamin Black.

Tras los aplausos del público, un hombre se sienta a la mesa, absorbiendo el resplandor. A diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los eventos con escritores, no lo acompaña un entrevistador, así que se enfrenta él solo al público, como el que se representa a sí mismo en un juicio. Comienza a leer de un libro, pero no es *El mar*. Ni siquiera es un título de John Banville. Es un libro de Benjamin Black. A ver, he pagado una pasta para ver a John Banville. Me daba para dos y hasta tres brandis. Y en lugar de escuchar a Max Morden en voz de John Banville, que es a lo que he venido, van y me encasquetan a Benjamin Black.

Benjamin Black tiene un marcado acento irlandés, y sus rasgos coinciden con los de las fotografías de John Banville que he podido observar previamente. El estudio de John Banville apareció, como el de A. S. Byatt, en el suplemento del fin de semana de un periódico. Su despacho de Dublín tiene una alfombra de color rojo intenso, postales clavadas a las paredes blancas y una fina alfombrilla debajo de la mesa, que podría ocultar perfectamente una trampilla de escape. Según dice en el texto que escribió para acompañar a la fotografía, siempre pasa el cerrojo a la puerta, y así se cree inexpugnable. Pero se equivoca, porque nosotros ya estamos dentro. Yo y miles, puede que hasta cientos de miles de personas. Porque su estudio de Dublín ya está en internet.

Al final resulta que John Banville también escribe libros bajo un seudónimo, y esta noche ha acudido a la London Review Bookshop en calidad de ese otro. Ian Rankin es Jack Harvey, Ruth Rendell es Barbara Vine e Iain Banks también firmaba como Iain M. Banks. Sin embargo, yo pensaba que estos nombres les servían para esconderse, para proteger su identidad, para salvaguardar la verdad. Pero John Banville ni siquiera va disfrazado. Podría haberse puesto un bigote de pega, o pintarse la cara a lo Ace Frehley, pero no. Se le habrá olvidado.

¿Tendrá Benjamin Black su propio estudio? Quizá se encuentre detrás de una de esas misteriosas puertas del metro donde se puede leer: PELIGRO. RIESGO ELÉCTRICO.

O puede que escriba en una cámara secreta ubicada en la ladera de una colina y a la que solo se puede acceder entrando con el coche en una cueva. ¿Será que John Banville es el personaje de Bruce Wayne y Benjamin Black es el cruzado con capa? Asiento vigorosamente con la cabeza en la London Review Bookshop mientras me doy unos golpecitos en la sien.

Cuando Benjamin Black lee el extracto de su novela, no sostiene el libro a la altura de la cara, tapándose la cabeza. No obstante, esto es

algo que ustedes sí deberían considerar hacer, camaradas autores. Incluso podrían leer de una edición especial fabricada a medida, en tamaño A0, de tal manera que, si se pusieran en cuclillas, también podrían ocultar el tronco y las piernas, reduciendo así su existencia a una tímida voz ratonil con zapatos. Entretanto, Benjamin Black sostiene su libro cual capote, como si retase a la muchedumbre aquí reunida a arremeter contra él en estampida. Estoy convencido de que es cuestión de tiempo que desaparezca el efecto de esos tragos previos a la charla, y él se agarre las mejillas y se eche a llorar desconsoladamente.

La botella de vino gratis que me había agenciado está vacía, de modo que decido ir a por otra. Las bebidas están ubicadas a la derecha del mismísimo Benjamin Black/John Banville, quien, habiendo terminado de leer el extracto de su libro, aborda ahora al conjunto de culturetas aquí reunidos con una serie de anécdotas e historias divertidas.

Antes de seleccionar una bebida, me pongo a analizar la actuación del autor desde un lateral. El tal Benjamin Black es un tipo grande y robusto, con el físico perfecto para levantar coches a pulso. Sin embargo, no tiene una pinta amenazadora ni peligrosa, como Ernest Hemingway. Es evidente que no siente ninguna necesidad de ir por ahí cultivando una imagen de matón, así que no escuchamos historietas sobre talas de árboles o peleas a puñetazos contra truchas gigantes. Es más, sus manos tienen aspecto de ser muy suaves y delicadas, aunque estoy segurísimo de que podrían rasgar ese libro suyo por la mitad.

A pesar de esto, necesita un disfraz desesperadamente, así que, pasado un rato, me pongo a llamar su atención con una serie de aleteos de brazos a lo chimpancé. Su discurso decae ligeramente, como la marcha de un coche que sigue adelante después de que se le haya caído el motor a la carretera. Me llevo las manos a la cara a modo de anteojos.

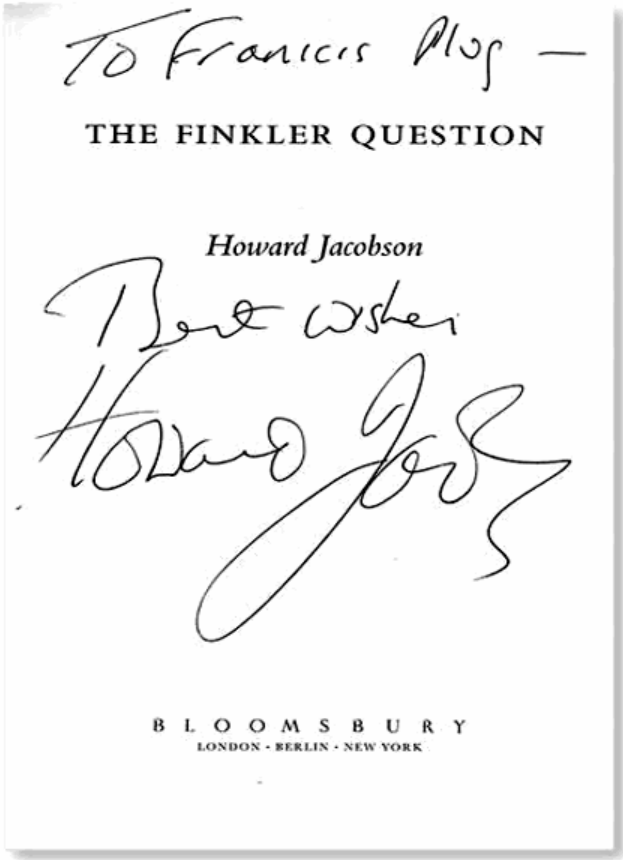
F . P.: *[Articula en silencio.]* ¡La máscara! ¡La máscara!

Tras analizar mis gestos con una mirada pensativa, Benjamin Black dirige de nuevo su atención al público. Así que le paso discretamente una nota garabateada en un papel que he doblado e introducido en el interior de mi pañuelo anudado. La nota dice así: ¡ÁTESE EL PAÑUELO A LA CARA!

Un miembro del personal intenta que regrese a mi asiento plantándose entre mi persona y el vino de cortesía. Por encima de su hombro veo una salida de emergencia y, encima de la puerta, un cartel verde de plástico serigrafiado con un personaje gráfico que corre con urgencia mientras se señala el culo, como si lo tuviera en

llamas. El marco de la puerta está pintado de un sombrío gris asfalto, y en el centro hay un único panel de cristal alargado. Corriendo a toda pastilla hacia la puerta de vidrio con un brazo y un hombro por delante, arremeto contra ella, la atravieso y caigo entre los fragmentos de cristal como un ladrillo con una nota atada que dijera: ESTÁS ACABADO.

Al fugaz y cortante sonido de cristales rotos lo sustituye el desagradable pitido de una alarma. Me sacudo las finísimas esquirlas y, una vez recompuesto, le hago señales a Benjamin Black/John Banville para que me siga, lanzo los brazos hacia delante y hacia arriba haciendo ver que salgo volando. Ha llegado la hora de devolverlo a la silenciosa soledad de su cueva, una operación a la que aporta mayor resonancia el zumbido de la alarma, y la ruidosa barahúnda que acaba de estallar en los embravecidos confines de la London Review Bookshop.



En la víspera del acto con Howard Jacobson, a eso de la una de la mañana, me entra un antojo de queso apestoso. La tienda 24 horas de Tufnell Park no vende queso apestoso, así que hay que recurrir a un supermercado. No hay supermercados en Tufnell Park, de modo que solo me queda acercarme a Camden en coche.

Se me ocurre que quizá podría comprar también un poco de vino barato, así que desengancho un carrito de la hilera de carritos

encadenados previa inserción del obligado depósito: a saber, una moneda de una libra. Mientras mi libra permanezca en el interior de la ranura, digo yo que, técnicamente, el carro es mío.

No acostumbro a hacer la compra en supermercados porque yo como muy poco y los supermercados son muy grandes. Pero la verdad es que tiene su aquel visitar uno de estos mastodónticos espacios públicos en mitad de la noche, cuando apenas hay gente. Primero hago una parada en el pasillo de fruta fresca. Cuando he terminado de arrancar unas sesenta o setenta pegatinas de las manzanas, los plátanos y los kiwis, y de pegarlas en fila en el manillar de mi carrito, reemprendo la marcha en busca del queso apestoso y del vino barato de cartón. Por el camino paso por la sección de libros. Antes los supermercados no vendían libros. En otros tiempos solo vendían artículos de alimentación, y si pertenecían a alguna cadena bien provista, puede que un paquete de Blu-Tack como mucho. Pero luego se transformaron en estos gigantescos hipermercados, que ofrecen desde televisores hasta seguros de coche. La mayoría de los libros son *bestsellers* de tapa blanda. Es difícil distinguir un autor de otro, ni los títulos siquiera, porque las cubiertas están forradas con enormes pegatinas de descuento. Los descuentos hacen que salgan baratos; tiradísimos, la verdad. De hecho, salen más baratos que un taco de queso. Un queso que ha producido en un solo día una vaca a base de comer hierba. Escribir un libro es un poco más complicado. Pero mientras que a la vaca la premian con campos y campos de hierba donde pastar, a mí no me queda otra que buscarme un segundo empleo segando césped.

Las pegatinas de descuento de los libros son mucho más grandes que las pegatinas de las manzanas y los plátanos, así que ocupan más espacio en el manillar de mi carrito. Despegarlas de los libros no tiene ningún misterio, es un proceso tan sencillo como separar un caracol de una hoja de lechuga. Cuando ya no me queda sitio en el carrito, coloco las pegatinitas ovaladas de la fruta en los libros. Les dan un toque mucho más distinguido y no resultan tan cantosas. De esta forma sí puede uno leer el título y el nombre del autor, y no dejan de ser un indicador aceptable del precio, porque aquí los libros salen más o menos igual que los plátanos.

He decidido quedarme con mi carrito de una libra, así que lo embuto en la parte trasera de la furgoneta. Sin embargo, de camino a casa paro junto a la esclusa de Camden y lo arrojo por encima del puente, como si fuera un delfín al que han obligado a ejecutar tirabuzones a cambio de su ración de sardinas.

El evento con Nick Cave se celebra el mismo día que el de Howard Jacobson. Las personas que hacen cola para la firma son más jóvenes y

«alternativas» de lo que se acostumbra a ver en la mayoría de encuentros con autores, porque Nick Cave es una estrella de rock. Con todo y con esto, también es el autor más que respetable de una colección de poesía, y hoy ha venido a promocionar su aclamada segunda novela. Con sus credenciales literarias y sus modales de roquero salvaje, es posible que Nick Cave constituya el modelo perfecto del novelista del futuro; sosegado, solitario y disciplinado, pero a la vez bullanguero, desmadrado y volcado con su público.

Además de escribir libros y tocar música, Nick Cave también es un actor reverenciado por sus papeles en diversos largometrajes. El talento creativo de este hombre parece no tener fin. Claro que toda la industria creativa se ve ahora amenazada por gente que exige disfrutar de estos talentos a cambio de nada. Así pues, ¿qué será del próximo Nick Cave? ¿Habrá un hueco para él, o para ella?

Cuando llega a la librería Waterstones de Piccadilly, Nick Cave trae un pequeño séquito y camina erguido de la mano de una hermosa mujer. Lo acompañan al fondo de la tienda, saltándose la cola, igual que llevarían a una autoridad hasta el estadio olímpico por un carril reservado. Lleva un traje negro a rayas, pero no es un traje con el que ninguno de nosotros podría dar el pego, estimados autores. No. Es un traje brillante, centelleante. Y su camisa blanca lleva un ribete rosa cerca de los botones, cosa nada ortodoxa, por cierto. Y a diferencia de todos esos escritores con perilla, Nick Cave va completamente afeitado. Está claro que a los autores modernos les queda mucho que aprender.

No obstante, el hecho de ser autor obliga a Nick Cave a ceñirse a ciertas normas. Por ejemplo, si el agua de su mesa está calentorra, no puede estrellar la botella contra el suelo ni hacer añicos su silla. Los escritores no se comportan así. Por otro lado, al ser una estrella de rock, goza de la prerrogativa de saltarse ciertas cortesías. Así pues, en el día de hoy Nick Cave solo va a firmar su *nuevo* libro, y solo una copia, ojo. No está permitido hacerse fotos con el autor debido, aducen, a «restricciones de tiempo». En cuanto a lo de darle un apretón de manos no estoy seguro, pero lo que es a mí me daría terror. Después de todo, el tipo podría arrastrarme por encima de la mesa de un tirón, pegarme la boca al oído y susurrarme:

> **Nick Cave**: ¿Qué dedicatoria ni que hostias? ¿Te crees que me chupo el dedo? Un autógrafo y a correr, gilipollas.

Antes de la firma, no obstante, a Nick Cave le entregan un ejemplar de su libro y lo obligan a colocarse delante de un panel de quita y pon forrado de logotipos de Waterstones. Un aluvión de flashes lo envuelve, y aunque él permanece muy erguido, cualquiera diría que

lo están acribillando a tiros.

Clapham Junction tiene fama de ser la estación de ferrocarril más transitada de Europa, pero esta noche la música que retumba a todo volumen procedente del recinto del Book Slam, al otro lado de la calle, ahoga el sonido de los trenes. El Grand es un antiguo teatro que han transformado en un club y bar de lo más chic. La entrada está patrullada por gorilas, y los guardas de seguridad llevan traje y unos pinganillos con un cable que parece como de un teléfono de los años cincuenta. Mi nombre figura en una lista que, por suerte, está ordenada por nombres de pila, así que para acceder no tengo que vocear «PLUG» de manera nada glamurosa.

En el interior hay un escenario en condiciones, aunque tampoco es de esos ridículamente grandes como los del Southbank o como los que gasta Nick Cave. Es idiosincrásico, en sintonía con un antiguo teatro, pero lo bastante imponente como para causarme pavor. Un escritor va a subirse ahí arriba dentro de un rato y solito. A Howard Jacobson ni siquiera lo conozco, pero solo de ponerme en su lugar me entra un cosquilleo en el estómago que la presencia de una batería y un teclado Yamaha en el escenario no hace más que agravar. ¿Será ya una realidad mi profecía sobre el «escritor roquero» del futuro? ¿Acaso el atril ha sido reemplazado por una banda de rock al completo? Ay, mi estimado lector, bien merece la pena saber beber, porque pobre del escritor tímido y sobrio que haya de enfrentar un teclado Yamaha en escena.

Delante del escenario hay un foso ocupado por quince enormes mesas redondas cubiertas con mantel negro y velitas en vasos rojos. Llegar pronto tiene su recompensa, ya que puedo escoger entre una selección de mesas situadas en primera fila, incluida una justo delante del micrófono. En esta céntrica mesa ya hay dos sitios reservados, así que dispongo mi repertorio de bebidas justo al lado, dándoles unas palmaditas.

Las demás mesas se llenan deprisa, a medida que van llegando otros adeptos al Book Slam, y los que los siguen se sientan o se quedan de pie en los bancos dispuestos en semicírculo a los lados, o al fondo, cerca del bar. También hay gente acomodada arriba, en el entresuelo, como si vinieran a ver *El lago de los cisnes* o *El rey león*. Algunos tienen palcos privados, de esos que ocuparía la realeza o los dos vejestorios gruñones de *Los Teleñecos*. Y entonces aparecen Howard Jacobson y su esposa/pareja, que van y se sientan en mi mesa, a mi lado.

F . P.: ¡Ja, ja!

Howard Jacobson se embolsó cincuenta mil libras con el Booker,

así que puede permitirse los precios de las copas en el Grand, que, aunque no son prohibitivas, cuestan lo bastante para pagar el sueldo de los guardas de seguridad y cubrir los gastos de tintorería de sus trajes. Yo ya me he bebido unas cuantas copas de esas, así que me lanzo con todo el descaro a entablar conversación con la estrella de la noche.

F . P.: Hola.
Howard Jacobson: Hola.
Esposa/pareja de Howard Jacobson: Hola.

Mientras procuro pensar en otras palabras que me sé, aparece un camarero con un cubo negro y se pone a recoger mis vasos de whisky vacíos. Howard Jacobson bebe vino y su copa no está vacía. Me fijo en que el tipo tiene una mata de pelo encrespada, como si su cabeza fuera un cojín y le hubieran sacado el relleno por un roto en el cráneo. Tiene ojos mustios, como los de un perro tristón, y su nariz tiene el aspecto y la forma de una salchicha vegetariana. Va con chaqueta de vestir azul marino, sin corbata, y la camisa clara que asoma por debajo lleva dos o puede que tres botones desabrochados.

Un hombre del comité organizador presenta el evento de la noche, y mientras está ahí de pie, justo encima de nosotros, me doy cuenta de lo altísimo que es el escenario. No es demasiado ancho ni profundo, pero visto desde tan cerca da la impresión de que subirse ahí arriba sea como desafiar a la muerte. La escritora Jackie Kay, que es la primera en salir, reconoce que la experiencia de hablar en el Book Slam no tiene nada que ver con las charlas que ha dado previamente en la biblioteca central de Milton Keynes.

Cuando Howard Jacobson se levanta para subir al escenario, advierto que lleva puestos unos pantalones grises de campana bien sujetos con un cinturón negro. Sus zapatos también son negros, y mientras se cierne sobre nosotros desde el escenario, saca unas gafas de leer, también negras. Tiene su libro, *La extraordinaria naturaleza de Sam Finkler*, en la mano derecha, mientras que la izquierda permanece oculta a la vista, dentro de su bolsillo.

Howard Jacobson: He pensado leer algo decente en la primera «vuelta» y algo no tan decente en la segunda.

Después de su primera «vuelta», un hombre sale al escenario y ajusta la altura del micrófono, como un utilero en un concierto. Yo hago mutis por el foro para ir al aseo. Cuando vuelvo, hay una banda tocando en el escenario. El top que lleva la cantante es dorado y muy brillante, y su pelo tiene mechones teñidos de rojo. Es mucho más deslumbrante que Howard Jacobson, pero esto no es una competición.

Los tragos me han desinhibido, así que saco mi ejemplar de *La extraordinaria naturaleza de Sam Finkler* con mucha pompa. Mientras su honorable autor lo firma, abordo el tema de la altura del escenario.

F . P.: Seguro que da vértigo asomarse desde ahí arriba. Parece un acantilado.

Howard Jacobson: Bueno, tanto como un acantilado no…

Arrastro muy despacio por encima de la mesa uno de mis whiskies hacia él, casi como si estuviera afilando la base del vaso en una azuela.

F . P.: Tenga. Va a necesitarlo.

La verdad es que estoy como una cuba cuando avisan a Howard Jacobson para que se dirija al público por segunda vez. Y por eso mismo le sigo y me subo al escenario con él, solo para ver qué se siente. Ahí es cuando empiezo a cagarla de verdad. Sentado a horcajadas en el Yamaha.

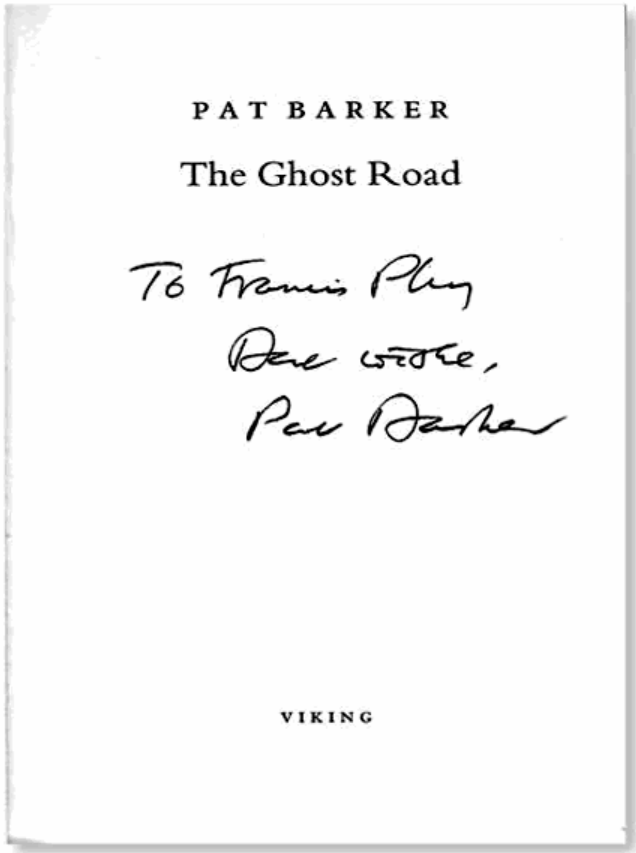
F . P.: Suba, Howard Jacobson. Vamos, olvídese de todo esto. Yo lo llevaré de regreso a Londres.

Howard Jacobson: ¿*De regreso* a Londres? Vaya usted, Francis. Vuelva al lugar de dondequiera que haya salido.

F . P.: Venga, suba. Vamos. Vamos, Howard Jacobson. *[Da unas palmaditas al Yamaha.]* Arriba.

Howard Jacobson: Es la humillación lo que nos hace humanos, damas y caballeros.

La mala fama puede servir para vender libros, estimados lectores, pero no es un camino que suelan tomar los ganadores del Booker. También les aconsejo fervientemente que al menos tengan un libro que vender antes de contemplar siquiera la idea de tirar por tan mal camino.



Hoy vuelvo a trabajar en casa del señor Stapleton. Vive en una calle preciosa en Primrose Hill, repleta de sauces, lavanda y arbustos de retama marroquí muy cuidados. Mi furgoneta parece una cuña de espinaca en su lustrosa calle. Si lo llevamos al ámbito de los bares, su coche, un sedán alemán de ejecutivo, podría equivaler a un bar de cócteles, mientras que mi furgoneta sería más bien un bareto cutre. Algunos de sus vecinos poseen grandes e imponentes vehículos 4 × 4,

y creo que esto se debe a que sus jardines son tan grandes que se creen que están en el campo.

El señor Stapleton vive solo en una enorme casa de cuatro dormitorios. Su novia se queda a veces a dormir, pero me figuro que dormirá con el señor Stapleton, con lo que todavía sobran tres dormitorios. Es posible que estas habitaciones estén reservadas para gente imaginaria relacionada con el trabajo del señor Stapleton como agente de inversiones financieras. Al llamar al timbre, el sonido resuena por el interior de la casa como por las cámaras de un castillo cavernoso. El tono es el mismo que el del carrillón del Big Ben, aunque el señor Stapleton se llama Leonard.

Señor Stapleton: He estado repasando tus facturas y hay un par de cosas que no me acaban de cuadrar.

F . P.: Vaya.

Señor Stapleton: El 2 de febrero me cobraste por el alquiler de dos carretillas.

F . P.: Ah, sí.

Señor Stapleton: No por una, sino por dos carretillas.

F . P.: Ajá.

Señor Stapleton: Es un error, ¿no? ¿Para qué ibas a necesitar dos carretillas?

F . P.: Creo que es porque… había muchas hojas.

Señor Stapleton: ¿Cómo?

F . P.: Y caracoles. De esos gordos, muchísimos.

Señor Stapleton: Venga ya, es absurdo. Metes las hojas en sacos grandes de plástico, por los que también me cobras, y luego los sacas a tu furgoneta tú solito. Te he visto. No usas ni una carretilla siquiera.

F . P.: Estoo… *[Hace una pausa.]* A lo mejor es que las carretillas donde cargaba las hojas iban *dentro* de los sacos de plástico.

El señor Stapleton tiene cantidades ingentes de dinero, pasta a espuertas, pero hace lo imposible por compartir lo mínimo posible conmigo. Con los impuestos fruto de mi duro trabajo rescatan a su gente y pagan sus exquisitos cortes de pelo. Pero en lugar de apoyarme a su vez con un poco de compasión, se dedica a darme el coñazo con las carretillas. Esto no es muy propicio para crear alta literatura. Tendré que escaparme al pub a la hora del almuerzo.

Al igual que J. K. Rowling, escribo mucho durante la hora de la comida. Ella empezó la saga de Harry Potter mientras trabajaba en un banco, y debió de aprender un montón de trucos acerca del dinero,

porque ahora tiene más que la Reina. Aun así, me sorprende que consiguiera pasar del primer capítulo, visto lo poco fiables que son esos bolis de banco.

Cuando escribo en un pub, la gente me mira raro, como si estuviese tramando algo. Los clientes parecen pensar que soy una especie de poli encubierto que los espía, mientras que el personal es probable que me tome por un crítico de pubs que se dispone a sacarles los colores por sus cortinas mugrientas y sus apestosos aseos. A la gente que teclea en aparatos electrónicos nadie le hace ni caso, pero como yo escribo a boli resulto más peligroso. Quizá no ayude el hecho de que a veces me ponga a parlotear en voz alta y a clavarle el bolígrafo en los ojos con insistencia a personas invisibles.

Las pausas para fumar me rompen el ritmo de escritura, ya que me obligan a parar y salir a la calle. Cuando empecé a escribir podía fumar tranquilamente en mi mesa, sin necesidad de tener que subir a la superficie para coger aire. Pero desde que lo prohibieron me veo obligado a emerger y hacer uso de mi respiradero, como quien dice.

En el tren de camino al bolo de Pat Barker me muero por fumarme un piti. Wanstead está muy al este, cerca de Grange Hill. Siempre había dado por hecho que Grange Hill[1] era un sitio inventado, pero no. El vagón de metro emerge a la luz del día en Stratford antes de sumergirse de nuevo, como una tortuga de mar, pasado Leytonstone. Utilizando mis manos como balanza, sopeso si Wanstead será una isla o una cueva subacuática.

Cuando llego a la biblioteca de Wanstead es tarde y el público ya está sentado. Todavía queda vino a raudales en una mesa al fondo, así que pillo unas cuantas copas, a pesar de que el hombre de la mesa de bebidas no me quita ojo mientras tomo asiento en la fila de atrás. El evento lo organiza la librería Newham. Seguro que están deseando que la gente no se fije en la cantidad de ejemplares gratis de biblioteca que los rodean, sobre todo en los de Pat Barker. Digo yo que la librería Newham será un negocio chiquitín y, por lo tanto, demasiado pequeño para hospedar a una ganadora del Booker y a sus numerosos seguidores. Tener a Pat Barker en tu tiendecita sería como acoger un bolo de Nick Cave, y con ello me refiero a uno auténtico, de esos con los que llena estadios enteros, no a tenerlo sentado en una silla detrás de una mesa.

El evento de esta noche se celebra en una amplia estancia, aneja a la sala principal de la biblioteca, que luce paredes de ladrillo pintadas de blanco y un techo de vigas de madera vista al estilo colmena escandinava. El público, bastante numeroso, lo componen en su mayor parte mujeres mayores que, como yo, ocupan sillas plegables con

cojines verdes acolchados. Si estuviésemos en la librería Newham, lo más seguro es que solo hubiese sitio para estar de pie y, con todo este vino de cortesía derramándose por doquier, es posible que los pobres libros acabaran hechos un asco, sobre todo si nos cayera en suerte uno de esos locos que se lanzan a surfear muchedumbres en volandas, como si estuvieran en un concierto de rock.

Tras una breve introducción por parte de una mujer de la librería Newham, Pat Barker se pone a leer detrás de un sencillo atril, o facistol más bien, es posible que de la era de la Reforma luterana. Como estamos en una biblioteca, uno casi se siente como un niño a la hora del cuentacuentos, salvo por las cantidades ingentes de vino y porque el cuento trata de la horrible desfiguración de un hombre. Yo me esperaba que Pat Barker tuviera acento del norte, porque es donde vive, en Durham, pero lo cierto es que suena casi como si fuera de aquí. Quizá esta sea una nueva directriz editorial concerniente a los eventos con autores: copiar los acentos regionales. Pat Barker lo hace de manera muy convincente, aunque para la próxima quizá debiera adoptar el dejo nasal de Essex. ¿Cómo le saldrá el galés de Hay-On-Wye? ¿Y el irlandés de Galway? ¡Pobrecilla, qué cruz!

Su nuevo libro forma parte de la trilogía *Regeneración*. Sin embargo, a ella no le gusta usar la palabra «trilogía» porque piensa que genera una expectación indeseada hacia su siguiente obra. Es más, ella no se enteró de que estaba escribiendo una «trilogía» hasta que lo leyó en un periódico.

Pat Barker: ¡No tenía ni idea!

Ahora que ha tomado asiento, percibo su presencia únicamente en forma de voz con acento local, debido a mi baja estatura y a que estoy en la última fila. Lo mismo podría estar oculta detrás de una máscara, como el personaje desfigurado de su nueva novela. El entrevistador, ahora también invisible, es un hombre barbudo de la librería Newham, que charla con Pat Barker sobre un modesto escenario. Lo de esta noche se publicitaba como la única presentación del nuevo libro de Pat Barker en Londres, así que los de la librería Newham son como David contra Goliat y se han cobrado un puntazo para Wanstead. Puede que esto explique la abundancia de vino, y que esta a su vez explique el elevado número de preguntas del público.

Pregunta: ¿Se considera usted una escritora de novela histórica?

Pat Barker: Puede que la ambientación de mis novelas sea histórica, pero yo escribo principalmente sobre temas de actualidad: los prejuicios, por ejemplo.

Pregunta: ¿Cuál es para usted la diferencia entre biografía y ficción?

Pat Barker: Las biografías suelen centrarse en personajes «insignes», mientras que la ficción se centra en todos los demás.

Pregunta: ¿Es usted una escritora política?

Pat Barker: Hay ciertas injusticias que hacen que me hierva la sangre, y escribo sobre ellas, así que supongo que esto me convierte en una escritora política.

Detecto en la primera fila al inversor bibliófilo del evento de John Berger. Él también se ha venido hasta Wanstead. La verdad es que tendríamos que juntarnos después y charlar sobre este interés mutuo en los encuentros con autores, habría cháchara para rato. Pero me da que esta muestra de urbanidad acabaría fatal. Al final le confesaré lo de las cagarrutas de caballo dentro de mi bandolera en el ICA, y él me recordará la vez que me vio gritando obscenidades o paseándome con los pantalones meados. Así que, cuando crucemos miradas, me limitaré a hacerle un leve ademán con la barbilla, mientras él se da la vuelta a toda prisa, frunciendo los labios como si soplara un silbato invisible.

Ya cerca de las ocho de la tarde, la mujer de la librería Newham que se ha encargado de hacer las presentaciones empieza a avanzar de puntillas por uno de los pasillos laterales, con un ramo de flores silvestres. El envoltorio de celofán hace un ruido espantoso, así que, si buscaba un efecto sorpresa o de deleite, adiós muy buenas. Con todo, hay que reconocer que es un gesto encantador, si bien las probabilidades de que semejante regalo llegue sano y salvo nada menos que hasta Durham son minúsculas, por decir algo.

La firma de ejemplares tiene lugar en el escenario, y Pat Barker está sentada detrás de una renqueante mesa cuadrada. Sobre ella descansa un vaso de media pinta de vino tinto, cortesía del entrevistador barbudo. Otro bonito gesto. Pero temo por los libros del público, porque la fuerza de la muñeca y de la mano firmantes de Pat Barker puede poner en serio peligro dichos libros, por vía de la mesa renqueante y del contenido del vaso, con su tinte carmesí destrozapáginas.

F . P.: ¿Quiere que se lo sujete?

Pat Barker: No hace falta, gracias.

F . P.: ¡Ojo…!

Pat Barker: ¿Qué pasa?

F . P.: Nada, nada. Perdón.

Pat Barker: ¿*Francis Plug*? ¿Es…?

F . P.: ¿Sabía usted que Grange Hill existe?

Pat Barker: ¿Grange Hill?

F . P.: Sí, es un sitio real. No está lejos de aquí.

Pat Barker: ¿Ah, sí?

F . P.: Voy a acercarme. Ahora mismo, de hecho.

Pat Barker: Qué bien.

Las conexiones de tren para ir a Grange Hill son escasas y muy espaciadas, y para cuando llego a la estación ya es muy tarde. He estado a punto de invitar a Pat Barker a que se viniera también, pero me he echado atrás en el último momento. No tenía ningún plan en mente, y la espontaneidad no es precisamente uno de mis fuertes, menos aún tratándose del frenético y disparatado mundo de Grange Hill.

Al salir de la estación descubro que estoy en medio de ninguna parte. Hay taxis aparcados en el exterior, y eso me da mala espina. Le pregunto a uno de los taxistas dónde queda el pub más cercano.

Taxista: Sería el King William IV, en Chigwell. A una milla de aquí, más o menos.

F . P.: ¿A una milla? ¿Tan lejos?

Taxista: *[Señala hacia la izquierda.]* Subiendo por la colina esa de ahí…

F . P.: ¿Esa es la colina de Grange Hill?

Taxista: Digo yo.

F . P.: ¿El colegio está ahí?

Taxista: No.

F . P.: Vaya. ¿Y dónde está?

Taxista: ¿El qué?

F . P.: El colegio.

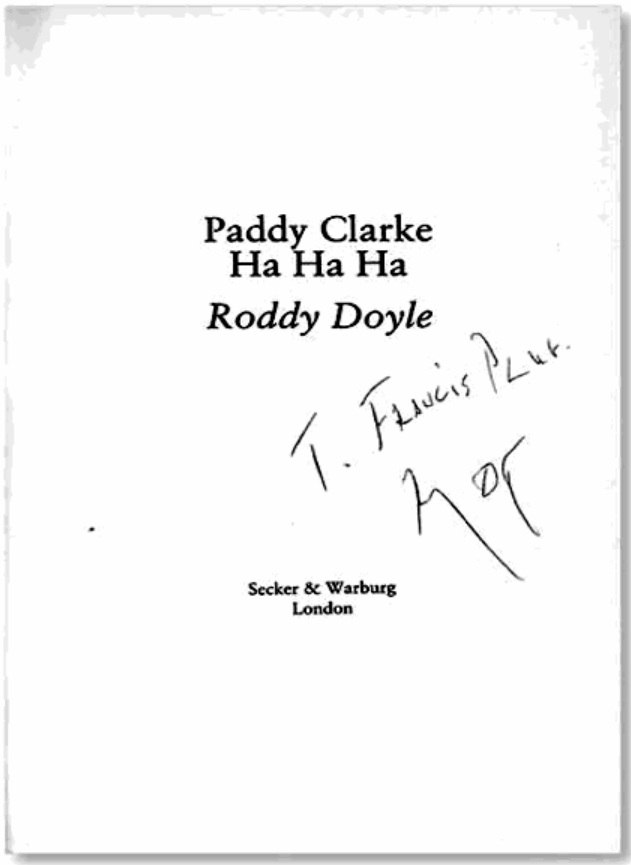
Taxista: ¿Qué colegio?

F . P.: El Grange Hill.

Taxista: En Grange Hill no hay colegio.

F . P.: ¡Ja, ja, ja!

Haga lo que haga, no acepte nunca participar en un evento como escritor en Grange Hill. No hay pubs, ni uno, y al parecer ni siquiera tienen colegio. ¡En Grange Hill!



Es la primera vez que vengo a la sede de *The Guardian* en York Way. La sala Scott de la primera planta no tiene los asientos escalonados. Esto significa que mi localidad en la segunda fila desde atrás me impide obtener una buena vista del autor, por mucho que este ocupe una modesta tarima elevada. Sentada unos asientos más allá, en mi misma fila, está la editora literaria de *The Guardian*, que lanza una miradita a la botella de vino tinto con la que he arramblado, sin copa,

en la mesa de bebidas de fuera.

Las descarnadas paredes blancas de la sala Scott están tachonadas de unas curiosas asas de latón, como si ocultasen gigantescos cajones verticales que contuvieran cadáveres de seres humanos, o mariposas grandes como manteles. En la cabecera de la sala, dos «burbujas» instaladas en el techo protegen sendas cámaras de seguridad que, quizá, graben de tapadillo a los escritores mientras hablan y detecten así tics peculiares, como pellizcarse la oreja con la pinza del pulgar y el índice, o insertarse el bolígrafo en el ombligo a través de la ropa.

Como la elevación de Roddy Doyle no es suficiente, mi panorámica de él se reduce a una calva coronilla, como una luna en cuarto creciente. Me siento como un niño de diez años incapaz de ver por encima de las cabezas de los adultos. Cuando el profesor Mullan pronuncia el título del libro de Roddy Doyle, suelto una sonora carcajada. *Paddy Clarke, ja, ja, ja*. Es la primera vez que lo oigo en voz alta. Es graciosa, la parte del *ja, ja, ja*. Y, según asegura el profesor, también es el premio Booker más vendido de la historia.

Roddy Doyle: Supongo que es para alegrarse.

Roddy Doyle habla deprisa, en voz baja, con acento irlandés. Encima de que no puedo verlo, tengo que aguzar el oído. Una fotógrafa profesional dispara ruidosamente con su cámara. Tiene un objetivo larguísimo que sobresale de la parte delantera como un montón de vasos de pinta apilados. En un momento dado, la veo moverse de puntillas por uno de los pasillos laterales como si fuera una especie de cazadora colonial con colorete en las mejillas, un trabuco y un casco de safari color arena. También me distrae la editora literaria de *The Guardian*, a la cual sorprendo cuchicheando con alguien de la fila de atrás. Pero me abstengo de llamarle la atención, no vaya a tocarle criticar mi futura obra y eche por tierra mis esperanzas y me arruine la vida.

En el turno de preguntas, una señora mayor bastante pija le pide a Roddy Doyle si puede explicar qué es una «tortura china» y «una pierna tonta». Me quedo mirando a la mujer con ojos bizcos y desorbitados. Esta gente de libros no siempre es tan perspicaz como uno podría pensar. Roddy Doyle explica con suma paciencia lo que quieren decir ambas expresiones, pero por dentro debe de estar poniendo cara de alucinado total.

Un grueso mantel blanco cubre la mesa de las firmas hasta el suelo. Ahí abajo se podría montar un fuerte bien molón. En *Paddy Clarke, ja, ja, ja*, Daniel Boone graba su nombre en un árbol, y Paddy, u otro, graba el suyo en cemento húmedo con un palo. Esto me hace

pensar que Roddy Doyle le da muchas vueltas a lo de las firmas.

La calva afeitada de Roddy Doyle implica que tiene menos pelo que peinar, pero también más cara que lavar. Las patillas de las gafas le rodean la cabeza, y en el lóbulo de la oreja izquierda lleva un pendiente. Viste chaqueta azul marino a rayas, camisa oscura, vaqueros azules y deportivas de montaña. En la muñeca luce un reloj con la correa negra. Bebe agua de un vaso transparente, dejando impresas sus huellas en el cristal, como un autógrafo.

Roddy Doyle: *¿Francis Plug?*

F . P.: Eso es. No «Sinbad».

Roddy Doyle: … Ya.

F . P.: Por cierto, voy de camino a tomarme una copa, y sería un honor que me acompañara. Para ayudarme con un libro que estoy escribiendo.

Roddy Doyle: Ah. Bueno, la verdad es que…

F . P.: El pub se llama el Flying Scotsman. Está aquí al lado, en King's Cross. Caledonian Road. Yo invito a la primera ronda.

Roddy Doyle: Mire, se lo agradezco, Francis, pero me temo…

F . P.: Yo también me temo. El Flying Scotsman. Caledonian Road.

La firma de Roddy Doyle está escrita con boli, así que es más difícil de descifrar, sobre todo aquí, en el Flying Scotsman. Es como intentar leer con los ojos cerrados. El local es chabacano y oscuro. Ya saben, en plan antro cutre. Desde fuera parecía que estaba cerrado y tapiado. Cuando ya empezaba a entrarme el yuyu vi el mensaje garabateado en la pizarra: ESTAMOS ABIERTOS, EMPUJE LA PUERTA.

Esperemos que Roddy Doyle sepa encontrarlo. A lo mejor piensa que le he dado esquinazo. Ahora que lo pienso, tendría que haberme pasado primero a echar un vistazo antes de invitar a un ganador del Booker como él a un pub al azar. En la pared de detrás de la barra hay un cartel que dice así: POR FAVOR, TENGA PACIENCIA CON EL PERSONAL. SOMOS COMO LAS ABEJAS: LOS CAPULLOS, DE UNO EN UNO.

Me dirijo discretamente hacia el fondo del local. Esto está pero que muy oscuro. Las pocas sillas y banquetas que hay están ocupadas, así que me apoyo contra una pared. En esta hay una repisa que llega hasta la única zona iluminada del bar, un escenario con forma de medio sándwich. La repisa es estrecha y elevada, justo demasiado alta para apoyar los codos. Roddy Doyle no es muy alto que se diga, así que cruzo los dedos para que llegue a la repisa y esté lo bastante cómodo. Esperemos que no le apetezca comer algo.

F . P.: «¿Aquí dan de comer?» *[Se ríe.]*

Clavada a la pared, encima de la repisa, hay una nota manuscrita en una hoja de papel de tamaño A4. Leo:

¡¡PROHIBIDO HACER USO DEL TELÉFONO MÓVIL EN ESTA ZONA DEL ESTABLECIMIENTO!! MENSAJES INCLUIDOS. SI LE PILLAMOS HACIENDO FOTOS O VÍDEOS, SE LE REQUISARÁ EL MÓVIL Y SE BORRARÁ SU CONTENIDO.

La puerta de entrada queda oculta a la vista, como si fuera la boca de una cueva ubicada muy lejos de donde me encuentro, en las entrañas de un monte. Reparo en que esta notable falta de luz ha dado lugar a la aparición de manchas de humedad. Un par de tacones de aguja cruzan el escenario; pertenecen a una mujer que se está quitando el negligé.

La mujer simula un escalofrío delante de su reducido público antes de dejar caer su negligé sobre el escenario, a la izquierda. Sus bragas aterrizan cerca del fondo, a la derecha. Tiene tatuajes por todas partes, en los brazos, el culo, la espinilla y también en la parte inferior de la nuca. Algunos se estiran muy tensos sobre su piel mientras ella hace ostentosa exhibición de sus flexibles pantorrillas. Ahora se contorsiona como un caracol o una babosa al desplazar su cuerpo de molusco hacia adelante con lentas y resbaladizas ondulaciones. Su tema de acompañamiento es «María María», de Carlos Santana. Espero que a Roddy Doyle le guste la música latinoamericana. Quizá ella haga un numerito irlandés más adelante.

F . P.: *[Se ríe.]* ¡Se está dando palmadas en su propio culo!

Se acerca otra mujer, que va de cliente en cliente con un vaso de plástico que contiene monedas de una libra. Le doy palique.

F . P.: Roddy Doyle viene de camino. Ya sabe, el ganador del Booker.

Señorita de las monedas: ¿Quién?

F . P.: Roddy Doyle.

Señorita de las monedas: ¿Y qué ha ganado?

F . P.: El Premio Booker. En 1992.

Señorita de las monedas: ¿?

F . P.: He conocido a montones de ganadores del Booker.

Señorita de las monedas: ¿Ah, sí?

F . P.: Ajá. Esta misma noche, Roddy Doyle ha reconocido la existencia de ciertos paralelismos entre *Paddy Clarke, ja, ja, ja* y

El señor de las moscas. Cree que ambas comparten elementos de crueldad infantil, aunque ha señalado que la voz narrativa en tercera persona de *El señor de las moscas* era muy diferente de la suya, que «deambula y serpentea» de manera deliberada.

Señorita de las monedas: Guau. *[Clin, clin, clin.]*

Termina la primera actuación y se escuchan unos tímidos aplausos. No hay atrecistas que salgan a recoger la ropa de la mujer, y la atractiva fantasía danzante se esfuma en cuanto se sube las bragas.

Los aseos son un poco penosos y me preocupa lo que pueda pensar Roddy Doyle. Todavía tiene que presentarse, pero es que la cola de la firma era larguísima, por no hablar de que todavía le queda la ristra de apretones de manos de rigor y el toma y daca de cortesías. A pesar de la poca luz que hay aquí dentro, el pub no es grande y estoy seguro de que podrá dar conmigo una vez haya descifrado el código de entrada. Además, yo estaré haciéndole señales con los brazos como un loco.

Mi bailarina preferida es la que estira hacia atrás el elástico del sujetador que se ha quitado y finge dispararlo como si fuera una flecha que sale despedida de un arco. Le paso una nota para que se la entregue a Roddy.

Querido Roddy:

Me abro; me he gastado ocho libras en bailes de señoritas, ¡lo mismo que en la entrada a tu evento! Pero bueno, espero que puedas reunirte conmigo para tomar una copa en el pub Filthy McNasty. Está en Amwell Street, una bocacalle de Pentonville Road, en dirección a Islington. Si me alcanzas con tu chófer en el coche, por favor, recógeme. Voy un poco pedo, pero así soy más agradable. Te veo enseguida.

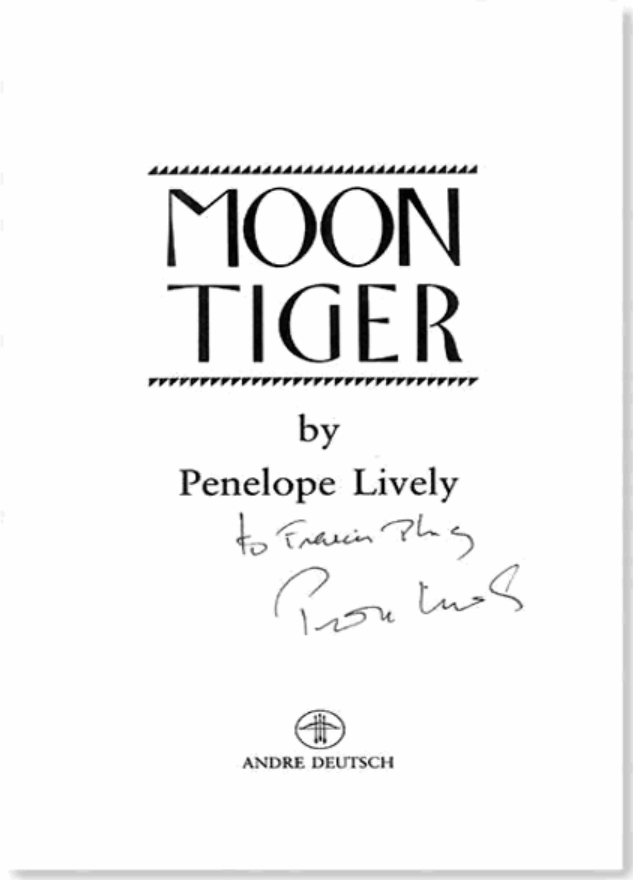
Francis Plug

Remontar la colina desde King's Cross es peliagudo. El Flying Scotsman no ofrecía un ambiente demasiado propicio para hablar de literatura sin interrupciones. No era un pub para ganadores del Booker como Roddy. Podría manchar su reputación. Así que me alivia haberlo redirigido hacia otra parte. A un pub llamado Guarro McRoñas.

Espero y espero, como un niñito solo en la puerta del colegio. No pasa nada, seguro que papá viene a recogerte de un momento a otro. Pero no.

Cuando me marcho, la cogorza es monumental. La calle se despliega ante mis ojos a cámara lenta porque ahora tardan más en abrirse, como si fueran las tapas pringosas de sendos contenedores de basura. Una vez abiertos a la fuerza, el destello de las farolas me deslumbra, cegando casi por completo el panorama antes de que yo pueda asimilarlo.

Pongo rumbo al norte, hacia casa. Tendría que estar hecho un ovillo en la camita.



Empiezo a estar un poco viejo para estas «juergas nocturnas». Madrugar para currar de jardinero ya me cuesta lo suyo, así que de concentrarme para escribir ni hablamos. La mayoría de los ganadores del Booker son gente entradita en años, y puede que esa sea la razón de su éxito. Han aparcado su afición al alcohol y las distracciones triviales de la juventud para hacer algo de provecho. Por eso es raro que salgan en la prensa amarilla. Son demasiado viejos para ir por ahí

haciendo el gamberro. D. B. C. Pierre es probablemente el más macarra de la lista, pero sus años de desenfreno tuvieron lugar, en su mayor parte, antes de alcanzar la fama literaria. V. S. Naipaul es un tipo de lo más controvertido, aunque cuando salta a los titulares lo hace por escándalos en la línea de los del príncipe Felipe. Y Salman Rushdie ha alcanzado primeras planas en todo el planeta, aunque últimamente solo por escribir un libro, no por comerse de un mordisco la cabeza de un murciélago.

Aunque solo tenía cincuenta y cuatro años cuando ganó el Booker, Penelope Lively ya es una impactante octogenaria cuando la veo en el escenario de Daunt Books, en Marylebone.

Antes de inaugurar el acto, un representante de Daunt Books anuncia otros dos eventos inminentes, con sendos autores de mucho menos calibre y atractivo que la estrella de esta noche. Luego nos advierte de que estemos alerta por si rondara entre nosotros algún cabronazo amigo de lo ajeno (en estas u otras palabras). Esto se debe a que, durante el evento anterior, se ha producido el robo de un bolso. En calidad de miembro más joven del público por una o dos generaciones de diferencia, vestido para visitar el vertedero y tosiendo como quien vive debajo de un puente, siento un dedo acusador planeando sobre mis napias, dispuesto a pulsarlas cual botón. ¡Mec, mec!

El local de Daunt Books en Marylebone es de lo más agradable. Esta antigua librería decimonónica ha conservado sus muebles de cedro originales y las clásicas cajas registradoras de madera, de forma que parece salida de un dramón clásico. Si fuera un libro, sería un tomo de tapa dura atestado de personajes, con gruesas páginas muy manoseadas, y con la ilustración y la tipografía de cubierta magníficamente ejecutadas y seleccionadas. El evento de esta noche tiene lugar en la parte trasera, y Penelope Lively y su entrevistador, Boyd Tonkin, editor literario de *The Independent*, están sentados en un modesto escenario delante de una gran vidriera en arco cuyo diseño raya lo bíblico. Los asistentes a la charla ocupan sillas plegables de color verde entre estanterías empotradas que continúan en la galería superior. Penelope Lively debe de sentirse en su elemento. Nos habla de su pasión por las librerías, y de que está convencida de que los hogares revestidos de libros son hogares con corazón. Los que leen libros electrónicos, manifestó en una ocasión, son «frikis sin sangre en las venas».

Por desgracia, su experiencia entre libros físicos se ve un tanto empañada por la tecnología. Es más, tiene que soportar los mismos inconvenientes técnicos que enfrentara Hilary Mantel. En este caso, el micrófono de Boyd Tonkin funciona a la perfección, mientras que el

de ella está claro que no. Cosa que queda muy patente cuando ella acaba de leer un largo extracto de su libro y Boyd Tonkin toma la palabra de pronto. Debido a que los altavoces se encuentran situados detrás del público, su voz suena como si algún fulano se hubiera puesto a dar voces desde el fondo. Por suerte, Penelope Lively es una vieja pro. Su voz clara y bien proyectada hace posible que se la escuche con facilidad, por encima, incluso, de mis horrendas toses perrunas.

A pesar de ser un público de la tercera edad y, por tanto, más susceptible a las enfermedades estacionales, yo soy el único con la garganta mala. Reconozco que esta tos continua es de lo más desagradable. Sueno como si me hubiese fumado una de esas espirales antimosquitos. En la fila de delante hay una viejecita que parece encogerse con cada una de mis carrasperas. Lleva abrigo, pero no tiene los brazos metidos en las mangas, así que, cuando se acerca a coger su copa de vino de cortesía, los brazos no se le mueven. Después de la advertencia sobre el robo, ella y la mujer que tenía al lado se ciñeron los abrigos para impedir que yo pudiera distraerles el monedero y el teléfono. Pero de mis ladridos infestados de gérmenes no se escapan.

Penelope Lively no lleva puestas sus características gafas, tal vez porque no quiere ver a su público. La verdad es que es una idea brillante, camaradas autores. Y ahondando en ella, solo añadiría que, de no tener ustedes problemas de vista, siempre pueden cerrar los ojos durante todo el acto o, en su defecto, vendárselos.

Su nuevo libro es una obra de no ficción sobre lo «viejo» y sobre su pertenencia a esa categoría.

Penelope Lively: Llevo cuarenta años inventándome cosas, así que me apetecía escribir algo que fuera verdad.

Penelope Lively nació en El Cairo y ahora vive en el norte de Londres. Su edad ideal, dice, fueron los cincuenta y cinco. Como octogenaria, cree que entiende mejor las cosas porque «las ha vivido». A diferencia de su abuela, que siempre se mantuvo inflexible en sus ideas, ella ha sido capaz de «adaptarse y mutar», quizá, dice, porque se crio a mediados del siglo XX, en un tiempo de grandes cambios. Me pregunto si esto la habrá ayudado a «mutar» de autora normal a autora pública. A estas alturas parece que todo le resulta sencillo, y eso hace que me sienta como si el anticuado fuera yo. En lugar de un autor joven preparado para alcanzar la fama y comerse el mundo, parezco más bien una abuela desfasada. Una tataratatarabuela.

Penelope Lively: Esta misma tarde he soltado un taco. Y muy obsceno, por cierto.

Más tarde, durante la firma, me disculpo discretamente por las toses.

F . P.: Me puede soltar un taco a mí también, si quiere.

Penelope Lively: Qué va, no se me ocurriría.

F . P.: Yo, desde luego, habría soltado alguno. ¿Después de lo del micrófono y demás? Vaya, estaría despotricando como un loco.

Penelope Lively: Ni me he dado cuenta, la verdad. *[Hace una pausa.] Francis Plug*. ¿Es usted?

F . P.: Sí.

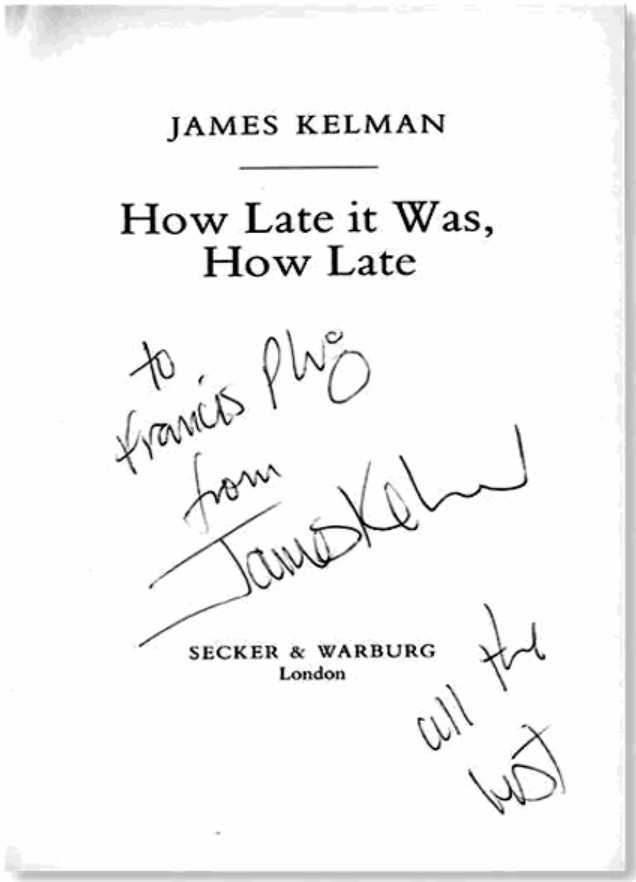
Penelope Lively: Entonces, supongo que esto debe de ser suyo…

Se mete la mano en el bolsillo y del interior extrae mi cartera, mi teléfono y mi bono transporte.

F . P.: Pues sí, me parece que los voy a necesitar. Gracias.

Penelope Lively: De nada. Que tenga un buen día, *Francis Plug*.

El libro de Penelope Lively pertenece al señor Stapleton, mi cliente banquero. A decir verdad, también son suyos los demás libros premiados con el Booker que he pedido que me firmen. Él no ha querido ni leer su colección de primeras ediciones porque son una inversión. Seguramente me agradecería haberle conseguido todas estas firmas, pero de momento ni se ha enterado.


JAMES KELMAN

How Late it Was,
How Late

to
Francis Plug
from
James Kelman

SECKER & WARBURG
London

all the
best

So pretexto de echar una meadita, devuelvo con disimulo el ejemplar de *Moon Tiger* a su sitio en la estantería, y me llevo clandestinamente *Era muy tarde, muy tarde* en mi saco de arpillera. Es sábado y el señor Stapleton y su novia están sentados en el patio leyendo la prensa del fin de semana, mientras yo finjo ocuparme del jardín.

Con la novela de James Kelman bien a salvo dentro de mi bolsa de herramientas, anuncio mi intención de salir a almorzar. El señor

Stapleton suelta un gruñido, y yo retrocedo lentamente mientras aleteo con los brazos.

En el pub, una bandeja redonda de color negro reposa contra la pata de mi mesa, como si fuera una rueda malograda que se hubiera salido de un coche mesa de pub. Sobre la mesa en sí hay un montón de vasos diferentes que, en conjunto, parecen la maqueta de una ciudad del futuro. Cuando alzo un rascacielos de cristal a la altura de mi cabeza, reparo en una pareja que está tomando asiento en una mesa apartada. Al principio solo los ficho, pero mis ojos vagabundos regresan como una flecha hacia sus caras de repente, como si hubiese estado oteando el bar a través de unos prismáticos. La mujer es la novia del señor Stapleton, y el hombre es el señor Stapleton, mi cliente.

A pesar de la cantidad de alcohol consumido y de la calma chicha que me proporciona, me pongo alerta al instante, como un zorro adormilado al escuchar una corneta en la lejanía. Con el respingo, vuelco un vaso cual gigantesco Godzilla. El señor Stapleton levanta la vista hacia el origen del ruido.

Señor Stapleton: *[Articula en silencio.]* ¿Qué cojones?

Conforme se levanta y se encamina hacia mí, trato de disimular la multitud de vasos vacíos reduciendo su vasta extensión, así que los apilo en un puñado de torres emblemáticas a modo de representación del futuro distrito financiero.

Señor Stapleton: De media jornada, ¿eh?

F . P.: ¿Ha visto cómo han dejado la mesa los anteriores clientes?

Señor Stapleton: Seguro.

F . P.: Los camareros tendrían que despejarla, ¿no le parece?

Señor Stapleton: ¿Tiene pensado volver al trabajo en breve?

F . P.: Sí, ahora mismo, porque esto está hecho un asco.

Al igual que Pat Barker en Wanstead, el también ganador del Booker James Kelman ha renunciado a la pompa y circunstancia de los grandes auditorios en favor de un modesto evento en una pequeña librería independiente.

La estación de Finsbury Park es como una madriguera repleta de túneles, y mientras busco sin éxito una salida a Stroud Green Road me siento como un Pac Man perseguido por fantasmas de ojos enormes

con los bajos deshilachados y vaporosos.

El exterior rojo de New Beacon Books está descolorido por el sol, lo mismo que varios forros de libros del escaparate. Por lo general, yo recomendaría algún ejemplar arbóreo caducifolio de haya o de carpe, que proporcionan muy buena sombra, incluso durante los meses de invierno. Pero para plantar ese tipo de árboles habría que levantar la acera de hormigón, y eso podría restringir el tráfico peatonal. En su defecto, los de New Beacon Books podrían tapar el escaparate con una gruesa cortina opaca bordada con las palabras SOLO ADULTOS en brillantes letras plateadas.

Un hombre cuyo aspecto me resulta familiar está plantado fuera de la librería, fumando. Es un tipo negro con una barba muy puntiaguda, gafas y un sombrero claro de fieltro con una cinta negra. Me paro a fumar también, estrujándome los sesos.

Hombre misterioso: ¿Se encuentra bien?
F . P.: Sí, sí. Disculpe, usted es…
Hombre misterioso: Linton.
F . P.: ¡Eso, Linton Kwesi Johnson!

Al igual que Nick Cave, Linton Kwesi Johnson es un músico enormemente respetado, aunque él debe su fama sobre todo a sus poemas, que a menudo recita en verso con su música de fondo. Es raro encontrarse a un autor en el evento de otro autor, aparte de mí, claro, así que me doy una palmada en la cabeza, convencido de que me he equivocado de fecha.

F . P.: Yo venía a la charla de James Kelman.
Linton Kwesi Johnson: Sí, es aquí. Jim está dentro.
F . P.: ¿Jim?

El público, bastante numeroso, pulula de aquí para allá comiendo patatas fritas y bebiendo vino en vasos de plástico transparente. A diferencia de lo que ocurre en la mayoría de encuentros con autores a los que he asistido, aquí parece que todo el mundo se conoce. A los nuevos, como yo, nos dispensan una calurosa bienvenida, como si nos estuvieran esperando. La librería está especializada en cultura negra. Es pequeña y hay pocos sitios donde esconderse.

Anciana: ¿Conoce a Jim?
F . P.: ¿A Jim?
Anciana: Sí, Jim. Hoy es la presentación de su libro…
F . P.: Creía que era la del de James Kelman…
Anciana: Sí.

F . P.: Ah, James es Jim. Ya. Sí, sí lo conozco.

Anciana: ¿De qué lo conoce?

F . P.: Oh, bueno, no lo conozco personalmente. Es decir…, me da un poco de miedo, la verdad.

Anciana: ¿Jim le da miedo?

F . P.: Sí. ¿A usted le da miedo?

Anciana: ¡Le da miedo! *[Se ríe y se ríe y se ríe.]*

Resulta que James Kelman guarda una estrecha relación con New Beacon Books. Lo observo pasearse por los estrechos pasillitos, siempre con un comentario personal en la manga para todo el mundo, y mientras avanza, yo me mantengo un paso por delante de él, apartándome de su camino con mi vino en vaso de plástico. Habla con un acento escocés muy cerrado, un poco como Billy Connolly aunque el suyo es mucho más tosco, como si él fuera un camino de piedras y Billy Connolly, una autopista asfaltada. Me encantaría verlo echar un pulso con John Berger. Eso sí que sería un espectáculo por el que pagaría con gusto, sobre todo si el dinero fuera de otro.

La charla de James Kelman tiene lugar en el instituto George Padmore, que se encuentra dos plantas más arriba de New Beacon Books. La sala tiene un aire muy casero, con fotos enmarcadas en las paredes y una chimenea con una repisa sobre la que descansa el busto de un señor negro y unos cuantos vasos de plástico con manchas recientes de vino tinto.

El encargado de presentar a James Kelman y a su entrevistador, Roxy Harris, es Linton Kwesi Johnson. Están sentados de espaldas a la calle y de cara a nosotros, acomodados en nuestras butacas de plástico. James Kelman conversa sobre lo que fue crecer en la década de 1950 y sobre cómo algunos de los padres de la zona industrial de Govan, en Glasgow, solían robar cuadrantes de hierba que excavaban y se llevaban enrollados.

Roxy Harris recuerda la noche de la ceremonia de entrega del Booker, cuando, después de ganar, James Kelman dejó tirada a la gente de la organización y prefirió marcharse para reunirse con sus colegas del New Beacon en un pub que hay aquí cerca, en Liverpool Road. Al parecer, unos cuantos tipos de la editorial trajeados de esmoquin se las apañaron para pegarse a él como lapas, y no han contado si hablaban mucho más alto que las demás personas que había en el pub, pero me cuesta pensar que no fuera así.

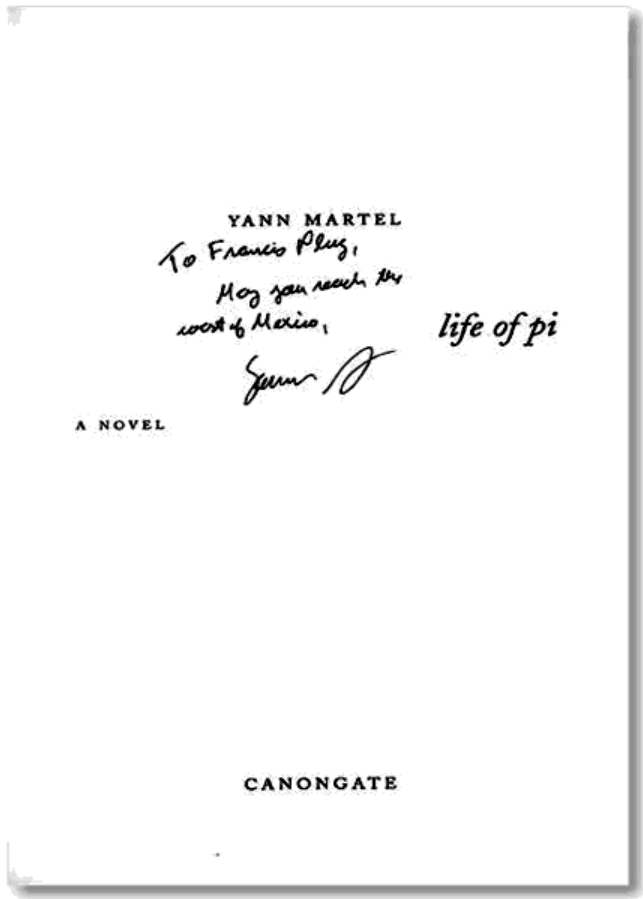
Una de las críticas más negativas que recibió *Era muy tarde, muy tarde* se debió al empleo de lenguaje malsonante. En la vida real, James Kelman también dice palabrotas. Incluso cuando habla sobre su interés en la lingüística.

James Kelman: *Do you dig* significa «¿lo pillas?» en gaélico. En los años sesenta se convirtió en una expresión de muy de moda, pero, joder, ¡es gaélico!

¿Está bien que los escritores utilicen la palabra «joder» en público? Aquí no parece que le moleste a nadie. Quizá sea porque la mayoría de los presentes son buenos amigos del autor. Lo que de por sí es una excelente idea. En lugar de plantarse delante de un puñado de desconocidos con caritas sonrientes, solo tiene usted que organizar una reunión con sus colegas y llamarla «evento con autor». Yo no podría montar una artimaña así ni en sueños, ya me entienden, pero para los que dispongan de los medios para llevarla a cabo tiene todo el sentido del mundo.

James Kelman se ha quitado su chaqueta de fieltro marrón, revelando un polo azul muy oscuro. Aquí arriba hace mucho calor, desde luego, y como estoy un poco sofocado muevo mi silla hasta colocarme justo debajo de un ventilador de techo.

La ventolera empieza a agitar mi pelo lacio a lo loco y, de repente, mi silla comienza a elevarse del suelo, lo juro. Durante un par de segundos planeo sobre la moqueta gris, pero entonces el ventilador se deprende del techo y sale virando por encima de la sala. Mi silla y yo despegamos a rebufo. Estoy viajando a gran velocidad por el interior del instituto George Padmore mientras mis inertes piernas colgantes van derribando sillas vacías conforme sobrevuelo a bandazos la atestada habitación. Si tuviera a mano alguna clase de palanca, quizá podría intentar dirigir la ruta de vuelo de mi butaca, pero, como no, estoy completamente a merced de las aspas encima de mi cabeza. Y cuando estas deciden salir volando por la ventana directas hacia el sol poniente, no tengo más remedio que dejarme llevar.



Wordsworth Books, en Chalk Farm, está de liquidación por cierre. Es la librería más llena de gente que he visto jamás. Los lugareños han salido hasta de debajo de las piedras, y las desoladas estanterías parecen haber sobrevivido a un cataclismo apocalíptico. Al personal se le ve aturullado. Me siento fatal por ellos, así que escudriño los restos en busca de algo que comprar. Pero no por ello dejo de sentirme como un ave de rapiña, picoteando sus huesos.

Resulta curioso ver cuáles son los libros que quedan y que, por tanto, ocupan los puestos más bajos en la escala de preferencia de la rapiña. Curioso y mezquino, porque es como contemplar a los últimos críos que quedan por escoger para formar parte de un equipo de deporte amateur. Entre estos libros marginados hay guías de viajes a países que nadie quiere visitar, un compendio de fútbol americano, un puñado de novelas románticas y un libro sobre alta combustión que costaba 14,99 libras, pero está rebajado a solo 2 libras. Los venden casi regalados, aun cuando alguien sudó tinta china en su día para escribirlos. Seguro que un autor se devanó los sesos para rematar *Helechos de interior para jardineros disfrutones*, y ese está también a 2 libras. Y ¿esta novela parisina de misterio? Bah, una miserable libra y puede que hasta fuera la detonante de una ruptura matrimonial.

Una pareja discute en voz baja a mi lado:

Él: Mira, aquí no hay nada que rascar. Solo queda basura, vámonos.

Ella: Tenemos que echar una mano. Es la librería local. Es independiente.

Él: ¡A buenas horas, mangas verdes!

Ella: Algo hay que comprar.

Él: Pues, venga, este mismo. Vámonos…

Ella: Pero, ¡Nick!, *¿101 trucos con globos?*

Tengo que esperar para que me atiendan. La expresión del tipo del mostrador es una mezcla de vergüenza e ira apenas contenida.

Librero: ¡Son 2 libras, por favor!

La oscuridad se cierne sobre el Támesis. Al cruzar el puente de Hungerford, los compartimentos del London Eye emiten una serie de destellos aleatorios, como fogonazos de pistola. Quizá los que disparan sean miembros de una secta religiosa que, calzados con zapatillas futuristas, se están pegando un tiro en la cara con el fin de transportarse a algún planeta milagroso oculto detrás de Marte.

Del puente ferroviario que hay delante de la estación de Charing Cross me llega el estridente chirriar de los frenos de los trenes. El sonido recuerda un poco a un tema de música electrónica alemana, y por un momento me imagino en medio de un campo bailando en plan robot al ritmo de este son. Miro hacia el este y veo reflejarse los últimos rayos de sol en la punta del Gherkin, un edificio cuya controvertida estructura imita la forma de un pene ortopédico a pilas, toda una declaración de intenciones por parte de la City al contribuyente inglés.

Con el libro de Yann Martel bajo el brazo, me detengo a la entrada del Queen Elizabeth Hall a echar un piti. Abajo queda el Queen's Walk, la senda a orillas del río, y en ella está el pantalán Festival Pier, donde atracan los taxis fluviales. Una lancha naranja de salvamento recorre el Támesis, con un enorme tigre, también naranja, manejando su sencillo timón. Una brasa naranja refulge en la pipa que lleva en la boca.

Al lado de la pared de gravilla junto a la que estoy hay unos bojes muy bien recortados en una maceta rectangular metálica. Antes que deshacerme de la colilla entre el follaje, pruebo un capirotazo que, si sale bien, mandará girando mi cigarrillo más allá del Queen's Walk, superando el listón en su salto de altura como quien dice, para ir a aterrizar en el blando colchón de espuma del sucio y frío Támesis. La sangre empieza a agolparse en mi dedo índice al tiempo que el pulgar presiona hacia arriba, creando la tensión necesaria para el salto. Optamos al oro olímpico y al récord del mundo.

El lanzamiento es silencioso y la colilla toma altura, girando a cámara lenta, atravesando con potencia el aire helado y la inevitable brisa que, por leve que sea, discurre por la senda fluvial. El triunfal capirotazo del índice impulsa el cigarrillo a la perfección, y su brasa dibuja un arco encendido como una bengala hacia los barcos del río.

Bueno, nunca sabremos si superó el murete o no, porque a mí los deportes me traen al pairo. Los practicaba de niño, claro, pero ahora ya soy mayor, y los adultos tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Dejo lo de los deportes a los niños y me dirijo hacia las puertas laterales del Southbank Centre frotándome las manos y temblando de frío.

Tengo curiosidad por saber si Yann se pronuncia con vocal larga o corta. Espero que no desvele el final de *Vida de Pi*, porque solo voy por la mitad del libro. Por ahora estoy convencido de que el personaje del tigre es un hombre, en realidad, posiblemente un fugitivo de la ley, embutido en un disfraz de tigre.

Tengo las manos sudorosas, y también la frente. Es por el alcohol, que intenta escapar de mi cuerpo destrozado. Me da que a Yann Martel no le gustan mucho los bebedores. Al principio de su libro dice que los animales son «tan antihigiénicos como los alcohólicos». Y más adelante escribe: «Estar borracho de alcohol es vergonzoso, pero estarlo de agua es noble y extático». También dice que la liberación de los animales fue culpa de la «embriagada enajenación» de la tripulación del barco. Menos mal que me he traído unos chicles de menta.

DAMAS Y CABALLEROS. POR FAVOR, OCUPEN SUS ASIENTOS EN LA SALA PURCELL. LA FUNCIÓN DARÁ COMIENZO DENTRO DE CINCO MINUTOS.

Es una «función». Mejor sigo bebiendo, que me va a hacer falta…

DAMAS Y CABALLEROS. POR FAVOR, OCUPEN SUS ASIENTOS EN LA SALA PURCELL. LA FUNCIÓN DARÁ COMIENZO DENTRO DE DOS MINUTOS.

Corre, corre, al centro y para dentro. Estos vasos de plástico vacíos probablemente acaben matando a unas cuantas gaviotas algún día.

DAMAS Y CABALLEROS. POR FAVOR, OCUPEN SUS ASIENTOS EN LA SALA PURCELL. LA FUNCIÓN ESTÁ A PUNTO DE EMPEZAR.

El angosto pasillo al que da acceso la puerta de entrada está colapsado de tardones. Mientras me abro paso como puedo, me fijo en un micrófono desatendido en una de las sillas de los acomodadores. Será para el turno de preguntas de después. Con la cabeza medio ida a causa de mi reciente frenesí alcohólico, me cuelo el micrófono debajo del abrigo y sigo hasta mi asiento.

La parte superior del micrófono parece una bola de helado, y el leve golpeteo de mis dedos produce una sucesión de atronadoras cargas de profundidad en todo el auditorio.

BUM. BUM. BUM.

Son casi las siete y diez y Yann Martel sigue sin aparecer. A ver, que me he vaciado las copas literalmente encima de los ojos para llegar a mi asiento a tiempo. Para la *función*. Levanto el micrófono muy despacio hasta mi cara bigotuda.

F . P.: *[Tap, tap.]* ¿Hola? ¿Hola? ¿Yann? ¿Yann? ¿Dónde estás, Yann? ¿O es Yaann? ¿Yaann? ¿Yaann? Son las siete y diez, Yaann. ¿Yann? ¿Yaann? ¿Yann? ¿Yaann? ¿Yann?

¿Han utilizado ustedes un micrófono alguna vez? Para los no iniciados, merece la pena practicar un poco. Resulta que no hace falta tocarlo con la boca, como hacen las estrellas del rock. (Esto debe confundir bastante a Nick Cave en sus recitales poéticos.) Y otra cosa, si les proporcionan un micrófono manos libres, de esos que van pinzados a la solapa, no olviden desconectarlo antes de ir al aseo, o en el caso de que tengan que vomitar antes del evento.

Después de que Yann me haya firmado el libro y compadecido por mi innecesaria carrera contrarreloj de antes, regreso a Chalk Farm para tomarme una copa a la salud de esa pobre gente de la librería independiente.

Antes de entrar en el pub Enterprise, descubro que los de la librería están sentados en el interior. Me quedo fuera, espiándolos por la ventana sin que se den cuenta. El hombre que me ha atendido antes sigue con cara de enfado. Luego hay otro tipo, con gesto abatido. Los acompañan dos mujeres y otro hombre. A mis pies hay dos compuertas metálicas abatibles que sirven para introducir grandes barriles pesados en el sótano del pub. No estoy seguro de si soportarán mi peso, así que me pongo a dar brincos encima, solo para comprobarlo.

Pasado un rato, me aproximo cauteloso a la gente de la librería, con el ejemplar de *Helechos de interior para jardineros disfrutones* bajo el brazo.

F . P.: Hola. Siento mucho lo de vuestra librería.

Todos: Gracias, gracias.

F . P.: Esto… Os he comprado este libro.

Mujer en banco: Qué majo.

Hombre en banco: A tu salud.

F . P.: ¿Podría invitaros a una copa?

Mujer en taburete: Ay, sí, una ginebra, por favor.

Mujer en banco: Me vendría genial algo fuerte, gracias.

Hombre en taburete: Una birra *amarga* estaría que ni pintado, gracias. ¿Cómo te llamas?

F . P.: Francis, Francis Plug.

Hombre en banco: Francis *¿Plug?*

La barra del bar es de madera y curva, como mandan los cánones. Del techo cuelgan lámparas con pequeñas pantallas de cristal que iluminan a la clientela para garantizar que no paguen sus consumiciones con dinero de mentirijillas por error.

Pido una botella de vino para mí, y me lleno la copa de vino hasta los bordes de vino.

Mujer en taburete: ¿De verdad te llamas Francis Plug?

F . P.: Sí. *[Hace una pausa.]* No Francis Adirubasamy.

Mujer en taburete: Ya, nada que ver…

Mujer en banco: *Francis Plug*. Un nombre antológico, desde luego. *[Se ríe.]*

Hombre en taburete: ¿Por qué estabas saltando encima de

las compuertas metálicas esas de ahí afuera?

F . P.: Esto… *[A la mujer del taburete.]* ¿Has leído este libro sobre helechos? El de tu librería…

La mujer que está sentada en el banco quiere seguir de copas por Little Venice, así que vamos para allá caminando, a lo largo del estrecho paseo fluvial de Regent's Canal. Todos estamos un poco borrachos y andamos como Pi, «cabeceando y balanceándose en el mar encrespado que era la tierra firme bajo sus pies».

Cuando sale a colación que soy autor, todos empiezan a darme consejos.

Hombre: Si las pequeñas librerías están condenadas, los escritores van detrás. Sobre todo los nuevos, como tú. Al final, la pasta se la llevan los cuatro gatos de siempre, los típicos escritores de truños populistas infumables que eligen los departamentos de márquetin. No te va a leer nadie, que lo sepas.

Mujer: Tonterías. La tendencia es al libro electrónico, ¿no? Pues ya verás, Francis Plug, seguro que encuentras un público que te lea. Lo único es que no te van a pagar.

Tercer hombre: La culpa la tienen los putos bancos. Si quiebran ellos solitos, bien que vienen corriendo a que los rescatemos, pero luego, cuando están ganando beneficios a espuertas, los privatizan de repente y nosotros a dos velas.

Segundo hombre: Oye, pues este sábado es el Día del Trabajador. ¡Vamos a destrozar unos cuantos bancos!

Amarradas a lo largo del canal hay casas flotantes, y digo yo que a estas horas de la noche sus ocupantes estarán intentado planchar la oreja en sus hogares. Es probable que nos estemos pasando de ruidosos, sobre todo cuando nos ponemos a hacer la conga cogidos de la cintura, en fila como una oruga, lanzando nuestras múltiples patitas al aire y cantando «Who Stole the Cookie from the Cookie Jar?».

Las jaulas y el follaje del zoo de Londres enseguida aparecen a la vista, y soy yo quien sugiere que trepemos por encima de la valla para pasar un rato con los animales. Tomo la iniciativa y salto el primero, pero los demás se lo piensan dos veces.

Otro hombre: Deja, deja, olvídate del zoo. Estoy canino. ¿Hay algún McDonald's en Little Venice?

Mujer: Ay, sí, vamos al McDonald's.

Otra mujer: ¿Qué dices, Francis Plug, tienes hambre?

Me asomo a través de la valla metálica con cara de desesperación, como un frailecillo.

F . P.: No. Es el reino animal. Venid.

Los otros empiezan a alejarse, y la otra mujer se encoge de hombros.

Otra mujer: Bueno, encantada de haberte conocido, Francis Plug.

Intenta darme un beso de despedida a través de la valla, pero yo tengo los morros fruncidos como el pico de un frailecillo.

Me sorprende lo oscuro que está el zoo. Esperaba que estuviese iluminado con altas farolas, como un parque, pero está sumido en una negrura inquietante. No consigo dar con los dos temibles rinocerontes indios, como en el zoo de *Vida de Pi*, ni tampoco hay ni rastro de un elefante hambriento, ni de hipopótamos flotando en un estanque. Y no hay ni tren ni un solo casuario unicarunculado. ¿Y las tortugas? ¿Dónde están esas jugosas tortugas marinas? Mmm, quiero una de esas deliciosas tortuguitas…

Encuentro los tigres, pero no me valen. Los que yo busco son de Bengala, pero Raika y Lumpa son de Sumatra. Los dos están venga a dar vueltas como locos dentro de su recinto. Uno se acerca trotando y me mira a los ojos cual borrachuzo bravucón en un pub. Antes de amaestrarlos tengo que enseñarles quién manda aquí. Me abro la bragueta y lanzo un chorro de pis en cascada entre los barrotes de la jaula, marcando territorio. Aquí el rey de la pista soy yo.

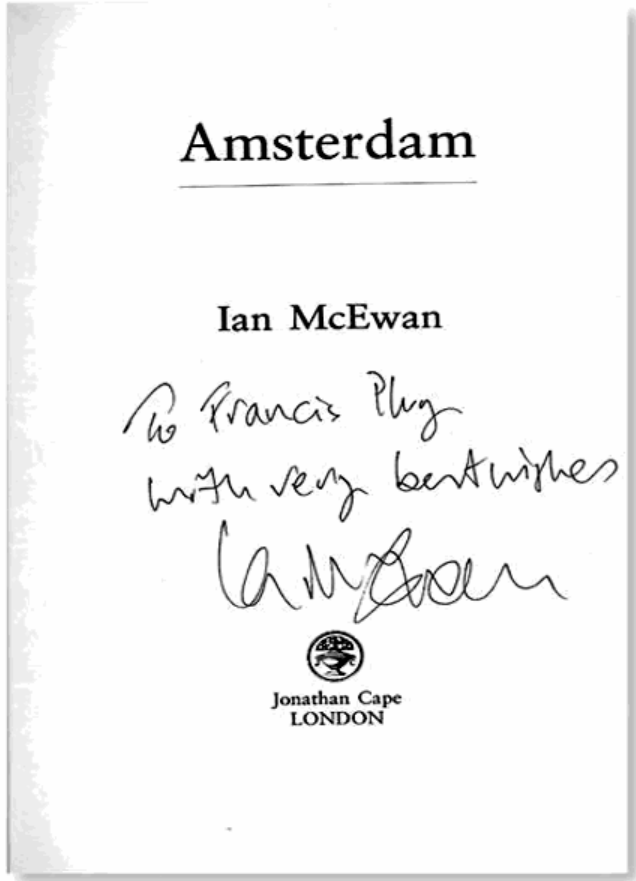
F . P.: *[Grita.]* ¡Pasen y vean el mayor espectáculo del mundo!

No tengo silbato, lo que supone un terrible contratiempo. Mi pito de a bordo no es más que una cosilla floja y blandengue. Me imagino ahí dentro con Raika y Lumpa y veo al más tranquilo de los dos sentado en el tejado de su pequeño cobijo, royendo la pierna que me ha arrancado del tronco. La fiera dominante se encuentra agazapada junto al protuberante tocón, devorando mis intestinos como salchichas. Mi cabeza desgajada cuelga hacia un lado, unida aún al torso por un único tendón del cuello. La expresión de mi cara está petrificada en una mueca medio divertida, como si acabaran de contarme un chiste burlándose de una minoría desfavorecida.

¡Alces! ¿Dónde están los alces! Los alces molan.

Me froto las manos y me marcho entusiasmado en busca de los

alces.



Tengo curro para unos cuantos días, cosa que es de agradecer, sobre todo después de haber apoquinado las consumiciones en Chalk Farm. Me permitirá recuperarme económicamente, pagar parte del alquiler que debo y aplacar a otras fieras como mi compañía del gas, el Ayuntamiento, Hacienda y empresas varias de alquiler de maquinaria de jardinería. También espero que me dé para ir al Hay Festival. Y necesito un cubo de huevos.

Un cubo azul de plástico repleto de huevos descansa entre mis piernas en el vagón del metro. Parece como si acabase de poner un enorme huevo azul. Nadie del vagón hace alusión a los huevos, ni me pregunta si los he puesto yo. Si yo soy su padre.

Warren Street es la estación de metro más próxima a la casa de Ian McEwan, pero me bajo en Goodge Street porque me rechifla el nombre «Goodge». Me suena genial como mote para un pollito. Cuando voy en metro, a veces ayudo a la gente con sus maletas o sus carritos de bebé, pero a mí nadie me echa una mano para subir con el cubo por las escaleras en Goodge Street, y eso que se nota que me está costando un huevo.

En mi bandolera llevo un ejemplar de la novela *Ámsterdam*, ganadora del Booker. Me la he traído conmigo hoy, que es May Day, el Día del Trabajador, porque Ian McEwan vive en Fitzroy Square, y se me ha ocurrido que podría intentar pasarme a hacerle una visita antes de ir a lanzar huevos a la torre de British Telecom.

No estoy seguro de cuál es la casa de Ian McEwan. En Fitzroy Square todas las casas se parecen mucho. La torre BT está ahí mismo, cruzando una calle, así que los residentes deben de tener ya los sesos medio fritos gracias a los billones de ondas que emiten esas gigantescas antenas parabólicas. Me preocupa Ian McEwan en este barrio de pijos. Espero que no se le estén derritiendo las neuronas con tanto pitido telefónico. Seguro que está golpeándose las sienes con los puños, como uno de esos despertadores antiguos, haciendo que sus gafas le reboten de un lado a otro de la cara.

Me decido por una enorme mansión georgiana al azar.

Toc, toc, toc.

Un hombre abre la puerta. Al principio pienso que es Ian McEwan porque su cara me suena un montón y tiene más o menos la misma edad. Pero la verdad es que no se parece en nada a Ian McEwan.

Hombre: ¿Sí?

F . P.: Estoy buscando a Ian McEwan.

Hombre: Lo siento, pero Ian McEwan no vive aquí.

F . P.: ¿Podría decirme cuál es su casa? Sé que está aquí, en Fitzroy Square.

Hombre: ¿Él le espera?

F . P.: No. Quería que me firmase el libro. Y necesito su ayuda, para una cosa que estoy escribiendo.

Hombre: Ya veo. Pues lo siento, pero no puedo ayudarle.

F . P.: ¡Griff Rhys-Jones! ¡Usted es… Griff Rhys-Jones!

Griff Rhys-Jones: En efecto… *[Hace una pausa.]* Lleva usted ahí una barbaridad de huevos…

F . P.: Voy a lanzarlos contra la torre BT porque es el Día del Trabajador. Y también a los escaparates de los bancos, más tarde.

Griff Rhys-Jones: Ajá. ¿Tiene usted un buen brazo de lanzador?

F . P.: Bueno, le doy mucho a la pala, a la azada y a las podaderas. Pero creo que es otro músculo el que hay que ejercitar para hacer lanzamientos. El flexor radial del carpo, ¿puede ser?

Griff Rhys-Jones: Sí, iba a decir el braquiorradial, pero es posible que tenga usted razón. En cualquier caso, le deseo buena suerte con los huevos.

F . P.: Gracias, Griff Rhys-Jones. Me ha encantado conocerle.

Griff Rhys-Jones: Lo mismo digo. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba?

F . P.: Francis Plug.

Griff Rhys-Jones: Un apellido de primera, vaya que sí. Bueno, cuídese, *Francis Plug.*

F . P.: *[Agitando la mano.]* Adiós, Griff Rhys-Jones. Su nombre también es gracioso.

Este cubo pesa un quintal. Antes he extendido los huevos sobre la alfombra de casa, los cuarenta y ocho, y me he puesto a correr adelante y atrás, muy deprisa, de una pared a la otra, procurando no pisar o darle una patada a ninguno. Mejor paso primero por la torre BT y luego vuelvo a buscar a Ian…

¡¡¡MEEEEEEEEC!!!

Ay, mi madre. Casi me atropella ese coche.

Conductor: ¡Pero qué hace!

F . P.: Llevo un cubo de huevos.

Conductor: ¡Está usted en medio de la calle!

F . P.: Y usted no debería ir con el coche hoy. Es el Día del Trabajador.

Conductor: ¡Y qué demonios tendrá eso que ver!

F . P.: Ja, ja, ja… ¡Usted es Ian McEwan!

Ian McEwan: Ay, Dios.

F . P.: Lo estaba buscando. Griff Rhys-Jones no ha querido decirme dónde vivía. Mire… *[Hurga en la bandolera.]* Tengo aquí su libro. El del Premio Booker.

La cabeza de Ian McEwan se desploma contra el volante.

¡¡¡MEEEEEEEEC!!!

F . P.: Cuidado con las gafas…

La torre BT parece una escobilla de baño a pilas. No sé si lanzar el primer huevo contra las puertas o contra las ventanas más altas. Me decido por las puertas porque tengo muchos huevos.

¡No! Lo he lanzado demasiado alto. Le ha dado a una de esas ventanas de la primera planta. Llamémoslo tiro de prueba. La cáscara sigue ahí pegada, en la ventana, debido a la pegajosa yema de huevo. Se ha estrellado muy bien, eso sí. ¡Chof!

El siguiente huevo es un poco más oscuro. ¿Cómo diantre se forma la cáscara dentro de la gallina? No tiene ninguna lógica. Las gallinas comen grano, picoteando los pequeños fragmentos. Pero este huevo es liso y está completamente sellado. No tiene juntas ni trocitos granulosos. Es una obra maestra. Puede que BT posea la tecnología necesaria para que puedas hablar con alguien en Samoa, pero, por mucho que lo intente, es incapaz de fabricar un huevo perfectamente liso.

Ese sí que ha sido un buen lanzamiento. Directo a la puerta izquierda. La torre BT empieza a tener un aspecto un poco desaliñado, aunque no la parte de la torre en sí, la verdad. Algunos de los trabajadores me están mirando desde las ventanas. Están currando ahí dentro, el Día del Trabajador. Empieza a dolerme el brazo. Se me ha olvidado hacer estiramientos del flexor radial del carpo.

Pongo rumbo a la City con mis huevos, en busca de disturbios. Las personas aglomeradas en Oxford Street no están enojadas. Están balanceando sus bolsitas y comprando cosas que no necesitan en el Día del Trabajador. Yo balanceo el cubo azul y busco escaparates reventados.

A las puertas de la estación de Holborn se ha congregado una pequeña muchedumbre. No se oye griterío, y la policía no ha hecho acto de presencia, pero la turba parece a punto de explotar. Algunos de sus integrantes tienen pinta de haber cumplido con creces los setenta, y hay una pareja japonesa de aspecto muy educado, y unos cuantos estadounidenses muy aseados, con sus camisas bien remetidas en sus pantalones bien subidos. Un tipo lleva lo que parece una gorra Nike, pero no puede ser. Fijo que el logo no es un «*swoosh*», será un zurullo. Sí, seguro. Se me acerca un hombre con una pancarta.

Hombre: ¿Viene al paseo?

F . P.: ¿El paseo? Ah, la *marcha*, sí. Desde luego.

Hombre: ¿El paseo por los pubs literarios de Londres?

F . P.: Ya te digo.

Hombre: Genial. Son cinco libras, por favor.

F . P.: ¿Cinco libras?

Nos ponemos en marcha. La luz del semáforo está en verde para los peatones, pero conforme cruzamos se pone en rojo y escuchamos un claxonazo. Hago un gesto con la mano al vehículo agresor.

F . P.: Venga, valiente, a ver si te atreves contra todos nosotros.

Mientras avanzamos por Bloomsbury Way, me acerco al tipo de la pancarta. Se llama Robin y es nuestro líder.

F . P.: Bueno, entonces, ¿cuál es el plan de ataque?

Robin: Pues ahora vamos hacia el Museo Británico, luego subiremos a Russell Square, haremos una parada en un pub de Queen Square, y de ahí seguiremos hacia Tavistock Square, Gordon Square, la Universidad de Londres y, finalmente, de vuelta a Bloomsbury Square.

F . P.: ¿Te has traído un megáfono?

Robin: *[Se ríe.]* No, estoy acostumbrado a proyectar la voz. Vengo del mundillo del teatro.

F . P.: Hum. Bueno, tú avisa si necesitas apoyo. Si hay que gritar a esos cabrones, se les grita.

Robin: ¿Perdona?

F . P.: Mira, jefe, he traído un montón de huevos, ¿los ves? Así que no estaría de más que informaras a todo el mundo de que los huevos están en el cubo azul y de que pueden ir cogiendo si quieren.

Robin: Perdona, pero ¿qué…? ¿De qué…?

F . P.: Mira, lisos del todo. Increíble.

Nuestra turba forma una barrera provisional justo delante del Museo Británico. Según Robin, Karl Marx pasó aquí sus años más productivos mientras investigaba y escribía en la sala de lectura. Y Lenin usaba un seudónimo en su carnet de biblioteca mientras montaba el periódico del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Esta perorata está calculadísima, pensada para encender a la turba. No sé si Robin será socialista o si se decanta más por las ideas marxistas, pero el caso es que todos estos preliminares están funcionando de maravilla, porque el grupo se está tragando hasta la última palabra. Más vale que no nos crucemos con ningún banquero, porque, que

quieren qué les diga, lo más seguro es que lo linchen en el acto.

En Bloomsbury no es que haya muchos bancos. Ni supermercados, ni grandes almacenes ni cadenas de comida rápida. La mayoría de las calles están flanqueadas por enormes edificios georgianos de piedra, que tienen toda la pinta de albergar pequeños negocios y alojamientos de alquiler. La ruta de nuestro líder no parece muy acertada, por lo tanto, y no es de extrañar que mis camaradas se muestren un tanto apáticos, cuando en realidad deberían estar furiosos. Robin cuenta un chiste regularcillo, y los demás se ríen sin demasiada gana. Pero yo decido convertir mi risa en un cántico, aporreando el cubo azul al compás.

F . P.: ¡JA, JA, JA!
¡JA, JA, JA!
¡JA, JA, JA!
¡JA, JA, JA…!

Tengo que hacer un alto en Montague Street para echar una meadita, porque he estado dándole tientos a una petaca. Mientras estoy en ello, entono una melodía que creo que viene que ni pintada a este Primero de Mayo.

F . P.: *All I need is the air that I breathe*…[2]

Uno de los estadounidenses vuelve en mi busca y, mientras me señala, grita:

Hombre estadounidense: Lo encontré. Aquí. Está orinando contra una pared.

Cuando me reúno con el grupo, Robin anuncia, con cierta impaciencia, que hay aseos en el pub, nuestra próxima parada. Estamos plantados delante de una casa georgiana, y le pregunto a una mujer escandinava de mediana edad si me he perdido algo.

Mujer escandinava: Bueno, esta es la casa donde Oscar Wilde pasó su última noche en Inglaterra.
F . P.: Hum. ¿Ha traído usted algún arma?
Mujer escandinava: ¿Disculpe?
F . P.: ¿Ha traído usted algún arma?
Mujer escandinava: *[Preocupada.]* ¿Un arma?
F . P.: Sí, como… una cadena de bicicleta. O… una navaja automática. ¿O un estilete, al menos?
Mujer escandinava: No…, ¿por qué? ¿Es peligrosa la zona?

F . P.: La cosa podría ponerse fea, señora. Mire, puede aprovisionarse de huevos, si quiere, están aquí.

Mujer escandinava: ¿Y qué hago con ellos?

F . P.: Espere, que le enseño.

Meto la mano en el cubo y saco un huevo ovalado y liso, como si estuviera en una tómbola. Lo lanzo hacia la antigua residencia de Oscar Wilde y se espachurra contra una ventana, cerca de la puerta georgiana.

F . P.: ¡Ay! ¡Mi brazo!

Tomamos el diminuto pub Queen's Larder. En la pared de detrás de la barra hay una foto de un perrito en miniatura monísimo al que acompaña el siguiente mensaje: LOS PERROS BIEN EDUCADOS SIEMPRE SON BIENVENIDOS.

Robin tiene todo el dinero, pero solo se ha comprado una bebida para él. Indignado y un poco borracho, le lanzo un huevo sin demasiado entusiasmo. Por desgracia, este va a estrellarse contra la cara de otro cliente. ¡Chof! Tiene lugar entonces un incidente en el que intervienen el cliente lesionado y sus cabreados amigos. No obstante, nuestro grupo es más numeroso y tiene ganas de bronca.

F . P.: *May Day, May Day, May Day*…

El tipo de la barra nos echa del local a gritos, así que Robin conduce al rebaño hacia la puerta.

Nos reagrupamos en las mesas de picnic del exterior. Robin por fin tiene cara de cabreo, así que, con un poco de suerte, empezamos ya con la movida. Sin embargo, se limita a pedirnos que dejemos las bebidas porque nos marchamos. Yo le digo que es una pena, porque acabamos de llegar. Él me señala con un dedo.

Robin: ¡Tú! ¡Piérdete! ¡Déjanos en paz!

F . P.: A ver, tío, un momento, que yo he pagado cinco libras. Y además he traído todos los huevos…

Robin: ¡Estás como una cabra!

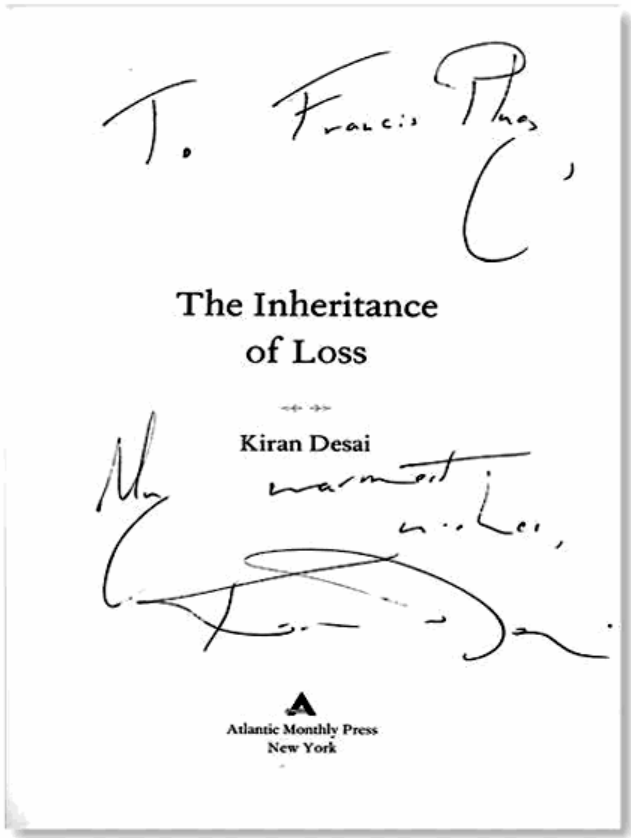
Está meneando la cabeza y tiene la cara colorada. Los demás me miran por encima del hombro mientras se alejan.

F . P.: Vale, pues gracias por nada. Panda de farsantes.

Les lanzo un huevo a la espalda, en dirección a Queen Square, pero tengo el brazo flojo y el huevo golpea un coche que hay aparcado en

la calle, haciendo que salte la alarma. Robin invita al grupo de cobardes a que crucen la calle y todos echan a trotar, incluso los vejestorios. El ruido de la alarma se ve ahogado por un sonido de sirenas. La policía ha llegado con sus camionetas antidisturbios y ha bloqueado a la turba. Saltan a la calle, requisando armas, retorciendo cuellos. La mujer japonesa cae al suelo y se la llevan a rastras. Los demás protestan, sobre todo Robin, con su potente y temible voz, pero los reducen a todos y se los llevan en un abrir y cerrar de ojos.

Se han dejado unas cuantas bebidas a medias. Se me ocurre que quizá las pueda rematar…



Necesito orinar. Pero es lo de siempre: si abandono mi mesa, la perderé. Y si dejo la maleta sobre el asiento, para reservarlo, llamarán a la policía y destruirán mis libros y mis calzoncillos en una explosión controlada.

Mi mesa está en el exterior del pub Mad Bishop & Bear, en la estación de Paddington. Decido dejar una nota junto a mi pinta de cerveza, llena y colocada en un lugar harto visible, y acarreo la maleta

al aseo. La nota dice así: POR FAVOR, ECHEN UN OJO A ESTA CERVEZA. GRACIAS..

Cuando regreso, no hay ni rastro de la cerveza, ni rastro de la nota, y mi mesa ha sido ocupada por una familia de turistas, que se asustan cuando me pongo a sacudir los puños y a lanzar tacos en inglés.

Tenía pensado ir en coche a Hay-On-Wye, pero las probabilidades de que mi furgoneta consiga llegar hasta Gales son prácticamente nulas. Por no hablar del coste, que no es moco de pavo. Ya he apoquinado el alojamiento, a muchas millas de cualquier rastro de civilización, y el gasto extra en gasolina sería la puntilla. Así que el plan es ir en tren, sin pagar.

Llevo la maleta hasta arriba de licores de alta graduación amortajados en ropa interior, y cuidadosamente dispuestos a su alrededor hay una selección de libros que aún están por firmar. Mi idea es leerme la novela de Kiran Desai en el tren, antes de que haya bebido demasiado y no me quede otra que pegarme el libro a la cara y moverlo lentamente de derecha a izquierda, como si estuviese devorando una mazorca de maíz con los ojos.

Mientras me paseo sin rumbo y huérfano de mesa por la estación de Paddington, reconozco a Ruth Rendell. Está sentada en una hilera de sillas metálicas grises, pasando la enorme hoja de un periódico, que sacude con fuerza, como quien trata de eliminar unos pelos invisibles de la alfombrilla del baño. ¿Tendrán las hojas unos agujeros recortados para espiar a través de ellos? No, los engranajes de su vasta imaginación no están en marcha. Rendell no está señalando al tren de la vía 4 exclamando: *lombriz*. No observa las gigantescas vigas estriadas que soportan la cubierta de la estación mientras garabatea: *ballena azul, Jonás, espiráculo*. No, las noticias del día son más que suficiente para mantener su mente ocupada. Ya se la exprimirá más tarde, como autora invitada del Hay Festival. Las entrevistas, las preguntas, el escrutinio; todo ese horror vendrá después. Entretanto hace bien en desfogarse, desconectar y soslayar las miradas indiscretas de ojos curiosos como los míos.

Un hombre que está sentado detrás de Ruth Rendell empieza a recoger sus cosas para levantarse, así que salgo corriendo a toda velocidad, haciendo despegar del suelo a las palomas aterrizadas, cuyos corazoncitos estallan como palomitas de maíz.

En calidad de autor, es fundamental ofrecer al público un aspecto presentable, y Ruth Rendell va de punta en blanco y es todo un orgullo para su profesión. Mi mejor atuendo, en comparación, podría describirse como «ropa de la buena suerte». Calzoncillos de la suerte, calcetines de la suerte, camisa de la suerte. Supongo que a ojos del público debo de parecer un perro disfrazado para una fiesta escolar.

Claro que hay que tener en cuenta que, si Ruth Rendell no tuviese que «ir de estrella», podría gastarse ese dinero en otras cosas, como por ejemplo cuerda o bolsas de jardín.

Puedo oler su perfume. Escoger la marca adecuada, como personaje célebre, debe de ser una cruz. Lo digo porque a mí ya me cuesta lo mío aguantarme las ventosidades. Si a Ruth Rendell se le escapase una ventosidad en un lugar público, sería un notición. Un escándalo. Es la triste realidad de todo el asunto este de ser autor, estimado lector. Uno no puede ni tirarse un pedo.

Viajar en tren sin billete es temerario, pero hay que arriesgarse. Es un gasto que sencillamente no puedo respaldar, sobre todo si calculo el equivalente de la tarifa en medidas de whisky puro de malta o de whisky doble malta. La mayoría de las plazas tienen tarjetas de asiento reservado que asoman del respaldo como marcapáginas, de modo que ocupo una sin reclamar junto al pasillo, con mi maleta a la vista en el portaequipajes superior. El maquinista anuncia que la próxima parada es Reading, lo que me lleva a hacerle el chiste al pasajero que ocupa el asiento de la ventanilla a mi lado.

F . P.: Muy apropiado, ¿eh?

Pasajero con reserva: ¿El qué?

F . P.: Reading. *Leer*. Dado que vamos a un festival literario.

Pasajero con reserva: ¿Vamos?

F . P.: Oh. Disculpe, he dado por hecho que…

Pasajero con reserva: Mire, este es un *vagón en silencio*, ¿lo ve? *[Señala un cartel.]* Así que si no le importa…

No puedo resistir la tentación de comprar unas cuantas bebidas extra del carrito que empuja por el pasillo una mujer de Europa del Este con brazos muy fornidos. Las botellitas de minibar no pasan de ser meras muestras de alcohol, pero le proporcionan a uno el combustible suficiente para cubrir el fondo del depósito, lo justo para arrancar el motor, como quien dice, y recorrer una pequeña distancia.

Ruth Rendell va sentada delante de mí en una plaza con mesa, y la estoy observando. Me falta coraje para ocupar el asiento vacío que hay a su lado porque, como me sucede con muchos de los autores con los que aspiro a codearme, ella me aterra. Parecen todos tan confiados, tan maduros, tan dispuestos a enfrentar el reto de hablar en público o cualquier análisis en profundidad de su obra. Con suerte también a nosotros nos saldrá todo bien, ¿eh? *[Dedos en los oídos, ojos bizcos.]*

Los asesinatos en trenes están a la orden del día. En mi opinión, la mujer de Europa del Este es la que representa la mayor amenaza. La

historia es la siguiente: una mujer de Europa del Este sirve bebidas en un tren de la Great Western. A escondidas, vierte polonio-210 en el té. La víctima muere. Ea, caso resuelto. Pero ¿quién es la víctima? Tengo que hallar a la víctima. Y luego tengo que contárselo a Ruth Rendell.

Me paseo por los vagones, a la caza de la víctima. Mi búsqueda se ve obstaculizada por tanto lector. Los futuros asistentes al festival. Sus ojos inexpresivos se abaten sobre sus libros y sus dispositivos de lectura, dificultando aún más la tarea de identificación. Yo tendría que estar enfrascado en *El legado de la pérdida*, pero hay una vida en juego.

El paisaje campestre discurre a toda velocidad, como si lo estuviéramos hojeando. Dejamos atrás una serie de molinos eólicos, cuyas aspas giran con rapidez, como las manos de un reloj, marcando la cuenta atrás para el asesinato. He de actuar ya.

F . P.: ¿Le importa si me siento aquí?

Ruth Rendell: *[Sacude la mano con vigor.]* ¡Fuera! ¡Fuera!

F . P.: Pero… es que tiene que resolver el asesinato…

Ruth Rendell: ¡Fuera! ¡Fuera!

F . P.: Soy un delincuente. No tengo billete. Le podría valer para una de sus…

Ruth Rendell: ¡FUERA! ¡FUERA!

Consigo evitar a Ruth Rendell cuando llegamos a Hereford. Mientras yo me subo al autobús, a ella se la llevan en un coche privado con chófer.

Justo antes de llegar a Hay, veo un calamar gigante extendido de parte a parte sobre un campo de césped. Es de motas rosas, y suelta latigazos con sus tentáculos porque está vivo sobre la tierra seca, bajo el sol del atardecer. También tiene un ojo muy muy grande. Nuestro autobús no se detiene, y nadie menciona al calamar mientras recogemos nuestros bultos a las puertas del recinto del festival.

Me pongo a la cola del minibús que nos acercará al pueblo de Hay. La distancia entre las carpas del festival y la población en sí es tan ridícula que me echo a reír cuando llegamos.

F . P.: *[A otro pasajero.]* No me había dado cuenta de que quedase tan cerca. La leche. Es como coger el autobús para ir a tirar la basura. En serio, hay que ser vago de cojones para pillar el autobús sabiendo lo cerca que está, ¿eh?

El Wheatsheaf es un pub azul que hace esquina. Es un establecimiento grande, de varias plantas, y está a rebosar de asistentes al festival cenando y de frenéticos camareros que vienen y

van.

F . P.: Un whisky, por favor.

Barman: ¿Una barca de whisky?

F . P.: ¿Cómo dice?

Barman: Marchando una barca de whisky. Son veintiséis mil libras, gracias.

F . P.: ¿Veintiséis mil libras?

En la calle ha empezado a llover, lo que no augura nada bueno para la búsqueda de mi alojamiento. Tengo reserva en algún lugar del campo de los alrededores, en un aislado rinconcito rural. Más tarde tendré que ir hasta allí andando, a oscuras, completamente cocido.

Barman: ¿Va a pedir algo de comer? El plato del día es pan de pipas de girasol preñado con un ratón entero.

F . P.: No tengo hambre, gracias…

Barman: Aquí tiene la cuenta. Setenta y ocho mil cuatrocientas libras, más nueve mil por el pan.

Es bien entrada la madrugada cuando por fin llego al bungaló, y en el edificio principal de la granja están todas las luces apagadas. En la granja vive una familia de agricultores, y me parece ver a alguien asomarse entre las cortinas cuando me caigo encima de una carretilla. Tal y como habíamos quedado, la llave del bungaló está debajo de la maceta que hay sobre el alféizar de la ventana. Al poco de entrar llaman a la puerta, pero no contesto porque estoy cagando.

Durante la noche me despierto, confuso, por culpa de un ruidoso gorgoteo. Tras no hallar nada dentro del bungaló, salgo y echo a caminar descalzo y en calzoncillos por el largo camino de entrada hasta un sembrado sumido en la oscuridad. Extendido ahí mismo, sobre el áspero pasto, hay un gomoso calamar gigante. Está llorando. Una cortina de agua se desliza por su enorme ojo como por una mampara de ducha de cristal. Le doy unas tranquilizadoras palmaditas en el tentáculo, pero su piel viscosa es repugnante al tacto y saco la lengua.

F . P.: ¡Puaj!

Él sigue gorgoteando, así que entono una canción de cuna.

F . P.: … *Feels like you're frying, you're frying. YOU! Your sex is on a fryer!*[3]

A la mañana siguiente, una mujer se planta delante de la puerta del bungaló y se asoma al interior, contemplando la colección de platos, cuencos, sartenes, tazas y cubiertos que he dispuesto meticulosamente sobre la alfombra de la sala de estar. Levanta la vista y me mira con nerviosismo.

Mujer: Hola. Francis, ¿verdad?

F . P.: Así es.

Mujer: Yo soy Meg. La dueña.

F . P.: Ah, hola, encantado de conocerla.

Meg: ¿Todo en orden?

F . P.: Sí, está todo genial.

Meg: Esto… Anoche oímos bastantes ruidos.

F . P.: Sí, lo siento. Me caí encima de la carretilla. La tenía justo delante.

Meg: No, eso no. Era como un golpeteo metálico dentro del bungaló.

F . P.: Ah, sí.

Meg: *[Hace una pausa.]* Y… ¿qué era?

F . P.: Solo estaba ejecutando una pequeña danza con la cacerola. Y con la cucharilla.

Meg: Ya. Pues el estruendo era importante, la verdad, así que si pudieras… no volver a hacer eso, por favor.

F . P.: Desde luego. Lo siento mucho. Perdone.

Meg: Y también estuviste cantando en el sembrado…

F . P.: Ay, sí, pobre animal. Al final conseguí que se quedara dormido.

Meg: ¿Quién?

F . P.: El calamar gigante.

Meg: ¿El calamar gigante?

F . P.: Sí, el calamar gigante del sembrado. Él también estaba cantando. Menudo jaleo.

Meg: *[Se produce un silencio tenso. Meg mira los platos y demás utensilios desperdigados por el suelo.]* ¿Todo en orden con los platos y demás?

F . P.: Sí, gracias.

Meg: Genial. *[Hace una pausa.]* Ah, te he traído esto. Es solo un poco de fruta y verdura fresca que… Los cultivamos aquí, en la granja.

F . P.: ¿Un rábano? Ja, ja, ja. Un rábano…

Meg: *[Hace una pausa.]* Bueno, pues nada…, disfruta de tu estancia.

F . P.: *[Se ríe.]* ¡Un rábano!

Intento decirle adiós con la mano, pero tengo los brazos flojos, y Meg ya se ha marchado, bajando los desgastados escalones de piedra.

Por una vez tengo mi propio jardín. Un lugar al que asomarme al despertar, y no al que llegar para trabajar. Meg y su familia se ocupan de la zona cercana al jardín, pero más allá la hierba crece a su aire y parece extenderse hasta el infinito. La mayoría de las flores son silvestres también, las han plantado los pájaros y la madre naturaleza. Botones de oro, tréboles de flor blanca y matitas de nomeolvides. Por haber, hay hasta brugmansias, la flor que sale en las novelas de Agatha Christie debido a su veneno casi indetectable.

Ya es media mañana cuando emprendo la larga caminata de regreso a Hay, haciendo malabarismos con el rábano.

Las cubiertas apuntadas de las carpas blancas hacen que el festival parezca un circo ambulante. Casi todos los circos proporcionan entretenimiento y diversión con payasos y animales amaestrados, pero aquí los artistas son, en su mayoría, autores. Los autores, por otra parte, somos en realidad seres tranquilos y solitarios, así que, desde este punto de vista, sí que va a ser una exhibición de bichos raros.

La naturaleza provisional del festival es más que patente. Las carpas, paseos, tiendas e incluso el pub del recinto han sido construidos a toda prisa, como las páginas de un libro desplegable en el que cada escena se revela de manera fugaz antes de cerrarse y aplanarse. Me imagino que tan pronto como se marche toda esta gente lo único que quedará del festival será un montón de agujeros en un campo embarrado. Un embarrado campo en blanco. El Hay Festival es un campo en blanco lleno de palabras.

> El Hay Festival es un campo en blanco lleno de palabras.
>
> —Francis Plug

Quizá intente venderle la frase al equipo de márquetin del Hay Festival.

La fila para Kiran Desai está plagada de gente que espera a A. C. Grayling. Hasta los «Amigos del Hay» de la fila rápida están hechos un lío. Al parecer han trasladado la firma de Kiran Desai a otro lugar. Vamos a ver, que yo no puedo organizarme el día como sigan con tanto cambio.

La nueva ubicación es una carpa patrocinada por una importante institución financiera que contribuyó a la reciente crisis bancaria. Esto me echa un poco para atrás, como comprenderán, pero ¡como si

tuviera elección! No puedo ver a Kiran Desai en una carpa patrocinada por algo que me guste, como el queso, por ejemplo. E imagino que tampoco ella tendrá ni voz ni voto en el asunto. Es la carpa de un gran banco asqueroso o nada.

La gigantesca carpa del banco cuenta con una iluminación compuesta por sesenta y ocho focos diferentes. Una ceremoniosa cortina negra enmarca la zona del escenario, mientras que detrás de las gradas de asientos hay una mesa de control de tecnología punta igualita a las que uno puede encontrar en un macroconcierto. Sobre esta se cierne desde una pared negra la gigantesca esfera de un reloj, colocado de cara a los autores que están en el escenario para que sepan en todo momento cuánto tiempo más tienen que permanecer ahí sentados, expuestos como patitos.

Una pareja de ancianos ocupa sendas sillas verdes de plástico delante de mí. La mujer se levanta y se aleja con pasos apresurados, quizá rumbo al aseo. Luego el hombre se ausenta para contestar al teléfono. Coloco el rábano de Meg sobre el asiento de él antes de que ella regrese.

F . P.: Disculpe.

Anciana: ¿Sí?

F . P.: El hombre que estaba sentado aquí…

Anciana: Sí, dígame.

F . P.: Se ha transformado en rábano.

Anciana: *[Se ríe.]* ¿Ah, sí?

F . P.: Sí. De repente se ha oído un trueno acompañado de un tremendo fogonazo de luz morada y una nube de humo y el hombre había desaparecido y se había convertido en rábano.

Anciana: ¡Hala!

F . P.: Creo que no lo acaba de comprender… ¡El tipo se ha transformado en rábano!

Anciana: No se angustie, mire, ¡aquí viene! ¿Lo ve? Ahí está…

F . P.: Ah, es verdad.

El escenario es gris y está enmoquetado, no tiene arena ni aros en llamas. La encargada de entrevistar a Kiran Desai es la editora literaria de *The Guardian*, la misma que habló durante el encuentro con Roddy Doyle en Londres.

El evento se está proyectando en directo desde cuatro ángulos diferentes y un zoom, en una pantalla gigante ubicada detrás del escenario. Conviene estar preparado para esto, camaradas autores. A pesar de haber accedido a participar en un modesto bolo en medio del

campo, cabe la posibilidad de que uno se vea aparecer de repente en la gran pantalla, en primerísimo primer plano.

Hay un leve desfase entre el sonido de las voces de las dos mujeres y la imagen de detrás. Es un poco como ver una película de kung-fu subtitulada. Me parece de lo más gracioso. El público, sin embargo, se ríe de cosas que a mí no me hacen gracia. Cosas que está contando Kiran Desai que ni siquiera pretenden ser graciosas. Cosas serias. Esta gente está desesperada por que la entretengan. Se están desternillando de risa.

Dice Kiran Desai que las preguntas triviales la sacan de quicio:

> **Kiran Desai**: Un entrevistador me preguntó en una ocasión qué tenía en la nevera para tirar.

Yo quiero preguntarle qué se siente al ser una escritora invitada a subirse a un escenario, a salir en la tele, en una carpa patrocinada por una panda de ladrones, pero tengo la mano levantada solo una pizca, justo por encima del muslo.

Las azafatas son todas señoras mayores, como en Londres, pero aquí visten chalecos fluorescentes. Una de ellas pasa a mi lado, pero no repara en que tengo la mano levantada.

De cualquier manera, ya es demasiado tarde, porque la editora acaba de anunciar que Kiran Desai pasará ahora a firmar ejemplares de su obra en la librería de la feria.

> **F . P.**: Oh, oh.

El cambio de ubicación me ha desubicado, y como no tengo ni idea de dónde está la librería, entro en pánico.

> **F . P.**: *[En voz alta.]* ¡No aplaudas, corre a la fila de la firma! ¡Aplaude! Corre y aplaude, corre y aplaude…

La librería de corchopán solo vende libros de los autores invitados al festival. Hay tres mesas de firma separadas, cada una con su correspondiente fila de gente. Al mismo tiempo que Kiran Desai intervenía en el escenario también tenían lugar otros eventos, y ahora todo el mundo converge en la pequeña librería para sus respectivas firmas. Es como una fábrica de salchichas, pero con firmas de libros.

Las tres colas son un excelente indicador de quiénes son los autores populares y quiénes no lo son para nada. Por ejemplo, una de las colas es larguísima, mientras que otra solo tiene dos personas esperando. El autor de la fila megacorta llega primero, es muy posible que debido a que nadie lo ha parado de camino para charlar o para darle las gracias después de su evento. Las dos personas de su fila deben de estar felices

por no tener que esperar demasiado, aunque quizá les avergüence también un poco eso de querer un autógrafo de un autor nada popular. Cuando el escritor en cuestión ve por primera vez las otras dos colas, se estremece. No lo puede disimular. Como no quiere tener una fila de cero personas, menos aún con las otras dos colas mirando, el escritor se quita el abrigo muy despacio, siguiendo un proceso casi interminable, como si quitarse el abrigo fuera algo nuevo que todavía estuviese aprendiendo a hacer. A continuación, empieza a palpar la prenda a conciencia, buscando un bolígrafo. La primera persona de su fila, que tiene un bolígrafo, se lo ofrece agitándolo en el aire, pero está claro que ese no es el bolígrafo ideal. No es el bolígrafo especial para firmar ejemplares. Quizá lo tenga en el otro bolsillo…

Kiran Desai llega poco después, y la acompañan hasta una mesa delante de una larga cola, donde ella no tarda en invitar a que se adelante la primera persona. Mientras tanto, el autor nada popular está probando su vino para cerciorarse de que es bebible. Para cerciorarse de que es el vino adecuado.

Kiran Desai es una mujer joven de procedencia india, y tiene el pelo largo y ondulado como una sirena.

Kiran Desai: «Para Francis Plug…»

F . P.: He visto un calamar gigante adulto, vivo.

Kiran Desai: ¿No me diga? Creía que nadie había visto uno jamás. Son demasiado solitarios…

F . P.: Lo sé, lo he leído en su libro. Pero, mire por dónde, no he visto uno, sino dos.

Kiran Desai: ¿Dos? ¿Dónde?

F . P.: Justo aquí. En Hay.

Kiran Desai: ¿En Hay? Vaya, eso sí que es sorprendente.

F . P.: Uno estaba llorando, así que le canté para que se durmiera y acabó roncando.

Kiran Desai: *[Se ríe.]* ¡Increíble!

Vamos a ver, que lo que le acabo de contar no tiene gracia.

F . P.: Me ha encantado el rollo ese en plan kung-fu.

Kiran Desai: ¿Kung-fu?

F . P.: Buah, sí. Eso sí que ha sido gracioso.

Kiran Desai: *[Me devuelve el libro, sin reírse.]* Vale. Bueno…, mucho ojo con esos calamares gigantes.

El autor nada popular está enfrascado en una conversación con la primera persona de su cola, y la segunda empieza a tener cara de fastidio. Cuando se es autor, con fila propia de gente con ejemplares

para firmar, también puede apetecerle a uno que esta sea cortita, porque eso significa que puede acabar con la faena en un plis plas y listo.

Dentro de la bandolera llevo un grueso taco de pasquines, manuscritos por mí uno a uno en papeles reciclados. Voy a ver si me hago con un par de encargos de jardinería para pagar el bungaló.

TRABAJOS DE JARDINERÍA
DEJE SU JARDÍN EN MANOS DE UN ESCRITOR
[Burda ilustración de mí mismo escribiendo
en un cuaderno a la vez que sostengo una pala.]
¿VIVE EN EL NORTE DE LONDRES?
¿TIENE UN VASTO JARDÍN?
¿LE GUSTAN LOS LIBROS?
CONTACTE CON FRANCIS PLUG
EL «ESCRITOR JARDINERO»
PRECIOS COMPETITIVOS

Asistente al festival: ¿Qué es esto?

F . P.: Soy escritor. Pero también hago trabajos de jardinería.

Asistente al festival: *[Señalando.]* ¿Qué es eso?

F . P.: *¿Eso? Ese soy yo. Estoy escribiendo un libro y cuidando un jardín al mismo tiempo.*

Asistente al festival: Ah, ahora lo veo. Si no me lo dice, no lo pillo, la verdad.

Un guarda de seguridad interrumpe nuestra conversación.

Guarda de seguridad: Disculpe, no puede repartir pasquines en el festival.

F . P.: *¿Por qué no?*

Guarda de seguridad: Va en contra de nuestra política medioambiental.

F . P.: Pero soy escritor.

Guarda de seguridad: Aquí pone «Trabajos de jardinería».

F . P.: Es que hago las dos cosas. ¿Lo ve?

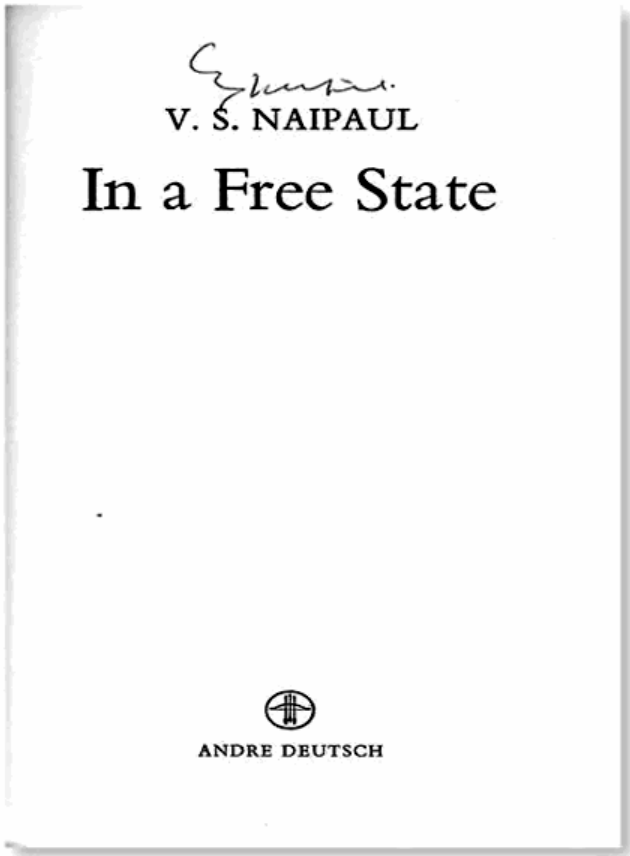
Guarda de seguridad: ¿Qué es eso?

F . P.: ¿Eso? Ese soy yo. Estoy escribiendo un libro y cuidando un jardín al mismo tiempo.

Guarda de seguridad: Si no me lo dice, no lo pillo, la verdad.

Asistente al festival: Yo tampoco lo he pillado a la primera…

F . P.: ¡Fíjense bien! ¡Abran esos puñeteros ojos de calamar gigante!



Todo apunta a que hará buen tiempo, pero el clima tiene fama de ensañarse con el festival, así que me enrosco al cuello mi bufanda azafrán de lunares para ir sobre seguro. Si la cosa se pone chunga tendré que gorronear una de esas sudaderas con capucha del festival. La mercancía lleva impresa citas de gente famosa que ha participado, como Bill Clinton y Arthur Miller. Ahora que tengo mi propia cita, quizá pueda intentar vendérsela.

Dependienta: «El Hay Festival es un campo en blanco lleno de palabras.» Ehhh… Ya.

F . P.: ¿Por dónde me paso para cobrar?

Dependienta: Bueno, verá, es que no soy yo la que escoge los diseños. Solo los vendo.

F . P.: Yo soy autor, así que puede pasarla a producción directamente.

Dependienta: Oh, ¿es autor? «Francis Plug.» Tendré que buscar sus libros.

F . P.: ¿Por dónde me paso para cobrar?

Dependienta: Bueno, supongo que el comité organizador tendrá que sopesar el mérito de la frase antes de decidirse a usarla. O no.

F . P.: Es muy pegadiza.

Dependienta: Ya. Bueno, haré lo que esté en mi mano. ¿Qué es esto?

F . P.: Es un pasquín. Me he quedado sin tarjetas de visita.

Dependienta: ¿Y eso qué es?

F . P.: ¿Eso? Ese soy yo. Estoy escribiendo un libro y cuidando un jardín al mismo tiempo.

Dependienta: Oh. Si no me lo dice, no lo pillo, la verdad.

F . P.: ¡Pues vale!

Ojalá me pagaran por mi cita por adelantado. El año que viene estará impresa por todas partes. Pero seguro que se la endilgan a otra persona. A alguien más glamuroso y con más gancho comercial. Como Desmond Tutu.

La tienda de regalos del festival es un poco cara, así que me apaño con una postal. Decido enviársela a la hija de mi hermana, mi sobrinita Anna.

Querida Anna:

Estoy en un festival literario en Hay, que es un pueblecito de Gales. Se qué las palabras manuscritas os resultan un tanto aburridas a los jóvenes, así que para darle más sabor a esta carta te adjunto una hoja auténtica que he recogido esta mañana de una planta mortalmente venenosa llamada brugmansia. Hagas lo que hagas, no se te ocurra machacarla y añadirla a la masa de galletas de tu madre, ¡de lo contrario sufriréis todos una muerte horrible, echaréis las tripas por la boca!

Con cariño,
Tu tío Francis

Un tipo enorme con ropa de *tweed* acaba de dejarse caer sobre una hamaca plegable impresa con el diseño de cubierta de *Fiesta en el jardín*, de Katherine Mansfield. Le está aplastando el libro con su monumental trasero. Solo es el segundo día y la gente ya está hecha fosfatina. Sus botas de agua recién estrenadas están cubiertas de una asquerosa capa de barro. Tienen los cerebros fritos. Andan renqueantes, desmoronándose como castillos de arena ante la marea entrante. Por suerte para los asistentes al festival, la organización los ayuda a mantenerse en pie con una amplia gama de agasajos:

Exquisitas variaciones de yogur de inspiración continental.

Dieciséis sabores de helado y de sorbete de elaboración autóctona a partir de leche de oveja.

Masajes revitalizantes y energizantes de cabeza, cuello y hombros.

Masajes, reflexología y tratamientos de belleza (facial, manicura, pedicura) Thai.

Este no es mi ambiente, qué quieren que les diga. Pero al menos es un cambio de aires. Mi reputación no me precede en los pubs galeses, y además estoy de vacaciones, más o menos. Pero, echando un vistazo a los numerosos asistentes al festival, no puedo evitar preguntarme si esta es la clase de gente con la que quiero codearme y si, como autor, tengo elección siquiera.

Mientras aguardo a que empiece el evento con V. S. Naipaul, aparco mis posaderas con cierto recelo en *Una habitación propia*, de Virginia Woolf. Es muy embarazoso. Me siento como un escarabajo boca arriba, con mis bracitos arañando el aire. Ni siquiera puedo alcanzar mi bebida con facilidad. Avergonzado, me escondo detrás de un ejemplar del periódico que publica el principal patrocinador del festival. Uno de los titulares dice así: LOS BANQUEROS RECIBEN CATORCE BILLONES DE LIBRAS EN BONUS.

Alucinante. Los autores enjaulados en la dura realidad de las entrevistas y las firmas de libros, mientras los banqueros parece que viven en su puñetero mundo de fantasía. El mundo se ha vuelto loco.

Agarro una de las páginas y la rasgo primero por la mitad, y luego en cuatro. Sigo separando hojas, y me pongo a rasgarlas al azar. Otros delegados del festival se giran nerviosos al escuchar el molesto rasgar de hojas, y la hierba a mi alrededor no tarda en convertirse en una alfombra de trozos de periódico. Cuando termino, pliego con sumo

cuidado los restos del maltrecho periódico, y con gran esfuerzo me levanto, haciendo caso omiso de mi vaso vacío y de los restos de papel.

Los aseos del festival están ubicados en contenedores blancos portátiles como los que usan los obreros para comer. Hay enormes colas para el de señoras, debido a que ellas necesitan áreas más grandes de miccionado. Pero yo paso sin dilación al interior del aseo de caballeros, y estoy a un tris de darme de bruces con toda una leyenda de la música, nada menos que Billy Bragg. El tío está justo ahí, echando una meadita. Me planto a su lado y le sonrío de oreja a oreja.

Billy Bragg: ¿Todo bien?

F . P.: Sí, gracias.

Billy Bragg: Estos autores se creen auténticas estrellas del rock, ¿eh?

F . P.: *[Con timidez.]* Yo soy autor.

Billy Bragg: Oh…

F . P.: Tenga, un pasquín.

Billy Bragg: ¿Qué es eso?

F . P.: ¿Eso? Ese soy yo. Estoy escribiendo un libro y cuidando un jardín al mismo tiempo.

Billy Bragg: Si no me lo dices, no lo habría…

F . P.: ¿Cuál es su jabón líquido preferido? El mío es el de leche y miel.

Billy Bragg: *[Se sacude las manos mojadas.]* Me da un poco igual, la verdad. Buscaré tus libros, Francis.

F . P.: Gracias. De veras. Debería tenerlos todos acabados cualquier día de estos…

El encuentro con V. S. Naipaul se celebra en el Pabellón Oxfam, que tiene un pase. En comparación con los más de sesenta focos que tenía la carpa del banco, aquí solo hay treinta y cinco encima del escenario, lo que no quita que cuente, no obstante, con un equipo de operadores de cámara provistos de auriculares y micrófonos.

V. S. Naipaul me da esperanzas como autor. El tipo dice unas cosas tremendas y, aun así, se lo sigue teniendo en muy alta estima. Hace poco manifestó su convencimiento de que no había escritora que estuviera a su altura, ni siquiera Jane Austen. En su opinión, esto se debe al «sentimentalismo» de las mujeres y a su «visión limitada del mundo». Yo también suelto cosas tremendas a veces, en el pub, así que, quién sabe, quizá con un poco de suerte acaben tolerándome y tomándome a broma.

V. S. Naipaul cruza el escenario bamboleándose debido a una leve cojera; el entrevistador Alexander Waugh lo lleva cogido del brazo. Sir Vidia Naipaul, que es su título oficial, luce una barba blanca de chivo, y su pelo levemente engominado brilla como un pescado recién sacado del mar a la rutilante luz del sol. Viste un traje de lana gris a cuadros sin corbata, combinado con un jersey morado. Prendido de la solapa lleva un micrófono diminuto.

En el exterior se ha levantado un vendaval, y la estructura de la carpa aletea y gime ruidosamente, como amenazando con alzar el vuelo. El rechinar de la lona suena como el trasero de una persona con pantalones de goma acomodándose en un sillón de vinilo. Por encima se escuchan golpes sordos y metálicos varios, como si alguien estuviera ensillando y embridando la carpa. Mientras tanto, varios teléfonos móviles pitan, un fotógrafo sube y baja los escalones del pasillo dando zapatazos, y un niño se queja y alborota en la primera fila. Sin duda se trata del evento literario más ruidoso al que he asistido jamás.

V. S. Naipaul ha publicado hace poco una selección de correspondencia de juventud entre él y su padre. Está hablando del pasado de su progenitor cuando, de pronto, se atraganta, pero no con el agua caldosa que le han servido, sino con la emoción de sus sentimientos. Mientras se enjuga las lágrimas, conviene con el entrevistador en que hablar de su padre sigue siendo espinoso.

Entretanto, el viento sigue azotando la carpa. ¿No será esa ventolera la mismísima A. S. Byatt? Quizá esté aventando una tormenta contra los comentarios de V. S. Naipaul acerca de las escritoras. ¡Jo, jo, jo! Así aprenderá.

V. S. Naipaul comienza a dar un discurso, que lee de unas hojas de tamaño A4. Pero cuesta mucho oírlo, con A. S. Byatt hostigando ahí afuera. Dan las dos de la tarde y más. V. S. Naipaul sigue leyendo. Muchas personas empiezan a levantarse para acudir al siguiente evento de su lista. Pero V. S. Naipaul parece no darse cuenta y continúa. Al final, aprovechando una pausa que hace el escritor para dar énfasis a sus palabras, el público empieza a aplaudir. Alexander Waugh se apresura a cerrar el acto, disculpándose ante la muchedumbre por la ventolera de A. S. Byatt, y yo salgo corriendo para unirme a la cola de la firma.

Una joven recorre la fila anunciando que V. S. Naipaul solo firmará dos libros *antiguos* por persona. En una mesa lateral se exponen ediciones modernas en tapa blanda de los numerosos títulos de V. S. Naipaul, y una cita impresa en uno de ellos dice así: «Un hombre que encarna mejor que ningún otro lo que significa ser escritor».

Después de veinte minutos haciendo cola, me hallo a tan solo dos

personas de la mesa de la firma cuando otra mujer, de más edad, repara en mi libro *antiguo* y anuncia las nuevas normas.

Mujer mayor: Solo libros nuevos. El autor no firmará libros antiguos.

F . P.: Pero… la otra mujer ha dicho que iba a firmar no uno, sino dos libros antiguos.

Mujer mayor: La jefa soy yo. Solo libros nuevos.

V. S. Naipaul se ha enterado del rifirrafe, pero se abstiene de verse envuelto en él. Se le ve encantado garabateando, mientras rehúye el contacto visual con sus lectores y se ampara en la mesa para protegerse de sus libros antiguos.

Tiene sentido, supongo. V. S. Naipaul recibirá un porcentaje de las ventas de su nuevo libro, pero no va a sacar nada de los ejemplares viejos. De esos ya ha sacado toda la pasta que podía sacar. La verdad es que me llevo un chasco, sobre todo después de tanto rato haciendo cola. Así que mi única esperanza es aguardar afuera. Esconderme y aguardar.

Al cabo de un rato y con la ayuda de un asistente, sir Vidia por fin emprende la huida. Lo persigo, blandiendo el libro en alto, como un garrote. Pero en un abrir y cerrar de ojos lo conducen al interior de una discreta carpa cercana donde un cartel de quita y pon reza: SOLO ARTISTAS.

Ajá. El escurridizo Green Room.

Apostado delante de la puerta hay un guarda de seguridad que ejerce de parachoques entre mis camaradas y yo.

Regreso poco después acarreando una planta en una enorme maceta.

Guarda de seguridad: Alto ahí, ¿me enseña su pase, por favor?

F . P.: Ah…, por supuesto, lo llevo en el bolsillo. ¿Me sujeta esto un momento? *[Tiende el macetón al segurata.]*

Guarda de seguridad: *[Pone los ojos en blanco.]* Adelante, pase.

F . P.: *[Se ríe.]* ¡Toma!

Como todo lo que hay en el recinto del festival, el espacio reservado a los artistas está ensamblado con materiales sencillos y fáciles de montar. Las paredes y los techos están fabricados con la misma lona blandengue de las demás carpas, y el suelo está compuesto por pequeñas tarimas cubiertas de felpa verde. Sin embargo, se han añadido ciertos toques extra para comodidad de los

artistas, incluyendo sillones tapizados, escritorios y sillas, montones de revistas para hojear y una generosa selección de tentempiés y bebidas frías. ¡Jo, jo, jo!

¡Ahí veo a Alan Bennett! Está justo ahí, sentado en un sillón, con las piernas cruzadas. Está leyendo un libro.

¡Ahí veo a Stephen Fry! Está de pie, hablando con un hombre que no conozco. Están bebiendo vino. Un delicioso vino de cortesía, ¡ja, ja, ja! ¡Es la monda! Estoy sacudiendo la planta de pura emoción, y la gente empieza a mirarme.

Me pongo a rondar por la mesa de bebidas frías, tratando de poner nombres a las caras. Algunos de los autores y demás famosos parecen más mayores de lo que esperaba. A lo mejor es que necesitan actualizar sus retratos publicitarios. O puede ser también que hayan realzado sus jóvenes y atractivos rasgos a propósito por motivos de márquetin y de relaciones públicas.

Suena mi teléfono móvil. Eso sí que es raro. Mi teléfono no suena jamás.

F . P.: ¿Diga?

Hombre: ¿Francis Plug?

F . P.: ¿Sí?

Hombre: Le llamo de Wilson Bailiffs. Tenemos una orden de ejecución para la retirada de objetos de su propiedad de una vivienda en Fortess Road.

F . P.: No, estoy en la zona de artistas, ¿vale? ¡En el Green Room! Con Alan Bennett y Stephen Fry, ¿sabe? ¡Ahora no tengo tiempo para charlas!

Hombre: Señor Plug, le notifico oficialmente que procederemos a acceder a su propiedad por cualquier…

F . P.: ¡GRACIAS!

Ahí está V. S. Naipaul. Acaban de acercarle una bebida. Menuda vidorra. Será mejor que me acerque y le pida que me firme el libro antes de que se le vaya la olla.

F . P.: Hola, V. S. Naipaul.

V. S. Naipaul: *[Me mira sin mediar palabra.]*

F . P.: Sí, acabo de estar en su charla. Es una pena que A. S. Byatt haya tenido que fastidiarlo todo soplando de esa manera contra la carpa.

V. S. Naipaul: ¿Qué? ¿Qué dice de A. S. Byatt?

F . P.: En mi opinión, estaba haciendo una reivindicación al zarandear la carpa.

V. S. Naipaul: ¿Que estaba haciendo qué?

F . P.: Es por el comentario que hizo usted sobre las mujeres escritoras. Por eso estaba venga a bufar y soplar.

V. S. Naipaul: ¿Quién? ¿A. S. Byatt? ¿O el viento? ¿De qué habla?

F . P.: No, A. S. Byatt es el viento. Ella es el viento.

V. S. Naipaul: ¿Qué?

F . P.: A. S. Byatt. Es ella el viento que sopla.

V. S. Naipaul: ¿Está usted loco o qué?

F . P.: *[Se ríe.]* Creo que los dos estamos un poco locos, ¿no le parece, V. S. Naipaul?

En mi trocito de papel se puede leer bien claro en letras mayúsculas: PARA FRANCIS PLUG. Pero V. S. Naipaul decide hacer caso omiso de este detalle.

Paul Theroux está junto a la mesa de bebidas frías. Tengo que compartir mi trauma con alguien.

F . P.: Mire lo que V. S. Naipaul le ha hecho a mi libro.

Paul Theroux: ¿Qué le ha hecho? No veo yo que…

F . P.: ¿Ve usted esta nota? PARA FRANCIS PLUG. Es imposible pasarla por alto, ¿verdad? Pues la ha apartado a un lado. Así… *[Hace una demostración.]*

Paul Theroux: Ah.

F . P.: Y su firma está justo arriba del todo, con lo que si voy otra vez y le pido que me añada una dedicatoria, no queda sitio…

Paul Theroux: Seguramente sea mejor que no lo haga.

F . P.: ¿Por qué?

Paul Theroux: Puede ser un poco… cascarrabias.

F . P.: ¿Lo conoce personalmente?

Paul Theroux: Sí.

F . P.: ¿Y cómo es que no ha ido a saludarlo?

Paul Theroux: Bueno, es que ahora mismo estamos un poco enfadados y no nos hablamos.

F . P.: ¿Se ha cargado también un libro suyo?

Paul Theroux: Más o menos.

F . P.: Vaya. Pero bueno, creo que no deberíamos ser muy duros con él. Casi se echa a llorar durante la charla.

Paul Theroux: No me diga, ¿en serio?

F . P.: Como lo oye. Hasta se ha atragantado. Parecía una ovejita desamparada. ¿Por qué no se acerca y le da un besito?

Paul Theroux: Sin ánimo de ofender, usted está borracho, ¿verdad?

F . P.: Oh, vaya. ¿Tanto se me nota? Voy a tener que mejorar eso. Para la ceremonia del Booker…

Paul Theroux: ¿El Premio Booker? ¿Va a ir?

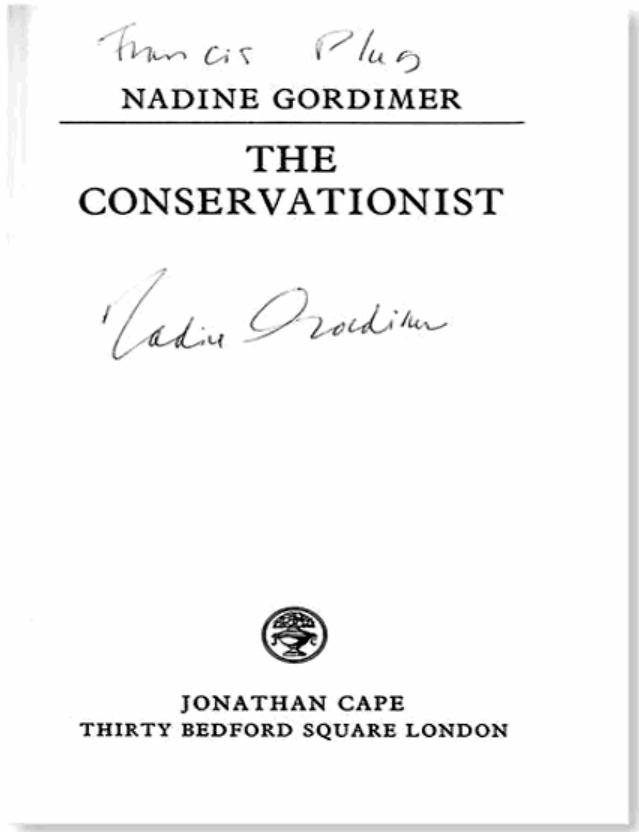
F . P.: Sí. ¿Por qué no?

Debido a que aún no soy «artista», muchos de mis camaradas del Green Room pasan de mí y dedican su tiempo y sus palabras a otros «grandes nombres». Pero consigo arrinconar a Martin Amis, señalando la diferencia entre su padre, que tiene un Booker y un hueco en el canon literario, y su propio talento, aún por descubrir.

Martin Amis: *[Mira a su alrededor.]* ¿Seguridad? ¿Puede alguien quitarme de encima a este chalado?

F . P.: Quedemos en el Pillars of Hercules para tomar unas copas, ¿eh? Vaya, ahí está Ruth Rendell. Ayer se portó fatal conmigo…

Aunque conversar con los colegas pueda parecer una de las obligaciones más livianas y distendidas de la profesión, lo cierto es que se trata de una práctica que exige cierta disciplina, por no hablar de una elevada capacidad de concentración y entusiasmo. Es habitual que los escritores, sobre todo los laureados, esperen que los demás les hagan la pelota, especialmente los donnadies como nosotros. Deben estar ustedes dispuestos a mostrarse serviles en todo momento. E intenten no reírse demasiado, o no hacerlo sin razón aparente: los autores no necesitan un nuevo motivo para emparanoiarse, ya tienen más que suficientes en los tiempos que corren.



No me puedo quejar del servicio de desayuno. Siete clases diferentes de cereales, una selección de leche fresca refrigerada, huevos de granja, frutas de la huerta y una sanísima hogaza de pan de trigo para echarme al campo con brío. Me decanto, no obstante, por un whisky de mi propia cosecha, servido a secas en un vaso limpio.

Hay un paseo de tres millas hasta Hay, así que Meg ha tenido la amabilidad de proporcionarme una bicicleta. Una vez cerrada la

puerta del bungaló y colocada la llave en su sitio, echo a pedalear por los angostos caminos de rodadas, tan tieso sobre mi sillín como la tía Sally, la amiga de Worzel Gummidge.

El aparcamiento es un campo, y los mozos no me cobran nada por la bici, que dejo apoyada contra una valla metálica. No quedan entradas para la charla de Nadine Gordimer, así que me alejo de las carpas del festival y, en mi vagar, asciendo allende los cercados hacia las colinas que se elevan poco más allá. La hierba está húmeda, y a cada paso que doy me cuesta despegar el pie de la tierra pastosa, mientras mis brazos hacen aspavientos espantando mosquitos y moscardas. En su novela *El conservador*, Nadine Gordimer recurre a la descripción de unas moscas que zumban en un campo para señalar la ubicación de un cadáver. Hoy, un enjambre parecido zumba silencioso sobre una pequeña hondonada de juncos apestosos. Me acerco, la nariz y la boca tapadas con la mano, temiéndome lo peor.

Ja. Solo es que una vaca se ha ido de vientre en el cenagal. No es el cuerpo sin vida de Ruth Rendell, con su peinado estragado. Solo es una enorme plasta de caca de vaca.

Comparto mi alivio con dos policías galeses, conduciéndolos hacia las moscas.

F . P.: Pensaba que había una famosa escritora ahí tirada, pudriéndose en el cenagal. Pero no es más que una buena boñiga de vaca.

Policía galés: ¿No es usted el tipo al que sacamos ayer de la carpa de artistas?

Tras ser escoltado fuera del recinto del festival, me acerco a charlar con los mozos aparcacoches.

F . P.: ¿Os habéis enterado de la noticia?

Mozo aparcacoches: No…

F . P.: Han asesinado a una de las autoras del festival y han dejado su cadáver tirado en ese campo de ahí.

Mozo aparcacoches: ¿Cómo? ¿En serio? ¿A quién?

F . P.: A Ruth Rendell.

Segundo mozo aparcacoches: ¿Ruth Rendell?

F . P.: Seguramente cancelen el festival.

Mozo aparcacoches: ¡No jodas!

Segundo mozo aparcacoches: ¡Me cago en diez!

F . P.: ¿Sabéis que os digo, chavales? Yo de vosotros le hacía un puente a un par de coches y me daba una vuelta por el aparcamiento estrellándolos unos contra otros como unos coches de choques sobre barro. Espabilad, que aún estáis a

tiempo.

Mozos aparcacoches: *[Cruzan una mirada.]*

Es penoso pensar que probablemente tendrían que cancelar el festival, o establecer un cordón policial, para alejar a los asistentes de las carpas y los yogures de mil sabores y meterlos en un pueblo lleno de libros de verdad. La villa de Hay tiene más de treinta librerías, lo que la convierte en la localidad librera con más librerías del mundo. Pero, a pesar de la apabullante cantidad de lecturas en oferta y de la abundante profesionalidad y sabiduría que atesoran estas diminutas calles adoquinadas, son los autores los que atraen a las masas, y la única librería en la que hacen acto de presencia es la tienda de corchopán del recinto vallado.

La señora que atiende el mostrador del Centro de Información responde amablemente a dudas y preguntas, con las gafas atrapadas en la punta de la nariz sin otra elección que saltar. Me pongo a la cola y acabo charlando con la señora mayor que tengo delante.

Señora mayor: ¿Viene usted al festival?

F . P.: *Venía*. Hasta el *incidente*.

Señora mayor: ¿El incidente?

F . P.: Ya sabe, lo del cadáver en el campo de ahí detrás.

Señora mayor: No sabía nada, no. ¿Qué cadáver?

F . P.: Ruth Rendell. La han asesinado.

Señora mayor: ¡Ay, Dios mío! ¿Está seguro?

F . P.: Al parecer le han envenenado el agua con una flor de brugmansia. Es vox populi.

Señora mayor: ¡Madre mía! ¡Un asesinato! Qué espanto… *[Se enjuga los ojos.]*

Me adelanto, con intención de pasarle un brazo por los hombros, pero mi mano se cierne sobre su cabeza y acabo dándole una palmadita en su pelo acaracolado.

F . P.: ¿Que va a hacer usted ahora, entonces?

Señora mayor: No sé. Supongo que tendré que cambiar el billete de vuelta a casa. De verdad que no sé qué voy a hacer…

F . P.: ¿Y algo de puenting? ¿Qué le parece? Siempre tienen folletos que ofrecen sesiones de puenting en estos puestos de información, ¿no?

Señora mayor: No tengo ni idea.

F . P.: También están esas esferas hinchables gigantes para tirarse por una pendiente… O, ya sé, ¿y lo de perseguir un queso de bola colina abajo? Eso lo hacen mucho por estos lares,

¿verdad? Sí, persiguen un queso colina abajo, con la cabeza por delante.

Señora mayor: No sé, la verdad…

F . P.: Pero tenga cuidado de no acabar con el coxis asomando por el culo.

Le pregunto a la señora del Centro de Información dónde se alojan los autores famosos.

Señora del Centro de Información: Bueno, se alojan en varios sitios. Algunos en hoteles o Bed & Breakfasts en Hay; otros fuera del pueblo, en albergues o casas solariegas.

F . P.: ¿Y qué me dice de Nadine Gordimer en concreto?

Señora del Centro de Información: ¿Y eso? ¿Por qué lo pregunta?

Saco mi ejemplar de *El conservador*.

F . P.: Para que me firme el libro. No quiero asesinarla. *[Se ríe.]*

Me marcho como he llegado, es decir, sin una sola pista sobre el paradero de Nadine Gordimer, y en la colina del castillo de Hay doy con una empinada pendiente de hierba donde tumbarme. El castillo ha sufrido unos cuantos palos en el transcurso de los años. En 1216 fue destruido por el rey Juan de Inglaterra. Poco tiempo después, el príncipe Llwelyn de Gales le prendió fuego. Y luego, en 1977, sufrió aun otro incendio que le hizo una buena escabechina. Con todo y con eso, no me da ninguna pena. A fin de cuentas, hay alguien que es dueño de un castillo, y yo vivo en un piso cutre lleno de humedades y sin salida de incendios.

Me pongo a escribirle otra postal a Anna.

Querida Anna:

Hola de nuevo desde Hay.

Los autores invitados al festival literario han estado actuando en carpas de circo, pero no ha habido leones ni domadores. Solo autores hablando sobre sus libros.

Menudo rollo, ¿eh?

No obstante, han asesinado a una escritora y se han deshecho del cadáver en un campo, que se ha llenado de moscas.

De modo que no está siendo tan aburrido como puedas

pensar.

Con cariño,
Tu tío Francis

Nadine Gordimer estará preparándose para su charla. Quizá pueda abordarla antes de que salga rumbo al recinto del festival, mientras está sentada aún en la reconstrucción de su despacho, que ha sido trasladado hasta aquí en enormes tráileres. Quizá el trauma de su inminente salida a escena haya inspirado su creatividad, y se halle escribiendo páginas y más páginas mientras yo me saco los mocos en la colina del castillo de Hay.

Después de indagar de hotel en hotel, consigo localizarla por fin. Pero la amable señorita de la recepción me dice que no contestan al teléfono de su habitación, así que dejo escapar un sentido suspiro.

Amable señorita: Uy, ¿se encuentra bien? Se ha puesto muy pálido. Y mire como suda, parece un pollo.

F . P.: Será por… el pastel. Me acabo de tomar uno y estaba ardiendo. Si, al menos…, pudiera… conseguir… que me firmara… esto…

Amable señorita: «Francis Plug.» ¿Es usted?

F . P.: *[Suspira agónico.]* Sí.

Amable señorita: Yo me encargo, Francis, déjemelo.

El Hay & District Royal British Legion Club & HQ, a saber, el Club y Sede Social de la Real Legión Británica de Hay y Alrededores, es todo un descubrimiento. Nada más abrir la puerta hay una Máquina Recreativa Arcade Multijuegos Megadifícil Extrema XL, y la única comida a la vista está envuelta en arrugados paquetes de papel de aluminio. Los clientes tienen una pinta más bien desaliñada, en su mayoría, y están todos hablando a voz en grito mientras ven las carreras de caballos en el televisor. Es de justicia decir que se trata de un bar de los de siempre. Un oasis oculto de alaracas y blasfemias.

La camarera levanta el grifo de cerveza Brains como si estuviera activando la palanca con la que dar vida a una criatura del doctor Frankenstein. Intercepta mi mirada y señala con un gesto del mentón hacia el ruidoso grupo de vocingleros.

Camarera: Disculpe el lenguaje.

F . P.: No pasa nada. D. H. Lawrence ya usaba la palabra «coño» en la década de 1920.

Camarera: ¿No me diga? Entonces, ha venido usted al festival, ¿no?

F . P.: Sí. Soy escritor. *[Hace una pausa.]* No comerciante de lingotes de hierro.

Camarera: Ah, muy bien. Cinco libras, gracias.

Sin autores que me hagan perder el tiempo con su cotorreo, intento ponerme a escribir algo. Pero la tele es una poderosa distracción, y acabo embobado cada dos por tres con la ambulancia del hipódromo.

De pronto, mi teléfono vibra, y doy un respingo. Es un mensaje de texto del señor Stapleton.

CÉSPED MUY ALTO HOJAS POR TODAS PARTES
NI UNA MALA HIERBA CUANDO VUELA EL 16
NUEVO CÓDIGO SEGURIDAD 10000000 STAPLETON

Este hombre escribe de pena. Es vergonzoso. Le respondo esforzándome en dar ejemplo.

Hola, señor Stapleton. Gracias por su mensaje de texto. Ni que decir tiene que me ocuparé del césped, las hojas, la mala hierba y de todo cuanto precise atención. Muchas gracias por el código nuevo. Que tenga buen viaje y disfrute de su estancia. Con mis mejores deseos, Francis.

¿Ven? Yo he escrito esto en la mesa de un pub, junto a una Máquina Recreativa Arcade Multijuegos Megadifícil Extrema XL y con el griterío de los comentaristas de las carreras de caballos, el vocerío y las imprecaciones de la clientela de fondo. Tampoco es tan difícil, digo yo.

Después de muchos tragos tirados de precio, regreso al hotel de Nadine Gordimer más contento que unas pascuas. Mi libro está firmado y aguarda a que lo recoja, así que ejecuto un bailecito en el vestíbulo.

En el corazón del pueblo de Hay, Richard Booth's, la librería de viejo más grande de Europa, tiene abiertas sus puertas. Los libros están dispuestos de aquella manera, y la mujer del mostrador es incapaz de informarme sobre un autor llamado «Francis Plug». Su compañero y su ordenador también parecen estar en blanco. Asiento gravemente con la cabeza, y digo:

F . P.: Es que es muy de nicho.

Me quedo plantado en el primer escalón de la escalera mecánica un buen rato, esperando a que me transporte a la primera planta,

hasta que me doy cuenta de que es una escalera estática, estatiquísima, de hecho.

En la planta superior reinan la paz y el silencio. El pánico y la histeria del mundo exterior se ven absorbidos en su totalidad por la masa de páginas impresas, y los libros conforman las rocosas laderas de una imponente cordillera de estanterías. Solo el crujido de dilatación de una lámina invisible de la tarima y el zumbido de una bombilla moribunda emiten el más leve rastro de sonido, hasta que un libro se desploma pesadamente sobre la raída alfombra.

ZOMP.

Su título es el siguiente: *Aprende contabilidad por tu cuenta.*

Estoy convencido de que este libro está en la sección equivocada.

Un segundo libro cae al suelo y me da un susto de muerte. Y, entonces, empiezan a precipitarse desde las estanterías docenas de libros como tirados por cables. Aterrorizado, retrocedo muy despacio, mientras contemplo con espanto cómo el aire se llena de libros, que descienden en masa hasta el suelo como águilas despatarradas con las alas abiertas.

Al doblar la esquina del pasillo, muy pegado a la pared y listo para echar a correr, me encuentro con una anciana muy elegante, que ojea un libro silenciosamente en el pasillo contiguo. Lleva un vestido largo y vaporoso de color morado que va abotonado hasta el cuello, y si es consciente del estruendo de los libros cayendo, no se digna inmutarse. La falda de su vestido parece flamear, como si una corriente de aire procedente de un conducto de ventilación o de un ventilador la hinchase y deshinchase. Pero, al fijarme de cerca, descubro con asombro que no tiene piernas. Está flotando. Me quedo petrificado. Es el fantasma de Ruth Rendell, que está aquí, en la librería Richard Booth's.

El fantasma de Ruth Rendell tiene la cabeza inclinada en una calculada pose de concentración, pero reconozco su perfil, su nariz aguileña, ese pelo capeado tan corto. Me acerco de puntillas pegado a la fila opuesta de estanterías. ¿Qué lee? ¿Lo habré leído yo? ¿Cómo será estar muerto? ¿Se dará miedo a sí misma?

Tendría que disculparme por el incidente en el tren, y eso que yo me comporté con toda la cortesía del mundo y ella fue de lo más borde. Quiero hacer las paces, así que le digo, muy flojito:

F . P.: ¿Señora Rendell? ¿Señorita Rendell? ¿Rendell?

No responde. Pasa una página con una mano que parece un finísimo tranchete de queso. Mi tímida proyección de voz quizá no haya llegado a sus oídos, así que alzo el tono sin llegar a gritar del todo.

F . P.: ¡Señora Rendell!

Esto hace que se vuelva y me lance una mirada envenenada antes de ahuyentarme con severidad por segunda vez.

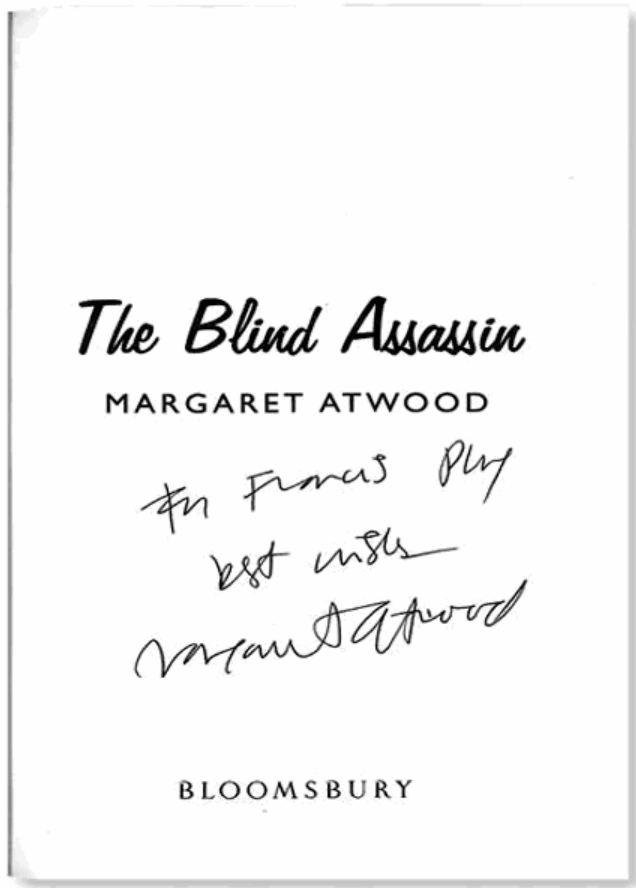
Ruth Rendell: ¡Fuera!

Enrojezco de vergüenza, mi sangre alcoholizada me abotarga la cabeza y el cuello. Pero no puedo marcharme sin más. Quizá la hayan asesinado después de todo. Necesito respuestas.

F . P.: ¿Ha leído algo bueno últimamente?

Ruth Rendell levanta la vista de su libro una vez más, pero en esta ocasión su rostro se retuerce en un monstruoso agujero negro, y su efímera silueta fantasmal se lanza a por mí con un rugido.

F . P.: ¡Ahhhhhh! ¡Me ha llenado de babas!



Da gusto estar de vuelta en casa, aunque, bueno, no tanto, porque mi cama se ha esfumado, junto con mis enseres domésticos, mis herramientas de jardinería y también mi furgoneta. Todo embargado para saldar deudas pendientes. Sin mis útiles de trabajo, adiós a mi medio de vida, lo que significa que no tengo forma de ganar dinero para pagar al banco y a las demás entidades acreedoras lo que les debo. También hay un aviso de desahucio, de efecto inmediato. Pero

se han dejado la ropa de cama, así que aquí estoy, plantado en medio de mi piso diminuto, echando una guerra de almohadas conmigo mismo.

St. Michael's está al lado del supermercado grande de Camden y es la primera iglesia que se me viene a la mente cuando decido buscar cobijo en la casa del Señor. Para mi desdicha, su enorme portalón de madera está cerrado a cal y canto. Ya nadie deja abierta la puerta de casa. Más aún cuando tienes preciosos candelabros y cálices de plata por doquier, y también vestiduras bordadas a mano, y puede que hasta un gigantesco órgano en plan Drácula. Decido esperar acurrucado en silencio detrás de las hortensias, que ofrecen una bonita estampa contra la fachada de ladrillo del pintoresco edificio.

La última vez que entré en una iglesia, el icono responsable de la peregrinación de devotos era Margaret Atwood. Su pelo rizado peinado en forma de globo le confería incluso una especie de aura, casi como si hubiese sido bendecida con su propio halo angelical. La iglesia de entonces era la de St. James, en Piccadilly, que está encajonada entre las tiendas caras y las boutiques de diseñadores que hay cerca del Hotel Ritz. El evento se publicitó como «una función literaria», igual que el de Yann Martel. Solo que en el caso del de Margaret Atwood, sí que fue una «función» de verdad.

No había bebidas de cortesía, pero ya lo había previsto, dado que se trataba de un evento eclesiástico. De modo que estuve echándole tientos a mi propia remesa, con cuidado de no precipitarme encima del coro y de los miembros de la banda, que tenía justo debajo. Mi vista abalconada era mucho mejor, creo yo, que la de los carísimos bancos y, si bien estaba más lejos de Margaret Atwood, me sentía un pelín más cerca del cielo. Margaret Atwood, acomodada en una silla de madera de respaldo alto, lucía un sombrero de alas blandas de color rosa, una camisa tailandesa estampada, pantalones negros bombachos y zapatos negros. Llevaba un palito pintado de dorado prendido a su camisa, igual que los intérpretes que daban vida a la novela que presentaba. Buena parte de la acción giraba en torno a los «Jardineros de Dios», un grupo ecorreligioso, y su jardín de césped artificial. A su espalda, las vastas vidrieras de la iglesia de St. James albergaban representaciones épicas de imaginería religiosa, muy en la línea artística de las obras de Gilbert & George. La más prominente mostraba a un Cristo agónico en la cruz, y les prometo que no exagero si digo que la mirada de su cabeza inclinada se concentraba solo y únicamente en Margaret Atwood.

La autora ejerció de narradora durante la velada, mientras los demás intérpretes leían breves pasajes de su novela. Las canciones se

habían compuesto exprofeso para la ocasión, y mientras la banda las interpretaba, Margaret Atwood se balanceaba en la silla, dando palmas al compás, a la vez que se quitaba y se volvía a poner su sombrero de alas blandas.

Después del espectáculo, se procedió a hacer proselitismo de su nueva novela en la casa del Señor. La firma de ejemplares tuvo lugar en el zaguán de la iglesia, pero la cola se alargaba serpenteante hasta el interior de la nave. En su recorrido, pasaba junto a una mesa informativa de la Real Sociedad Protectora de Aves (RSPA), beneficiaria solidaria de la venta de las entradas. Yo estaba cien por cien a favor de proteger a las aves, pero me pareció que su sufrimiento era más bien nimio comparado con otros males que asolan el mundo, como el aumento de la brecha entre ricos y pobres, el tráfico de seres humanos y el hambre. Jesucristo estaba clavado a una cruz con un golpe de lanza en el costado, su rostro desencajado de dolor. Pero ¡salvad a las aves!

Representante de la RSPA: ¿Le gustaría firmar una petición para proteger a las aves rapaces?

F . P.: ¿A las aves rapaces, señora? ¿Esos no son los pájaros malos?

Representante de la RSPA: Qué va, de ninguna manera. Tienen mala prensa, pero…

F . P.: Le sacarían los ojos a la menor oportunidad.

Representante de la RSPA: Oh, no. Claro que no…

F . P.: La dejarían ciega si pudiesen, vaya que sí. Le arañarían la cara con sus garras mientras le sacan los ojos de las órbitas a picotazos, como ostritas.

Representante de la RSPA: No, de verdad…

F . P.: El pub de mi barrio hace recolectas para los ciegos. Se le rompe a uno el corazón. ¡Aves rapaces! ¡Manda narices! *[Sacude el puño.]*

Margaret Atwood se había quitado las gafas de montura color miel y también el sombrero rosa de alas blandas. Se la veía muy entera y casi serena, algo notable dado el carácter industrioso de la faena que le había sido asignada, solo comparable al liado manual de cigarrillos en una fábrica tercermundista con paredes de hojalata. El proceso de firma contaba con una cadena de jóvenes serviles que desempeñaban tareas banales a cada paso. Una larga ristra de portadores de post-it ofrecía sus servicios a los que hacían cola, y en la mesa de la firma había un joven cuya única función era abrir los libros por la página correcta. A continuación, una joven tenía que pasar los libros a la

autora, y luego había otra más que se encargaba de hacer avanzar la cola, o de animar a la gente a usar los pies. Así pues, cuando por fin me encontré delante de Margaret Atwood no pude evitar sentirme como si acabase de desayunar en casa de Wallace & Gromit. Yo tenía muchas ganas de comentar con ella esa teoría suya de que los plátanos proceden del espacio, un tema que aborda en su novela premiada con el Booker, pero me distrajo un feroz gavilán, y para cuando conseguí espantarlo a manotazos ya me habían despachado a otro sector de la cadena de montaje.

Cuando salí de St. James, tomé por Piccadilly rumbo al Hotel Ritz con la esperanza de ver a algún farandulero de un millón de dólares.[4] No obstante, al pasar por delante de una tienda de maletas, me di cuenta de que la reja no estaba cerrada hasta el suelo. Así que me colé a gatas por debajo, me di la vuelta, y pegué la cara contra los barrotes como un león enjaulado.

Me costó mucho contener la risa mientras rugía a los viandantes. Un grupo de chavales se paró delante de mí cuando empecé a golpear la reja metálica con mis zarpas, y cuando uno de ellos acabó de bajar la reja hasta el suelo, se escuchó un característico clic. A los chavales les pareció la monda, y yo también me reí un poco, al mismo tiempo que trataba de levantar sin demasiado entusiasmo la puerta de la jaula, con nulo éxito. Los chicos se largaron al rato, muy divertidos, y yo empecé a dar violentas sacudidas y tirones a la reja, muy serio. Por mucho que aporreé el cristal del escaparate, no apareció ni un alma del oscuro interior de la tienda, así que volví a descargar mi frustración contra los barrotes metálicos. Me hallaba sacudiéndolos con furia cuando aparecieron por allí Margaret Atwood y sus acólitos.

Margaret Atwood: ¿Se ha quedado encerrado?

F . P.: No, no.

Margaret Atwood: ¿Seguro?

F . P.: Sí. No. Sí.

Margaret Atwood: Usted estaba hace un rato en la iglesia, ¿no?

F . P.: Sí. Gracias.

Margaret Atwood: ¿Está seguro de que no está atrapado ahí dentro?

F . P.: Sí. *[Hace una pausa.]* Soy… bailarín de jaula.

Margaret Atwood: ¿Bailarín de jaula? ¿Y a qué hora empieza su espectáculo?

F . P.: Tarde. Esta noche me ha tocado el último turno.

Margaret Atwood: Oh, vaya, qué pena. Me habría

encantado quedarme para verlo.

F . P.: *[Se encoge de hombros.]* Lástima.

Margaret Atwood: Entonces, ¿seguro que está bien?

F . P.: ¡Ja, ja, ja!

Mientras se alejaba, Margaret Atwood se dio la vuelta para mirarme, y allí estaba yo, bailando suavemente de un lado al otro, chasqueando los dedos.

La verdad es que he dormido en sitios más cómodos, pero lo peor fue tener que orinar a través de la reja y observar cómo el riachuelo avanzaba por la acera, cruzándose en el camino de los peatones. Mi desesperación se vio acentuada por el hecho de no poder largarme de allí y eludir la responsabilidad de la meada. Esta bochornosa situación me impelió a seguir dándole tientos al alijo de whisky que llevaba en la bandolera, con lo que solo conseguí dar cuerda a este círculo vicioso.

Entretanto, las grandes puertas de madera de la iglesia de St. Michael en Camden siguen firmemente cerradas con cerrojos y pestillos. He ido saliendo a intervalos regulares de detrás de las hortensias para comprobarlo, golpeando el portalón antes de salir corriendo y ponerme a cubierto en mi frondosa guarida. ¿Me habrá descubierto Dios aquí detrás? Tal vez esté sonriéndome desde lo alto, pero con una media sonrisa. Una sonrisa sabia y cansada. Como si una parte de él me reconociese como uno de sus hijos, y con la otra estuviese analizando con rayos X mi alma, mis tripas encharcadas, como hacen en esos anuncios antitabaco. Quizá debiera juntar las manos en oración y llevármelas a la cara, cual rebanadas de pan en un sándwich de nariz. Dios sabe que tengo mucho por lo que rezar: empleo, dinero para bebida y tabaco, deducciones fiscales, pago de deudas, contratos de publicación…

Poseído por una leve zozobra y sin saber muy bien por qué debería rezar primero, me pongo a cantarle una tranquila melodía a Jesús, con la esperanza de que se apiade de mi triste vida.

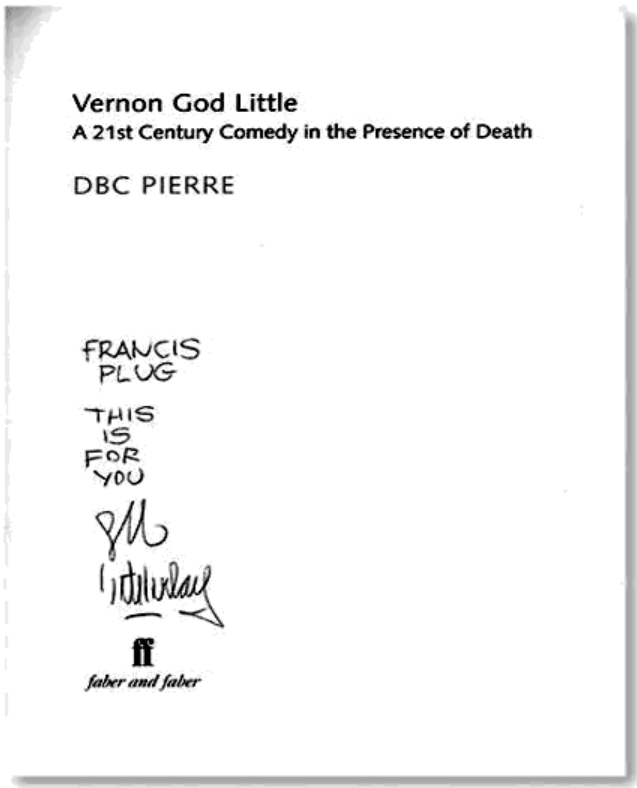
F . P.: *I believe in miracles. Like a nice new flat. You sexy thing, sexy thing you.*[5]

Charles Dickens acostumbraba a dar cobijo a los desamparados y a los desposeídos. Si estuviera vivo ahora, estoy convencido de que no me daría la espalda. Al igual que nuestros escritores contemporáneos, él estaba más que familiarizado con el escrutinio público. Y al igual que Kiran Desai y Anne Enright, realizó también giras por todo el planeta, cruzando el Atlántico en barco con el fin de participar en

eventos literarios, como más tarde lo haría también Dylan Thomas. Cuentan que la salud de Dickens sufrió un deterioro considerable debido a sus «actuaciones», mientras que Dylan Thomas se emborrachó hasta matarse en Nueva York una vez terminados sus bolos en Estados Unidos.

Tal vez debería huir al bosque. Los frutos silvestres abundan en esta época del año, y podría dormir al cobijo de algún arbusto frondoso o de algún tronco caído. Aunque, sentado como estoy justo fuera de una iglesia, lo mejor sería buscar refugio en su interior, desde luego. Pero las iglesias no son como los pubs. Ni siquiera tienen aseo. A lo mejor podría convertirme en un ratoncito de sacristía que corretease bajo los bancos y se alimentara de las migas que dejan caer los niños de sus sabrosos sobornos. A lo mejor podría encontrar un poco de vino en un cáliz. Y cuando no estuviera hurgando en busca de comida o durmiendo en los duros asientos de madera, podría arrancar las hojas parroquiales del tablón de anuncios y escribir en el anverso, para acabar mi libro.

Si hay un dios en St. Michael's, se está echando la siesta. He descubierto que las puertas de su casa no abrirán hasta la una de la tarde, y yo ya tengo el culo entumecido y embarrado de tanto esperar. Vernon Gregory Little huyó a Acapulco, una opción mil veces mejor que el camposanto de una iglesia de Camden. Tal vez podría escribirle una carta a DBC Pierre, antaño residente en México y autor de *Vernon Dios Little*, e invitarlo a que se una a mi espantada. Podríamos beber chupitos de tequila e imaginar el chapaleo de las olas. Espero que se acuerde de mí.



La última vez que DBC Pierre y yo nos pusimos al día fue en el pub Betsey Trotwood. Él venía de participar en uno de esos eventos que organiza *The Guardian* justo enfrente de sus antiguas oficinas de Farringdon, e invitó a todo el público, yo incluido, a que se pasara luego por el pub para tomar algo. Los autores no acostumbran a invitar a su público al pub, pero DBC Pierre tiene cierta «reputación». Es un poco bruto, y tiene una de esas caras que uno podría

encontrarse en los pubs más cutres y chabacanos de los barrios más chungos de Londres.

DBC Pierre no había bebido agua, sino vino, durante su charla, y mientras firmaba tenía al lado una copa de tinto llena hasta los bordes.

F . P.: ¿Está rico el vino?

DBC Pierre: Sí, no está mal, gracias.

F . P.: ¿Ayuda a calmar los nervios?

DBC Pierre: Un poco.

F . P.: Entonces beber más, y más rápido, ayudará *un montón.*

DBC Pierre: Puede ser…

F . P.: *[Escribe en su cuaderno.]* Sau… vig… non…

Me marché corriendo al Betsey Trotwood para hacerme con una mesa y asegurarme de que había sillas extra para DBC y su cartera. Aunque DBC Pierre es australiano, pedí para él una generosa copa de *sauvignon blanc* neozelandés, porque todo el mundo sabe que el vino de Nueva Zelanda gana de calle al vino de Australia. Si se demoraba firmando ejemplares, siempre podía bebérmelo yo, antes de que se calentara, y reemplazarlo por otro. No es que nadara en la abundancia, que se diga, pero se me ocurrió que no había mejor manera de invertir el poco dinero que tenía que en un buen vino para un ganador del Booker.

Me senté a esperar en silencio, oliendo las bonitas florecitas que adornaban la mesa, inhalando a fondo su perfume, como un anticongestivo. Las mesas y sillas que quedaban libres se llenaron enseguida, y los tardones tuvieron que quedarse de pie, apiñados de mala manera. Ellos eran de los apiñados y yo de los acomodados. Aunque miraban de reojo las sillas libres de mi mesa, no intentaron sentarse porque yo las había colocado patas arriba. Para disuadir todavía más a estos contendientes, me puse a golpear la mesa con las palmas, levantándolas de vez en cuando para dar una serie de palmadas. Cuando tenía que sostener una copa, palmoteaba la mesa con la mano libre.

DBC Pierre no había llegado aún, retenido quizá por algún asunto oficial en la sala de prensa de *The Guardian*. Lo que era lógico. Pero, claro, tanta prisa me había dado en llegar al pub para coger mesa que había descuidado mi necesidad de fumarme un cigarrillo.

Desde que los pubs británicos pasaron a ser locales libres de humo el 1 de julio de 2007, conservar la mesa es complicado. Yo acostumbro a sortear el problema frecuentando pubs vacíos. En esta ocasión, sin

embargo, el local estaba a rebosar con lectores de DBC, así que me di cuenta de que me iba a costar lo suyo no perder la mesa una vez me aventurase al exterior.

Extendiendo algunas prendas de ropa sobre las patas de las sillas pude montar una especie de tienda de campaña. De esta manera, la indignada muchedumbre se lo pensaría dos veces antes de allanar mi morada, y yo podría volver a tiempo de asearla antes de que DBC Pierre llegara de visita.

Se supone que fumar alivia el estrés, pero pasé ese rato tenso e inquieto. Era una sensación equiparable a la que debe experimentar una madre antílope al perder a su cría en la frenética estampida provocada por una hiena hambrienta. Cuando estoy en la barra esperando a que me sirvan, a menudo me entra una desazón parecida. Si me dieran a elegir, preferiría un sistema de surtidor rápido, como en las gasolineras, donde poder llenar mi propio vaso a toda velocidad y donde el pago se realizase al instante con una simple muestra de saliva.

Cuando regresé al interior del Betsey Trotwood, el alma se me cayó al suelo como un montón de pesadas naranjas en una bolsa de redecilla. Todas las sillas que había dejado patas arriba estaban ahora patas abajo, y la superficie redonda y plana de sus respectivos asientos se hallaba ocupada por traseros ajenos. Mi ropa y mi bandolera estaban amontonadas en una pila debajo de la mesa, y los responsables de mi desalojo se reían a carcajadas, de cómodos y relajados que estaban. Me sentí como si alguien hubiese segregado mi acogedora casita en varios pisos mientras yo había salido a hacer unos recados. Lo peor de todo no fue que todas mis cosas estuvieran tiradas por el suelo, no, lo peor era que mis bebidas habían desaparecido también.

La punta de mi zapato restregó el suelo, extinguiendo cual colilla la efímera quimera de mi perfecta mesa. Me froté los ojos con los nudillos, indicando a través del lenguaje corporal que no podía seguir contemplando semejante escena. Tras pedir un par de tragos más, me uní a mis enseres debajo de la mesa, situando los dos vasos llenos y mi propio cuerpo allí en el suelo.

Compartía el espacio de mi abarrotado enclave con los pies y las piernas de los injustos. Me abracé a la pata de hierro forjado de la mesa como un trol al pilar maestro de su puente. A través de los tablones del suelo pude sentir el rugiente traqueteo de un vagón de metro de camino a la estación de Farringdon, pero me imaginé que aquellos rugidos emanaban de mi estómago, debido a mi necesidad de devorar una cabra entera. Me dolía el culo de estar sentado sobre el

duro suelo de madera, y el cuello me daba pinchazos de tenerlo torcido a la fuerza debajo del tablero. Un vaso golpeó la mesa con estrépito a escasos centímetros de mi cabeza.

F . P.: *[Rugiendo.]* ¿Quién anda triscando sobre mi puentecito?

No hubo respuesta, así que asomé la cabeza y miré airado los rostros de las personas que estaban sentadas a la mesa.

F . P.: *[Rugiendo.]* ¿Quién anda triscando sobre mi puentecito?

Hombre joven: ¿De qué vas, tío?

Continué mirándolos uno a uno, retándolos a que se atrevieran a cruzar. Pasados unos instantes, la intensidad de mis miradas y el silencio empezaron a pesar lo suyo en el ambiente.

Al cabo, una mujer de la mesa desvió la vista y avisó a los demás.

Mujer joven: Ahí está.

DBC Pierre había hecho su entrada acompañado de dos empleados del periódico. Paseó la vista por el local, buscando un lugar donde sentarse. Yo me escabullí de nuevo bajo la mesa, consciente de que pasaría a mi lado de un momento a otro, como en efecto sucedió.

F . P.: DBC Pierre…

Miró a los que estaban sentados a la mesa antes de reparar en mi presencia debajo de esta, donde me apresuré a dar unas palmaditas sobre el entarimado.

F . P.: Siéntese aquí, por favor.

DBC Pierre: *[Se ríe.]* Muy amable… Estoy bien de pie, gracias.

Uno de sus acompañantes se dirigió hacia la barra, dejando a DBC allí plantado con el otro. Pero yo no podía permitir que se quedara de pie. Había ganado el Booker.

Por la parte superior de la pared pegada a la barra discurría una plataforma desocupada. Su proximidad al techo descartaba cualquier posibilidad de estar de pie, pero sí ofrecía sitio de sobra para sentarse. La única manera de acceder a ella, no obstante, era subirse a la barra del bar. De modo que apoyé mis bebidas sobre esta última y, a continuación, hice otro tanto con mis pies.

Camarero: ¡Eh, oiga! No, no, no…

La máquina de café se me antojó un buen punto de apoyo, pero no me quedó más remedio que aplastar los platillos y las tazas que había apilados boca abajo encima de ella. Un vaso repleto de cucharillas se estrelló contra el suelo, y una jarrita plateada llena de leche espumosa se volcó sobre la barra, salpicando la camisa del cabreadísimo camarero. Tras poner mis copas de vino a buen recaudo sobre la plataforma, proseguí el ascenso trepando por las estanterías de las cajas de té hasta que alcancé la cumbre.

El techo tenía mucha inclinación, debido a la presencia de unas escaleras al otro lado. No tuve más remedio que acuclillarme, y de esta guisa, con las rodillas dobladas en un ángulo semejante al de los brazos de un recio butacón, contemplé desde lo alto el mar de ojos desorbitados que me miraban desde abajo, como si el pub estuviese atestado de zombis.

Se hizo el silencio en el establecimiento y el gerente empezó a hablarme como quien trata de disuadir a un suicida. Yo lo único que quería era tomarme una copa tranquilamente y tener la oportunidad de conversar largo y tendido con DBC Pierre en una mesa reservada solo para nosotros. Pero ahora me había convertido en un espectáculo, en un *evento*, solo por estar allí arriba. Localicé la figura de DBC, de pie entre la muchedumbre, saqué el libro que me había firmado y empecé a agitarlo en el aire como una bengala a la vez que rompía mi silencio.

F . P.: DBC Pierre. Puede sentarse aquí arriba si quiere. Hay sitio.

DBC levantó su copa a medias, como quien alza un puñado de tierra antes de arrojarlo a una fosa. Y yo empecé a leer su libro en voz alta, empezando por la cubierta y siguiendo por la página de créditos.

F . P.: «Vernon Dios Little. Una comedia del siglo xxi en presencia de la muerte. DBC Pierre. Faber and Faber. Primera edición en 2003 a cargo de Faber and Faber Limited, 3 Queen Square, Londres WC1N 3AU. Composición a cargo de Faber and Faber Limited. Impresa en Inglaterra por Mackays of Chatham, plc. Todos los derechos reservados…»

Justo estaba llegando al copyright cuando DBC Pierre me interrumpió. Ahora estaba plantado justo debajo de mí, junto a la barra.

DBC Pierre: Oye, ¿por qué no te bajas ya de ahí, colega? Me

parece que estás cabreando a esta gente…

La clientela guardó un silencio sepulcral mientras me asomaba por el borde como un polluelo de gorrión buscando gusanitos.

F . P.: Tengo miedo de que me hagan daño.

El gerente tenía un teléfono pegado a la oreja, pero no estaba hablando.

DBC Pierre: Qué va, no te preocupes. ¿Echamos un piti?

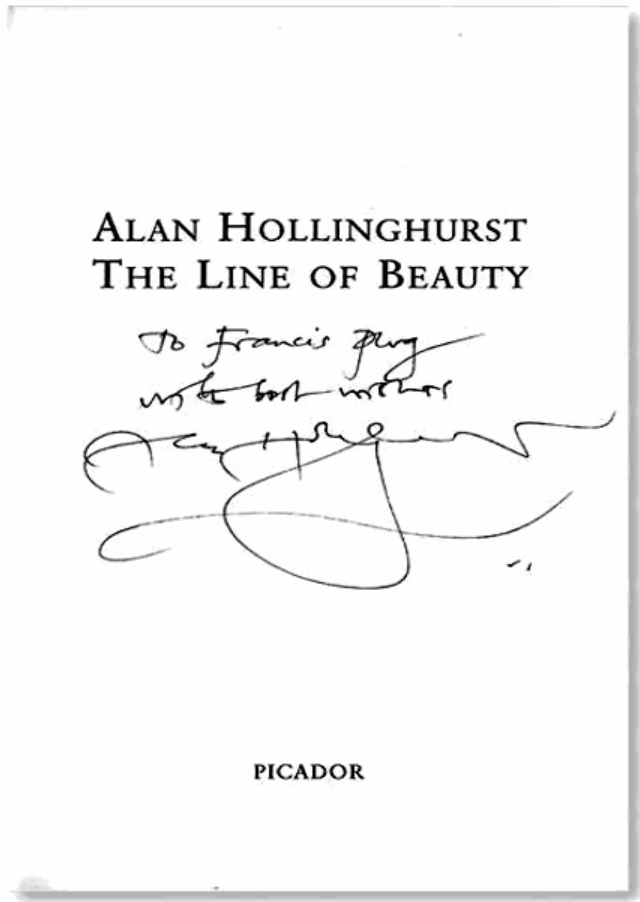
F . P.: *[Hace una pausa.]* Le echo una carrera hasta la puerta…

Mis zapatos retrocedieron unos centímetros, como si estuviesen colocándose en sendos tacos de salida. Una discreta tosecilla hizo las veces de disparo, y me lancé hacia delante, saltando desde la plataforma, con las piernas «corriendo» en el aire. Me precipité sobre una de las mesas de abajo y, de ahí, al suelo sembrado de botellas y vasos rotos y otros por romper. Tenía las piernas trituradas y el brazo derecho entumecido. En cuanto a la cabeza, la sentía como un botón colgando de un hilo deshilachado. Pero había reconquistado mi mesa, y también las bebidas de los usurpadores: un resultado redondo.

¿Y dónde estaba DBC Pierre? Tenía que ganar la carrera. Me levanté a duras penas y avancé cojeando hasta la salida. Tiré del manillar de la puerta como lo haría de la cuerda de arranque de un cortacésped y, cruzando la línea de meta, me adentré en la noche.

St. Michael's sigue cerrada. Acapulco parece inalcanzable de tan lejano. Seguro que el señor Stapleton viaja hasta allí cada dos por tres. Es más, es muy probable que esté allí en este mismo momento…

Me levanto y, entusiasmado, saco mi manojo de llaves de clientes como si fuera un amuleto de la buena suerte.



El señor Stapleton usa calcetines negros de ejecutivo con bandas doradas, pero en este momento soy yo quien los lleva puestos mientras voy de aquí para allá, pisando fuerte sobre el suelo enmoquetado de su dormitorio, BUM, BUM, BUM. Los llevo encajados encima de los calcetines gordos de lana que uso para trabajar, y mis piernas de bailarín bolchevique brincan arriba y abajo, y mis rodillas son como pistones, y entono cánticos absurdos con los calcetines del

señor Stapleton.

F . P.: YA, YA, YA.

Brota música a todo volumen del aparato de radio megachic que hay junto a la cama y, entre canción y canción, durante los anuncios y el parloteo del DJ, paro y me meto un buen lingotazo de whisky entre pecho y espalda. El borde de la copa de cristal tallado está sembrado de restos de espuma blanca, porque tengo la cara embadurnada con crema de afeitar hasta por encima de los ojos. No hace ni una hora que me he mudado y ya casi me he bebido una botella enterita de whisky, así que mis dientecillos no paran de castañetear, y tengo los ojos que me echan chiribitas.

En el descansillo de la planta de arriba hay un espejo de cuerpo entero, y chillo de risa cuando paso corriendo delante de él, e inmediatamente doy media vuelta y paso de nuevo, saludando. En cada mano llevo un sujetador, propiedad de la novia del señor Stapleton, que hago girar con frenesí como si fueran cintas de gimnasia rítmica.

F . P.: *[Grita.]* ¡¡SENOS!!

Las reservas de alcohol del señor Stapleton son de una vastedad excepcional e incluyen las mejores marcas, supongo que para satisfacer las necesidades de sus invitados de clase alta. Hay coñacs, bourbons, rones, tequilas, oportos y ginebras en cantidades industriales, y whisky escocés como para llenar un acuario. Estas provisiones de bebidas alcohólicas han sido costeadas parcialmente con dinero de la hacienda pública británica, de modo que las tomo prestadas cual personaje de *Los borrowers*.

Me despierto tumbado sobre las losetas frías de la cocina. Aparte de los calcetines del señor Stapleton, todavía llevo puesta la misma ropa con la que volví de Hay. Eso fue hace casi dos días. Adopto el firme propósito de ducharme en cuanto haya bebido algo.

La radio sigue tronando en el dormitorio de arriba. Espero que en casa de los vecinos no se escuche. Hay que andarse con ojo. No deben oír ni el zumbido de una mosca.

La casa cuenta con un sofisticado sistema de seguridad. Hay sensores individuales emplazados estratégicamente en puntos clave y, tan pronto como salta uno de ellos, manda aviso a un centro de monitorización que se encarga, a su vez, de alertar a la policía. El señor Stapleton me puso al corriente de todo esto cuando empecé a trabajar para él. La verdad es que los cerrojos de mi piso son una

birria en comparación, poco más que unas tiritas de queso rallado pegadas con cinta adhesiva entre la puerta y el marco. No hace falta decir que el sistema de esta casa ya no está conectado.

El que da las noticias por la radio tiene una voz grave y sonora, como la de Alan Hollinghurst. Cuando Alan Hollinghurst habló en el Queen Elizabeth Hall del Southbank, sus palabras de brillante tesitura barítona le brotaban de la boca cual niebla seductora y espesa desplegándose por un pasto de espectadores. Para ser autor público no es necesario recibir clases de dicción, pero sí que es recomendable no hablar como Sweep, el perrito de peluche con voz de pito.

Supongo que a Alan Hollinghurst este lugar le parecería un pelín sobrecargado. Falto de gusto, quizá, hasta un poco hortera. Aunque la casa es una mansión de época de cuatro plantas que seguro que Alan Hollinghurst admiraría en su estado original, el señor Stapleton ha preferido decorarla con un estilo acorde con su vida de alto ejecutivo. Un cuadro de una señora desnuda cuelga sobre una falsa chimenea de gas en mármol blanco y granito. El sofá central también es blanco, al igual que la tarima del suelo, pero el piano de cola es de ébano negro. La casa cuenta con todos los artilugios y electrodomésticos que uno pueda imaginar, y todos y cada uno de ellos han sido adquiridos para corroborar que el señor Stapleton está «a la última». Su televisor, encastrado en la pared como si de una valiosa obra de arte se tratara, es del tamaño de una puerta corredera y, si no le apetece ponerse al día con las noticias sobre el derrumbe de la economía, siempre puede ponerse al volante de un coche de Fórmula 1 o liquidarse a tiros a docenas de talibanes.

Alan Hollinghurst, en cambio, vive en Hampstead, en un piso que ocupa tres plantas. Según un artículo que pude leer, es una vivienda muy aseada, con moqueta beis y paredes blancas. Cuando leo la palabra «aseada» entiendo que se refieren a «desierta» porque, teniendo en cuenta que tardó siete años en escribir una novela después de *La línea de la belleza*, lo más probable es que tuviera que vender todo lo que se compró con el cheque del Booker para poder salir adelante.

Aun así, Hampstead no es un barrio cualquiera. Es un sitio de lo más literario, con unos jardines fabulosos. Además, una compañía de cine y televisión compró los derechos de *La línea de la belleza*, así que eso debió de ayudar lo suyo. Mientras que hay escritores que pueden permitirse un piso en Hampstead, a la mayoría no le queda otra que vivir en lugares mucho más apartados y modestos. Un informe publicado en la prensa apunta a que, en el Reino Unido, los escritores ganan un 33 % menos del salario medio nacional. La mayoría de ellos complementa esta renta con otras actividades, como el periodismo o la enseñanza. Magnus Mills, finalista del Booker, ha vuelto a su profesión

de siempre como conductor de autobús. Otros reponen estanterías o se dedican al buzoneo. Yo soy jardinero, por supuesto. No puedo reponer estanterías en la librería Chalk Farm porque Chalk Farm ya no tiene librería. Y tampoco puedo conducir un autobús porque eso supondría poner vidas en peligro. Escribir es mi única esperanza. Aparte de alguna que otra rara excepción, está visto que la única manera de vivir bien como escritor es ser rico de antes.

Se me hace raro subir tres tramos de escaleras y ver que sigo en la misma casa. Apago la radio y acometo con suma cautela la tarea de ducharme en el cuarto de baño del señor Stapleton. El agua de la ducha sale proyectada desde cinco boquillas distintas empotradas en la pared y me alcanza desde todos los lados, como si yo me encontrase en un barco que alguien estuviera cosiendo a balazos. El champú es de aguacate, el acondicionador es de semillas de cacao y, abajo, el té es de ortigas. ¿Ortigas? No hay verdura, ni fruta, ni pan, ni ningún otro alimento perecedero. Tendré que sobrevivir a base de comida enlatada, mermelada y muesli sin leche. El inmenso jardín no tiene huerto, porque a los banqueros solo les gustan las hortalizas cuando se las pueden untar en el pecho.

Aunque no hace mucho que amanecí, ya empieza a oscurecer. El regulador de luz resulta muy útil para templar mi preciosa voz. Cuando reduzco la intensidad, bajo a un tono muy grave y profundo.

F . P.: LA, LA, LA, LA, LA, LA, LA.

Pero a medida que giro el interruptor y la luz de la habitación se vuelve más brillante, mi voz alcanza tonos más y más agudos.

F . P.: LA, LA, LA, LA, LA, LA, LA.

Y entonces vuelvo a bajar el regulador.

F . P.: LA, LA, LA, LA, LA, LA, LA.

Y lo vuelvo a subir…

F . P.: ¡¡¡LA, LA, LA, LA, LA, LA, LA, LA, LA!!!

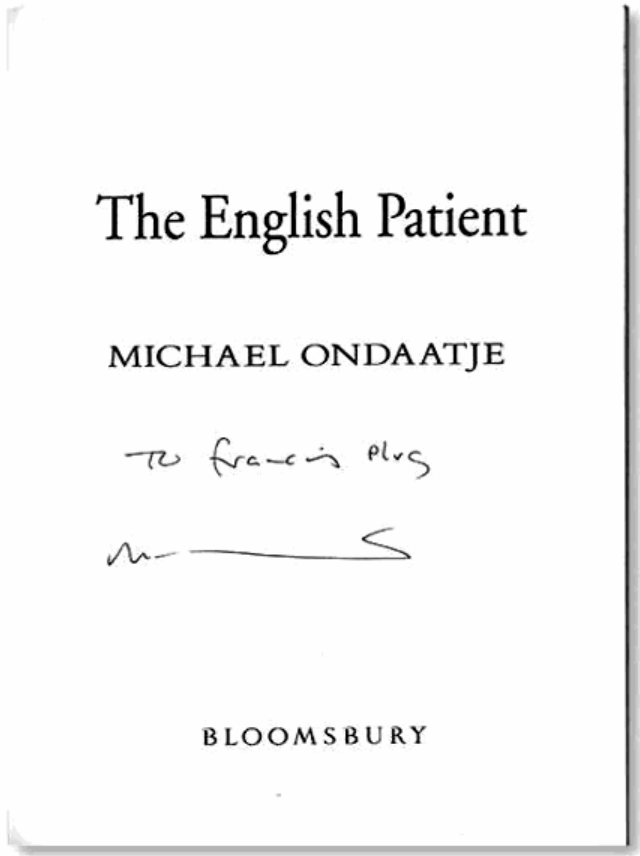
Según el calendario de la cocina, el señor Stapleton está en las Bahamas, no en Acapulco. Y permanecerá allí otras dos semanas. Puesto que no puedo trabajar en el jardín, lo mejor sería que me pusiera a escribir. Después de todo, esta casa es un retiro literario idílico. Me proporciona cobijo, calor, soledad y una alarmante cantidad de alcohol de primera calidad. Estoy rodeado de árboles,

protegido por cierres de alta seguridad y distanciado de los elementos más desagradables de la sociedad. Puedo rehuir al banco, a los inspectores de Hacienda, a los proveedores de materiales de jardinería y al público en general. Así es ser el señor Stapleton. Nadie puede tocarte.

Antes de sentarme a la mesa de su despacho, en busca de las musas, me concentro en vaciar una botella de exquisito licor. Antes de desbloquear mi mente creativa hay que volar la caja fuerte, por así decirlo.

Para cuando enciendo el ordenador e intento abrir un documento de Word, estoy demasiado borracho para atinar con las teclas. A pesar de cambiar el tamaño a tipo 72, en un esfuerzo por facilitar la legibilidad, sigo sin dar pie con bola. Así pues, cuando decido arramblar con una botella nueva de Podier St-Eustache y llevármela al sofá, lo único que he conseguido escribir es lo siguiente:

Cómo ser un autor público
Francis Plug



Mis provisiones de tabaco de liar se agotan enseguida, así que paso a fumarme el contenido de una caja de puros cubanos. El señor Stapleton ha provisto su mesita de vidrio de centro con ceniceros de cristal, y eso que no fuma. El vestidor es del tamaño de una habitación amplia y se encuentra increíblemente bien surtido, casi como por obra y gracia de Imelda Marcos. Ando por la casa vestido con sus trajes de ejecutivo, pavoneándome cual as de las finanzas. Pero el escapismo no

pasa de esto, y me devano los sesos para desarrollar el papel. Después de todo, ¿a qué se dedican los banqueros realmente, aparte de pasarse el día mirando números? Debajo de esa llamativa fachada, son un muermo de gente, la verdad. Ya puestos, lo mismo daría que me disfrazase de piedra.

Una de las ventajas de esta charada reside en los tesoros que guardan sus bolsillos. El señor Stapleton ni manda sus trajes a la tintorería con frecuencia, ni se preocupa demasiado por el dinero, a juzgar por los fajos de billetes arrugados que me voy encontrando. Guardadas y olvidadas entre sus hileras e hileras de ropa hay más de dos mil libras. Dos mil. Y este es el tipo que me saca los colores por una factura de semillas de girasol.

Dado que estoy cuidando de su casa, me cobro el servicio con una pequeña cantidad de efectivo, para poder ir a ver a Michael Ondaatje.

En 1992, *El paciente inglés* compartió el Premio Booker con *Hambre sagrada* y, al igual que Barry Unsworth, el canadiense Michael Ondaatje es bastante alto. Me siento en la séptima fila del UCL Bloomsbury Theatre admirando las lujosas butacas y el diseño de la moqueta, que parece un restregón de sesos.

Sobre el escenario hay dos butacones de cuero con relucientes patitas doradas. Dos botellas pequeñas de agua han sido depositadas sobre una mesa redonda de madera. Detrás de las sillas hay un pedestal cubierto por una sábana negra donde reposa un impresionante arreglo floral que descuella del interior de un jarrón alto de cristal.

Michael Ondaatje da un pequeño tropiezo al subir al escenario, puede que debido al consumo de alguna que otra copa para calmar los nervios, o puede que solo porque tiene los pies demasiado grandes. Aun teniendo los pies pequeños, como yo, merece la pena tener presente este potencial peligro, no vaya a amenazar la estabilidad de un evento en el que pudiera usted participar. La entrevistadora, Hermione Lee, presenta a Michael Ondaatje, que se dirige sin incidentes a un atril de madera y allí empieza a leer de su nuevo libro. Han bajado las luces del auditorio, y el autor es el centro de atención. Se trata de una puesta en escena muy sencilla que consiste en dos personas sentadas en sendos sillones de cuero, una de las cuales se levanta para leer un libro en voz alta desde un atril. El contenido del libro, de hecho, es una amalgama de los pensamientos de la mujer que está sentada. El hombre lee los pensamientos de la mujer en voz alta mientras ella permanece sentada en su sillón, callada y circunspecta, pensándolos.

Michael Ondaatje: *[Lee los pensamientos de Hermione Lee en*

voz alta.] Esta es la mejor parte. Puedo estar sentada tan tranquila en este cómodo sillón mientras él sigue dale que te pego con su libro. El sillón que tengo en casa es fantástico, pero los muelles de este son especialmente flexibles. Boing, boing. Hoy me he puesto mis zapatos negros para ocasiones especiales. No creo que pase nada si giro con suavidad el pie izquierdo en el aire, aunque sin pasarme. No debo desviar la atención de Michael. Yo creo que la presentación me ha salido de perlas. Aunque tampoco hay que bajar la guardia, que esto no se ha acabado todavía. Espero que no sea uno de esos cabrones presuntuosos.

Michael Ondaatje representa su papel de maravilla. Lleva traje y camisa negros (sin corbata), y tiene el pelo canoso, igual que la barba. Tras consumar con éxito la lectura, regresa a su asiento y se bebe su botella de agua sin respirar. Lo que es comprensible, teniendo en cuenta el esfuerzo que acaba de hacer con la voz y el hecho de que las botellas de plástico son diminutas. El diálogo, sin embargo, no ha concluido aún, ya que Hermione Lee tiene unas cuantas preguntas apuntadas. A pesar de la supuesta comodidad del sillón, Michael Ondaatje se sienta en el borde, con el cuerpo inclinado hacia adelante en una postura incómoda, como si se estuviese preparando para levantarse de un salto. Tiene las manos remetidas entre las piernas, y los hombros echados para delante, orientados hacia la SALIDA.

Michael Ondaatje: Me encantan las personas taciturnas. Me he enamorado de un personaje de mi novela porque no habla. Solo escribo diálogos si no tengo más remedio. En Alemania, una persona me preguntó en una ocasión: «¿La escritura se parece más a un relojero o a un caballo desbocado?». Mi respuesta: a un caballo desbocado.

De repente, su mano sale despedida hacia un lado, agarra la botella de agua de Hermione Lee, y Michael Ondaatje se vacía el contenido en el gaznate. El recipiente vacío de plástico emite un ruidoso «clic» cuando es depositado de nuevo sobre la mesa. Entonces el autor se da la vuelta para mirar por encima del hombro y, acto seguido, se levanta y se va directo a por el jarrón. La florida fronda se asienta sobre su generosa pelambrera, mientras sus ansiosos tragos gorgotean ruidosamente a través del micrófono que lleva prendido de la solapa. Cuando el jarrón está seco, se restriega la barba chorreante con la manga de la chaqueta. Pero las flores del jarrón vacío, privadas de su único nutriente, se le lanzan al pescuezo. Un extraño grito gutural inunda la sala, cae el telón, y yo rompo a aplaudir.

Michael Ondaatje está firmando sus libros en el lado derecho del escenario, y todos hacemos cola al pie de las escaleras. Delante de mí tengo a un tratante de libros muy alto. Se ha dejado crecer su larga melena de cualquier manera, y el bigote no encaja del todo en su peculiar cara alargada. El tipo no para de llamar la atención, fardando delante de un hombre más joven sobre los buenos tiempos del Hay Festival.

> **Tratante de libros**: Por aquel entonces, no era más que una pequeña carpa montada al final de un campo. Recuerdo que William Golding solo firmaba un libro por persona, así que todos los tratantes hacían que les firmara un libro y se volvían al final de la cola para que les firmara otro y así.

Hum. Seguro que este tío no iría por ahí haciéndose el listillo si supiera que el Hay Festival se ha convertido en un Festival del Crimen.

Un asistente encaja la solapa de la sobrecubierta de mi libro en la página del título, para que Michael Ondaatje pueda abrir el libro al instante por el lugar apropiado sin perder el tiempo pasando páginas. Mis piececitos se tropiezan mientras suben con torpeza los escalones de acceso al escenario, debido al consumo de esos tragos previos tan necesarios para controlar los nervios.

F . P.: ¿*El paciente inglés* es un paciente psiquiátrico?

Michael Ondaatje: ¿Cómo dice?

F . P.: *El paciente inglés*, ¿es un paciente psiquiátrico?

Michael Ondaatje: ¿Es que no se ha leído el libro?

F . P.: Todavía no, pero lo tengo previsto. Este libro no es mío, en realidad.

Michael Ondaatje: Oh. Y entonces ¿quién es Francis Plug?

F . P.: Ese soy yo.

Michael Ondaatje: ¿Usted es Francis Plug? ¿Y quiere que escriba una dedicatoria para usted en este libro, aun cuando no es suyo?

F . P.: Exacto.

Michael Ondaatje: Hum.

Tratante de libros: Lo que hay que ver, está pidiendo una dedicatoria en una primera de *El paciente inglés*.

Hombre joven: Es una pena.

Tratante de libros: Menudo imbécil. Mira que desperdiciar un libro tan bueno de esa manera.

Hombre joven: Y encima pide que se lo dedique a «Francis Plug».

Tratante de libros: ¿A Francis Plug? La madre que lo parió. ¡Eso sí que va a ser fácil de revender!

Los dos se echan a reír.

Nada más salir a la calle, llamo a un número de teléfono al azar.

Número de teléfono al azar: ¿Diga?

F . P.: ¿La escritura se parece más a un relojero o a un caballo desbocado?

Número de teléfono al azar: ¿Qué? ¿Con quién hablo?

F . P.: ¿La escritura se parece más a un relojero o a un caballo desbocado?

Número de teléfono al azar: ¡Chalado! *[Clic.]*

De regreso en Primrose Hill, me siento inspirado por la charla de Michael Ondaatje, así que me acomodo delante de mi escritorio y me pongo a pasar mis notas al ordenador. Con frecuencia señalo la pantalla y me río porque lo que he escrito es supergracioso, la verdad. Me agarro el abdomen con los brazos y me parto de risa.

F . P.: ¡Ay, me troncho!

Estoy de tan buen humor que decido enviar un correo electrónico al señor Stapleton.

Estimado señor Stapleton:

Hola, soy Francis (Plug). ¿Cómo está?

Espero que disfrutando a tope del trópico. Fijo que sus pies están encantados de no tener que ir enfundados en unos calcetines negros de ejecutivo con bandas doradas. ¡Sobre todo con ese solazo!

Su jardín va a estar niquelado cuando vuelva. Solo necesito hacerme con unas cuantas herramientas básicas de jardinería y, ya verá, va a quedar de revista.

Y no se preocupe lo más mínimo porque su casa esté vacía durante su ausencia. Estoy convencido de que sigue impecable, igualita a como la dejó cuando se fue. Así que no tenga prisa en volver. Dese otra vuelta en el plátano hinchable, ¡yuju!

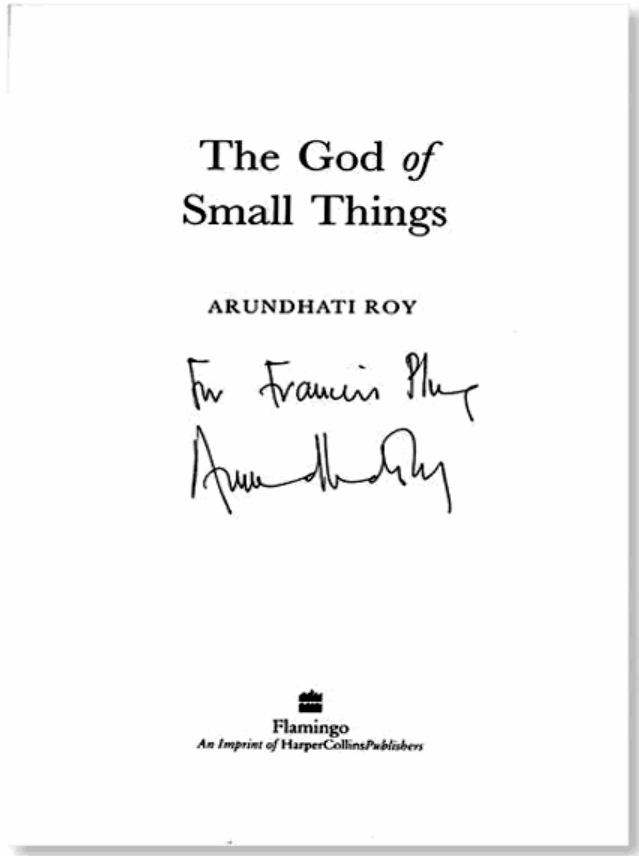
Francis

Aunque el jardín del señor Stapleton está sumido en la oscuridad,

no me cabe la menor duda de que necesita de mis cuidados. Como no tengo ni una sola herramienta, no puedo hacer gran cosa, pero al final consigo encontrar una pala en el garaje.

El cuidado césped está cubierto por una fina capa de rocío. Quizá el señor Stapleton haya enterrado por aquí sus numerosas riquezas.

El jardín no tarda en parecerse a la superficie lunar. Me convenzo a mí mismo de que la Luna de ahí arriba es la Tierra, en realidad, y de que yo estoy en la Luna, cava que te cava, en busca de un tesoro espacial. El hecho de que esté cavando en la oscuridad y de que, además, lleve una cogorza monumental comporta que mis esfuerzos zapadores resulten calamitosos como poco y, desde luego, si he desenterrado algún tesoro, no puedo verlo. Al final me olvido de la Luna y del tesoro y concentro mis energías en despejar la zona de minas.


The God *of*
Small Things

ARUNDHATI ROY

Flamingo
An Imprint of HarperCollins*Publishers*

Las copiosas reservas de alcohol están casi agotadas. El suelo de la cocina está sembrado de botellas, y sus cuellos vacíos parecen un ejército de extraños peces cantarines. De los puros tampoco queda ya ni rastro, salvo las colillas, que llenan los ceniceros como pulgares doblados. La casa del señor Stapleton podría compararse ahora mismo con un globo lleno de helio que fuera perdiendo aire poco a poco. Una vez vacío del todo, se arrugará y se vendrá abajo. Y cuando lo haga, el

siguiente en desinflarse seré yo.

De modo que me acerco a la tienda de licores y, tirando de parte del dinero olvidado del señor Stapleton, compro unas botellas de alcohol barato de repuesto, tabaco de liar y bolsas de té (para rellenar los whiskies). Cuando vuelvo a la casa, me la encuentro completamente patas arriba. Saqueada. Han abierto todos los cajones, desperdigado sus contenidos, tumbado los muebles. Me hago el sorprendido, pero no lo estoy.

F . P.: ¡Tú eres el responsable, tontaina!

El alcohol escurriéndose por las paredes como pis en un paso subterráneo…

F . P.: ¡Has sido tú!

Entonces me fijo en el césped.

Agarrando bien fuerte mi compra contra el pecho, me acurruco en el nidito de cojines que he construido en el salón.

Inglaterra sufre una ola de calor inusitado, y ni con los Speedo del señor Stapleton por toda vestimenta consigo que se me pase el sofoco. Aunque dentro de la casa hace un fresco muy agradable, resulta gratificante hacer una escapadita, sobre todo cuando ello significa perder de vista el jardín trasero cosido de cráteres. La oportunidad de ver a Arundhati Roy se me presenta como un regalo caído del cielo y, por tanto, lo aprovecho.

Arundhati Roy, la escritora india devenida activista, se ha tomado un larguísimo descanso del mundo literario, escondiéndose de sus lectores. Pero ahora está programado que la ganadora del Booker aparezca en público en el Reino Unido una vez más, llenando rápidamente el inmenso Queen Elizabeth Hall del South Bank, como no podía ser de otra manera.

Me he fijado en que la mayoría de los autores masculinos visten de traje en sus bolos, y ahora empiezo a entender el porqué: es una manera de encajar. También les brinda la apariencia de hombres de éxito, cuando en realidad forman parte de una de las profesiones más bajas e infructuosas que existen. Hoy, sin embargo, hace demasiado calor para llevar traje. Es más, la gente está tomando el sol a orillas del Támesis, reclinada y despatarrada sobre las piedras mugrientas del Ferry Wharf. Es la misma gente que, en verano, monta esas largas colas en los bares cuando sale de su madriguera estacional de abstinencia para ocupar todos los asientos de los pubs. El evento de

Arundhati Roy no es al aire libre y las probabilidades de que su charla sea política, cruda y desasosegante son altísimas, pero al menos me salvará de estas carnes desgarbadas y de estas espantosas risas despreocupadas. Me abro camino entre los castillos de michelines en dirección al Hall, ansioso por relajarme en la apacible reserva de público literario decentemente sentado, como es obvio, y evitando mirar de reojo mis piernas peludas.

Una vez conseguida mi entrada, tengo que matar una hora aproximadamente antes de la función. Lo último que deseo es mezclarme con la muchedumbre que abarrota el paseo que da al río, así que me dirijo hacia la parte trasera del edificio, donde me topo con la Entrada de Artistas.

Después de haber eclipsado el papel tradicional de autora pública con su entregada lucha por los derechos humanos, seguro que Arundhati Roy tiene cosas más importantes que hacer que ponerse a firmar libros después del evento. Esto significa que no tendré la oportunidad de conocerla más tarde y conseguir que me firme de puño y letra mi libro. Me posiciono entre las sombras, a cierta distancia de la Entrada de Artistas, para no levantar sospechas antes de abalanzarme sobre ella agitando mi ejemplar a lo loco.

Lo más probable es que un chófer la acerque hasta aquí en un coche híbrido. Con esto en mente, me preparo para correr junto al vehículo en movimiento, dando golpecitos en la ventanilla de atrás para, acto seguido, abrirle la puerta en persona y ayudarla a salir. Pero ¿y si resulta que ya está aquí y se encuentra en este momento tomándose su cenita? ¿Un piscolabis, quizá, salpicado de pasas posiblemente, para aguantar la entrevista de turno y el escrutinio del público? Está claro que va a necesitar algo que le dé fuerzas para enfrentar la avalancha que se le viene encima, un dato que hay que tener en cuenta para nuestras propias apariciones en público, estimados lectores, y que paso a anotar bajo el epígrafe «Niveles de energía». En el caso de ella, quizá baste con una porción de tarta de queso rica en azúcar y una taza de té de hinojo; en el nuestro, puede que sirva con cuatro vodkas con Red Bull.

Podría ser también que la gente de márquetin de su editorial la haya arrastrado con alguna artimaña a uno de los cafés que hay junto al río. Uno no puede huir cuando está encajonado tras una mesa. Si Arundhati Roy muestra alguna reticencia a que la planten de un empujón en el escenario más grande del South Bank, la meterán en un saco y cargarán a hombros con ella, tan grácil y escuchimizada, para liberarla solo cuando hayan arrancado los aplausos del público.

Mientras aguardo hecho un manojo de nervios en el callejón, varios temores empiezan a sembrar mi húmedo cerebro rosáceo como quien entierra habichuelas mágicas en la tierra con el pulgar. ¿Y si ya

han metido a Arundhati Roy por la Entrada de Artistas, con sus sandalias pateando el aire? Todavía faltan veinticinco minutos para que empiece el espectáculo. En *El show de los Teleñecos* la llamada a escena se efectúa quince segundos antes de salir al escenario, pero para entonces el artista ya está más que instalado en su camerino, maquillado y aleccionado sobre el desarrollo de la función.

> ¡Señora Roy! ¡Señora Roy! ¡Quince segundos para comenzar, señora Roy!

¿Qué teleñeco decía eso? ¿Gonzo? ¿O Rufo, el perro pianista de orejas caídas? Cuando yo sea un escritor de éxito del circuito, una de mis caprichosas exigencias será que me llame a escena un perro hecho de calcetines y pelotas de pimpón. O eso o no voy a ninguna parte.

Es posible que el entrevistador de Arundhati Roy le haya pedido reunirse antes con ella para repasar las preguntas. Esto lo ayudará a contrastar sus datos y a no soltar una sarta de estupideces. También puede servirle para fingir que es amigo suyo.

> **Entrevistador**: Antes, mientras hablábamos Arundhati y yo, me ha dicho nosequé nosecuantos.

Tal vez el camerino de Arundhati Roy tenga su propio bar, como esos portátiles que aparecen en los anuncios chiquititos al final de las revistas. Puede que, en este mismo instante, esté sumergida en un jacuzzi. O reclinada sobre la toalla de una camilla con unas rodajas de pepino en los ojos.

A menos de diez minutos para la hora programada de su salida a escena, me acuerdo de esas llamadas de SIÉNTENSE previas a las apariciones de Yann Martel y Alan Hollinghurst. Quizá el de megafonía fuera el propio Alan Hollinghurst. Arundhati Roy aún estaría a tiempo de llegar ahora, a pelo, sin prepararse ni nada. Pero no tendría tiempo para pararse a charlar. Seguramente vendría corriendo, puede que descalza, como Zola Budd. Me dirijo de mala gana al interior, abatido, como un peludo y grandullón Snuffleupagus.

Tras una breve introducción, Arundhati Roy cruza con parsimonia el vasto escenario hacia el atril.

> **Arundhati Roy**: Voy a leer un par de párrafos de mi libro porque soy escritora y siempre me he sentido más a gusto leyendo que hablando.

Aun cuando me identifico totalmente con estas palabras de Arundhati Roy, la verdad es que me preocupan un poco. Si ella, que es

una aclamada ganadora del Booker, se siente incómoda hablando en el escenario, ¿qué esperanza nos queda a los escritores humildes y tirados como nosotros, estimado lector?

Arundhati Roy lleva un sari carmesí espectacular, que le da mil vueltas a cualquier traje convencional. Pero incluso desde mi asiento en el gallinero se la ve muy expuesta. El escenario tiene unas dimensiones obscenamente grandes. Ahí podría meter uno a quinientos autores. Pero qué culpa tendrá Arundhati Roy. No es ella la que ha reservado el espacio. Su charla es una denuncia de asesinatos, violaciones, genocidios, jueces corruptos y demoliciones de aldeas indias. Pero ese escenario parece el aparcamiento de un supermercado. Seguro que la pobre tiene ganas de meterse debajo de la silla y morirse.

La gravedad del ambiente se aligera un poco cuando Arundhati Roy explica cómo, de niña, consiguió robar zanahorias de un huerto. Haciendo alarde de un gran ingenio, cortó los extremos con hojas y volvió a colocarlos con sumo cuidado en la tierra, de forma que no quedara rastro alguno del hurto. Qué truco tan portentoso. Me entran ganas de salir corriendo y ponerlo en práctica. Y si me pillan, le echaría toda la culpa a ella, mi mentora, Arundhati Roy.

> **F . P.**: *[Susurra.]* Disculpe…, ¿se acuerda usted de cuál era el teleñeco que decía: «Quince segundos para empezar»?
>
> **Persona del asiento de al lado**: *[Susurra.]* Mmm, sí. Eso lo decía Scooter.
>
> **F . P.**: *[Susurra.]* Eso, ¡Scooter!

Mira que es lista esta gente de libros.

El entrevistador está dando las gracias a Arundhati Roy, y algunos grupúsculos de entre el público se ponen en pie para aplaudir. Los otros miembros del público aplauden también, pero sentados. Resulta un poco confuso. Como no sé si levantarme o quedarme sentado y aplaudir, salgo corriendo como un poseso hacia la puerta.

El tratante de libros medio calvo que vi en las presentaciones de John Berger y Pat Barker está preguntándole a uno de la organización si hay cola para la firma de Arundhati Roy. Le indican una mesa que hay cerca de los ventanales, y yo lo sigo discretamente, casi dando palmadas de emoción.

En menos que canta un gallo, se forma a nuestra espalda una cola como si hubieran apretado un tubo de pasta dentífrica de personas. Cuando Arundhati Roy llega al cabo de unos momentos, se queda mirando la fila como si dijera: «Menudo chorreón de pasta de dientes».

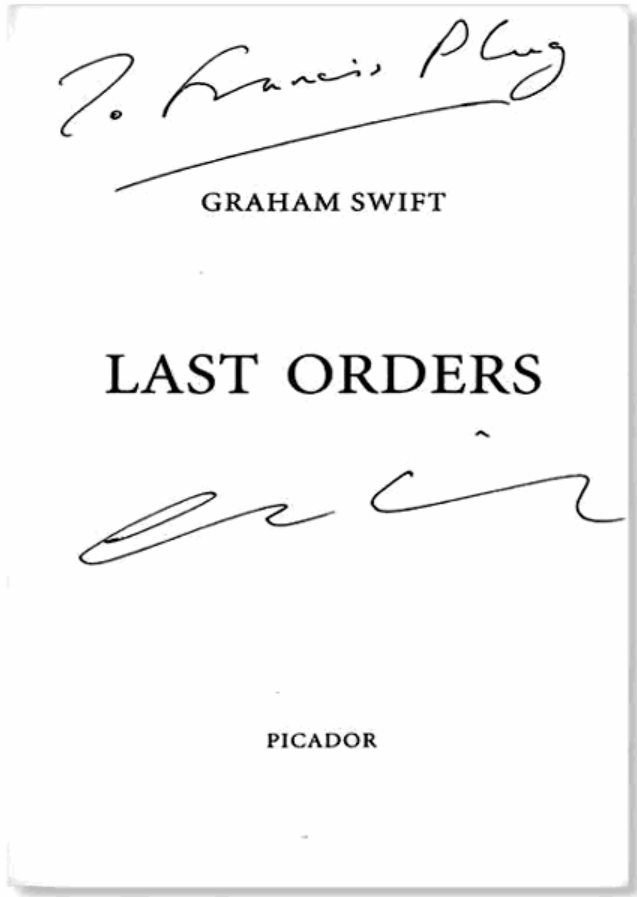
Varios fotógrafos se reúnen con los elegantes miembros de la

organización en torno a la mesa y empiezan a disparar sus cámaras en cuanto Arundhati Roy toma asiento, sin darle un respiro del implacable escrutinio público. Al tratante de libros lo invitan de inmediato a acercarse, un sacrificio voluntario a las cámaras en un momento de interacción autor/público. Hace solo diez minutos, desde mi asiento en el gallinero, Arundhati Roy no era más que una lejana silueta, un tractor en un campo, visto desde un avión. Pero ahora la tengo sentada al otro lado de la mesa, a solo unos pasos de mí. Cuando le tiendo mi libro, las cámaras disparan furiosas sus flashes.

Qué manos tan bonitas. Algunos de los otros ganadores del Booker tienen los dedos como salchichas blandengues, pero los de Arundhati Roy son delicados y ágiles, como si estuvieran hechos para tallar una esfera perfecta de cristal. Esas manos me devuelven mi ejemplar firmado, dando así por completada nuestra transacción. Su mano derecha ase una copa de agua y empieza a elevarla hacia su boca. Suelto un grito.

F . P.: ¡Cuidado con los bichos! ¡Cuidado con los bichos escamosos sin ojos!

Mis botas abofetean el enlosado cual sandalias mientras me alejo al trote. ¿Por qué he tenido que soltar eso? Maldito teleñeco tarado…



El señor Stapleton regresa mañana, así que ha llegado el momento de abortar. Después de un intento de operación de limpieza y reparación, selecciono un traje de su vasta colección, junto con un par de bonitas camisas, un puñado de calcetines de ejecutivo y unos zapatos elegantes, para mis eventos como autor invitado. También cojo prestados un sombrero Panamá, al más puro estilo Graham Greene, y cuatro libros galardonados con el Booker que todavía están sin firmar;

dos de J. M. Coetzee y otros dos de Peter Carey.

Como le he cogido cierto cariño a mi morada temporal, hago un ademán de despedida con el sombrero Panamá desde la verja principal antes de apuntar a la casa del señor Stapleton con los dedos de ambas manos y acribillarla a balazos.

F . P.: ¡¡Piñum, piñum, piñum!!

Voy perfectamente equipado, los bolsillos repletos de billetes desdeñados, mientras me encamino hacia la estación de metro de Camden, con destino a Bermondsey.

Cualquiera diría que los diseñadores de la estación de Bermondsey tomaron como modelo una estación espacial en órbita. Parece una suerte de ciudad del futuro porque hasta tiene paredes metálicas y vastas cavernas semejantes al interior de una nave espacial. Cuando salgo del vagón, es como si acabara de poner un pie en la Estrella de la Muerte, así que casi me espero que Lord Vader esté esperándome al final de las interminables e imponentes escaleras mecánicas.

Este sitio ha debido de cambiar horrores desde que Graham Swift lo describiera por primera vez. Su libro *Últimos tragos* ganó el Booker allá por 1996 y narra la historia de cuatro hombres que viajan de Bermondsey a Margate con las cenizas de su difunto amigo. La novela arranca en el Coach & Horses de Bermondsey, un pub que siempre he querido visitar. Y allí es adonde me dirijo, para ver a los muchachos.

Desde el metro de Bermondsey tiro por St. James Road y atravieso un largo túnel que pasa por debajo de unas vías de tren. No puedo evitar comparar el túnel con mi vida. Se me antoja demasiado largo y estrecho, pero puedo ver la luz al fondo, en el otro extremo. El pasadizo tiene el suelo cubierto de hojas, y eso que dentro del túnel no crecen árboles. ¿Qué coño significa eso? Las hojas están dispuestas en aseadas filas, muy ordenadas y precisas, y yo me pongo a correr por encima de ellas, dándoles patadas a diestro y siniestro con mis gastadas y deslustradas botas. Luego me da por preguntarme si no habrá sido una tontería hacer eso y si no habré mandado al garete mi vida entera.

En *Últimos tragos*, las botellas que hay detrás de la barra hacen que Ray, el narrador principal, se acuerde de los tubos del órgano de una iglesia porque acaba de asistir al funeral de su colega Jack. Para mí que han cambiado el expositor de botellas desde 1996. Las botellas siguen detrás de la barra, pero están dispuestas en una única fila continua, que no se parece en nada a un órgano. Tampoco se cuela un

haz de luz por la ventana moteada, porque no hay ni ventana ni motas.

F . P.: ¿Es usted Bernie?

Camarero: No.

F . P.: ¿Libra hoy o qué?

Camarero: Aquí no trabaja ningún Bernie.

F . P.: Pensaba que este era su pub…

Camarero: Qué va. Los dueños son Moss y Julie. ¿Lo ve?

En la pared de detrás de la barra hay un cartel que dice así: MOSS Y JULIE TE DAN LA BIENVENIDA AL QUEEN VIC..

F . P.: ¿Cómo que el Queen Vic? Este no es el Queen Vic. Es el Coach & Horses.

Camarero: No, qué va. Este es el Queen Victoria. Por aquí no hay ningún pub llamado Coach & Horses.

F . P.: Hum. ¿Está Ray por aquí hoy?

Camarero: ¿Ray? ¿Qué Ray?

F . P.: Pues no me sé su apellido. Es un tipo bajito. Viejo, ya debe de ser un auténtico carcamal. Salía en la novela *Últimos tragos*, de Graham Swift, y suele venir aquí de copas.

Camarero: *¿Últimos tragos?* ¿Se refiere a la peli esa de Michael Caine? Eso era todo inventado.

F . P.: Era el Coach & Horses, de Bermondsey.

Camarero: Ese pub no existe. Era todo inventado.

F . P.: Pero… este es el Coach & Horses.

Camarero: A ver, ¿no oye lo que le digo? No hay ningún pub Coach & Horses. No es real. Este es el *Queen Vic*. Mire, ¿por qué no sale y echa un vistazo al cartel? Y quédese ahí fuera si quiere…

F . P.: *[Susurra.]* Este es el Coach & Horses. Lo es.

Camarero: ¿Qué dice?

En *Últimos tragos*, los personajes se sientan a la barra y charlan con el camarero. Yo, en cambio, opto por sentarme en la zona elevada junto a la puerta. Con un poco de suerte podré ver desde aquí a todos los muchachos cuando lleguen. Mi sombrero Panamá reposa sobre otra silla, y en la mesa que tengo delante hay un vaso pequeño de leche, lleno hasta arriba. Me ha costado una libra, la leche esta. Una libra.

F . P.: Venga, panameño, dale un trago.

Hay un reloj detrás de la barra, pero no es un reloj Slattery fabricado en Southwark. Ese probablemente lo guarden en la trastienda, ahora que se ha hecho tan famoso. O a lo mejor está en el relojero y le están limpiando las manillas.

Hay una diana en una de las paredes donde termina la barra en forma de U y, encima, un estante con un par de docenas de copas y trofeos. Estos están adornados con unas diminutas figuras doradas de jugadores que sostienen en la mano unos dardos cual minúsculas lanzas. Sería todo un detalle que el Booker de Graham Swift se hallara alojado entre los trofeos de dardos, pero lo busco y no acierto a encontrarlo. La verdad es que en mi vida he visto un trofeo del Booker, así que no sé en qué fijarme. Así es difícil dar en la diana.

Graham Swift me firmó mi ejemplar después de una charla que dio en el Savile Club de Mayfair. El evento se organizó para gozo y disfrute de los miembros del club, pero también estaba abierto al público en general, y como miembro del público que yo era, decidí unirme al club. La charla se celebró en una sala preciosa, decorada con esmero. En las paredes se alineaban óleos de dorados marcos, los techos rutilaban con áureas molduras y los fabulosos pilares estaban coronados por complejos capiteles bañados en oro. Graham Swift había memorizado párrafos y párrafos de su novela y, a pesar de tenerlos impresos en hojas A4, leía en voz alta sin consultar sus notas apenas. Fue como si se hubiese preparado un monólogo a la perfección. Yo me quedé de pie en la parte de atrás, porque llegué tarde y ya no quedaban sillas libres.

El Savile Club tiene su propio bar, y mi tardanza se agravó porque me paré a pedir una pinta de cerveza y un whisky triple. Lo que más me retrasó fue la cerveza, porque el camarero rellenó mi vaso con lo que iba rebosando de otras pintas. Y lo hizo delante de mis narices, sin excusa ni contrición ningunas. Quizá supiese que no era miembro de cuota del club. Tal vez reparó en mi vestimenta y decidió que mi estatus y mis credenciales no estaban totalmente a la altura de sus exquisitas expectativas. Sea como fuere, no estaba mala, así que una vez plantado al fondo de la esplendorosa sala, me bebí mi cerveza de sobras sin quejarme.

Un viejo entra en el Coach & Horses, aunque no es lo bastante viejo para ser uno de los muchachos del libro. Podría ser Vic, el hijo de Jack. Lo saludo con sendos ademanes de mano y cabeza, pero él pasa de largo y se dirige al fondo del local. Puede que luego le diga un par de cosas, en el aseo de caballeros.

Me pongo a sorber y a dar ruidosos lengüetazos a cada milímetro de mi vaso. Es posible que uno de los muchachos bebiese de esta

mismísima pinta, justo aquí, en el pub Coach & Horses. La verdad es que es mucho suponer, dada la frecuencia con la que se rompen los vasos en los pubs, sobre todo en la turbulenta Bermondsey.

F . P.: ¿Cree que es posible que los mostachos de Vince hayan rozado el borde del mismo vaso del que también yo ahora me amamanto?

Camarero: ¿Qué? Madre mía, ¿pero de qué está hablando?

F . P.: Suponiendo que tenga bigote, claro está. Es que yo siempre me lo he imaginado con bigote, ¿sabe usted? En mi cabeza.

Camarero: En su cabeza le faltan a usted un par de tornillos.

F . P.: Póngame otra, por favor. En un vaso *viejo*.

Cuando vuelvo a mi mesa, hago tintinear el cambio, unas monedas que quizá hayan manoseado los muchachos. También estoy atento por si apareciera Graham Swift, porque a los escritores les gusta tomarse un trago. Los/nos ayuda a escribir mejor. A los artistas también les gusta beber, aunque ellos prefieren las drogas.

Escritores = bebida.
Artistas = drogas.

William Burroughs le daba a ambas. Cosa que hay que alegar en su descargo, reconozcámoslo. Así yo también me habría vuelto majareta.

Aquí uno podría sacarse una pasta lijando el suelo de madera astillado de la zona de la barra, reuniendo las virutas en un tablero protegido con un cristal y vendiéndolas por internet a los fans de *Últimos tragos*. Un cepillo de banco Stanley 130 Duplex bastaría. Quizá haya alguna tienda de empeños Cheques Cashed por aquí cerca que tenga un cepillo de banco sin reclamar.

El producto a la venta es el siguiente:

VIRUTAS DE MADERA. SOBRE ESTAS VIRUTAS DE MADERA HAN CAMINADO RAY, VIC, LENNY & VINCE, LANZADOS A LA FAMA POR LA NOVELA GANADORA DEL PREMIO BOOKER *ÚLTIMOS TRAGOS*. PRECIO DE SALIDA: 125 LIBRAS.

¿Vic comía chicle? ¿Y Vince? Empiezo a buscar pegotes de chicle masticado debajo de una repisa de madera. Esta faena se hace mejor de pie, como quien busca la pestaña para abrir el capó de una furgoneta. Mis dedos topan con dos pegotes, los dos viejos, duros y

difíciles de despegar. Pero tengo mis llaves, así que me pongo a rascar.

Camarero: ¿Ha perdido algo?

F . P.: No. De hecho, lo he encontrado.

Camarero: ¿Ah, sí? ¿Y qué es?

F . P.: Chicle.

Camarero: ¿Chicle? ¿Chicle usado, dice?

F . P.: Sí.

Camarero: ¿Y para qué narices lo quiere?

F . P.: Para mascarlo.

Camarero: ¡Diooos, qué asco! *[Hace un ademán a la camarera.]* Este tío está buscando chicle usado. ¡Para mascarlo!

Camarera: ¡Ajjjj! ¿Qué pasa, está…? *[Gira el dedo contra la sien.]*

Camarero: Y tanto.

F . P.: Qué me dice de Graham Swift, ¿viene mucho por aquí a echar un trago?

Camarero: ¿Y quién cojones es Graham Swift? *[A la camarera.]* Se cree que este es el pub de la película esa, *Últimos tragos*. Está obsesionado. Desde luego, estos sí que van a ser sus últimos tragos.

Camarera: *[Niega con la cabeza.]* Como una cabra.

Camarero: Un pirado, eso es lo que es. Un pirado como una catedral.

El secador de manos del aseo de caballeros es un Secamanos Eléctrico de Aire Dolphin. Confieso que por muchas vueltas que le doy no acabo de pillar la relación con el delfín. ¿Será por lo del orificio nasal, quizá? ¿O porque los delfines salen del océano mojado al aire seco? ¿De mojado a seco? Pero ¿qué pasa cuando llueve a cántaros sobre el mar? Chapó a la Compañía Dolphin de Secamanos Eléctricos de Aire, porque de verdad consiguen que te quedes pensando.

En la calle hace un tiempo de perros. Me froto las manos pensando en el siguiente pub, pero con cierta dificultad porque todavía estoy dentro de este y tengo una bebida en la mano.

Una mujer con un paraguas camina con un perro por el paseo junto al río. El perro me huele los pantalones, seguramente porque piensa que huelo como él.

F . P.: No conocerá un buen pub junto al río por casualidad, ¿verdad?

Perro:

Señora: The Angel está bien. *[Señala hacia el este.]*

F . P.: ¿The Angel? Vale, genial. *[Hace una pausa.]* Yo que usted no pisaría el Coach & Horses.

Señora: ¿El Coach & Horses?

F . P.: Sip. Ha cambiado mucho.

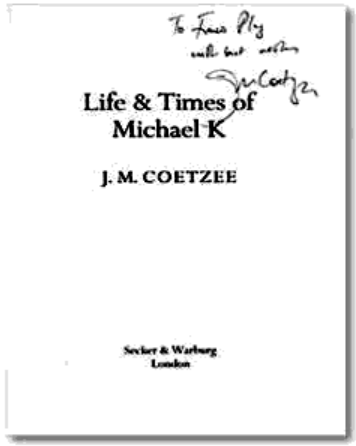
Señora: ¿El Coach & Horses?

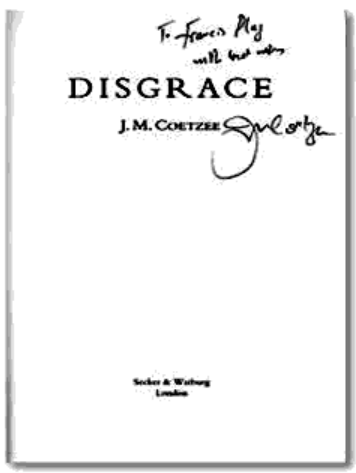
Al otro lado del Támesis, al oeste, se elevan los imponentes edificios de la City, la mayoría de ellos sedes de compañías financieras. Nada de lavanderías ni tiendas de licores en los rascacielos. Ni floristas ni kebabs. Para tener presencia o peso en esta ciudad hay que ser banquero o reina.

En algún lugar entre esas torres consagradas al dinero está el Guildhall, que es donde se anuncia al ganador del Booker. Qué sitio tan extraño para conceder un premio literario. Ahí, entre todos los bancos. La lista de nominados al premio de este año se hizo pública hace poco y, aunque no figuraba mi nombre, creo que debería asistir. Después de todo, no hay evento más relevante para el autor público, con toda la cobertura televisiva y demás. Es ahí donde los focos recaen en uno por primera vez, donde los autores se convierten en celebridades, donde se hacen un «nombre». Yo animaría a todos los escritores noveles a que asistieran a la ceremonia de entrega del Booker porque, como ya vengo diciendo a lo largo del libro y espero que hayan tomado nota, conviene estar preparado. El fallo es que las entradas para la ceremonia del Booker tienen fama de ser las más caras, exclusivas y codiciadas. Pero, bueno, con tener un elegante traje de ejecutivo como el mío, o un bonito vestido, yo creo que debería bastar.

Camarera del Angel: ¿Qué, llueve?

Me despierto trajeado y sombrereado en el parque Southwark de Bermondsey. En algún momento de la noche he debido de caminar hasta aquí, trepar la verja y buscar cobijo bajo una arboleda de píceas de Noruega. Cosa que sin duda ha sido muy inteligente de mi parte, puesto que las píceas de Noruega son idóneas para los días lluviosos, debido a sus tupidas agujas impermeables.





Por irónico que parezca, J. M. Coetzee, que ha ganado el Booker dos veces y ha sido finalista en varias ocasiones, nunca ha asistido a la ceremonia. Por lo que he leído por ahí, no es muy dado a hablar por hablar. Reservado y muy celoso de su intimidad, cuentan de él que ha llegado a pasarse cenas enteras sin cruzar una sola palabra con ninguno de los invitados. Pero, claro, a lo mejor es que eran una panda de zoquetes. No es de buena educación hablar con la boca

llena, y además yo también me cuidaría muy mucho de soltar la lengua demasiado en ambientes repletos de gente influyente y con vino corriendo a raudales.

Está claro que le tiene tirria a participar en cualquier clase de evento londinense, pero ahora va a volver a Norwich por segunda vez, así que podría ser una buena excusa para irme de vacaciones. Los trenes con destino a Norwich salen de la estación de Liverpool Street, que está en el corazón del distrito financiero, pero espero pasar desapercibido con mi nuevo sombrero Panamá.

> TRAJE DE ETIQUETA OBLIGATORIO
> ABSTENERSE DE ENTRAR CON ROPA DESALIÑADA,
> VAQUEROS ROTOS O BOTAS SUCIAS

Lo normal es que no me dejaran entrar en el pub Hamilton Hall, pero mi traje me abre sus puertas, y eso que me está enorme y me queda fatal. El pub se encuentra en la misma estación de Liverpool Street y hoy está hasta los topes de banqueros. El señor Stapleton ya habrá vuelto al trabajo, pero no veo que ande por aquí, a Dios gracias. Quizá esté esperando fuera de mi apartamento con una escopeta recortada, ja, ja, ja. Ja.

El interior del pub resulta impresionante y grandioso a primera vista. Pero una inspección más minuciosa revela que el dorado de las molduras es falso y que los cuadros de estilo renacentista están oscurecidos y sucios. La gigantesca lámpara de araña en realidad está guarnecida de bombillas eléctricas tipo vela, dos terceras partes de las cuales están fundidas y cenicientas. Secciones triangulares de techo se están descascarillando como porciones de pizza a los cuatro yesos, y hay un radiador dorado moteado de verde porque, en realidad, es un radiador verde.

Con todo, no parece que nada de esto eche para atrás a la acaudalada clientela de la City. Tal vez podrían cebar las máquinas tragaperras con sus bonus de catorce billones de libras para que el jugador medio, siempre que sus zapatos no estén demasiado embarrados, pudiera tentar a la suerte y cuadrar cuentas.

Aunque ando bien de efectivo, me abstengo de comprar el billete de tren y, en su lugar, me planto confianzudo en el andén y entablo conversación con el jefe de estación, señalando con el dedo su silbato.

> **F . P.**: Yo antes llevaba la llave de casa colgada del cuello de la misma manera. Pero una noche que estaba un poco borracho, metí la llave en la cerradura, me tropecé y casi muero ahorcado.

Jefe de estación: Tenga cuidado de no introducir el pie entre coche y andén, borracho gilipollas.

Las praderas de margaritas blancas parecen espuma de mar que sale a nuestro paso. Comparto la mesa del vagón con otras tres personas y quisiera preguntarles si saben dónde queda la Universidad de East Anglia y, más concretamente, el auditorio n.º 1. Pero se apean en Ipswich, en una estación pintada de un mortecino azul pálido. El elevado tráfico ferroviario ralentiza la marcha, debido a la sobrecarga del tendido, así que decido matar el tiempo buscando el vagón restaurante.

Camarero joven: Si compra dos latas de cerveza se ahorra cincuenta peniques.

F . P.: ¿Y qué pasa si me compro diez?

Camarero joven: Bueno, entonces se ahorra… dos libras y cincuenta peniques.

F . P.: ¿Y si devuelvo las latas vacías? ¿Hay algún incentivo pecuniario?

Camarero joven: Me temo que no.

F . P.: ¿Por qué no alimentan los trenes con latas vacías, en lugar de usar tanto carbón?

Camarero joven: ¿?

F . P.: Póngame diez, por favor.

Con tanto retraso llego muy justo de tiempo para ver a JMC. La estación queda a cierta distancia del centro de Norwich, y la universidad está en la otra punta del casco urbano, para más inri. No voy a despilfarrar pidiendo un taxi, así que espero al autobús. Este evento con J. M. Coetzee se está convirtiendo en la carrera de *Los locos del Cannonball.*

Realizamos el trayecto en silencio, los pasajeros y yo, aunque llegado un momento no puedo evitar soltar una carcajada cuando giramos a la derecha en una rotonda para coger Unthank Road.

F . P.: ¿Unthank Road? ¿La calle de las Desgracias?

Ya en University Drive, veo conejitos saltando por todas partes. Dan brincos entre los edificios del campus y a lo largo y ancho de todas las instalaciones de la universidad. Están por todas partes. Los conejitos. Meneando sus bigotes.

Echo a correr entre los conejos, dispersándolos, para llegar a tiempo de ver a J. M. Coetzee. Ya pasan las siete de la tarde, y tengo la cabeza como un bombo, o como la bocina de un paso a nivel.

Pero no tengo de qué preocuparme, por supuesto. Al igual que en muchos otros eventos con autores, no hay muchas ganas de ser puntuales. Lo de la puntuación se lo dejan a los editores, al parecer.

La sala del evento es amplia y de color elefante. Al fondo hay una salida de emergencia con las puertas abiertas, a través de las cuales se divisa un balcón y, más allá, un poco de verde. El escenario de linóleo azul es exactamente del mismo color y material que la mesa de mi vagón. Sobre él no hay sillas, solo un atril anchísimo de madera con el frente superior de acero y, encima, una solitaria botella de plástico.

J. M. Coetzee, de nacionalidad sudafricana, es ahora catedrático de Escritura Creativa en la Universidad de Adelaide, en Australia. El hombre de pelo canoso que lo presenta pronuncia su nombre Ket-sei-a. Yo siempre había creído que era Cout-sii. Además de los dos Booker, J. M. Coetzee ha ganado también el Premio Nobel. Pero ¿dónde está? En el escenario no, desde luego. Tal vez esté agachado detrás del inmenso atril, preparándose para aparecer de repente y sorprendernos. Pero no, lo que hace es levantarse de un asiento de la primera fila, y yo me pongo a aplaudir, no a modo de recibimiento, sino por la increíble sensatez de esta acción. Al sentarse de espaldas al público, se ha ahorrado el bochorno de que lo exhiban de manera ostentosa en medio del escenario. Una auténtica genialidad. Asiento vigorosamente con la cabeza, buscando la aquiescencia de quienes están sentados a mi alrededor.

J. M. (John) Coetzee tiene voz suave, pero su dicción es exquisita. A pesar de conservar sus raíces sudafricanas, se le nota cierto dejo al acento propio de la BBC. Su pelo ya ha encanecido, y su complexión ágil sumada a esa barba tan cuidada me recuerdan a un mago de la tele, o a un hipnotizador de un crucero transoceánico. Ataviado con un traje gris marengo, camisa de cuello blanco desabrochada por arriba (sin corbata) y gafas de cerca, comienza a ofrecer, en sus propias palabras, una «extensísima introducción sobre la censura».

La chaqueta de mi traje me raspa un montón, y mientras J. M. Coetzee sigue hablando, siento que la cosa va a más. Y no solo es que me raspe, es que además da brincos. Meto la mano entre los botones y agarro lo que al tacto parecen ser las largas y suaves hojas de una salvia blanca. Tiro de ellas y lo que saco, en cambio, es un conejito de lo más juguetón. Este empieza a revolverse y a soltar patadas, así que me vuelvo a embutir al bichito ahí dentro en un visto y no visto.

Una vez concluida su charla introductoria, J. M. Coetzee pasa a centrarse en sus novelas. Sin embargo, no va a leer extractos de sus libros premiados con el Booker. No ha venido a «tocar sus grandes éxitos». En su lugar, se decanta por un pasaje de *En medio de ninguna parte*.

Mientras lee, no sé si mirarlo o si desviar la mirada. Es un dilema que me asalta con frecuencia en las lecturas de autores. Adónde mirar. Hay personas que se miran los zapatos. Otros miran a lo lejos, hacia algún punto indefinido, bizqueando un poco. Y luego está la gente más «zen», que llega incluso a cerrar los ojos del todo. En cuanto a mí, suelo quedarme mirando fijamente al escritor, para sacarle el máximo provecho al dinero que he pagado.

Un ruidoso patinete pasa por detrás del auditorio, impulsado por un diminuto motorcito. Como las puertas de la salida de emergencia están abiertas, el estrépito viaja al interior y nos da un susto. Con la excusa de espantar el estruendo del patinete, me escabullo al exterior para despachar al conejo.

Lo cojo de las peludas orejas, ejecuto tres giros completos y lo lanzo despedido hacia el cielo y, de ahí, a la pradera de hierba. Justo me estoy terminando un pitillo cuando el patinete hace una pasada de vuelta.

> **F . P.**: ¡Eh, tú! ¡Baja el volumen, cretino! ¡J. M. Ket-Sei-A está leyendo! ¡A ver, que está intentando leer!

Concluida la lectura, J. M. Coetzee vuelve a su asiento en la primera fila más como un caballero italiano muy distinguido que como un sudafricano afincado en Australia que de hecho se halla en Inglaterra. Estoy muy impresionado. Aquí no hay debate ni entrevistador ni preguntas que valgan. Desde el punto de vista de un autor, esto es pura poesía en movimiento. Y tiene todo el sentido del mundo. Si al público le queda alguna duda, el autor puede responder por escrito. Interacción pública, sin interactuar con el público. Un genio.

Al rato, J. M. Coetzee se traslada a la librería Waterstones del campus para interactuar con el público. Salgo pitando para allá. Correr por la universidad es con toda probabilidad una de las cosas menos glamurosas que puede uno hacer, pero ya hace tiempo que descubrí que basta con consumir la cantidad apropiada de alcohol para pasar ampliamente de dar el pego en lo que a estilo y porte se refiere. La cola recorre sinuosa los pasillos de ficción, abarrotando la tienda como un *flashmob* muy pasivo. Sin embargo, parece que a J. M. Coetzee no le agrada su formidable popularidad. Es más, se diría que está hasta cabreado, casi como si lo hubiesen obligado a escribir otro capítulo para un libro que él ya creía terminado, corregido e impreso.

Sus gafas, anidadas en el bolsillo de su camisa, podrían considerarse un epítome de él mismo: una cría de canguro sudafricana que se asoma ahora desde el marsupio de un canguro australiano.

Cuando ve mi nota, PARA FRANCIS PLUG, se detiene y me mira a la cara con extrema fijeza, antes de inclinar la cabeza muy despacio para escribir. Vista de cerca, su barbita de chivo se asemeja más a los bigotes de un animal que a una barba. Cuando termina y me devuelve los libros, estira la mano para alcanzar una botella de agua, con gesto enfurruñado.

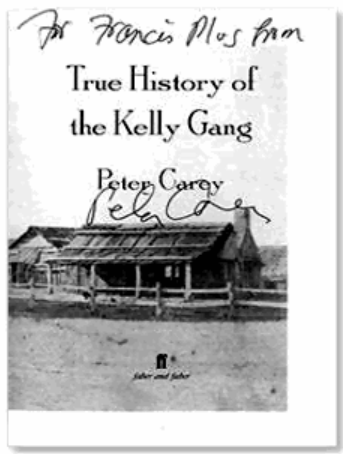
F . P.: Desgracias.

Para tratarse de un pub estudiantil, el Union es un establecimiento muy manso. El ruido es, como mucho, suave, y ninguna de las ventanas está rota. Los escalones que dan al patio están sembrados de vasos vacíos de una pinta que aguardan a que alguien los recoja, en lugar de que algún oportunista borracho los robe. Ni siquiera hay charcos de vómito caldoso cuajado. Antes de llegar aquí, creí que me encontraría el campus en llamas, porque la Universidad de East Anglia es famosa por su Departamento de Escritura Creativa y, claro, sería de esperar que todos esos jóvenes escritores estuvieran echando chispas de indignación por cómo está el mundo y por las injusticias perpetradas por los putos banqueros. Pero, qué va, este sitio está lleno de sedosos conejitos.

En una de las fachadas del patio del pub está la librería Waterstones, con la dorada «W» colgando apetitosamente de un cartel. Cualquiera pensaría que está pidiendo a gritos que lo roben, puesto que sería un bonito regalo para una mujer llamada Wanda o Wilma o Wendy o Winifred. Hay varias jóvenes sentadas afuera, pero no pienso abordarlas o entablar conversación con ellas. He leído *Desgracia* y no soy idiota.

J. M. Coetzee sigue atrapado en la librería firmando autógrafos. Debe de haberse quitado la chaqueta del traje, porque alcanzo a ver la espalda de su camisa blanca a través del escaparate. La sinuosa cola en el interior no ha disminuido, y aunque no puedo verle la cara, me imagino a J. M. Coetzee poniéndose rojo de ira mientras aprieta más y más su bolígrafo contra las páginas de sus libros, rasgándolas.

J. M. Coetzee y su compatriota sudafricana Nadine Gordimer no siempre estaban muy de acuerdo, pero tras el fallecimiento de ella a los noventa años, él también le rindió tributo, sobresaltando su «ejemplar valentía y enérgica creatividad». A mí me entristeció no haber llegado a conocerla, debido a que las entradas para su charla estaban agotadas y al hecho de que un par de corpulentos seguratas me echaron a patadas del Hay Festival, haciendo oídos sordos de mis ruegos y protestas, como si tuvieran orejas de trapo.



De un tiempo a esta parte he estado acampando en varios pubs: me escondo detrás de las cortinas a la hora del cierre y luego plancho la oreja en sus sofás. A decir verdad, ha habido varias ocasiones en las que me he librado por los pelos de que me pillaran. Porque me he dedicado a servirme tragos a placer y a hacer saltar las alarmas y a pegarles sustos de muerte a los de la limpieza. Y claro, en calidad de ganador del Booker en potencia, me preocupan todas esas cámaras de

vigilancia y el programa ese, *Crimewatch*.

No tengo hogar ni empleo, pero tampoco es que no tenga nada que hacer. Peter Carey está ahora mismo en Londres, lo que significa que puedo conseguir que me firme mis últimos dos libros. Y la ceremonia del Booker está al caer, así que lo cierto es que tengo la agenda a tope. Acaban de diezmar públicamente la lista de nominados, reduciéndola a otra mucho más corta de eminentes finalistas. Para echar más leña al fuego, se han organizado una serie de eventos en los que participan todos los finalistas. Los actos multiautor tampoco es que sean nada fuera de lo común, pero me figuro que estos del Booker serán un pelín más competitivos. Una suerte de auto sacramental con gran aparato escenográfico donde se obligue a los autores a medir sus fuerzas unos contra otros. Dada mi presente escasez de medios, he optado por renunciar a asistir a estos eventos en persona, pero mi consejo, estimados autores en ciernes, es que, si alguna vez son partícipes de semejante aberración, tengan en cuenta las siguientes sugerencias:

- No Se Duerman. Es muy probable que tengan que leer extractos de sus respectivos libros, y todos sabemos lo agotador que puede resultar esto. Cuando no sea su turno, mantengan la mente activa agrupando al público por sus peinados; por ejemplo, permanentes crespadas por aquí, matizados lilas por allá…
- Beban Con Antelación. Si sus colegas dan sorbitos a una copa de agua y usted bebe vino a morro, no dude de que la gente acabará emitiendo juicios sobre su carácter. Pero, como estos actos suelen ser interminables y tediosos (véase lo de las lecturas más arriba), quizá sea aconsejable que salgan ustedes al escenario con su propio vaso de agua, relleno de alguna bebida destilada transparente, léase vodka, ginebra o absenta (para agua verdosa).
- Asientan Mucho. Es muy posible que le hagan preguntas sobre su libro que no tenga ni idea de cómo responder. Matices ocultos, sentidos metafóricos, trama, desarrollo de los personajes y otras ambigüedades por el estilo. En lugar de negar con la cabeza y levantar los brazos con incredulidad, usted limítese a asentir con gravedad. Mientras haga ver que entiende la pregunta, la respuesta puede ser cualquier cuento chino que se le ocurra en el momento.

Al igual que J. M. Coetzee, Peter Carey ha ganado el Booker dos veces. También ha figurado en la lista de finalistas alguna que otra vez, pero a diferencia de J. M. Coetzee sí que se presenta a los actos. Este año, sin embargo, le han dado un poco de cancha. En lugar de

subir a escena al mogollón, junto con un grupo de colegas escritores, aparecerá él solito ante el auditorio de un teatro a rebosar.

He decidido ir andando hasta el South Bank desde Tufnell Park. Charles Dickens caminaba veinte millas todos los días, en plena noche. Si hoy siguiera vivo, quizá se hubiese topado conmigo de madrugada, viéndose obligado a esquivar los remolinos de mis brazos con un amplio regate.

Hay un furgón blindado aparcado en Kentish Town Road. Aparece un guarda portando un pequeño maletín gris asegurado a su muñeca con unas esposas. Lleva ropa acolchada, posiblemente a prueba de balas, y su cabeza está embutida en el interior de un casco blindado. Esto hace que me acuerde de la armadura antibalas de Ned Kelly y me imagino a mí mismo ataviado de la misma manera, manteniendo al mundo a raya. Antes de entrar en la estación de Kentish Town veo justo lo que necesito. Un yelmo macizo largo hasta la cintura con la palabra «Camden» inscrita en el lateral.

Después de mucho tira y afloja con la cubierta de color negro, consigo separarla de la papelera de debajo. El artilugio cae con todo su peso y un golpe sordo sobre mi cabeza, mientras que su apertura rectangular se alinea con mis ojos. Apesta un poco y, como tengo los brazos inmovilizados contra los costados, no me queda otra que soportar todo el peso con la coronilla. Pero ahora mi identidad está a salvo y soy indestructible. A no ser que me disparen a las piernas, claro.

En nada estoy sudando como un pollo y resoplando como una mula por el esfuerzo de acarrear tan aparatoso escudo. El roce del yelmo me ha dejado la coronilla en carne viva, así que busco refugio en el interior de la llamativa fachada esquinada del Quinn's.

El pub mantiene vivo el espíritu pionero irlandés, pero para degustar su mercancía he de hincarme de rodillas, antes de caer pesadamente, y de bruces, sobre la moqueta. Me retuerzo hasta salir pies por delante de mi armadura y respiro el aire fresco del pub.

Camarero: ¿Qué? De despedida de soltero, ¿eh?

F . P.: No. Es que voy a ver a Peter Carey.

Camarero: ¿A Peter Carey? ¿Y ese quién es, el nuevo Doctor Who o algo?

F . P.: No, es un sabio escritor de Bacchus Marsh. Lleva gafas… ¿Le suena?

Camarero: *[Niega con la cabeza.]* Pues no, la verdad.

F . P.: Póngame un brandy, por favor. Un grog de esos de brandy ilegal…

Los parroquianos se ven obligados a sortear el cilíndrico cascarón negro que sigue tumbado sobre la moqueta estampada. El camarero, que está secando vasos, hace un discreto ademán con la barbilla hacia mi silueta acurrucada en la mesa de al lado, con los vapores del brandy purificando el aire apestoso que envuelve mi cabeza.

El resto de la caminata transcurre sin otro sobresalto que los escandalosos golpes que me voy dando con personas que solo pueden atacarme con palabras hirientes.

En el Southbank Centre me hago trizas la rodilla contra la taquilla.

Recepcionista: ¿Se ha hecho daño?
F . P.: Es que no veo por dónde voy.
Recepcionista: ¿Quiere que…?
F . P.: ¡No me mire a los ojos!

Las entradas para el evento de Peter Carey, como sucedió con Nadine Gordimer, y aun antes con John Berger, están agotadas. Lo único que puedo hacer es volver para la firma.

Entretanto, la armadura está empezando a molestarme y es un foco de atención no deseada, de modo que la abandono por la zona de los artistas callejeros, cerca del río, después de ejecutar un pequeño bailecito sin recibir un mísero penique a cambio.

Para matar el tiempo mientras Peter Carey está en escena, pongo rumbo a Downing Street con la esperanza de poder soltarle cuatro verdades al ministro de Cultura sobre las penurias del escritor moderno. Embisto un tanto abruptamente contra las vallas de protección del exterior, girando los puños delante de mí, como si estuviera al volante de una furgoneta llena de explosivos.

Downing Street es la tercera calle más famosa de Inglaterra después de Coronation Street y Electric Avenue. Tres policías montan guardia delante de sendas verjas, una de las cuales es de proporciones monstruosas, como las que se ven a la entrada de una ciudad o de un parque temático. Una entrada lateral independiente brinda acceso a los cámaras de televisión y demás gente «del mundillo», una vez comprobados y verificados sus pases. Para los donnadies que no pasamos de las verjas, todo resulta muy misterioso y secreto. Nos dejan a oscuras mientras los ricos y los poderosos hacen tratos a escondidas, en salas privadas. Fingen ser nuestros amigos en temporada electoral, pero cuando nos pasamos para charlar un rato nos cierran las puertas con un sonoro *clonc*, y los policías se calan los cascos hasta casi por debajo de los ojos.

Cuando una furgoneta de reparto se detiene a la entrada, las verjas

se abren y la defensa de acero que hay en medio de Downing Street se hunde en el suelo. Unos agentes uniformados con trajes especiales iluminan los bajos del automóvil con linternas y se afanan en torno a las ruedas armados con palos muy largos provistos de un espejo en el extremo. Levantan el capó y abren e inspeccionan el maletero. En el interior de la furgoneta está la cometa nueva del primer ministro.

Primer ministro: ¡Yuju! ¡Mi cometa nueva!

Después de analizar con detenimiento estos protocolos concibo un plan con el que abrir una brecha en el sistema de seguridad y volar por los aires el n.º 10. Un *monster truck* aguarda hasta que se abren las verjas y entra a toda velocidad, pasando por encima de la defensa de acero elevada. El policía de la metralleta apunta al parabrisas, pero está demasiado alto, y el *monster truck* sigue adelante, liberando los cohetes que lleva acoplados y reventando la fachada de la casa del primer ministro. El *monster truck* cargado de explosivos dispara sus cohetes y destroza el mobiliario ridículamente lujoso que hay en el interior del edificio, pero yo, el conductor, me eyecto antes de que se produzca el impacto, y mientras desciendo lentamente hacia el suelo, balanceo las piernas de aquí para allá con la esperanza de esquivar el arsenal de balas con el que, a la manera de una veloz lluvia ascendente, pretenden acribillarme.

Otra idea que se me viene a la cabeza incorpora al plan una Paloma Bomba Robotizada Voladora. ¡Toma ya! Dos planes subversivos en solo diez minutos. ¿Qué les parece?

F . P.: *[Se golpea la palma de la mano con el puño.]* ¡Toma, toma y toma!

Agente de policía: ¿Todo en orden por aquí?

F . P.: Sí, gracias.

El Red Lion es el pub más próximo al n.º 10 de Downing Street y, por lo tanto, el que frecuenta el primer ministro. Pero me apuesto lo que quieran a que nunca ha echado la pota en la puerta. Es el primer ministro. Debe de ser el peor trabajo del mundo porque, a pesar de ser tan famoso, nadie con dos dedos de frente querría colgar un póster tuyo en la pared de su dormitorio. Excepto tus padres, quizá, y la gente más tristísima de nuestra comunidad.

A los políticos los entrenan profesionalmente en el arte de sonreír, cosa que podría explicar su éxito como autores modernos. Pero hay ocasiones en las que una sonrisa no basta. Tony Blair también tuvo que tirar del poder defensivo de su brazo cuando en Dublín, durante la firma de su libro, se pusieron a lanzarle huevos y zapatos a su sonriente cara. Es probable que algunas de sus grandes decisiones

políticas las tomara justo aquí, en el Red Lion. Podría ser incluso que, tras tomar una decisión trascendental, se diera cuenta de que tenía la corbata sumergida en su pinta de cerveza, y que todos los demás se echaran a reír, y que él intentara fustigarlos con el extremo de la corbata, como si fuera un pescado mojado.

Sobre mi mesa del pub hay un periódico doblado, y el actual primer ministro ha conseguido salir en portada una vez más. Habrá hogares a lo largo y ancho de todo el país donde este periódico vaya a utilizarse para forrar los areneros de los gatos, cuyos pises pasarán a empaparle el rostro en el transcurso de los próximos días y semanas. ¿Podría ser esta la razón por la que están digitalizando de repente tan vastas cantidades de material impreso? ¿Acaso se trata de una conspiración gubernamental que responde a la presencia de pis de gato en la cara del primer ministro?

Estoy haciendo cola para la firma y ya estoy con los nervios de siempre. Ni hasta arriba de alcohol consigo evitar este cosquilleo que me entra en el estómago cuando pienso que voy a conocer a un autor famoso. Lo bueno que tiene ir de público es que al menos se pasa rápido y te puedes largar corriendo enseguida. Pero si eres el autor que está sentado al otro lado de la mesa, entonces, estás atrapado. Y cuanto más famoso, más larga es la cola. Escribir libros tontos que nadie va a leerse es casi preferible. Ahora bien, está claro que uno no puede hacerse con el Booker con un libro tonto, estimados autores. Así que no queda otro remedio que apechugar y aguantarse.

El tratante de libros está justo detrás de mí en la cola. Él procura ignorarme, pero yo me dedico a girar y balancearme de un lado para otro como el señor Tentempié, el amigo de Noddy. Su pila de primeras ediciones es más alta que la mía porque Peter Carey tiene un montón de «grandes éxitos». Así como J. M. Coetzee se ha mudado de Sudáfrica a Australia, Peter Carey se ha ido de Australia a Nueva York. Parece que es lo que toca si ganas dos veces el Booker. En el caso de Hilary Mantel, todo apunta a que se ha mudado a algún lugar en lo más recóndito de su imaginación.

Peter Carey también es un autor alto, siguiendo las enormes zancadas de Barry Unsworth, John Banville y Michael Ondaatje. Estoy convencido de que le encantaría estirar sus largas piernas, pero entonces estas obstaculizarían la zona de delante de la mesa, que es donde a la mayoría de los lectores les gusta plantarse, ahí, bien cerquita del autor. La cola avanza muy despacio debido a la cantidad de libros que ha escrito Peter Carey y que ahora debe firmar. Se está dejando la mano con tanto escribir su nombre cuando en realidad debería estar escribiendo otra novela ganadora.

F . P.: Hola, Peter Carey.

Peter Carey: Hola.

F . P.: Esto…, me gustó muchísimo la parte esa de *Oscar y Lucinda* en la que al pinzar los cachivaches esos de cristal, explotan en tropecientos trocitos.

Peter Carey: Ah, sí, las gotas del príncipe Rupert.

F . P.: Esas, sí. Esto…, ¿cree usted que el método es aplicable a objetos de cristal mucho más grandes?

Peter Carey: Pues no estoy seguro. ¿A qué clase de objetos se refiere?

F . P.: Bueno, pues a rascacielos, por ejemplo.

Peter Carey: ¿A rascacielos?

Al salir del Southbank Centre, levanto la vista hacia las siluetas de los edificios recortados contra el cielo londinense por si hubiera alguna iglesia de cristal. Pero me da que las más vidriosas estarán en Canary Wharf, el nuevo distrito financiero.

Cuando sale el tratante de libros, le hago un ademán para que se acerque.

Tratante de libros: ¿Sí?

F . P.: ¿Irá usted a la ceremonia del Booker?

Tratante de libros: No, ¿por qué?

F . P.: Lo digo porque yo sí que voy a ir y tenía la esperanza de coincidir con una cara conocida.

Tratante de libros: ¿Y cómo es que va a asistir *usted*?

F . P.: Pues es que opto al premio.

Tratante de libros: ¿Cómo? ¿Me está diciendo que está en la lista de finalistas?

F . P.: Sí. No en la de este año. En la del año que viene. Opto al del año que viene.

Tratante de libros: ¿?

F . P.: Mire, ¿sabe lo que le digo? ¿Por qué no se queda con estos libros de Peter Carey?

Tratante de libros: ¿En serio?

F . P.: Sí, se los regalo. Y tome estos de J. M. Ket-sei-a también. ¿Lo ve? También están firmados y dedicados. «Para Francis Plug.» A lo mejor llegan a valer un pastizal algún día.

Tratante de libros: Hum… ya…

La parada de Canary Wharf está en la línea DLR y qué mejor forma de dirigirse al nuevo distrito financiero que partiendo de la estación de Bank. El tren va dando sacudidas y bandazos sobre las vías como la

vagoneta de una montaña rusa, de modo que las notas que voy tomando a mano se asemejan al gráfico de un partido televisado de críquet con las estadísticas de carreras por juegos.

A diferencia de otras estaciones de metro, Canary Wharf tiene un Tiffany's. También está hasta los topes de policía con chalecos antibalas, pero no veo que haya pasado nada grave. Es más, a los jóvenes ejecutivos de banca, tan trajeados y bronceados todos, se les ve muy a gusto, venga ji, ji, ja, ja. ¿Por qué necesitan protección armada de la policía? ¿Será porque el resto del país quiere ver muerto hasta al último banquero después de haber perdido sus empleos debido a la recesión, y los servicios básicos como consecuencia del rescate? ¿O será porque los propios ejecutivos se creen tan importantes como sus amigotes de Downing Street?

En la calle hay más agentes armados, repartidos de manera llamativa por los espacios públicos. Tienen ojos de lince y dedos rápidos al gatillo. Los míos también lo son y ahora se tensan en torno al mango de mis pinzas de punta roma.

Una de las plazas centrales está atestada de gente que sale a raudales de bares y cafés modernos donde se reúnen para beber después del trabajo. Gracias a un importante despliegue de carteles electrónicos y pantallas gigantescas siguen las noticias financieras al minuto.

F . P.: Pereza.

Me pierdo entre los callejones, mirando hacia arriba en busca de los logotipos de los bancos y de las torres más y mejor acristaladas.

Se me acerca un segurata con su etiqueta de seguridad.

Segurata: ¿Puedo ayudarlo, caballero?

F . P.: Solo estaba mirando, gracias.

Segurata: Le recomiendo…

F . P.: Sí, me gusta ese de ahí. ¿A cuánto sale el edificio superalto de la luz parpadeante?

Segurata: Es mejor que no salga de la zona de Cabot Square; está por esa dirección. Comprenda que es primordial mantener la seguridad alrededor de los edificios de oficinas…

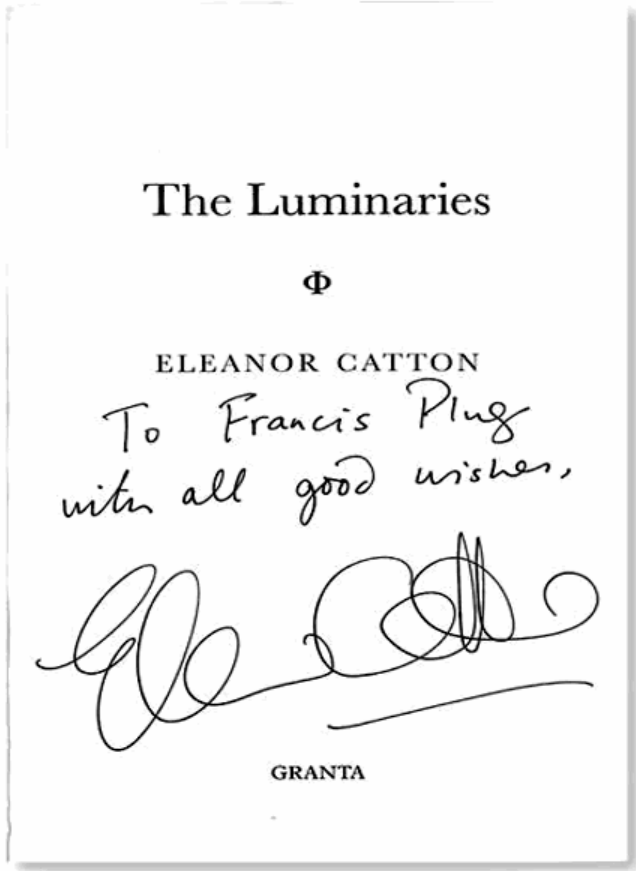
Entonces trata de hacerme recular hacia la plaza haciendo aspavientos con las manos como quien aviva el fuego bajo una hamburguesa en una barbacoa. Doy un rodeo por otra calle y me aproximo a los monolitos de cristal desde otro ángulo.

Una gigantesca torre de cristal perteneciente a un grupo financiero muy importante se eleva junto al Támesis, justo en la orilla opuesta al

Millennium Dome. El despliegue de banderas internacionales sobre la entrada, junto con el portero, le confieren el aspecto de un hotel internacional. Pero, claro, no es nada de eso. Me acuclillo junto a la esquina acristalada de la fachada, saco mis pinzas de punta roma y me pongo a pinzar el canto de cristal.

Huelga decir que, si explota en tropecientos trocitos, será como en la película esa de *La momia*, cuando las pirámides revientan y todo se pone perdido de arena. Claro que en este caso serán cristales. Mientras estoy ahí agachado en la base del edificio, sopeso la posibilidad de quedar sepultado bajo una montaña de finísimas esquirlas de cristal, y morir.

Doy con un pub fabuloso en la Isla de los Perros llamado The Ship, y después de unos cuantos tragos, le enseño a la camarera mis pinzas y le explico cómo he estado *así* de cerca de acabar enterrado vivo en cristal, hace solo un momento.



El Old Doctor Butler's Head es un pub tradicional de madera oscura situado en una angosta calle peatonal del corazón de la City. Fundado en 1610 y reconstruido después del Gran Incendio de 1666, hoy por hoy sigue en proceso de modernización, con apliques de luz eléctrica y un televisor de pantalla gigante estratégicamente ubicado en el centro del establecimiento. Son las seis y once minutos de la tarde. Y llevo aquí desde las dos y media escribiendo mi discurso de agradecimiento.

El pub está muy cerca del Guildhall, donde se celebra la gran ceremonia de esta noche. Abrigaba la esperanza de poder codearme con la gente guapa del Booker, pero aquí solo hay un montón de muermos de las finanzas, muy dados a hablar a gritos. Eso sí, el patrocinador del Booker es una compañía de gestión de inversiones, así que, ojo, a lo mejor son ellos. Los autores finalistas es probable que se estén reservando para las copas gratis de la ceremonia. Supongo que debería ir saliendo para allá y unirme a ellos.

En el televisor del pub no paran de saltar de un canal a otro. Así de pronto están con el críquet como pasan al rugby, al boxeo, al golf o al billar. Nada de esto guarda relación alguna con el ámbito cultural. En este momento en concreto hay una hilera de futbolistas cantando su himno nacional. Algunos sonríen y lanzan guiños a la cámara. Es como si supieran que ellos pueden ganar en un solo día las cincuenta mil libras del cheque que se entregará esta noche con el premio Booker.

De pie a mi lado hay un corrillo de hombres que charlan sobre el trabajo mientras comen patatas fritas de paquete. Les ralea el cabello, o da esa impresión por lo corto que lo llevan. Todos, sin excepción. Están hablando sobre la casa de 2,3 millones de libras de un colega. Uno de ellos ha salido a navegar en su barco el fin de semana. Sus chaquetas reposan sobre varias sillas, y ellos se chupan los dedos para evitar ir luego por ahí con sus trajeados hombros manchados de sal y grasa.

Saco mi discurso de agradecimiento y me pongo a leerlo en voz baja. Un hombre con una copa de champán en la mano se gira hacia mí.

Hombre: ¡Hala! ¡Mirad que letrita tan diminuta tiene este tío!

Segundo hombre: ¿Qué está escribiendo?

F . P.: Es un discurso de agradecimiento. Tentando la suerte, supongo.

Tercer hombre: No optará usted al Premio Booker que entregan esta noche aquí al lado, ¿no?

F . P.: Pues sí. Voy a asistir a la ceremonia.

Segundo hombre: ¡Hala! ¿Y cómo se llama usted?

F . P.: Francis Plug.

Hombre: *[Se ríe.]* ¡Francis Plug! Será un seudónimo, ¿no?

Insisten en invitarme a un trago, así que me pido un whisky triple.

Hombre: Hay que calmar los nervios, ¿eh?

F . P.: Sí. Un poco.

Señalo las copas de champán con un ademán y pregunto:

F . P.: ¿Qué están celebrando?
Tercer hombre: ¡¡QUE ES MARTES!!

Después de agradecerles el trago, me meto el discurso en el bolsillo y me excuso, diciéndoles que he de reunirme con mi agente.

Al final de Mason's Avenue, cruzo Basinghall Street y recorro con paso decidido un angosto pasadizo lateral. Cual pitorro de globo, el pasadizo se ensancha en una plaza. Dos hombres trajeados caminan hacia mí, y los oigo comparar mis andares con los de uno de esos personajes de *Super Mario* que caminan marcando el paso con los brazos. Los dos se echan a reír. Yo ni siquiera sabía que andaba así. Pero, bueno ¿y qué? Yo he escrito un libro. Casi. ¡Cretinos!

Sentado en un banco de la plaza, delante del Guildhall, observo cómo van llegando a la ceremonia tipos de esmoquin con pajarita y mujeres con blusa y falda almidonadas. Hace una tarde despejada y apacible, y al sureste se divisa con claridad una enorme luna en cuarto creciente. El único alcohol del que dispongo en este momento circula por mi torrente sanguíneo, y una vez pierda fuelle me sentiré cansado, débil y triste. En el interior de ese edificio fluyen las bebidas gratis. Los más grandes de entre los grandes del mundo editorial británico están ahí, junto con un puñado de escritores notables. Priva y libros. Mis cortas piernecitas se balancean furiosas bajo el banco.

La alfombra roja del exterior es más bien color salmón y está flanqueada por dos imponentes pebeteros de fuego. Escondido discretamente detrás de uno de ellos hay un extintor mediano. De pronto, una motocicleta de policía con luces parpadeantes irrumpe en la plaza escoltando un sedán negro dotado de su propio sistema de luces estroboscópicas. A este lo flanquea a su vez un enorme vehículo 4×4 negro. El pasajero del asiento del copiloto se apea de un salto y abre la puerta trasera. Del interior emerge una señora mayor de cabello plateado a quien identifico como Camilla, la duquesa de Cornwall. Una asistente que aguarda su llegada le hace una reverencia, y la escena que se produce inmediatamente a continuación puede herir a los espectadores fotosensibles. Enfrente de mi banco hay una gigantesca unidad móvil de televisión que está grabando cuanto acontece para retransmitirlo a los televisores de todo el país. El vehículo tiene instalada en la parte de atrás una antena parabólica, si bien esta no se halla orientada hacia el Guildhall, sino justo hacia el lado opuesto, hacia la luna.

Hace una noche fantástica para estar fuera, pero yo no quiero estar fuera. Yo lo que quiero es estar ahí dentro. *[Señalando.]*

Luego la cosa se tranquiliza bastante. Los asistentes siguen llegando a pie, sus tacones arrastrándose y repiqueteando contra el suelo adoquinado de la plaza. Una mujer joven con un traje blanco sale del interior del edificio seguida por tres caballeros muy elegantes. Garantizada su entrada y sus asientos, están echándose un piti rapidito antes del comienzo oficial de la ceremonia. Yo me levanto del banco, me estiro la tela de los pantalones y me encamino con paso decidido hacia ellos. Al llegar, saludo al grupo con ademán amigable, saco un cigarrillo y les pido con suma cortesía si me harían el favor de darme fuego. Un caballero de alta estatura, con los ojos llorosos del humo de su propio pitillo, levanta la solapa del bolsillo de su chaqueta de grueso tejido como la tapa de un buzón de correos y echa la mano al interior. La animada conversación que mantenían ha quedado en suspenso debido a mi interrupción, y esperan a que me aparte del círculo para retomarla, pero no lo hago.

F . P.: Todavía es pronto para los puros, ¿eh?

Bajan las cabezas, los ojos clavados en sus relucientes zapatos. Los del señor Stapleton ya están hechos un asco. Se me ha olvidado sacarles brillo.

F . P.: ¿Saben si habrá DJ esta noche? ¿Después de lo del Booker?

Los cuatro cruzan miradas, aguantando la risa. La mujer responde.

Mujer: Pues no es mala pregunta, la verdad. Reconozco que me encantaría mover un poco el esqueleto más tarde. ¿Qué os parece, chicos?

Los señores no parecen demasiado entusiasmados con la idea. Un rubio guaperas peinado con la raya al medio es el único que se atreve a contestar.

Rubio guaperas: No creo que el Guildhall monte discotecas. A mí es que no me van, la verdad…

F . P.: Por supuesto, por supuesto. *[Hace una pausa.]* A no ser que toquen la canción esa de ¡HEY MAM-BO! ¡YA, YA, YA, YA, YA, YA, HEY MAM-BO!

Un movimiento furtivo de miradas, un lanzamiento y pisoteo de

cigarrillos a medio fumar, y el grupo me abandona y se dirige a la entrada iluminada. Deshaciéndome de mi propia colilla como quien suelta una brasa ardiendo, me deslizo entre ellos, escudándome en sus cuerpos, carcajeándome de algún chiste imaginario mientras nos adentramos en el vestíbulo, dejamos atrás al portero y viramos a la izquierda. Mi risa se transforma en una especie de petardeo, como el de un avión que acaba de perder el segundo motor. Los demás guardan silencio mientras proseguimos por un largo pasillo enmoquetado y nos aproximamos a una mesa Man Booker atendida por mujeres. Estas reconocen a nuestro grupo, y cruzamos impasibles el umbral de una puerta donde un túnel de elegantes camareros sonrientes nos da la bienvenida con bandejas y copas de champán.

El interior es como la casa de Harry Potter. Como una especie de castillo medieval gigantesco. Está atestado de ejecutivos, claro, y de hecho pertenece a una corporación. Pero aun así, yo me muero por ver cómo son los aseos.

Como sucedía en el pub Old Doctor Butler's Head, el espacio cuenta con añadidos tecnológicos modernos, como proyectores de luz y amplificadores de voz. Los palcos superiores están tomados por operadores de cámara tocados con auriculares, y el fondo del escenario se encuentra iluminado por pantallas electrónicas. Aparte de esto, el Great Hall conserva su antiquísima ornamentación original, sus murales de mosaico magníficamente conservados y sus estatuas de piedra exquisitamente pulidas. Si los libros dejaran de existir mañana, este refinado lugar no cambiaría ni un ápice.

Mis compañeros de piti se han disipado misteriosamente, dispersándose entre el trajín. Como no tengo enlaces ni «personas de contacto» con quienes conversar, me quedo de pie a solas, algo incómodo. Hay muchas sillas vacías en torno a las acicaladas mesas redondas, pero la mayoría de los asistentes está de pie, relacionándose, así que cuesta saber cuáles están libres.

Con una copa de champán firmemente agarrada en cada mano, pregunto por los que se han ausentado.

F . P.: ¿Este sitio está ocupado?
Señor en mesa: Sí.
F . P.: ¿Y qué me dice de este?
Señor en mesa: Sí, ese también.
F . P.: ¿Y este asiento de aquí?
Señor en mesa: Ocupado.
F . P.: ¿Y qué me dice de este asiento?
Señor en mesa: También está ocupado.
F . P.: ¿Y este?

Señor en mesa: Sí, está ocupado.
F . P.: ¿Y este?
Señor en mesa: Ocupado.
F . P.: ¿Y este?
Señor en mesa: Ocupado.

Nadie sabe en qué mesa se halla sentado el ganador de esta noche, pero daría lo que fuera por saberlo, porque quizá sea una mesa de la suerte. Y si está demasiado lejos del podio, es posible que tenga que ensayar mis andares. Porque ¿qué hace el ganador mientras se dirige a recoger su premio? ¿Busca con la vista a los perdedores de camino? ¿Se encoge de hombros con condescendencia, les da un suave puñetazo en el hombro? ¿Se ríe a carcajada limpia mientras camina? ¿Va dando brinquitos? Necesito estar preparado, lo mismo que usted, estimado lector.

Incapaz de unirme a un grupo de interés, me dedico a entablar conversación con cualquiera que se preste a escucharme.

F . P.: … Y entonces, después de ingerir una pequeña cápsula que contiene la novela de nuestra elección, el texto se proyectará a través de nuestros ojos sobre la superficie que mejor nos convenga para leerlo, como pueden ser la puerta del cuarto de baño, la palma arrugada de su anciana mano…

Anciano caballero: ¿Y esa es su teoría sobre el futuro de la edición?

F . P.: Sí, señor. Me la acabo de inventar, ahora mismo.

Anciano caballero: No habrá estado usted ingiriendo *fármacos* por un casual, ¿verdad?

F . P.: No, no. Los que consumen drogas son los artistas. Los escritores beben alcohol. Aunque hay algunas excepciones, verá usted…

La corporación municipal de Londres tiene su sede en este edificio, hecho que quizá explique este ambiente tan formal y comedido. Eso y la presencia de realeza, por supuesto. A pesar de las cantidades industriales de alcohol gratis, no da la sensación de que nadie se esté desmelenando. Digo yo que será por lo mucho que hay en juego. Los editores estarán todos en modo caja registradora, deseando un ganador que dispare las ventas. Los jueces se estarán mordiendo los nudillos, sabedores de que los fustigarán en público si eligen «mal». Los promotores andarán inquietos no solo por la inminencia de sus discursos, sino también por la cantidad de dinero invertida y el devenir de su reputación. Y uno de los autores está a un tris de embolsarse una suma de cincuenta mil libras que le cambiará la vida.

Más razón para achisparse. El Banco de China también ha celebrado eventos aquí, y fijo que fueron la bomba.

Los camareros están muy ocupados respondiendo solícitos a manos gesticulantes y chasquidos de dedos. Su trabajo tiene pinta de ser de lo más ingrato. Acaban de empezar a servir el pan caliente, y en la mesa esa de ahí ya están preguntando «¿Dónde está *nuestro* pan?». Y la mesa de más allá necesita que les rellenen las copas, y a ese tipo de ahí se le ha caído el cuchillo al suelo. Sí que lo tienen crudo estos camareros. A lo mejor podría echar una mano.

F . P.: No se ha terminado usted el pan.

Hombre: Eso parece.

F . P.: ¿No ha sido de su gusto?

Hombre: Sí, estaba rico. Me estoy reservando para el primer plato.

F . P.: ¿Y qué pasa con todos los huerfanitos muertos de hambre?

Hombre: Disculpe, ¿cómo dice?

F . P.: Un niño pequeño podría correr hasta el colegio con toda esa fibra.

Hombre: ¿Está usted *borracho*?

F . P.: El año que viene seré yo el que esté ahí arriba, recogiendo mi premio.

Hombre: *[A un compañero de mesa.]* ¡Este camarero está como una cuba!

F . P.: Lo tengo aquí. *[Se da unas palmaditas en el bolsillo.]* Mi discurso de agradecimiento. Lo tengo todo preparado.

Hombre: ¿Su discurso de agradecimiento? ¿Para qué?

F . P.: ¡Para mi libro, hombre!

Hombre: ¿Su libro?

F . P.: Eso es. Para mi ganador del Booker.

Hombre: *[Al compañero.]* ¡Dice que ha escrito un libro!

F . P.: Exacto, hace un seguimiento de los eventos públicos de escritores reales, ofreciendo trucos sobre cómo deben enfrentar a su público quienes aspiran a ser escritores.

Compañero: Ya, pues me temo que no ha caído usted en un detalle muy importante si quiere hacerse con el premio. El Booker solo se otorga a obras literarias de *ficción*.

F . P.: Sí, pero sale un calamar cantarín… y también hay un hombre que se transforma en rábano.

Hombre: ¿Un calamar cantarín? ¿Cómo se llama usted?

F . P.: Francis Plug.

Compañero: ¿Francis *Plug*? Vaya, ¡ese nombre iría que ni

pintado en una portada!

F . P.: ¿Lo dice por Dick Francis, el novelista de suspenses ecuestres?

Compañero: *[Se ríe.]* ¡Claro, excepto que, en el caso de usted, los caballos cantan!

Hombre: *[Se ríe.]*

F . P.: *[Muy serio.]* Se equivoca, el que canta es un calamar.

Los libros finalistas se hallan expuestos en pedestales. Uno de ellos va a ganar el Booker. Si supiera cuál, lo tomaría prestado un ratito para que me lo firmara el ganador, recién salido del horno. A lo mejor hasta me hacía un dibujito, a modo de añadido personalizado especial a la firma de rigor. Podría ser un sol en la cabecera de la página, hierba al pie, unos arbolitos elevándose entre el nombre y el título, y puede que hasta un corazón rodeando mi nombre con una flecha a través.

En un pedestal aparte reposa el trofeo del Booker propiamente dicho. Parece una lápida con forma de tostada y un agujerito para colgar el trapo de cocina. Si les soy sincero, no me llama. Yo preferiría algo más estrambótico, como una cabeza de tejón disecada envuelta en un halo de luces navideñas. Pero, claro, no depende de mí. Aceptaré lo que me den. Cruzo la mirada con una mujer muy repeinada que pasa a mi lado y le señalo el trofeo, arqueando las cejas con una mueca.

Si a usted no le divierte charlar, es muy probable que esta velada le resulte aburrida no, lo siguiente. Aquí no hay premios por categorías ni accésits ni nada que sirva de estímulo y entretenimiento mientras esperamos al único anuncio de la noche. No es de extrañar que el evento no se televise, salvo un fragmento en las noticias de medianoche. Aparte de hablar y comer, no pasa nada. Para cuando vuelva el año que viene tengo que acordarme de traerme un buen libro.

Están sirviendo los platos principales. Todo sucede a una velocidad y con una eficiencia vertiginosas. Revoloteo con nerviosismo en torno a la mesa 6, desesperado por ser de ayuda, y de repente me lanzo a por la sal.

F . P.: ¡SAL! ¡SAL! ¿QUIÉN QUIERE? ¿QUIÉN QUIERE UN POCO DE SAL? ¡SÍ, SEÑORA! ¿SAL? ¿QUIERE USTED UN POCO DE SAL? ¿EN SUS PATATAS? ¿SOLO EN LAS PATATAS? ¿SOLO EN LAS PATATAS? ¡AHÍ TIENE! ¡SAL! ¡SAL! ¡A LA RICA SAL!

Jefe de sala: Disculpe, caballero. No podemos permitir que

haga nuestro trabajo. *[Suelta una discreta risita.]* Es usted un invitado…

F . P.: ¡Soy autor! De verdad que lo soy…

Jefe de sala: Claro que sí, desde luego. Deje que coja yo eso, permítame…

F . P.: ¿Sabe qué le digo? Ocúpese usted de la sal y yo iré a comprobar los extintores.

Jefe de sala: Pero… no hace falta…

Los extintores están anclados con soportes y repartidos discretamente por los muros perimetrales. Las instrucciones son claras:

SOSTENER VERTICALMENTE
TIRAR DEL PASADOR
DIRIGIR EL CHORRO A LA BASE DEL FUEGO
DESDE UNA DISTANCIA MÍNIMA DE UN METRO
APRETAR LA PALANCA O PERCU…

Ahí está Eleanor Catton, una de las autoras finalistas.

F . P.: Hola, Eleanor Catton.

Eleanor Catton: Hola.

F . P.: Qué agradable sorpresa encontrar a una autora por aquí. Empezaba a pensar que habían hecho pellas todos ustedes. Pero, claro, con tanta bebida gratis…

Eleanor Catton: Ya.

F . P.: De hecho, yo también soy autor.

Eleanor Catton: Oh. ¿Cómo se llama usted?

F . P.: Francis Plug. No estoy en la lista de finalistas de este año, pero opto a estarlo en la del año que viene.

Eleanor Catton: Hace bien. El año que viene seguro que se pone de lo más interesante. Me alegra que el premio se abra a un público más amplio.

F . P.: Oh, lo había olvidado. Va a cambiar por completo, ¿no es cierto? Estará lleno de norteamericanos.

Eleanor Catton: Sí, pero…

F . P.: Gracias por recordármelo. Será mejor que modifique mi discurso de agradecimiento.

Eleanor Catton: ¿Ya ha escrito su discurso de agradecimiento?

F . P.: Sí. ¿Ha escrito usted el suyo?

Eleanor Catton: Hombre, sí…, pero no para el año que

viene…

F . P.: ¿Ha visto qué luna hay? Es igualita a la de la cubierta de su libro. Si eso no es una señal, ya me dirá.

Eleanor Catton: Pues…

F . P.: Mire, ya que estamos, espere, que me acerco a por su libro. ¿Dónde se sienta?

Sobre el escenario hay un presentador y lo que está diciendo no es que tenga demasiada gracia. El siguiente es el representante del grupo inversor que patrocina el evento, así que no veo que la cosa vaya a ir a mejor. Puede que los autores no sean las almas de la fiesta, que se diga, pero un ejecutivo de banca sobre el escenario tampoco es que prometa «tiempos mejores». Si el mundo literario quiere deshacerse de esta imagen estirada, lo mejor que puede hacer es librarse de estos tipos. Nos dan muy mala reputación. No es de extrañar que los críos de hoy en día piensen que los libros son un pestiño. Nos patrocina gente a la que le gustan las matemáticas.

Mira por dónde, aquí sale el del grupo inversor. Lleva un traje igualito que… Ay, Dios. Es…

Señor Stapleton: Alteza, damas y caballeros…

Ay, no. No, no, no. Ay. ¿Qué hace él aquí? Es mi bolo. Mi gente. ¿Por qué ha tenido que venir a meter las narices?

Señor Stapleton: … orgullosos de cimentar nuestras estrechas relaciones con la mejor literatura…

Pero qué espanto. Esto ya pasa de castaño oscuro.

Aun así, y por cansino y aburrido que sea su discurso, es para quitarse el sombrero. Parece encantado de la vida. Que sí, que la gente no le hace ni caso, y él no hace más que soltar chorradas, pero al César lo que es del César, está ahí delante de los grandes de la edición, por no hablar de Su Alteza Real. Habría que verme a mí en esa situación.

El final de su discurso es recibido con tímidos aplausos, un sonido semejante al tictac de un metrónomo. Me debato entre marcharme o quedarme. Lo de los tragos gratis es tremendo, lo reconozco, pero hay mucho ruido, y no conozco a nadie salvo a Eleanor Catton. Y encima no me ha hecho un dibujito en mi libro, ni siquiera un kiwi chiquitín, o un tuátara, o la Torre del Reloj de Hokitika. A esto hay que sumarle el hecho de que cierto alto representante de un grupo inversor estaría encantado de arrancarme la piel a tiras a la menor oportunidad.

Supongo que tendría que estar tomando notas, apuntando trucos.

Pero cuanto más tiempo paso aquí, más siento que ya he acabado con todo eso. Al menos, en teoría.

El escenario no es alto ni imponente, es solo una tarimita de poca monta. Seré breve. No quiero interrumpir demasiado la charla de toda esta gente.

F . P.: *[Golpes en el micrófono.]* ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola?

Alguien: ¡LE OÍMOS!

F . P.: Gracias, caballero. Usted, el de ahí, gracias. Esto…, no me alargaré demasiado, Alteza, damas y caballeros. Pero, antes de nada, me gustaría pedir un aplauso para el anterior orador, el señor Stapleton.

La muchedumbre retoma sus conversaciones a voz en grito.

F . P.: El señor Stapleton… ¡DISCULPEN!

Para captar la atención de la revoltosa muchedumbre, libero una descarga de polvo seco del extintor que tengo en la mano. ¡FLOASHHHH!

F . P.: GRACIAS. Como decía, el señor Stapleton es banquero. Los banqueros, claro está, son, a pesar de su inmensa fortuna, un pelín rancios. Más que un pelín, incluso.

Se oyen discretas risas entre el público. No pretendía yo ser gracioso, no sé.

Un tipo de seguridad se acerca al estrado, me pide que me baje. Yo lo ignoro, así que sube al escenario.

F . P.: Sin embargo, creo que el señor Stapleton lo ha hecho de maravilla, a pesar de todo. Discúlpenme…

Aprieto la palanca y disparo al segurata con una ensordecedora andanada de espuma blanca.

¡FLOASHHHH!

¡FLOASHHHH!

Él retrocede a trompicones hasta un lateral del escenario. Una serie de gritos ahogados recorren el público. Incluso con micrófono, me veo obligado a proyectar la voz para hacerme oír.

F . P.: De hecho, llevo puestos los pantalones del señor Stapleton. Este traje, la camisa, los zapatos y los calcetines son

suyos. De verdad. ¿Sabían ustedes que tiene primeras ediciones de todos los libros ganadores del Booker? Es cierto. Aunque no se ha leído ninguno de ellos, desde luego…

Estas palabras generan más risas aún, confundiendo a los guardas de seguridad, que se han agrupado y se preparan para subir al escenario.

F . P.: Pero vayamos a lo importante, Alteza, que no es otra cosa que la ceremonia de la entrega del Booker del año que viene. Abrigo la esperanza de embolsarme el premio entonces, así que, si no les importa, voy a pasar a ensayar mi discurso de agradecimiento.

Recupero el discurso del interior de mi bolsillo y lo despliego.

F . P.: Gracias. Ejem. *[Lee.]* Gracias por concederme el Premio Booker. Más concretamente, gracias por las cincuenta mil libras. Puede que a algunos de entre ustedes no les parezca una suma espectacular, sobre todo teniendo en cuenta los muchos años que me llevó escribir mi libro, pero para mí es un montón. Las bebidas gratis de esta noche están muy bien, pero mañana tendré que pagarme las mías.

Busco un poco de agua en el atril, pero no hay. Ahora entiendo por qué podría uno necesitarla.

F . P.: Les ruego me excusen, Alteza, damas y caballeros, si mis dotes de exposición dejan que desear. Si bien hoy en día se espera de los escritores que demos el espectáculo, a algunos de nosotros no se nos da bien del todo. Quizá los norteamericanos nos podáis enseñar un par de cosas, ¿eh, chicos? *[Levanta los pulgares.]*

Justo en ese momento, como si lo tuviera preparado, mi discurso se resbala del atril y cae al suelo. ¡Menudo imbécil! Mientras estoy agachado tratando de recoger las hojas torpemente, un par de seguratas irrumpen en el escenario. Consigo mantenerlos a raya con unas cuantas andanadas más de espuma.

¡FLOASHHHH!

¡FLOASHHHH!

Pero he perdido los papeles, y la gente está que echa chispas. Mando el discurso a hacer puñetas y me abalanzo contra la muchedumbre disparando a diestra y siniestra. Tengo a los guardas casi encima, de modo que me dirijo hacia un muro lateral a por un

extintor nuevo. Encorvado para tirar del pasador, corro al encuentro del primer segurata y lo rocío como a un espantapájaros en una ventisca.

¡FLOASHHHH!

El segundo guarda frena su avance muy sabiamente, pero detecto una nueva amenaza a lo lejos. Ha llegado la policía. El señor Stapleton está acompañándolos a lo largo del perímetro del salón, y ahora salen al descubierto y echan a correr.

Los seguratas se unen a la persecución como unos cachorritos de león alentados por sus grandes y temibles progenitores. Cuando intento escabullirme por una puerta lateral, descubro que hay más policías que se acercan desde la otra punta del vestíbulo. Con todas las salidas bloqueadas, descargo una última nube de espuma y me giro hacia el muro, dispuesto a escalar.

Casi a nivel del suelo hay un monumento de bronce a sir Winston Churchill. Me encaramo a su efigie, le doy un apretón en su escultural brazo (¡todo músculo, señor!) y me sirvo de su suave cabeza pelada para continuar trepando por unos muros que datan del siglo XV. Un pilar de columnas agrupadas y sus molduras correspondientes constituyen excelentes puntos de apoyo para mis pies, facilitan mi ascenso, y no puedo sino admirar la artesanía de los complejos elementos ornamentales, fabulosamente tallados. Al igual que un vetusto árbol esculpido con majestuosidad por el tiempo y los elementos, los muros del Great Hall están repletos de relieves a los que agarrarse y contra los que coger impulso, que salen en mi auxilio mientras me alejo escalando de las fuerzas del orden que me atosigan desde abajo. Mis dedos se abren camino con agilidad por los bordes de los mosaicos y los marcos dorados, mientras que mis pies, enfundados en calzado negro de banquero, van a la zaga, a un ritmo torpe y laborioso. Otro estorbo es el polvo. Es evidente que por estas hendiduras y molduras redondeadas no ha pasado la punta de un dedo húmedo prácticamente en la vida. Esa es una de las cosas que no te cuentan de la ceremonia del Booker. Lo polvoriento que está todo.

Conforme sigo subiendo, me siento como Hughes en *Hambre sagrada*, trepando por las solitarias alturas del Liverpool Merchant hacia su cofa. A Barry Unsworth lo laurearon aquí en una ocasión en la que compartió el premio de la velada con Michael Ondaatje. John Berger manifestó su apoyo a los Panteras Negras en el escenario ese de ahí abajo, y James Kelman se largó antes de tiempo para reunirse con sus colegas en los pubs de Finsbury Park. Cuando Hilary Mantel recogió su primer premio, declaró sentirse como si estuviera volando. Quizá disfrutó de una vista parecida a esta. Lo mismo que la paloma aquella dentro de Earls Court, allá en lo alto, entre las vigas de la cubierta. Al igual que yo, encontró la forma de entrar. Y con un poco

de suerte halló también la forma de salir. Entrar en estos sitios no es el problema. Salir es lo difícil.

Estoy empezando a hablar como Confucio. O como Pat Morita en *Karate Kid.*

Están sirviendo el postre. El mar de caras y cuellos estirados ha sido reemplazado por uno de coronillas, muchas raleando ya, ahora que los invitados atacan sus platos. Un aroma a pastel asciende desde abajo. Tartaletas de masa quebrada, quizá. Habrá unos treinta metros del suelo al techo, lo que dispararía mi presente estatura a los veintiún metros de altura, más o menos. Las imperiosas llamadas del negociador de la policía han cesado. Supongo que los bomberos llegarán pronto, con una altísima escalera. Ojalá consiga aguantar. Porque, a pesar de mi pose a lo Spiderman, pegado a la pared, lo cierto es que voy vestido para pasar el día vagueando en la oficina. Tengo que deshacerme de los zapatos, así que los lanzo hacia las cabezas de los de abajo, en plan periodista iraní. Tampoco resulta de mucha ayuda tener que cargar con todo el peso del tochazo de Eleanor Catton que llevo en mi bandolera. A decir verdad, las estoy pasando canutas. Creo que se me están resbalando los dedos.

Un poco más arriba hay unas pequeñas vidrieras. Si lograse llegar hasta una de esas ventanas y abrirla, quizá podría acceder al tejado. Eso sí, imposible saber lo que se me ocurrirá hacer una vez llegado a ese punto. A lo mejor podría bajar deslizándome por el mástil de la antena satélite de la unidad móvil de televisión. Está aparcada bastante cerca, creo. Me pregunto si habrán televisado mi discurso. Ha sido un triste espectáculo, bochornoso incluso, pero si lo pudiera rebobinar podría analizar mis errores y corregirlos para el año que viene. Sea como sea, he roto el hielo, estimado lector, he superado el primer gran obstáculo. No ha sido tan terrorífico como podría uno pensar. No ha muerto nadie. Vale, sí, reconozco que tampoco es que haya salido muy natural, en absoluto. Y seguramente haya contribuido el hecho de que fuera hasta las cejas de alcohol. Y, bueno, todavía cabe la posibilidad de que muera…

Allá abajo han pasado ya a la ceremonia. Yo he conseguido subir hasta las ventanas del techo, pero ni se imaginan lo duros que están estos viejos pestillos… Como piedras, oigan.

NOTA PARA EL LECTOR

Como ya habrán notado, *Cómo ser un autor público* es una obra de ficción. Francis Plug no ve ni refleja el mundo real: él habita un plano muy distinto.

Gracias por leer

AGRADECIMIENTOS

Un libro de esta magnitud y relevancia no se escribe sin la ayuda de muchas personas. Vayan, por tanto, mis agradecimientos a Dan Rhodes, Craig Taylor, Peter Hobbs, Cathryn Summerhayes y Fergus Barrowman, a Jane Howe e Ilona Leighton-Goodall de The Broadway Bookshop, a Dave Le Feming, Steve MacDonald, Ryan Shellard, Dave Askwith, Andrew Gallix, Andrew Stevens y a Laurence (Lol) Weir y Gordon Keddie (por los trucos de jardinería).

Gracias muchas, muchísimas, a Elly y Sam de Galley Beggar, y también a mi familia: a la londinense (Linda, Violet y Vincent), y a la de Nueva Zelanda y Hawái.

Una obra maestra del humor británico. Una mordaz creación cómica, con el Booker de fondo, por la que desfilan Rushdie, Barnes o Ishiguro, y que nos hará aullar de risa.

Francis Plug es un inadaptado alcohólico, un tipo desastroso, caradura, una caricatura de sí mismo. Lo que lo diferencia del resto de hombres así es su obsesión con los escritores. Concretamente, con los ganadores del Premio Booker, cuyas firmas colecciona compulsivamente. Irrumpe sin reparo en una presentación tras otra y hace pasar vergüenza a autores de la altura de Salman Rushdie, Hillary Mantel, Kazuo Ishiguro o V. S. Naipaul. Y él mismo también está escribiendo un libro: un manual de autoayuda para escritores noveles. En una deslumbrante sátira al más puro estilo inglés, Paul Ewen reflexiona sobre la soledad, el ansia de encajar y los escabrosos entramados de la industria editorial. Esta novela es un retrato despiadado de lo que significa ser un autor en el siglo XXI.

CITAS

«No me reía tanto desde "Dinero", de Martin Amis.» —**Christopher Hart, *Sunday Times***

«La novela más divertida que he leído en años.» —**Kate Saunders,**

The Times

«Una historia tan punzante como un buen gin tonic.» —***The Listener***

Paul Ewen es un escritor neozelandés. Ha escrito para Dazed & Confused, y es colaborador habitual de la revista en línea Five Dials, de Hamish Hamilton. Su primera novela, «London Pub Reviews», fue descrita como «un cruce entre *Blade Runner* y *Coronation Street*», y como «una obra de gran ingenio cómico». Su libro «Francis Plug: cómo ser un autor público» (Impedimenta, 2023) ha sido libro del año para medios como *The Guardian, New Statesman*; además, ha sido publicado en el Reino Unido, en Australia, en Alemania y en Serbia. *The Sunday Times* lo describió como: «Una nueva creación cómica brillante y trastornada», y el *New Statesman* como: «Una obra maestra cómica moderna». Actualmente vive en el sur de Londres.

NOTAS

[1] Referencia a la popular serie británica *Grange Hill*, emitida por la BBC desde 1978 a 1981: un culebrón adolescente cuyos protagonistas son los alumnos del colegio mixto Grange Hill. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[2] «Lo único que necesito es el aire que respiro.» El verso pertenece a la canción «The Air That I Breathe», de The Hollies.

[3] «Es como si te estuvieras friendo, friendo. ¡TÚ! ¡Tu sexo está en una freidora!» Referencia al tema «Sex on Fire», de Kings of Leon, que en la versión original dice así: *Feels like you're dying. You're dying. You. Your sex is on fire.*

[4] Referencia a la canción «Puttin' on the Ritz», popularizada por Fred Astaire en la película *Cielo azul* (1946), uno de cuyos versos dice así: … *dressed up like a million-dollar trouper.*

[5] «Creo en los milagros. Como un bonito piso nuevo. ¿Eh, guapetón? Guapetón, sí.» Referencia a la canción «You Sexy Thing», de Hot Chocolate, que dice así en su versión original: *I believe in miracles. Where're you from. You sexy thing, sexy thing you.*